



EL AGUILA DEL IMPERIO

Libro I de Quinto Licinio Cato De legionario a optio

SIMON SCARROW

PLANETA DeAGOSTINI

Colección: Novelas de Grecia y Roma
Director editorial: Virgilio Ortega
Director editorial de Realizaciones: Fernando Caralt
Coordinación: Macarena de Eguilior
Realización: Isabel Jiménez
Diseño cubierta: Hans Romberg
Realización gráfica: Guillem Sanz

Para Audrey y Tony, buenos padres y mejores amigos.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: *Under the eagle (I)* Traducción: Roser Vilagrassa

Ilustración de la cubierta: Archivo AISA

Copyright in the introduction and in this edition

© Simón Scarrow, 2000

© de la traducción: Roser Vilagrassa Sentís, 2001

© Edhasa, 2001

© de la presente edición

Editorial Planeta DeAgostini, S.A., 2003

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadeagostini.es

ISBN: 84-674-0495-7 Depósito legal: B-46.437-2003

Imprime: Cayfosa-Quebecor, S.A. Santa Perpetua de Mogoda (Barcelona) Distribuye: Logista

Aragónés, 18 - Polígono Industrial Alcobendas

28108 Alcobendas (Madrid) Printed in Spain - Impreso en España

Organización de una legión romana

La segunda legión, al igual que todas las legiones romanas, constaba de unos cinco mil quinientos hombres. La unidad básica era la centuria de ochenta hombres dirigida por un centurión, auxiliado por un optio, segundo en el mando. La centuria se dividía en secciones

de ocho hombres que compartían un cuarto de las barracas, o una tienda si estaban en campaña. Seis centurias componían una cohorte, y diez cohortes, una legión; la primera cohorte era doble. A cada legión la acompañaba una unidad de caballería de ciento veinte hombres, distribuida en cuatro escuadrones que hacían las funciones de exploradores o mensajeros. En orden descendente, éstos eran los rangos principales:

El legado era un hombre de ascendencia aristocrática. Solía tener unos treinta años y dirigía la legión hasta un máximo de cinco años. Su propósito era hacerse buena fama a fin de mejorar su consiguiente carrera política.

El prefecto de campamento era un veterano de edad avanzada que había sido centurión jefe de la legión y se encontraba en la cúspide de la carrera militar. Era una persona experta e íntegra y estaba al mando de la legión cuando el legado se ausentaba o quedaba fuera de combate.

Seis tribunos eran oficiales no profesionales. Eran hombres jóvenes de unos veinte años que servían por primera vez al ejército para adquirir experiencia en el ámbito administrativo, antes de asumir el cargo de oficial subalterno en la administración civil.

El tribuno superior, en cambio, estaba destinado a altos cargos políticos y al posible mando de una legión.

Sesenta centuriones se encargaban de la disciplina e instrucción de la legión. Eran celosamente escogidos por su capacidad de mando y por su buena disposición para luchar hasta la muerte. No es de extrañar, así, que el índice de bajas entre éstos superara con mucho el índice de bajas en otros rangos. El centurión de mayor categoría dirigía la primera centuria de la primera cohorte, y solía ser una persona respetada y laureada.

Los cuatro decuriones de la legión tenían bajo su mando a los escuadrones de caballería y aspiraban a ascender a comandantes de las unidades auxiliares de caballería.

A cada centurión le ayudaba un optio, que desempeñaba la función de ordenanza con servicios de mando menores. Los optios aspiraban a ocupar una vacante en el cargo de centurión.

Por debajo de los optios estaban los legionarios, hombres que se habían alistado para un período de quince años. En principio, sólo se reclutaban ciudadanos romanos, pero, cada vez más, se aceptaba a hombres de otras poblaciones, y se les otorgaba la ciudadanía romana al unirse a las legiones.

Los integrantes de las cohortes auxiliares eran de una categoría inferior a la de los legionarios. Procedían de otras provincias romanas y aportaban al Imperio la caballería, la infantería ligera y otras técnicas especializadas. Se les concedía la ciudadanía romana una vez cumplidos veinticinco años de servicio.

Prólogo

—Es inútil, señor, este trasto se ha embarrancado hasta el fondo.

El centurión se recostó contra el carro e hizo una pausa para recobrar el aliento. A su alrededor, una veintena de legionarios agotados aguantaban el hediondo olor del cieno de las marismas, que les llegaba a la cintura. Desde el margen del camino, el general seguía con una frustración creciente los esfuerzos de sus hombres. Al disponerse a subir a bordo de uno de los barcos de evacuación, le habían dado la noticia de que el carro se había salido del estrecho sendero. De inmediato, había montado uno de los pocos caballos que quedaban y atravesado las marismas a fin de conocer de primera mano la situación. El carro, hundido por el peso del arcón que contenía, se resistía a todos los esfuerzos que hacían los soldados para desvararlo. Ya no quedaba ayuda disponible dado que la retaguardia, tras cargar el barco, se había hecho a la mar. Entre el carro varado y el ejército de Casivelauno, que pisaba los talones a los otrora invasores romanos, tan sólo quedaban el general, estos hombres y una escasa alineación de la unidad de caballería.

Al general se le escapó un exabrupto y su caballo levantó la cabeza asustado desde el bosquecillo. Era obvio que el carro era insalvable y el arcón demasiado pesado para ser transportado hasta el último barco, que esperaba anclado. Por seguridad, la llave del arcón la guardaba el intendente, que ya había zarpado.

Además, el arcón se había construido de forma que fuera imposible abrirlo sin las herramientas apropiadas.

—¿Y ahora, qué, señor? —preguntó el centurión.

El general dio una larga y dura mirada en silencio al arcón. No podía hacer nada, nada en absoluto. Ni el carro, ni el arcón ni su contenido se moverían. Por un momento se atrevió a desestimar aquella posibilidad, ya que la pérdida del arcón supondría un retroceso de al menos un año en sus planes políticos. En aquel momento desesperante de indecisión, un cuerno en son de guerra retumbaba cada vez más cercano. Una expresión de terror se apoderó de los legionarios, y empezaron a vadear el cieno para recoger las armas que habían dejado en el camino.

—¡Quedaos donde estáis! —bramó el general—. ¡No os he ordenado que os mováis!

A pesar de tener al enemigo cada vez más cerca, los legionarios se detuvieron, tal era el respeto que les infundía su comandante. Tras mirar por última vez el arcón, el general bajó la cabeza al tomar la decisión.

—Centurión, deshazte del carro.

—¿Señor?

—Deberá quedarse aquí hasta que volvamos el próximo verano. Hundidlo un poco más hasta que el lodo lo cubra entero, haced una señal en el lugar y volved a la playa tan rápido como podáis. Haré que os tengan preparada una gabarra.

—Sí, señor.

El general se dio una palmada con furia en el muslo, subió al caballo y se dirigió hacia la

playa a través de las marismas. Tras él se escuchó otro estallido del cuerno de guerra y los golpes de espada de la unidad de caballería que combatía con la vanguardia del ejército de Casivelauno. Desde el momento del desembarco hasta ahora, que huían hacia la Galia, los hombres de Casivelauno no habían dejado de perseguir al ejército romano, en un constante hostigamiento a los soldados de vanguardia y retaguardia, sin mostrar un atisbo de piedad por los invasores.

— ¡Adelante, muchachos! —gritó el centurión—. Un último empujón..., apoyad los hombros contra el carro. ¿Listos? ¡Empujad!

El carro se hundió poco a poco en el fango; de las grietas de la base brotaba un agua pantanosa de color marrón oscuro que iba cubriendo el lado visible del arcón.

— ¡Vamos, empujad!

Con un último empujón, los hombres soltaron el carro en el cieno, y éste desapareció bajo el agua oscura con un borboteo, dejando tras de sí un pequeño remolino sobre la superficie viscosa, quebrada únicamente por la vara del carro.

—Ya está, muchachos. De vuelta al barco. Rápido.

Los legionarios vadearon el lodo hasta la orilla y recogieron los escudos y las lanzas, mientras el centurión esbozaba a toda prisa un mapa del lugar en la tablilla de cera que llevaba colgada del hombro. Trazado el mapa, cerró la pizarra de golpe y se unió a sus hombres. Pero antes de ponerse en marcha la columna, un súbito golpeteo de cascos en el camino hizo dar media vuelta a sus hombres, aterrados, sobrecogidos por el miedo. Instantes después, un grupo de la unidad de caballería surgió a galope de entre la niebla, cerca de la infantería. Entre ellos, vieron a un hombre reclinado sobre el lomo de un caballo que corría con sangre del jinete en un costado. Momentos después desaparecieron.

Casi al instante oyeron llegar más caballos, esta vez acompañados de los crudos gritos britanos que habían horrorizado antes a los legionarios. Unos gritos de guerra triunfales que provocaron un escalofrío al ejército romano.

— ¡Jabalina en ristre!

El centurión gritó y sus hombres enarbolaron las armas arrojadas a la espera de la orden. El estruendo de sus perseguidores, invisible y aterrador, se aproximaba entre la neblina. Al momento aparecieron muy cerca unas figuras grises e imprecisas.

— ¡Lanzad!

Las jabalinas volaron en parábola y se perdieron de vista para caer sobre los imprudentes britanos, que gritaron al ser alcanzados.

— ¡Formad fila! —gritó el centurión—. ¡A las órdenes..., rápido!

La pequeña columna apretó el paso por el camino que les conduciría hasta el último y lejano barco de evacuación que les esperaba y les pondría a salvo; el centurión marchaba junto a la fila sin dejar de mirar con inquietud hacia la neblina que envolvía el camino recorrido. La descarga de jabalinas no había retrasado demasiado a los britanos, y pronto oyeron otra vez los cascos cerca, esta vez más cautos y pausados.

El centurión percibió un ruido sordo y uno de sus hombres emitió un grito ahogado de

dolor. Se dio la vuelta y vio que de la espalda del último legionario sobresalía el asta de una flecha. El herido, respirando a duras penas por la sangre en los pulmones, se desplomó sobre las rodillas, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

— ¡Al trote!

Los cinturones y arneses de los legionarios se agitaban al acelerar éstos el paso en un intento por distanciarse de sus invisibles hostigadores. De la neblina surgieron más flechas lanzadas a ciegas contra los romanos. Aun así, algunas dieron en el blanco y la columna de soldados fue reduciéndose según los hombres se desplomaban sobre el camino y, con la espada desenvainada, aguardaban su triste final. Cuando el centurión alcanzó la última colina, donde las marismas daban paso a la arena y los guijarros, sólo le quedaban cuatro hombres. El débil sonido del mar era alentador, y la ligera brisa de septiembre disipaba la neblina que tenía por delante.

De repente, el camino desapareció. A doscientos pasos de ellos, una pequeña embarcación les esperaba entre las olas. Mar adentro había un trirreme anclado entre el suave oleaje y, a lo lejos, en el horizonte, las manchas oscuras de la flota invasora se desvanecían en la penumbra del ocaso.

— ¡Corred hacia el barco! —gritó el centurión, tirando al suelo la espada y el escudo—. ¡Corred!

Los guijarros se dispersaban bajo sus pies al correr cuesta abajo hacia la embarcación. Al instante, el cuerno de guerra retronó a sus espaldas. Los britanos ya divisaban el mar y espoleaban sus caballos para dar alcance a los supervivientes de su ataque antes de que pudieran ponerse a salvo. El centurión apretó los dientes y se lanzó por el suave declive, consciente de la inexorable proximidad del enemigo, pero no osó mirar atrás por miedo a reducir el paso. En la parte trasera del barco, vio a un hombre alto de pie que le apremiaba con ademanes desesperados y, tras éste, la capa roja del general ondeando al viento. En cuanto avanzó unos cincuenta pasos, escuchó un grito agudo justo detrás de él; uno de los britanos había clavado una lanza al último legionario.

Desesperado por sobrevivir, el centurión atravesó la arena mojada de la orilla, avanzó entre las olas y se lanzó hasta la embarcación por la proa. Una manos impacientes lo agarraron por los hombros y lo echaron hacia abajo con fuerza. Al momento, un legionario cayó sobre él, intentando tomar aire. Los dos fornidos escoltas del general arrojaron sus lanzas contra los hostigadores que se habían detenido en la orilla, dado que ya habían ajustado cuentas con los invasores. Pero ya no llegaban a alcanzarles; el barco estaba en aguas más profundas, y los remeros ya bogaban hacia el trirreme, a salvo del enemigo.

— ¿Habéis conseguido hundir el carro? —preguntó el general en tono preocupado.

—Sí, señor... —resolló el centurión, y dio unas palmaditas a la tablilla de cera que llevaba colgada a un lado—. Tengo un mapa, señor... Lo he trazado lo mejor que he podido, dado el poco tiempo del que disponíamos.

—Bien hecho, centurión. Bien hecho. Déjame.

Cuando el centurión le dio la tablilla al general, aquél miró a su alrededor y vio al único hombre que había huido con él. Uno solo. Sobre la orilla, vio una veintena de jinetes agrupados alrededor de otro de sus soldados, lo bastante estúpido para haberse dejado atrapar con vida, y se estremeció ante la idea de los horrores que aguardaban a aquel indefenso legionario.

Todos los hombres de a bordo observaban la escena en silencio hasta que, por fin, el general habló.

—Volveremos. Volveremos y, cuando así sea, prometo que haremos que esos bellacos se arrepientan del día en que se levantaron en armas contra Roma. Yo, Cayo Julio César, lo juro sobre la tumba de mi padre...

Frontera del Rin

Noventa y seis años más tarde, durante el segundo año del gobierno del Emperador Claudio

Finales del 42 d.C.

CAPITULO I

Una ráfaga de viento helado entró en la letrina al abrir la puerta el centinela.

— ¡Se aproxima un carro, señor!

— ¡Cierra la maldita puerta! ¿Algo más?

—Y una columna de pocos hombres.

— ¿Soldados?

—Creo que no. —El centinela hizo una mueca—. A menos que haya habido cambios en la instrucción de la marcha.

El centurión de guardia levantó la vista con severidad:

—Creo que no te he pedido tu opinión acerca de las normas, soldado.

— ¡No, señor!

El centinela se cuadró ante la mirada de su superior. Tan sólo unos meses antes, Lucio Cornelio Macro era un optio, y todavía no había asimilado el ascenso a centurión. Sus antiguos compañeros de rango aún le trataban como a un igual. Era difícil mostrar respeto por un hombre a quien hacía poco habían visto como una cuba, vomitando vino barato. Pero Macro sabía que, a lo largo de los meses previos al ascenso, los oficiales superiores habían contemplado la posibilidad de que ocupara la primera vacante en la categoría de centurión, y, por tanto, había procurado que sus indiscreciones fueran mínimas. Porque si valoraban sus cualidades en conjunto, Macro era un buen soldado —cuando servía como tal—, aplicado en su deber, digno de confianza y obediente; además, se podía contar con él para resistir en la lucha y motivar a los demás a hacer lo mismo.

De repente, Macro se dio cuenta de que hacía rato que miraba fijamente al centinela, y éste, como es natural, se sentía incómodo, al ser escrutado en silencio por un superior. Y un oficial podía ser un canalla imprevisible, pensó el centinela, inquieto. En cuanto se les otorgaba poder, no sabían qué hacer con él o se limitaban a dar órdenes retorcidas y estúpidas.

— ¿Cuál es la orden, señor?

— ¿Orden? —Macro frunció el ceño—. De acuerdo. Ahora voy. Vuelve al portón.

—Sí, señor.

El centinela dio media vuelta y salió rápidamente del cuarto de letrinas de los oficiales subalternos, ante la mirada fulminante de media docena de centuriones. Una norma sobreentendida era no permitir bajo ningún concepto la entrada a los soldados durante una reunión en las letrinas. Macro se aplicó el palo con la esponja, se subió los pantalones y se disculpó ante los otros centuriones para salir a toda prisa.

Era una noche desagradable y soplaban un frío viento del norte que traía la lluvia de los bosques germanos. Ésta caía con fuerza sobre todo el Rin y sobre la fortaleza, y entraba en ráfagas de aire helado entre los barracones. Macro sospechaba que no gustaba a sus nuevos compañeros y estaba decidido a demostrar que se equivocaban. Aunque su propósito no estaba surtiendo precisamente el efecto deseado. La tarea de administrar el mando de ochenta hombres se había convertido en una pesadilla: los pormenores de la distribución de las raciones, los turnos para la limpieza de las letrinas, los turnos de guardia, las inspecciones de armas, las inspecciones de barracones, los libros de castigos, los recibos de la adquisición de pertrechos, la distribución del forraje para los caballos de la sección, el control de pagos, ahorros y funerales.

La única ayuda de la que disponía para desempeñar todas estas obligaciones provenía del administrativo de las centurias, un tipo viejo y arrugado llamado Piso, de quien Macro presentía una actitud deshonesto o pura incompetencia. Macro no tenía forma posible de averiguarlo, ya que era casi analfabeto. Tenía conocimientos básicos sobre letras y números, era capaz de reconocer la mayoría de éstos de forma aislada, pero de aquí no pasaba. Y ahora era centurión, un rango que exigía ser letrado. El legado había dado por sentado que Macro sabía leer y escribir al aprobar su nombramiento. Si se descubría que era tan analfabeto como un granjero, sabía que sería degradado de

inmediato. Hasta entonces había conseguido sortear el problema delegando en Piso los trámites burocráticos, alegando que sus otras tareas le ocupaban demasiado tiempo pero estaba seguro de que el administrativo empezaba a sospechar la verdad. Meneó la cabeza y se ajustó la capa al acercarse al portón de la fortaleza.

Era una noche cerrada y las nubes bajas oscurecían más el cielo, un claro indicio de que nevaría. Desde la penumbra se oían los sonidos propios de la vida en la fortaleza y que Macro ya conocía desde hacía doce años. Se oía a las mulas rebuznar en los establos al final de cada sección de barracones y a los soldados hablar y gritar desde las ventanas, a la luz temblorosa de las velas. En la barraca junto a la que pasaba, estalló una carcajada seguida de una risa femenina más aguda. Macro detuvo el paso y escuchó. Alguien había conseguido introducir a una mujer en el campamento. Ésta volvió a reír y empezó a hablar en latín con un fuerte acento, y su compañero la hizo callar al instante. Aquello suponía una flagrante violación del reglamento, y Macro se dio la vuelta con brusquedad para disponerse a entrar. Entonces se detuvo. Su deber era irrumpir en el lugar dando gritos de autoridad, enviar al soldado al cuartel militar y echar a la mujer del campamento. Pero esto significaba hacer una anotación en el libro de castigos, y, por tanto, tener que escribir.

Se contuvo, apartó la mano del cerrojo y volvió a la calle en silencio, al tiempo que la mujer soltaba otra risita que le remordió la conciencia. Echó un vistazo a su alrededor a fin de asegurarse de que nadie había presenciado su intento fallido de actuar y se apresuró hacia el portón sur. El maldito soldado se merecía una buena patada, y de haber pertenecido a su centuria se la habría propinado; nada de papeleo, una buena patada en las gónadas para asegurarse de que el castigo se correspondía con el delito. Además, por la voz, sólo podía tratarse de una de esas fulanas germanas del poblado próximo al campamento. Macro se consoló con la idea de que aquel legionario tal vez contrajera la gonorrea.

Pese a la oscuridad que envolvía las calles, Macro se desplazaba por instinto en la dirección correcta, pues todas las bases respondían al mismo plano en campamentos y fortalezas. En cuestión de minutos, llegó a la calle más ancha de la Vía Pretoria y se dirigió hacia al portón, donde la calle atravesaba los muros y se prolongaba hacia la parte sur del campamento base. El centinela que le había interrumpido en las letrinas le esperaba al pie de la escalera. Entró en la sala de guardia y subió la escalera de madera hasta la almena, donde un brasero proyectaba un resplandor cálido e incandescente. Cuatro legionarios jugaban a los dados en cuclillas junto al fuego. Tan pronto apareció la cabeza del centurión por las escaleras, se cuadraron.

—Descansad, muchachos —dijo Macro—. Seguid con lo que hacíais.

Cuando Macro levantó el pestillo, la puerta de la almena se abrió hacia dentro con un golpe de viento y el brasero se inflamó. Macro salió y cerró de un portazo. En el pasillo de guardia, el viento batía con fuerza y le rizaba la capa; tanto, que le arrancó el pasador del hombro izquierdo. Macro se estremeció y lo agarró para sujetarlo con fuerza contra su cuerpo.

— ¿Dónde están?

El centinela miró con detenimiento a la oscuridad desde las almenas y apuntó su

jabalina en dirección sur, hacia una luz diminuta que parpadeaba en la parte trasera de un carro. Macro forzó la vista y alcanzó a ver el contorno del vehículo y, tras éste, un grupo de hombres caminando a duras penas. Al final de la columna, avanzaba con más orden la escolta, cuyo trabajo consistía en no permitir que los rezagados interrumpieran la marcha. En total había unos doscientos hombres.

— ¿Llamo a la guardia, señor?

Macro se dio la vuelta hacia el centinela:

— ¿Qué has dicho?

— ¿Llamo a la guardia, señor?

Macro le miró cansinamente. Siro era uno de los hombres más jóvenes de la centuria y, aunque Macro se sabía todos los nombres de los soldados bajo su mando, aún no conocía bien su forma de ser ni sabía sobre sus vidas.

— ¿Hace tiempo que estás en el ejército?

—No, señor. En diciembre hará un año.

Macro pensó que no hacía mucho que había terminado la instrucción. Era evidente que seguía al pie de la letra las normas y las aplicaba en todo momento. Con el tiempo aprendería; sabría encontrar el punto medio entre atenerse a ellas de forma estricta y hacer lo necesario para salvar una situación.

— ¿Por qué tenemos que llamar a la guardia?

—El reglamento lo exige, señor. Si un grupo de hombres no identificado se acerca al campamento, debe alertarse a la centuria de guardia para cubrir el portón y los muros.

Macro frunció el ceño sorprendido. Citaba de memoria. No había duda de que Siro se había tomado la instrucción en serio.

— ¿Y luego qué?

— ¿Señor?

— ¿Qué pasa después?

—El centurión de guardia, una vez sopesada la situación, decide si es necesario dar la alerta general —contestó Siro sin variar el tono, y a continuación añadió—: señor.

—Muy bien hecho.

Macro sonrió y el centinela le devolvió la sonrisa aliviado, antes de que aquél se volviera para mirar la columna que se acercaba.

—Dime, ¿hasta qué punto crees que son una amenaza? ¿Te asustan, soldado? ¿Crees

que esos doscientos van a cargar contra nosotros, escalar los muros y matar salvajemente a todos los soldados de la segunda legión? ¿Qué crees?

El centinela miró a Macro, miró atentamente hacia las luces unos instantes y se volvió avergonzado al centurión:

—No lo creo.

—No lo creo, señor —dijo Macro con brusquedad, al tiempo que le daba un golpe en el hombro.

—Disculpe, señor.

—Dime, Siro, ¿has prestado atención a las instrucciones para la guardia?

—Por supuesto, señor.

—¿Has prestado atención a cada detalle?

—Creo que sí, señor.

—Entonces recordarás que he dicho que esperábamos la llegada de un convoy de reemplazo, ¿no? Y no tendrías que haberme sacado de la letrina y estropearme una buena cagada.

El centinela estaba abatido y le costaba soportar la expresión de resignación del centurión.

—Lo siento, señor. No volverá a ocurrir.

—Procura que así sea. De lo contrario, te doblaré las guardias de aquí a que acabe el año. Reúne a los demás en el portón. Yo llamaré a filas.

Abochornado, el centinela saludó y volvió a la sala de guardia. Macro oyó a los soldados levantarse y bajar las escaleras de madera para dirigirse hacia el portón principal. Se sonrió. El muchacho era aplicado y se sentía culpable de su error. Lo suficiente para que no se repitiera. Eso estaba bien. Hasta ese punto se podía lograr que un soldado fuera de fiar, pues no se nace soldado, reflexionó Macro.

Una inesperada ráfaga de aire sacudió al centurión, y éste se refugió en la sala de guardia. Se situó junto al brasero y suspiró aliviado cuando el calor invadió su cuerpo. Momentos después, abrió el postigo de la ventana y miró hacia la oscuridad de la noche. El convoy estaba cerca y ya se distinguían el carro y los hombres de la siguiente columna. «Un lamentable grupo de reclutas—pensó—, sin un ápice de espíritu.» A pesar de avistar el refugio, seguían marchando con una penosa *apatía*.

De repente empezó a llover con más fuerza. Las gotas azotaban su piel, y ni aun así el convoy aligeró el paso. Macro sacudió la cabeza en un ademán de desesperación y empezó con las formalidades. Abrió el postigo principal, sacó la cabeza por la ventana y respiró hondo.

— ¡Alto ahí! —gritó—. ¡Identifíquense!

El carro frenó a unos cincuenta metros del muro, y una figura junto al arriero se levantó para contestar:

—Convoy de refuerzo procedente de Aventico y escolta, Lucio Batacio Bestia al mando.

— ¿Contraseña? —exigió Macro pese a conocer perfectamente a Bestia, el centurión superior de la segunda legión y, por tanto, muy por encima de su rango.

—Erizo. ¿Permiso para aproximarnos?

—Aproxímate, amigo.

El carretero apremió con el látigo a los bueyes para subir la cuesta que conducía al portalón, y Macro fue hasta el postigo de la fortaleza. Abajo, los centinelas se apiñaban a un lado para refugiarse de la lluvia.

—Abrid las puertas —ordenó Macro.

Uno de los soldados se apresuró a descerrar el cerrojo y los otros apartaron la barra. Las puertas de madera crujieron al abrirse de par en par cuando el carro ya había alcanzado el final de la cuesta y tomaba impulso para entrar en el campamento. Desde la sala de guardia, Macro observó al carro hacerse a un lado. Bestia saltó de su asiento para hacer señas con su bastón de vid a la procesión de nuevos reclutas, que iban cruzando el umbral empapados.

— ¡Vamos, cretinos! ¡Moveos! ¡Deprisa! ¡Cuanto antes crucéis la puerta, antes entraréis en calor y antes os podréis secar!

Los reclutas, que habían seguido al carro a lo largo de más de trescientos kilómetros, empezaron a agruparse a su alrededor una vez dentro. La mayoría vestía capas de viaje y llevaba sus pertenencias en un atillo. Los más pobres no llevaban nada; algunos, ni siquiera tenían capas y temblaban bajo la lluvia y el viento helado. Al final había una cadena de presos que habían preferido el ejército a la cárcel.

Bestia enseguida se abrió paso entre la creciente multitud, apartando a los hombres con el bastón para hacerse un lugar entre ellos.

— ¡No os quedéis ahí como borregos! Haced sitio para los soldados de verdad. Poneos al final de la calle y alineaos aquí. ¡¡Ahora mismo!!

El último de la fila cruzó a trompicones la entrada y siguió a los demás para ocupar un lugar en la línea irregular que se estaba formando frente al carro. Por último, la escolta de veinte hombres entró marcando el paso y se detuvo sincrónicamente al grito de mando de Bestia. Hizo un pausa para evidenciar la comparación. Mientras, Macro daba a los centinelas la orden de cerrar las puertas y volver a su trabajo. Bestia se volvió hacia los reclutas con las piernas abiertas y las manos sobre las caderas.

—Estos hombres —Bestia los señaló con la cabeza— son miembros de la segunda legión, la legión augusta, la más fuerte de todo el ejército romano, no lo olvidéis. No hay una sola tribu bárbara, por muy remota, que no haya oído hablar de nosotros ni sienta pánico hacia nosotros. La segunda legión es la unidad que ha matado a más escoria germana y la que más territorio suyo ha conquistado. Y todo porque preparamos a nuestros hombres para ser los luchadores más malvados, más despiadados y más duros del mundo civilizado... Vosotros, en cambio, sois un montón de inútiles fofos e insignificantes. Ni siquiera sois hombres. Sois la forma de vida menos digna de llamarse romana. Os desprecio a todos y voy a eliminar toda la escoria para que sólo los mejores entren a formar parte de mi querida segunda legión y sirvan bajo el águila. Os he estado observando desde Aventico y, señoritas, no me han impresionado precisamente. Os alistasteis y ahora sois todos míos. Os instruiré, os curtiré, os haré hombres. Y entonces, si estáis preparados, y cuando yo lo decida, sólo entonces, os permitiré ser legionarios. Si alguno de vosotros no me da hasta la última brizna de energía y dedicación, lo destruiré con esto —levantó en alto el sarmiento retorcido para que todos lo vieran—. ¿Ha quedado claro, miserables?

Los reclutas asintieron en un murmullo; algunos, de tan cansados, lo hicieron con la cabeza.

— ¿Qué se supone que ha sido eso? —Bestia gritó enfadado—. ¡No he oído una mierda!

Se acercó a los reclutas y agarró a uno por el cuello de la capa. Macro se percató de que éste no iba vestido como los demás. El corte de la capa era sin lugar a dudas caro, a pesar del barro endurecido que lo cubría. Era el soldado más alto, aunque delgado y de aspecto delicado: la víctima perfecta para un castigo ejemplar.

— ¿Qué mierda es esto? ¿Qué carajo hace un soldado con una capa más cara de lo que yo me puedo permitir? ¿La has robado, muchacho?

—No —contestó el recluta con tranquilidad—. Me la dio un amigo.

Bestia le dio un golpe en el estómago con el bastón, y el recluta se dobló y cayó al suelo sobre un charco. Bestia le miraba con el bastón levantado, a punto para otro golpe.

— ¡Cuando te dirijas a mí, di señor! ¿Entendido?

Macro vio cómo el joven respiraba con dificultad al intentar responder. Bestia le atizó un golpe más sobre la espalda, y el muchacho gritó.

—Te he hecho una pregunta.

— ¡Sí, señor! —exclamó el recluta.

— ¡Más alto!

— ¡¡Sí, señor!!

—Eso está mejor. Veamos qué más tienes por aquí.

El centurión le cogió de un tirón la manta que le hacía las veces de bolsa y la abrió. El contenido de ésta se desparramó por el suelo enfangado: algunas mudas, un frasquito, algo de pan, dos pergaminos y un juego de caligrafía encuadernado en piel.

— ¿Pero qué...? —el centurión centró la mirada en esto último. Luego la levantó lentamente—. ¿Qué es esto?

—Mis utensilios de escritura, señor.

— ¿Utensilios de escritura? ¿Para qué quiere un legionario utensilios de escritura?

—Prometí escribir a mis amigos de Roma, señor.

— ¿Tus amigos? —Bestia se sonrió—. ¿No tienes a una madre a la que escribir? ¿Ni a un padre? ¿Eh?

—Murió, señor.

— ¿Sabes cómo se llamaba?

—Por supuesto, señor. Era...

— ¡Silencio! —Bestia le interrumpió—. Me importa un carajo quién era. Aquí todos sois unos cretinos. Así que dime, cretino, ¿cómo te llamas?

—Quinto Licinio Cato..., señor.

—Bien, Cato, hay dos tipos de legionarios que saben escribir: los espías y los imbéciles que se creen tan buenos que van a llegar a oficiales. ¿A qué grupo perteneces tú?

El recluta le miró con recelo:

—A ninguno de los dos, señor.

—En ese caso, estos bártulos no te harán ninguna falta, ¿verdad? —Bestia dio una patada a los instrumentos y a los pergaminos, que cayeron en un canal de desagüe que había en medio de la calle.

— ¡Cuidado, señor!

— ¿Qué has dicho? —el centurión se dio la vuelta bruscamente con el bastón preparado—. ¿Qué me has dicho?

—He dicho cuidado, señor. Uno de esos pergaminos es un mensaje personal para el legado.

— ¡Un mensaje personal para el legado! Muy bien, en ese caso...

Macro sonrió al ver al centurión vacilar por unos instantes. Había oído todo tipo de excusas y explicaciones, pero era la primera vez que oía una así. ¿Qué demonios hacía un recluta con un mensaje personal para el legado? Un gran misterio que además le había bajado los humos a Bestia. Aunque por poco tiempo: el centurión clavó el bastón en los pergaminos.

—Maldita sea, coge eso y tráelo aquí. Acabas de llegar y ya has puesto patas arriba el campamento. Miserables reclutas —se quejó—. Me dais ganas de vomitar. Ya me has oído. ¡Recógelo!

Mientras el recluta se agachaba a recoger sus pertenencias, Bestia gritó una serie de órdenes para asignar un grupo de reclutas a cada miembro de la escolta para que los condujeran a sus unidades correspondientes.

— ¡Moveos! ¡¡Tú no!! —Bestia se refería al recluta solitario que había conseguido guardar sus pertenencias en la manta y ya se encaminaba, bajo la lluvia, hacia el grupo de soldados—. ¡Aquí! ¿Y vosotros qué miráis?

La escolta de legionarios empezó a destacar sus órdenes. Mientras se llamaba y agrupaba a los reclutas, Bestia agarró el pergamino que Cato le ofrecía. Resguardándolo como podía de la lluvia, leyó la dirección del lacre. Comprobó el sello, volvió a comprobar la dirección, e hizo una pausa para pensar en el siguiente paso. Al levantar la vista a la sala de guardia, descubrió a Macro sonriendo. Aquello le hizo tomar una determinación.

— ¡Macro! ¡Mueve el culo y baja!

Instantes después Macro estaba cuadrado frente a Bestia, bajo la lluvia, que le hacía guiñar los ojos a cada gota que caía del ala de su casco.

—Parece auténtico. —Bestia sacudió el pergamino bajo la mirada del oficial subalterno—. Quiero que te lleves esto y que escoltes a nuestro amigo hasta el cuartel general.

—Estoy de guardia.

—Te sustituiré hasta que vuelvas. Moveos.

— ¡Cretino! —renegó Macro para sí. Bestia no tenía ni idea de la importancia de la carta, ni siquiera de si era auténtica. Pero prefería no arriesgarse. En estos tiempos, las comunicaciones a los legados se transmitían por medios extraños, incluso cuando procedían de altos rangos. Mejor sería que otro cargara con la culpa, en caso de que la carta no tuviera ningún valor.

—Sí, señor —contestó Macro con desgana, al coger el pergamino.

—No tardes demasiado, Macro. Tengo una cama caliente esperándome.

Bestia se encaminó hacia la sala de guardia y subió las escaleras al abrigo del cuarto de centinelas. Macro lo fulminó con la mirada. Luego se dio la vuelta para echar un vistazo

al nuevo recluta, el causante de la caminata bajo la lluvia hasta el edificio del cuartel general. Tuvo que alzar la cabeza para escrutar al muchacho, que le sacaba unos treinta centímetros. Bajo la capa de viaje había una mata de pelo negro que la lluvia había aplastado formando hebras desordenadas. Bajo una frente plana, dos ojos penetrantes destellaban a cada lado de una nariz larga y fina. El chico tenía la boca cerrada, pero el labio inferior temblaba ligeramente. Pese a tener la ropa empapada y salpicada de barro tras el largo viaje desde el depósito de Aventico, ésta era de una calidad sorprendente. En cuanto a los utensilios de escritura, los libros y la carta para el legado... Era evidente que aquel recluta tenía algo especial. Sabía qué era el dinero, pero, en tal caso, ¿por qué alistarse en el ejército?

—Cato, ¿verdad?

—Sí.

—A mí también se me llama señor —le dijo Macro con una sonrisa.

Cato se puso erguido en una posición parecida a la de firme y Macro se rió:

—Descansa, muchacho. Descansa. No desfilas hasta mañana por la mañana. Vamos a entregar esta carta.

Macro le dio un suave empujón y se dirigieron hacia el centro de la base, donde se divisaba el imponente edificio del cuartel general. De camino, miró detalladamente la carta por primera vez y soltó un silbido.

— ¿Sabes qué significa este sello?

—Sí..., señor. Es el sello imperial.

— ¿Y por qué el servicio imperial iba a utilizar a un recluta de mensajero?

—No tengo ni idea, señor —contestó Cato.

— ¿De quién es?

—Del emperador.

Macro contuvo una exclamación. Decididamente, el chico había suscitado su interés. ¿Qué diablos hacía el emperador enviando un mensaje a través de un recluta miserable? A no ser que aquel muchacho fuera más importante de lo que parecía. Macro decidió que haría falta un acercamiento diplomático inusual si quería saber algo más.

—Disculpa la pregunta, pero ¿por qué estás aquí?

— ¿Por qué estoy aquí, señor? Me he alistado al ejército, señor.

— ¿Pero por qué? —insistió Macro.

—Por mi padre, señor. Antes de morir, estuvo en el servicio imperial.

— ¿A qué se dedicaba?

Al ver que el chico no contestaba, le miró y vio que tenía la cabeza gacha y una expresión preocupada:

—Di.

—Era un esclavo, señor —la vergüenza al admitirlo era evidente, incluso para un tipo franco como Macro—. Antes de ser liberado por Tiberio. Yo nací poco antes.

—Qué duro —Macro le compadeció; la categoría de liberto no se heredaba—. Entiendo que tú fuiste emancipado poco después. ¿Te compró tu padre?

—No se le permitió, señor. No sé por qué razón, Tiberio no le dejó hacerlo. Mi padre murió hace unos meses. En su testamento pedía que se me liberara a condición de que siguiera sirviendo al Imperio. El emperador Claudio aceptó, siempre y cuando me alistara en el ejército, y aquí estoy.

—Hum. No es un trato excelente que digamos.

—No estoy de acuerdo, señor. Ahora soy libre. Es mejor que ser esclavo.

— ¿De verdad lo crees? —Macro sonrió. No parecía un buen cambio de categoría: de las comodidades de palacio a la dura vida en el ejército, y la posibilidad ocasional de arriesgar la vida en la batalla. Macro había oído que algunos de los hombres más ricos y poderosos de Roma estaban entre los esclavos y libertos empleados en el servicio imperial.

—No importa, señor —terminó Cato en tono amargo—. Tampoco tuve ninguna posibilidad de escoger.

CAPITULO II

Los guardias a la puerta del edificio del cuartel general cruzaron las lanzas en cuanto vieron salir a dos personas de la oscuridad: una llevaba el yelmo con cresta propio de un centurión y la otra era un joven desaliñado. Entraron en el pórtico, a la luz de las antorchas sujetas con abrazaderas.

—La contraseña.

—Puerco espín.

— ¿De qué se trata, señor?

—Este chico trae un despacho para el legado.

—Un momento, señor.

El guardia se dirigió hacia el patio interior y los dejó bajo la atenta mirada de los otros guardias, tres hombres corpulentos, seleccionados para formar parte de la escolta del legado. Macro se desabrochó la correa de la barbilla y se quitó el casco para sujetarlo bajo el brazo, listo para presentarse ante un superior. Cato dejó caer el suyo sobre la espalda y se apartó las greñas a un lado. Durante la espera, Macro se dio cuenta de que el joven se miraba minuciosamente, a pesar de los escalofríos. Macro se compadeció de él al recordarse a sí mismo a la espera de ser admitido en el ejército: la emoción se mezclaba con el miedo a un mundo completamente desconocido de normas estrictas, peligros y una vida dura, lejos de la comodidad del hogar.

Cato empezó a escurrirse el agua de la capa y pronto se formó un charco a sus pies.

— ¡Deja de hacer eso! —saltó Macro—. Lo estás poniendo todo perdido. Ya te secarás después.

Cato le miró con la capa entre las manos. Iba a quejarse cuando se dio cuenta de que los otros soldados le miraban con desaprobación.

—Lo siento mucho —murmuró y soltó la capa.

—Mira, muchacho —dijo Macro lo más amablemente posible—, a nadie le importa que un soldado esté hecho un desastre si no puede evitarlo. Lo que molesta es un soldado que no se está quieto. Eso crispa los nervios. ¿Verdad, chicos?

Se dio la vuelta a los guardias, que asintieron con la cabeza rotundamente.

—Así que, a partir de ahora, estate quieto. Acostúmbrate a no moverte y a esperar. Te darás cuenta de que así es como pasamos la mayor parte del tiempo.

Los guardias suspiraron en un gesto de conformidad. Se acercaron unos pasos procedentes del patio interior y el guardia volvió al pórtico.

—Por favor, señor, sígame. El chico también.

— ¿Nos va a recibir el legado?

—No lo sé, señor. Me han ordenado escoltarles hasta el tribuno superior. Por aquí, por favor.

Atravesaron un arco y llegaron a un patio rodeado de un pasillo cubierto. El agua de la lluvia se derramaba por las tejas y caía a chorros por los canalones que la desviaban a la calle. El guardia los llevó a un lado del patio hasta una entrada situada en el lado opuesto al pórtico. Tras la puerta, el edificio se ensanchaba en una gran sala con oficinas a cada lado y, al fondo, una enorme cortina púrpura cubría el altar de la legión.

Dos portaestandartes con las espadas desenvainadas estaban cuadrados frente a la cortina. El guardia torció a la izquierda, se detuvo ante una puerta y llamó dos veces.

—Adelante —invitó a entrar una voz, y el guardia abrió la puerta al instante.

Macro entró el primero e hizo señas a Cato para que le siguiera. Era una sala estrecha, pero se prolongaba lo suficiente para albergar una mesa a lo largo de una pared y un estante de pergaminos al fondo. Sentado a la mesa había un tribuno. Macro lo conocía de vista, Aulo Vitelio, un mujeriego de Roma que había decidido decantarse por la carrera política a partir de la administración de la legión. Vitelio era un hombre gordo cuya piel aceitunada revelaba su origen del sur de Italia. Al entrar las visitas, echó su silla hacia atrás y se volvió hacia ellos.

— ¿Dónde está esa carta? —Tenía una voz cavernosa y mostraba cierta impaciencia.

Macro se la entregó y dio un paso atrás. Cato permaneció a su lado en silencio, junto al brasero. Sonrió de satisfacción al sentir el calor en el cuerpo y dejó de temblar.

Vitelio echó una mirada rápida a la carta y pasó los dedos por el sello imperial, muerto de curiosidad.

— ¿Sabes qué es esto?

—El chico dice que es...

—No te pregunto a ti, centurión... ¿Y bien?

—Creo que se trata de una carta personal del emperador Claudio, señor —contestó Cato.

Al tribuno no le pasó desapercibido el carácter «personal» que recalcó Cato, y aquél clavó una mirada fría sobre el muchacho.

— ¿Y qué crees que pueda ser tan personal que el emperador te haya confiado a ti la entrega de la misma?

—No lo sé, señor.

—Exacto. De modo que puedes dejármela e irte tranquilo. Me encargaré de que el legado la reciba a su debido tiempo. Pueden retirarse.

Macro se dirigió de inmediato hacia la puerta, pero el joven recluta vaciló.

—Disculpe, señor. ¿Me permite la carta?

Vitelio levantó la vista atónito, al tiempo que Macro agarraba del brazo al chico.

—Vamonos, muchacho. El tribuno es un hombre ocupado.

—Se me ordenó que lo entregara en persona, señor.

— ¿Cómo te atreves? —dijo Vitelio en voz baja juntando las cejas, a la vez que el fuego del brasero se reflejaba sobre unos ojos oscuros.

Por un instante Macro observó el intercambio de expresiones; la ira contenida del tribuno frente al miedo y desafío del muchacho. En un gesto repentino, el tribuno dirigió su mirada al centurión y forzó una sonrisa.

—De acuerdo. En persona será. —Vitelio se levantó con el pergamino en la mano. — Acompañame.

Vitelio les condujo a través de un corto pasillo en pendiente que desembocaba en una antecámara, donde el secretario del legado trabajaba en una mesa colocada junto a una enorme puerta tachonada. Éste alzó la cabeza al verlos y, ante la presencia de Vitelio, se levantó con aire cansino.

— ¿Puedo ver al legado? —preguntó Vitelio en tono firme.

— ¿Es urgente, señor?

—Se trata de un envío del emperador.

Vitelio extendió el brazo para mostrar el sello. El secretario llamó enseguida al despacho del legado sin esperar respuesta, entró y cerró la puerta. Se hizo un silencio, y luego la puerta volvió a abrirse. El secretario hizo pasar a Vitelio y ordenó con la mano a los otros que esperaran. Desde fuera, Macro oyó perfectamente a Vespasiano levantar el tono de voz, interrumpido por algún monosílabo de Vitelio. El rapapolvo no duró demasiado, pero el tribuno procuró fulminar con la mirada al centurión al pasar junto a él, de camino a la oficina de la sala de administración.

—El legado les espera —el secretario les hizo una señal con el dedo.

Macro estaba furioso con Bestia. Él se encargaría de aquella maldita carta. Se le había ordenado acompañar al muchacho al cuartel general, y estaba a punto de enfrentarse a la ira del legado por hacerle perder su valioso tiempo. Si el legado podía hacer callar a gritos al tribuno, sólo los dioses sabían qué haría con un humilde centurión. Y todo por culpa del maldito chico. En un acto reflejo, Macro pasó al joven la mirada que había recibido de Vitelio y tragó saliva, nervioso, al cruzar a paso rápido la puerta, ante la presencia del orgulloso secretario. En aquel momento habría preferido luchar él solo contra diez guerreros galos.

Como cabía esperar, el despacho del legado era espacioso. La parte del fondo albergaba una mesa con la parte superior de mármol tras la que se sentaba Tito Flavio Sabino Vespasiano, quien levantó la vista de la carta con el ceño fruncido.

—Bien, centurión. ¿Qué haces aquí?

— ¿Señor?

—Deberías estar de guardia.

—Obedezco órdenes, señor. Se me ordenó acompañar a este nuevo recluta al cuartel general y asegurarme de que le llegaba la carta.

— ¿Quién te envía?

—Lucio Batacio Bestia. Me está relevando hasta que vuelva, señor.

— ¿Te está relevando? —Vespasiano frunció el ceño. Luego miró al joven recluta de pie, junto a Macro, inmóvil para destacar lo menos posible. El legado escrutó de un vistazo al chico para sopesar su potencial—. ¿Tú eres Quinto Licinio Cato?

—Sí, señor.

— ¿De palacio? —Sí, señor.

—No es muy normal, que se diga —dijo Vespasiano en tono pensativo—. De palacio no salen demasiados reclutas para las legiones, a excepción de mi esposa; hasta a ella le está costando adaptarse a las miserables estancias privadas del legado. Dudo que nuestro estilo de vida sea de tu agrado, pero ahora eres un soldado, y no hay más.

—Sí, señor.

—Esta carta —Vespasiano agitó el manuscrito— es un mensaje de presentación. Por lo general, mi secretario se encarga de este tipo de asuntos banales porque yo tengo mejores cosas que hacer, como por ejemplo, estar al mando de la legión. De modo que puedes figurarte hasta qué punto me ha irritado que el tribuno perdiera su tiempo y, más todavía, el mío, con este asunto. —Vespasiano hizo una pausa, y los dos subordinados se empequeñecieron bajo su mirada. Luego prosiguió con un tono más moderado—: Sin embargo, dado que esta carta es de Claudio, como bien sabéis, debo respetar su poder para molestar a uno de sus legados con detalles insignificantes. Me dice que en agradecimiento al servicio prestado por tu padre a Roma en sus últimos años de vida te convierte en un hombre libre, y desea que te nombre centurión de mi legión.

—Oh —contestó Cato—. ¿Eso es algo bueno, señor?

Macro resopló de furia por un momento antes de recuperar el control y apretar los puños contra los muslos.

— ¿Ocurre algo, centurión? —preguntó Vespasiano.

—No, señor —alcanzó a mascullar Macro entre dientes.

—Bien, Cato —siguió diciendo Vespasiano en tono templado—, a pesar de los deseos del Emperador, no cabe la posibilidad de que yo te nombre centurión. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, señor. Cumpliré diecisiete el mes que viene.

—Dieciséis... Apenas eres adulto. Es evidente que eres demasiado joven para estar al

mando de un grupo de hombres.

—Si me permite, señor, Alejandro sólo tenía dieciséis años cuando dirigió a su primer ejército en una batalla.

Los cejas de Vespasiano se levantaron en un gesto de sorpresa.

— ¿Te comparas con Alejandro? ¿Qué sabes de asuntos militares?

—He estudiado sobre el tema, señor. Conozco la obra de Jenofonte, Herodoto, Tito Livio y, por supuesto, Julio César.

—Y ello hace de ti un experto en el ejército romano moderno, ¿verdad? —Vespasiano estaba disfrutando con la desmedida soberbia del joven—. En fin, debo decir que desearía que todos nuestros reclutas fueran tan duchos en el arte de la guerra. Sería toda una novedad que un ejército usara el intelecto en vez de la fuerza. Sería algo realmente distinto, ¿verdad, centurión?

—Sí, señor —contestó Macro—. Tendríamos jaqueca en vez de agujetas, señor.

Vespasiano miró a Macro con sorpresa.

— ¿Eso pretendía ser un chiste, centurión? No apruebo que los oficiales subalternos se hagan los graciosos. Esto es el ejército, no una comedia de Plauto.

—Sí, señor. ¿Quién, señor?

—Un dramaturgo —explicó Cato a Macro en tono paciente—. Plauto adaptó obras del teatro griego...

—Ya basta, hijo —interrumpió Vespasiano—. Resérvalo para las tertulias literarias, si es que vuelves algún día a Roma. Y ya está decidido: no serás centurión.

—Pero señor...

Vespasiano alzó una mano para hacerle callar y luego señaló a Macro:

— ¿Ves a este hombre? Ahora es centurión. ¿Cómo te crees que llegó a serlo?

Cato se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, señor.

— ¿Ni idea? Pues escucha: este hombre, Macro, ha sido legionario muchos años..., ¿cuántos, centurión?

—Catorce años, señor.

—Catorce años. Y en ese tiempo ha recorrido la mitad del mundo conocido. Este hombre ha luchado en sabe Júpiter cuántas batallas y cuántos combates menores. Ha

sido adiestrado para usar todas las armas del ejército. Es capaz de recorrer más de trescientos kilómetros en un día cargado con el traje de campaña completo y los pertrechos. Ha sido instruido para nadar, construir caminos, puentes y fuertes. Es capaz de hacer todo esto y mucho más. Este hombre puso a salvo a sus hombres cuando los germanos les cortaron el paso en el otro extremo del Rin. Y entonces, y sólo entonces, se contempló la idea de ascenderle a centurión. Dime, de todo esto, ¿qué eres capaz de hacer tú? Ahora mismo.

Cato se detuvo un instante a pensar.

—Sé nadar, señor..., un poco.

—¿Te has planteado hacer carrera en la armada? —preguntó Vespasiano a la expectativa.

—No. Me mareo.

—Vaya. En fin, me temo que el hecho de saber nadar no te faculta para estar al mando de un grupo de hombres, pero ya que necesitaremos a todos los hombres que podamos adiestrar con vistas al próximo año, te permitiré alistarte en la segunda legión. Retírate... Es la forma de decir en el ejército «por favor, sé un buen muchacho y espera afuera».

—Sí, señor.

Una vez el joven salió por la puerta, Vespasiano movió la cabeza en un ademán de desaprobación.

—¿En qué se está convirtiendo el mundo? ¿Cree que podemos hacer de él un soldado, centurión?

—No, señor —respondió Macro inmediatamente—. El ejército es un lugar demasiado peligroso para críticos teatrales.

—También lo es Roma —suspiró Vespasiano, al recordar a aquellos que habían osado dar una opinión precipitada sobre la producción literaria más tardía de Calígula. Y la situación no había mejorado bajo el gobierno de Claudio, su sucesor.

El nuevo primer secretario, el liberto Narciso, tenía espías por todas partes, encargados de recopilar informes sobre la dudosa lealtad de cualquier romano que supusiera una mínima amenaza para el nuevo régimen. Tras el intento fallido de golpe de estado secundado por Escriboniano, en Roma se respiraba un clima pernicioso, y Vespasiano había sido informado recientemente de que habían detenido a varios amigos de su mujer. Hacía poco que Flavia, atemorizada, se había reunido con él en la base, y Vespasiano deseaba, si bien no por vez primera, que su esposa fuera más prudente al escoger sus amistades. Era lo que cabía esperar, pensaba Vespasiano, al casarse con una mujer que había sido educada en la alta esfera política de la familia imperial. Al igual que sucedía con el joven que esperaba tras la puerta. Vespasiano levantó la vista.

—De acuerdo, centurión, veremos qué se puede hacer respecto al joven Cato. ¿Está recuperada tu centuria? ¿No has perdido recientemente a tu asistente?

—Sí, señor. El optio ha muerto esta mañana.

—Bien, eso facilita las cosas. Alista al muchacho en tu centuria y nómbrale optio.

— ¡Pero señor!

—Pero nada. Es una orden. No podemos nombrarle centurión y yo no puedo modificar demasiado un mandato imperial. De modo que es inevitable. Retírate.

—Sí, señor —Macro saludó, dio media vuelta y salió del despacho quejándose entre dientes.

Por tradición, el centurión era el encargado de financiar el puesto de optio, y no costaba poco dinero. Tendría que asegurarse, fuera como fuere, de que el chico no durara demasiado. Al fin y al cabo, un joven endeble de ciudad que no parecía querer estar en el ejército podía ser fácilmente inducido a pedir la baja si se le daba el empujón adecuado.

Cato le esperaba afuera. El muchacho esbozó media sonrisa y Macro se contuvo para no darle una patada.

— ¿Qué se ha decidido, señor?

—Cállate y ven conmigo.

—Sí, señor.

—Muchachos, os presento al nuevo optio.

En el oscuro comedor las caras se volvieron hacia el centurión, iluminado con la pálida luz naranja de las pocas lámparas que podían permitirse. Una vez desplazaron la mirada del centurión al joven alto que había junto a él, pocos disimularon su asombro.

— ¿Ha dicho..., el nuevo optio, señor? —preguntó alguien.

—Así es, Pírax.

— ¿No es un poco..., en fin, joven?

—Parece que no —respondió Macro amargamente—. El emperador ha decretado un nuevo procedimiento de selección de oficiales subalternos. Hay que ser alto y flaco y saber de historia grecolatina. Y aquellos que se han tomado la molestia de leer extrañas obras literarias tienen un trato preferente.

Los hombres le miraban sin comprender nada, pero Macro estaba demasiado contrariado para dar una explicación convincente.

—Bien, aquí lo tenéis. Pírax, quiero que lo lledes ante mi administrativo. Inscríbelo y dale una placa. Formará parte de tu sección.

—Señor, pensaba que sólo los oficiales podían inscribir a los reclutas.

—Ahora estoy demasiado ocupado —bramó Macro—. De todas formas, es una orden. Lo dejo bajo tu responsabilidad. Así que en marcha.

Macro salió a toda prisa del comedor para dirigirse a su cuartel.

Piso esperaba en su pequeña oficina con algunos papeles.

—Señor, si es tan amable de firmar...

—Más tarde. —Macro le apremió agitando una mano y agarró de un tirón una capa seca. — Debo volver a hacer guardia.

Al cerrarse la puerta, Piso se encogió de hombros y volvió a su escritorio.

Algo más tarde, Cato estaba sentado sobre una litera de las habitaciones. Era tan alto que tocaba con la cabeza la paja que había bajo las tejas. Se estremeció al pensar si no habría ratas entre las vigas, y empezó a tocarse con nerviosismo la placa de plomo que le colgaba del cuello. En ella había grabados su nombre, el de la legión y el sello imperial. La llevaría con él hasta el día en que abandonara el ejército o muriera en combate. En tal caso, serviría para identificar su cadáver. Con la barbilla apoyada sobre las rodillas, Cato se preguntaba cómo iba a librarse de aquella espantosa situación. La habitación de su sección, con literas apiñadas para ocho hombres, no era mejor que uno de los establos reservados para los caballos de palacio.

¡Y aquellos hombres! Eran más bien animales. Pírax le había dado una vuelta de presentación por el comedor, y Cato había hecho un gran esfuerzo para disimular el asco que sentía de aquellos legionarios apestosos, borrachos, incapaces de contenerse los pedos y eructos. Por su parte, éstos no parecían saber con qué ojos mirarle, si bien se reflejaba en ellos cierto rencor. Al parecer, eran muchos los que se esforzaban por conseguir el puesto de optio. Nominalmente, Cato era su superior, pero ello no implicaba que fuera a ser tratado como tal.

Las conversaciones se limitaban a discutir sobre quién se había acostado con más mujeres, quién había matado a más bárbaros, quién escupía más lejos, quién se tiraba los pedos más fuerte... Tal vez fuera estimulante para los sentidos, pero no para la mente. Tras esperar un tiempo prudencial, Cato había pedido a Pírax si era tan amable de indicarle dónde estaba su habitación. Al preguntarlo, todo el comedor le miró boquiabierto, sin dar crédito a lo que habían oído. Cato intuyó entonces que había metido la pata, y pensó que si se acostaba temprano las cosas se calmarían.

CAPITULO III

Al día siguiente, al anochecer, cuando la penumbra caía sobre la fortaleza y el helado viento de invierno empezaba a ser cortante, Cato entró en la habitación arrastrando los pies, agotado. La habitación de su sección estaba en silencio, pero al cerrar la puerta se dio cuenta de que no estaba solo. Sintió una punzada de irritación por esa intromisión al momento de intimidad que había esperado encontrar. Pírax estaba sentado en su litera zurciendo una túnica de repuesto a la débil luz del postigo abierto. Alzó la vista cuando Cato se disponía a tumbarse en la litera sin desvestirse.

—Un día duro, ¿eh, novato?

—Sí —gruñó Cato sin ganas de entablar una discusión.

—Pues irá a peor.

—No me digas...

— ¿Crees que aguantarás?

—Sí —dijo Cato firmemente—. Aguantaré.

—Seguro que no. —Pírax acompañó su afirmación con un golpe de cabeza. — Eres demasiado blandengue. Te doy un mes.

— ¿Un mes? —replicó Cato irritado.

—Pues sí. Un mes si eres sensato... Más, si eres idiota.

— ¿De qué estás hablando?

—No tiene sentido que tú estés aquí. No estás hecho para esto..., no eres más que un chaval acoquinado.

—Tengo casi diecisiete años, suficiente edad para ser soldado.

—Demasiado joven todavía. Y no estás en forma. Bestia te va a destrozar en menos que canta un gallo.

— ¡No es verdad! Puedes estar seguro. —Cato se dejó llevar de forma imprudente por un arrebato de efusividad adolescente. — Antes moriré.

—Es posible. —Pírax se encogió de hombros. — No creo que lo lamente mucha gente.

— ¿A qué te refieres?

—A nada...

Volvió a encogerse de hombros y siguió cosiendo bajo la mirada de Cato, sin hacer caso del bochorno que había provocado en el joven. En vez de prestarle atención, se concentró en coser los puntos rectos. Cato le observaba sin interés alguno: había visto a los esclavos de palacio remendando ropa miles de veces. Sin embargo, el trabajo de hilar, tejer y coser siempre había sido cosa de mujeres, y era novedoso ver a un hombre manejar la aguja con tanta habilidad.

Cato era muy consciente de que su nombramiento como *optio* estaba siendo la causa de mucha antipatía hacia él. Parecía que ya tenía problemas con Bestia, el centurión encargado de la instrucción. Aún peor, algunos reclutas no disimulaban su hostilidad hacia él, en concreto un grupo de hombres enviados a la legión, procedentes de la prisión de Perusia, que habían hecho todo el viaje unidos por cadenas. Su líder autoproclamado era un hombre que destacaba por ser fornido y feo hasta tal punto, que lo apodaron Pulcher, el bello. Cierta día, durante el viaje, Cato iba justo detrás de Pulcher cuando éste le pidió un trago de su petaca de vino. Era un detalle insignificante, pero el tono empleado era tan amenazador que Cato le pasó la petaca sin pensarlo. Pulcher tomó un buen trago; cuando Cato le pidió la petaca, aquél se la había pasado a sus amigos.

— ¿La quieres, muchacho? —preguntó Pulcher con una mueca burlona—. Pues tómala.

—Devuélvemela.

—Oblígame.

Cato se estremeció al recordar aquella situación, y la conciencia volvía a preguntarle si aquella era la actitud propia de un soldado. Un soldado de verdad habría golpeado a aquel hombre y habría recuperado la petaca. Pero el lado racional de su mente se oponía, pues uno tenía que estar hecho de ladrillo para enfrentarse a Pulcher, a sus robustos brazos y a sus manos como palas. Como si le hubiera leído el pensamiento, Pulcher le gruñó y Cato dio un paso hacia atrás instintivamente, cosa que dio pie a que todos se rieran. Se había sonrojado de vergüenza y aún se sonrojaba ahora, a pesar de pensar que retirarse ante una fuerza superior era de lo más razonable; de hecho, era un alarde de sentido común. Un amable soldado de la escolta recuperó la petaca y la lanzó a Cato entre carcajadas. Pulcher escupió en su dirección antes de que el soldado le empujara con el extremo de su lanza para que volviera a colocarse en la fila.

—Te veré en el campamento, chico —gruñó Pulcher, alzando sus cadenas—. En cuanto me libre de esto.

Desde su llegada a la fortaleza, los reclutas habían estado ocupados con los quehaceres del ejército, y Cato esperaba que Pulcher se hubiera olvidado de él. Había tratado por todos los medios de estar lo más lejos posible de él, hasta de su mirada, en un intento de hacerse invisible. Cato había vuelto a los barracones terminada la instrucción. Era imprescindible hacer amigos cuanto antes, pensó. ¿Pero cómo? ¿Y quién? Los otros habían hecho pequeños grupos durante el viaje desde Aventico, mientras él había estado leyendo al maldito Virgilio, se recordó a sí mismo furioso. Daría lo que fuera por volver a iniciar el viaje sabiendo lo que sabía ahora.

Estaba solo y muy lejos de sus amigos de Roma. Por un momento, se sintió muy desgraciado y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se dio la vuelta de cara a la pared y hundió la cara contra la áspera tela del cabezal relleno de paja. Su pecho se estremeció y al instante sintió rabia, rabia de sí mismo, rabia por no ser lo bastante hombre para no llorar y rabia porque la vida no le había preparado para aquellas circunstancias. Todos sus petulantes maestros de griego y su estúpida admiración por la retórica y poesía más selectas..., ¿de qué le servían ahora? ¿Cómo iba a protegerle la poesía de aquel animal, el centurión Bestia? En ese momento habría cambiado todos sus conocimientos por un solo amigo.

Pírax dejó de coser y le miró con la aguja sobre la túnica. Había oído al chico darse la vuelta y había reconocido el sollozo ahogado. Pírax bajó la cabeza con lástima. La mayoría de reclutas eran lo bastante adultos y fuertes para resistir. Luego había los jóvenes como éste, que no debían estar en el ejército. Quizá los curtiera, pero quizá los destrozara.

El muchacho volvió a sollozar intentando ahogar el llanto contra el cabezal.

— ¡Eh! —Dijo Pírax con severidad—. ¿Te importa? Me estoy intentando concentrar.

Cato se incorporó.

—Perdona. Creo que me he resfriado.

—Ya —dijo Pírax, y afirmó con la cabeza—. Seguro. Es fácil con este tiempo.

Cato se frotó la cara con el borde de la basta sábana militar para secarse las lágrimas, fingiendo que se sonaba la nariz.

—Ya está.

— ¿Mejor?

—Sí, gracias —contestó Cato, agradeciendo que alguien se interesara por él.

Al instante le saltó la preocupación de que alguien pudiera entrar e interrumpir la ocasión de hablar con Pírax.

— ¿Dónde están los demás?

—Jugando a los dados en el comedor. Yo iré en cuanto acabe esto. ¿Quieres venir conmigo y conocer a los muchachos?

—No, gracias. Necesito dormir un poco.

—Como quieras.

—Dime —dijo Cato dándose la vuelta y se incorporó—, ese centurión, Bestia, ¿es tan canalla como parece?

— ¿Por qué crees que se llama Bestia? Pero no te lo tomes a pecho: trata a todos los reclutas igual.

—Puede —dijo Cato no muy convencido—, pero parece que la haya tomado conmigo.

— ¿Qué esperabas? —Replicó Pírax entre dientes, al tiempo que tensaba un nudo y cortaba el hilo sobrante—. Hace una noche que estás en el campamento y ya te han ascendido a un puesto por el que muchos de nosotros hemos de esperar años.

Cato le miró con detenimiento antes de hablar.

— ¿Te molesta?

—Por supuesto. No has demostrado tu valía. No eres más que un crío —dijo con indiferencia—. ¿O no?

Cato se ruborizó de vergüenza y de culpa, y agradeció que la tenue luz ocultara parte de su rostro.

—Yo no pedí el puesto.

—No tiene sentido. Los nombramientos directos son para hombres con algo de experiencia en el ejército, pero ¿tú?... Me encantaría saber por qué.

—Es en recompensa a mi padre.

— ¡Ah! ¡Ésa es buena! —Ya se había hecho de noche y Pírax dejó la túnica a un lado. —A propósito —Pírax se detuvo en la puerta—, no te quedes dormido en la cama. Tiene que estar limpia para la mañana. Bestia no soporta a los soldados desordenados. Si la ha tomado contigo, no le des ocasión de aprovechar cualquier excusa.

—Gracias.

—Duerme bien, novato.

—Me llamo... —empezó a decir Cato, pero la puerta ya se había cerrado, y su queja se desvaneció en la oscuridad de la habitación.

Se tendió sin moverse unos instantes y casi se durmió, pero la advertencia de Pírax le hizo recuperar la conciencia de repente. Se incorporó y buscó a tientas con los dedos los cabezales junto al jubón de cuero. Los instructores habían mantenido despiertos a los nuevos reclutas desde que rompiera el alba. Lo habían sacado de la cama cuando aún no había luz y lo habían empujado hasta la calle, donde estaban reuniendo a todos los reclutas. En la pálida luz del amanecer, habían sido conducidos medio dormidos, temblando de frío, encogidos bajo la fina llovizna, hasta la intendencia, donde les habían hecho despojarse de sus ropas de civiles para entregarles el uniforme de legionario.

— ¡Disculpe! —Gritó Cato—. ¡Disculpe!

El ayudante del intendente volvió la cabeza y le miró por encima del hombro.

— ¿Qué ocurre?

—Es que parece que esta túnica me queda un poco grande.

El ayudante soltó una carcajada.

—No, amigo. La talla es la correcta. Tu talla es la que está equivocada. Ahora estás en el ejército. Una misma talla para todos.

— ¡Pero mire esto! Es ridículo.

Cato sostuvo la túnica frente a él. Era demasiado ancha para su cuerpo, y con su altura el borde le quedaba sobre las rodillas.

—Se me van a helar los pies. ¿No hay otra cosa?

—No. Ya te adaptarás a la talla.

— ¿Qué? —Replicó Cato incrédulo—. Tengo la talla que tengo. No voy a encogerme y a ensancharme de repente. Búsqieme algo más adecuado.

—Ya te lo he dicho. Esto es lo que hay, y te tienes que aguantar.

Sus voces se oían por toda la sala, y los demás reclutas callaron para mirarles. Desde el pequeño despacho que había tras el mostrador, se oyó el chirrido de una silla contra el suelo de losa, y por la puerta apareció un hombre corpulento que les gritó furioso:

— ¿Qué es todo este escándalo?

— ¿Es usted el encargado? —preguntó Cato, contento de ver a alguien con autoridad a quien dirigir su queja.

Era tan terrible como en las tiendas de Roma. Se contrataba a personal incompetente, personas a quienes no les importaban los artículos ni sabían nada acerca de ellos. Se había visto obligado a reclamar a los encargados tantas veces al hacer compras para palacio, que sabía exactamente qué actitud adoptar.

—Trataba de explicar a este hombre...

— ¿Quién demonios eres tú? —rugió el intendente.

—Quinto Licinio Cato, optio de la segunda legión, cuarta cohorte.

El intendente frunció el ceño un instante y luego soltó una risotada.

— ¡Ah, ya me han hablado de ti! ¡Optio! ¡Ja! ¡Muy bien, optio! —sonrió—. ¿Qué problema hay?

—Mire. Sólo quiero que este hombre me dé una prenda de mi talla.

— ¡¿Me permites?! —el intendente extendió la mano para coger la túnica, y Cato se la ofreció gustosamente.

El intendente examinó detalladamente la túnica; pasó la mano sobre las rudimentarias puntadas y la sostuvo cerca de la luz que venía de los postigos abiertos.

—Sí —dijo finalmente—. Es una túnica normal, en perfecto estado. No tiene ninguna tara.

—Pero...

—Y llámame «señor»..., ¡maldito mocoso advenedizo!

Cato abrió la boca para expresar su indignación, pero se mordió la lengua.

—Sí, señor.

—Vamos. Ve a recoger el resto del equipo.

El intendente se dirigió hacia su despacho, y entonces se dio cuenta de que todo el mundo había interrumpido sus quehaceres para disfrutar del espectáculo.

— ¿Qué demonios estáis mirando?

La sala de intendencia recuperó su actividad, y los nuevos reclutas continuaron recogiendo el equipo que se les asignaba. Cato se encogió de hombros, plegó la túnica y se quedó de pie junto al mostrador, a la espera de que el ayudante terminara de apilar su ropa y equipo sobre la abollada superficie de madera. Aparte de la túnica, había un par de pantalones de lana, un jubón de cuero amarillo, una gruesa capa roja impermeabilizada con grasa de animal, unas botas con la suela cubierta de clavos de hierro y un plato de campaña. El ayudante deslizó hacia Cato una tabla.

—Firma aquí o pon tu sello.

— ¿Qué es esto?

—Un recibo para tus ropas de civil.

— ¿Cómo?

—No está permitido quedarse con la ropa. Me la das a mí después de ponerte el uniforme. Te la vendemos en el mercado y te damos el recaudo obtenido.

— ¡Me niego en rotundo! —exclamó Cato.

El ayudante se dio la vuelta hacia el despacho y abrió la boca para llamar.

— ¡Espera! —Se adelantó Cato—. Firmaré. Pero ¿es imprescindible venderlos? Quiero

quedarme con las botas y la capa de viaje.

—Los reclutas deben llevar uniforme. No puedes ir vestido de cualquier manera. De todas formas, tampoco hay espacio para guardar ropa. Pero te prometo que los venderemos a buen precio.

Por algún motivo, Cato dudaba de que le dieran mucho a cambio de su ropa.

— ¿Cómo puedo estar seguro de que me daréis toda la suma?

— ¿Me estás acusando de fraudulencia? —replicó a su vez el ayudante, indignado.

Cato se quitó la ropa lentamente y se vistió con la túnica que le habían dado. Le quedaba tan mal como había imaginado, y le recordaba a las túnicas cortas que llevaban las prostitutas de Roma. Los pantalones eran incómodos y se los tenía que atar bien sobre las caderas para evitar que se le cayeran. Y, además, picaban sobremanera. Igual de incómodas eran las pesadas botas militares, hechas de cuero grueso y con cordones duros. Los tacos de hierro de la suela hacían un ruido metálico al andar sobre la losa. Algunos de los reclutas más jóvenes se divertían haciendo saltar chispas al rozar el suelo con las botas, hasta que el intendente asomó la cabeza por la puerta y les gritó que dejaran de hacerlo. Una vez Cato se hubo calzado y atado las botas, se pasó el pesado jubón de cuero por la cabeza y se abrochó las hebillas que había a cada lado. No era tarea fácil, ya que el cuero del jubón nuevo era duro. Era difícil inclinarse hacia delante, y sólo pudo alcanzar a atarse los cordones con un gran esfuerzo. Se dio cuenta de que, por algún motivo, su jubón tenía una pieza de ropa blanca cosida sobre el hombro derecho. Echó una ojeada al resto de reclutas y vio que su jubón era el único que tenía un parche.

La puerta principal que conducía al edificio de intendencia se oscureció un instante, y Cato alzó la vista para ver entrar al centurión Bestia. Éste se plantó justo en el centro de la sala moviendo la cabeza en señal de lástima al contemplar a los nuevos reclutas, al tiempo que daba golpecitos contra sus grebas plateadas con el extremo del bastón.

— ¡Estaos quietos! —gritó, y la sala quedó en silencio al instante.

Al empezar a marchar pausadamente a lo largo de la sala, los reclutas fueron apoyándose contra la pared. Entonces Bestia bramó con sorna:

— ¡Ja! ¡Nunca había visto semejante grupo de mujeres! Muy bien, chicas..., ¡salid fuera ahora mismo!

La lluvia se había disipado al salir el sol, que brillaba a través de una tenue neblina. Sobre la piel se sentía el frescor del aire frío, y la fortaleza bullía de actividad. A Bestia le encantaba adiestrar a nuevos reclutas. Como buen instructor, había acumulado una serie de invectivas para cualquier situación y había asumido sin problemas el papel de hombre inflexible con cierta preocupación ferviente por los soldados a su cargo. Con el tiempo, despertaría su admiración por él..., aunque tal vez no en todos.

Al pasar la mirada por las filas, Bestia la detuvo en Cato, cuya *cabeza* sobresalía entre todas y cuya altura se acentuaba al estar a la izquierda de Pulcher.

— ¡Tú! ¡Sí, tú, amigo del emperador! —gritó Bestia, al acercarse a Cato y dar un golpe sobre el parche blanco con el bastón—. ¿Qué demonios es esto?

Cato se estremeció.

—No lo sé, señor.

— ¡Que no lo sabes! ¿Cuánto tiempo hace que estás en el ejército? ¡Casi medio día, y todavía no sabes reconocer insignias de rango!

De pie justo frente a Cato, le fulminaba con la mirada a poco menos de un palmo de distancia.

— ¿Qué clase de soldado eres, maldita sea?

—No lo sé, señor, yo...

— ¡No bajes la vista cuando yo te hable! —Bestia le salpicó con saliva al gritar—. ¡Mantén los malditos ojos al frente! Siempre. ¿Me entiendes?

Cato miró al frente enseguida y se cuadró.

—Sí, señor.

— ¿Por qué motivo llevas una insignia de optio?

—Porque soy un optio, señor.

— ¡Y un carajo! —Gritó Bestia—. No ascendemos a las damas de la noche a la mañana.

—De hecho, fui nombrado optio anoche, señor —explicó Cato.

—De modo que optio hoy, centurión mañana, tribuno pasado mañana... ¡A este paso serás Emperador al final de la semana! ¿Te crees que soy idiota, muchacho?

—Disculpe, señor —dijo uno de los instructores en voz baja detrás de Bestia—. El chico es optio.

— ¿Qué? —Bestia señaló a Cato con el dedo gordo—. ¿Éste?

—Eso me temo, señor. Lo nombró el legado. Ha sido incluido en la nueva lista de turnos, señor —el instructor le mostró una tabla encerada y le indicó el nombre de Cato.

—Quinto Licinio Cato, optio —leyó Bestia en voz alta. Luego se volvió a Cato con una mirada amenazante—. ¡Así que eso decía la carta! Amigos en puestos importantes, ¿eh? Pues no te servirá de nada. Puede que seas optio, pero estás en la instrucción básica y recibirás el mismo trato que los demás. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—De hecho —Bestia se acercó a él y le susurró—, te trataré peor. Ya que te han nombrado optio, tendrás que ganarte el puesto.

Entonces se dio la vuelta y se alejó de Cato. Se situó a unos diez pasos de la primera fila de reclutas.

—Primera lección, señoritas. La posición de firmes. Vuestros instructores os han organizado en tres filas, a un paso exacto de distancia del hombre a vuestro lado, y a dos entre filas. Recordad vuestra posición. En adelante, cuando os ordene formar filas, iréis inmediatamente al lugar donde estáis ahora. La postura correcta para cuadrarse sin armas es ésta.

Bestia soltó el bastón y se irguió, sacó pecho, echó los hombros hacia atrás, levantó la barbilla y puso los brazos rectos con las palmas de las manos abiertas, pegadas a los muslos. Hizo una pausa para dirigirse a los reclutas.

— ¿Lo veis? Muy bien, a ver cómo lo hacéis.

Con cierta vergüenza, los reclutas hicieron lo que pudieron para adoptar la postura, mientras los instructores pasaban por las filas para corregirlos en caso necesario. Una vez satisfechos, Bestia continuó.

—Lo siguiente. Cuando estéis cuadrados, siempre debéis tener la mirada al frente, pase lo que pase. Y cuando digo pase lo que pase, es pase lo que pase, señoritas. Si Venus en persona pasa a caballo con una corte de cien vírgenes desnudas y veo que alguno de vosotros mueve siquiera un ojo, lo molere a palos. ¿Entendido? ¡He dicho: ¿entendido?!

Los reclutas se estremecieron antes de contestar azorados con una ola de síes.

— ¡Más alto! ¡Esta vez quiero oíros, maldita sea!

— ¡¡Sí, señor!! —gritaron los reclutas.

—Mejor... —Bestia sonrió—. Ahora cada uno forma parte de un mismo cuerpo. De ahora en adelante, os moveréis, hablaréis y pensaréis como uno solo... De acuerdo, al armero a buscar vuestras armas. En cuanto yo diga: «Listos para marchar..., ¡en marcha!», abriréis el paso con el pie izquierdo y sin perder la posición. Yo marcaré el paso. Marcharemos a paso lento. Bien, señoritas. ¡Listos para marchar! ¡En marcha! Izquierda. Derecha... Izquierda... Izquierda... Izquierda.

Con el centurión al frente y flanqueados por los instructores, los reclutas iniciaron la marcha a paso lento en una columna desordenada. Cato trataba de seguir el ritmo, pero el recluta que tenía delante, Pulcher, tenía un paso corto, y debía hacer un esfuerzo para acortar el suyo con tal de no chocar con él. Hacía falta mucha fe para creer que dos hombres de tan dispares tamaños pudieran marchar en fila al mismo paso. Como si los dioses hubieran querido comprobarlo, Cato tropezó con el tobillo de Pulcher.

— ¡Joder! ¡Ve con cuidado, cretino! —le dijo Pulcher furioso.

— ¡Vosotros! ¡No se habla en la fila! —Les gritó un instructor—. ¡Estáis de instrucción! ¡Moveos!

El bajo y fornido recluta miró a Cato con mala cara y recuperó la marcha al instante. Momentos después, Pulcher le dijo entre dientes sin mirar atrás:

—Pagarás por esto, amigo.

—Lo siento —replicó Cato.

—Sentirlo no basta.

—Ha sido sin querer.

—Mala suerte.

—Pero...

— ¡Callaos de una maldita vez antes de meterme en un lío!

Cato siguió la marcha detrás de Pulcher, procurando mantener una distancia prudencial de los pies de Pulcher.

Los reclutas parecían confusos, pensó Macro sonriéndose al observarlos desde el escritorio del armero jefe. A todos se les daban los pertrechos que les correspondían tras firmar: el casco, la cota de malla y la daga, y caminaban con aire ufano por el arsenal, como Macro había visto hacer a cientos de reclutas tantas otras veces. La ilusión de vestir un uniforme de soldado por primera vez era normal, y los reclutas se miraban los unos a los otros con admiración. Luego, los armeros empezaron a entregar las pesadas espadas de madera, los grandes escudos de mimbre y las lanzas para la instrucción. Los reclutas miraban las armas atónitos, sosteniéndolas en alto, indignados.

—Siempre igual, ¿verdad? —dijo Macro con una sonrisa.

—La ilusión dura un día —replicó Escévola—. Nunca aprenden. ¿Qué les pasa a los jóvenes de hoy?

—Los problemas de siempre. Tú también pasaste por ello en su momento.

— ¡Gilipollices! —Escévola escupió. —Dime, joven Macro, ¿qué haces tú aquí? Hace un año que no te veía. La última vez, cuando nos tomamos unos tragos tranquilamente, eras un miserable legionario. Y ahora mírate: la maldita legión queda atrás. —Alzó la vista y vio cómo brillaban los ojos del centurión. — Si has venido para acabar conmigo...

—Esta vez no. —Macro le sonrió y alzó su copa. — Sólo he venido a compartir un poco de vino con un veterano y a charlar sobre las extrañas noticias.

— ¡Las extrañas noticias! —Exclamó Escévola con desdén—. Ya sé por qué has venido.

— ¿Ah, sí?

—No tendrá nada que ver con el maldito inventario que te ha encargado el legado, ¿verdad?

—Por supuesto que no. —Macro alzó el frasco y llenó la copa de Escévola. — ¿Por qué iba a interesarme por eso?

—Serías el único de la legión que no se interesara. —Escévola tomó un trago. — En fin, no puedo decir nada: son órdenes.

—Sí, claro —repitió Macro con insidia—. Son órdenes. Me pregunto adonde nos envían. Espero que sea un lugar cálido, para variar. Estoy hasta las narices de Germania. Te congelas en invierno y te asas en verano; y es imposible encontrar un buen vino..., es decir, a buen precio.

Macro enfatizó la última observación. El vino que estaban tomando era de la última garrafa de falerno que Macro guardaba, y era mucho mejor que el brebaje agrio de los galos que vendían los comerciantes de la zona. Esperaba que Escévola apreciara el detalle, y, asimismo, que el vino le hiciera hablar. Macro no sólo lo hacía por curiosidad: un centurión tenía que hacer planes de antemano. Era útil saber adonde iba a ser enviada la legión para poder así preparar el traslado y comprar lo necesario para el viaje antes de que la noticia se hiciera oficial, las provisiones volaran y los comerciantes subieran los precios. Escévola se terminó de un trago la copa, y Macro la relleno inmediatamente.

—Cualquiera que sea el destino que nos toque, espero que haya buena bebida.

— ¡Lo dudo! —Exclamó Escévola con un bufido—. Más vale que aproveches este vino ahora. No habrá mucho que beber allá.

— ¿Nada de nada? —Macro fingió pavor.

—Nada —respondió Escévola y, acto seguido, se levantó bruscamente para gritar por detrás de Macro—. ¡A esa maldita espada no le pasa nada! ¡Sujétala bien!

Macro le dio la vuelta al taburete para buscar con la mirada el objeto de la furia de Escévola. Como había esperar, allí estaba aquel chico nuevo de mil demonios. Examinaba su espada de madera, que tenía cogida por la punta.

—Pero señor, esta espada no es de verdad: es de madera.

—Claro que es de madera.

Bestia se abrió camino vociferando entre la multitud de reclutas para ver qué era aquel alboroto.

— ¿Qué ocurre? ¿Ya vuelves a dar problemas? ¿Qué pasa ahora? ¿La espada no es de tu talla?

—No, señor. Es de madera. No es una espada de verdad, señor.

—¿De madera? Por supuesto. No es una espada de verdad porque tú no eres un soldado de verdad. Si llegas a ser un soldado de verdad, tendrás el juguete de verdad. —Bestia respiró hondo para dirigirse a gritos a todos los reclutas. — Como muchos de vosotros os habréis dado cuenta, al igual que este mocoso, las armas que se os han dado no son auténticas. Porque, sencillamente, no os merecéis las auténticas. Si os diéramos armas de verdad, señoritas, os lesionaríais las unas a las otras en un santiamén. Al ejército no le interesa ahorrarle al enemigo el esfuerzo. Antes de poder manejar una espada, debéis aprender a respetarla. Debéis aprender a usarla correctamente. Lo mismo ocurre con la lanza. Puede que las armas os parezcan pesadas. Es porque pesan el doble que las normales. Sois escoria débil e inútil y tenemos que haceros fuertes y convertirnos en hombres. Y eso sólo es posible con una buena instrucción y mucho ejercicio, y no será poco, señoritas. De modo que acostumbraos al peso. El cinturón de la espada debe abrocharse con la espada a la derecha, ¡y no a la izquierda! Ahí sólo la llevan los oficiales. Coged la lanza con la mano derecha, el escudo con la izquierda..., y salid en cuatro filas... ¡Inmediatamente!

Los reclutas dejaron en el suelo escudos y lanzas y forcejearon con las duras hebillas de los cinturones antes de recoger su equipo y salir corriendo hacia la puerta.

—Este vino es excelente —observó Escévola—. ¿Nos tomamos otro trago?

Quedaba poco vino en el frasco, y Macro se aseguró de que Escévola se llevara la mejor parte; él se reservaría lo que quedara.

—¿De qué hablábamos? —preguntó Escévola.

—De la bebida. Decías que allí adonde envían a la legión, el vino deja mucho que desear.

—¿Eso he dicho? —Escévola levantó las cejas.

—Imagino que te refieres a Extremo Oriente —siguió diciendo Macro fingiendo indiferencia—. Allí no hay nada que valga la pena. Sólo esa mierda que hacen con leche de cabra fermentada, según he oído. O peor, si nos envían a Judea.

Observó la cara de Escévola para ver si reaccionaba, pero el armero jefe se limitó a dar otro trago de vino y una cabezada.

—Puede que sea Judea... Puede que no.

Macro suspiró frustrado: sacarle información a aquel viejo astuto era más difícil que contraer la gonorrea de una vestal. Decidió indagar por otra vía.

—Dime, ¿has encargado alguna túnica de tela ligera?

—¿Por qué iba a hacerlo? —Se extrañó Escévola—. ¿Por qué demonios iba yo a encargarme una túnica de esas?

Macro respiró hondo para tratar de contener su creciente irritación por la forma soberbia en que Escévola eludía la respuesta que buscaba.

—Mira, Escévola. Dime lo que sabes. Una sola palabra. Tan sólo el nombre del lugar al que vamos. El nombre de la provincia me basta. Y te prometo que no se lo diré a nadie. Tienes mi palabra.

—Sí, claro —Escévola sonrió—. Hasta que alguien te venga con un frasco de vino para soltarte la lengua. Acato órdenes. El legado quiere mantenerlo en secreto el máximo tiempo posible.

—Pero, ¿por qué?

—Digamos que a los hombres no les hará mucha gracia saber adonde nos envían. — Escévola apuró su copa. — Ahora debo volver al trabajo. Vespasiano quiere que el inventario se termine lo antes posible.

—Muy bien, gracias —dijo Macro en tono resentido, al levantarse de la mesa—. Gracias por nada.

— ¡No hay de qué! —Replicó Escévola con una sonrisa—. Pásate por aquí cuando quieras.

Macro no respondió, y ya de camino a la puerta, Escévola lo llamó:

— ¡Ah, Macro, a propósito!

— ¿Sí?

—Si pasas por aquí, trae más de ese vino. Macro apretó los dientes de rabia y salió de la armería a grandes pasos.

CAPITULO IV

Al subir al podio del campo de desfile, Vespasiano vestía el uniforme de comandante de legión. Las grebas plateadas, el peto y el casco reflejaban la luz del sol de mediodía. Un viento ligero agitaba su cimera y capa rojas; tras Vespasiano, estaban los portaestandartes que sostenían en alto el águila dorada de la segunda legión y la imagen del emperador Claudio, de un parecido más bien favorecedor, pensó Cato. La última vez que había visto al emperador había sido en una cena imperial durante la que intentaba mantener una conversación farfullando con comida en la boca. Bajo el águila colgaba

una pieza cuadrada de piel roja con un peso en la base, sobre la que había bordada en letras de oro *AUGUSTA*.

Los reclutas estaban de cara al podio en cuatro filas con Bestia y los instructores a cinco pasos al frente. Todos estaban de pie, callados, lanzas y escudos sobre el suelo a cada lado, como se les había enseñado poco antes. Los reclutas sacaban pecho, alzaban las barbillas y mantenían los hombros erguidos, aunque Cato no podía dejar de sentirse algo ridículo con aquellos objetos a cada lado, pues parecían una cesta de mimbre y un juguete de madera. Aun así, sabía comportarse en las grandes ocasiones, e hinchó el pecho para mirar con solemnidad hacia el podio, donde Vespasiano hacía la ofrenda ritual de dos gallos a los dioses. El legado se lavó las manos en el cuenco de ceremonias, las secó en un paño de seda y se dio la vuelta para dirigirse a los reclutas reunidos.

—Yo, Tito Flavio Sabino Vespasiano, legado de la segunda legión Augusta por decreto y por la gracia del emperador Claudio, presagio un buen augurio para aquellos hoy reunidos para alistarse a la segunda legión y, por la presente, pido y exijo a los aquí reunidos que juren lealtad a la legión, al legado, al Senado y al pueblo de Roma, encarnados en la persona del emperador Claudio. Legionarios, levantad las lanzas y haced vuestro juramento conmigo...

Doscientos brazos se alzaron y la luz del sol destelló sobre la punta de las lanzas.

—Juro por los dioses del Capitolio, Júpiter, Juno y Minerva, que acataré las órdenes de mis superiores por voluntad del Senado y del pueblo de Roma encarnados en la persona del emperador Claudio. Y juro por dichos dioses que defenderé los principios de mi legión y mi centuria hasta la última gota de mi sangre. ¡Lo juro!

Al apagarse los últimos ecos, se hizo un silencio mágico por un instante, y Cato sintió un nudo en la garganta. El juramento le había convertido en un hombre distinto. Ya no formaba parte de la sociedad; ahora tenía otra forma de existencia. Si al legado se le antojaba, podían ejecutarlo, y estaba obligado a obedecer. Acababa de entregar su vida para proteger un pedazo de oro inanimado sobre un simple bastón de madera. Cato tenía sus dudas en cuanto a la cordura de hacer semejante juramento. Era una irresponsabilidad sin sentido acatar obediencia incondicional a todo hombre que estuviera por encima de él, ya fuera por destino, nepotismo o mérito propio. Sin embargo, había algo más: una emoción abrumadora y un sentido de pertenencia a un grupo imbuido del misterio de ser una sociedad exclusivamente masculina.

Vespasiano hizo una señal y Bestia ordenó a los reclutas que dejaran las lanzas en el suelo.

—Nuevos reclutas de la segunda legión —empezó el legado—, ahora formáis parte de una unidad con una orgullosa tradición y yo os exijo que honréis dicha tradición a cada instante durante los próximos veintiséis años. Los meses siguientes serán duros, como imagino que ya os habrá comunicado el centurión Bestia. —Éste sonrió. — Pero son fundamentales para convertirlos en soldados de los que me sienta orgulloso. Un legionario es el hombre mejor entrenado, el hombre más duro en combate del mundo..., y esto significa que debemos formarlos para ser un tipo de personas muy especial. Los años de experiencia harán el resto. Al mirarlos desde aquí, veo a hombres de campo y a

hombres de ciudad. La mayoría sois voluntarios, algunos sois concriptos. Vuestro pasado es cosa vuestra, no del ejército. Independientemente de lo que fuerais en vuestra vida de civiles, ahora sois soldados y se os juzgará como tales. Sois hombres afortunados. Habéis entrado a formar parte de la legión en un momento que hará historia. — Cato aguzó el oído. — En los próximos años, se os loará por ser conquistadores, por ser hombres que osaron enfrentarse a uno de los mayores enigmas de los confines del mundo conocido. Pensad en esto: que sea vuestra fuente de inspiración durante la instrucción. Estáis en buenas manos. Nadie os podría instruir mejor que el centurión Bestia. Os deseo suerte y confío plenamente vuestro éxito. — Cato soltó un gruñido. — Adelante, centurión — con un movimiento de cabeza, Vespasiano instó a Bestia a dirigirse a los reclutas, y acto seguido bajó del podio seguido de los portaestandartes.

— ¡Sí, señor! — Bestia se dio la vuelta de cara a los reclutas. — Bien, señoritas, aquí termina la ceremonia de alistamiento. Ahora sois todos míos. Y la instrucción empieza justo después de la comida del mediodía. Para entonces, os quiero aquí. Si llegáis tarde, os azotaré la espalda con mi bastón. ¡Podéis retiraros!

Pasaron la tarde entera haciendo ejercicios básicos sin poder sentarse un momento, y a Cato le dolían terriblemente los brazos y las piernas de sostener el pesado equipo de instrucción. Tenía unas terribles ganas de dormir, de descansar y alejarse del mundo inhumano al que le habían obligado a entrar. Pero no podía dormir. El entorno extraño, los recuerdos del día y la inquietud sobre el futuro se combinaban en un maremagno de actividad mental que le impedía dormir. Se tumbó en la cama en una postura cómoda, pero le molestaban los duros listones de madera que atravesaban la funda desgastada del colchón de lana. A su insomnio contribuían las constantes carcajadas y gritos de los hombres que jugaban a dados en la habitación contigua. Ni siquiera el almohadón que le cubría la cabeza sofocaba el ruido. Al final se durmió panza arriba con la boca abierta y empezó a roncar, cuando dos manos le despertaron bruscamente. Parpadeó para abrir los ojos y vio una mata de pelo oscura y grasienta, unos ojos negros y una boca con dientes rotos que le sonreía con una mueca sádica.

— Pulcher...

— ¡Levántate, cretino!

— ¿Sabes qué hora...? — empezó a decir Cato con inseguridad.

— A la mierda la hora. Tenemos un asunto pendiente. — Pulcher agarró a Cato por el cuello de la túnica y lo hizo caer al suelo desde la litera. — Habría venido antes, pero Bestia me castigó a limpiar letrinas por tu culpa. Te saliste con la tuya, ¿verdad, cretino?

— Lo siento. Fue un accidente.

— Bien, entonces vamos a considerar un accidente lo que voy a hacer contigo. Así quedaremos en paz.

— ¿A qué te refieres? — preguntó Cato aturdido, mientras se ponía de pie.

— A esto. — Pulcher sacó de su capa un puñal. — A un cortecito para que no te olvides de que conmigo no se juega.

— ¡No hace falta! —Gritó Cato—. ¡Te prometo que me mantendré alejado de ti!

—Las promesas se olvidan. Pero las cicatrices no... —Pulcher lanzó al aire el puñal y lo cogió por el mango, con el extremo apuntando a la cara de Cato. — En la mejilla; así también recordarás a los demás que tengan cuidado conmigo.

Cato miró a su alrededor, pero estaba atrapado en el rincón sin posibilidad de huir de la amenaza de Pulcher. Una súbita carcajada procedente de la habitación contigua le hizo mirar hacia la pared.

— ¡Si gritas, te destripo ahora mismo! —le amenazó Pulcher entre dientes.

Luego se inclinó sobre el chico.

Cato vio que el ataque era inminente y, en un acto de desesperación, arremetió contra su agresor para cogerle con las dos manos la muñeca. Pulcher no esperaba que aquel joven asustado hiciera un primer movimiento y no consiguió apartar la mano a tiempo. El chico tenía una fuerza sorprendente, y Pulcher no podía soltarse por más que forcejara.

— ¡Suelta! —Exigió Pulcher con brusquedad—. ¡Suelta, imbécil!

—Cato no le hizo caso y, en lugar de soltarle, le hincó los dientes en el antebrazo. Pulcher lanzó un alarido y, en un acto reflejo, golpeó con la otra mano a Cato en la cabeza y éste cayó de espaldas contra la litera. Cato lo vio todo blanco durante unos instantes y luego recuperó la visión de la habitación. Pulcher se miraba una señal oscura en el brazo donde Cato le había clavado los dientes.

— ¡Estás muerto! —En un movimiento rápido, Pulcher se agachó para coger el puñal.
— ¡Estás muerto, maldito!

De repente, la puerta se abrió de par en par y la habitación se iluminó con un rayo de luz del exterior.

— ¿Qué carajo pasa aquí? —Gruñó Macro—. ¿Os estáis peleando?

Pulcher se irguió.

—No señor. Sólo le estoy enseñando al muchacho cómo manejar un puñal. Somos amigos, señor.

— ¿Amigos? —Preguntó Macro sin convencimiento—. ¿Y entonces cómo te has hecho eso en el brazo?

—El chico se ha dejado llevar, señor. No quería hacerme daño, ¿verdad?

Cato se levantó del suelo. Su primera reacción fue decir la verdad. Pero enseguida se dio cuenta de que un soldado nunca haría eso. Si quería que alguno de sus compañeros le respetara, no podía dar la imagen de acudir a la autoridad para protegerse. Además, si ahora no descubría a Pulcher, tal vez el matón se lo agradecería. A estas alturas,

convenía aprovechar cualquier ventaja.

—Sí, señor. Tiene razón. Somos amigos.

—Hum —Macro se rascó la barbilla. — Pues si de verdad sois amigos, no me haría gracia ser vuestro enemigo. Muy bien, optio..., quiero hablar contigo en mi despacho ahora mismo, así que me temo que tu amigo tendrá que marcharse.

— ¡Señor! —respondió Pulcher rápidamente—. Te veré mañana, Cato.

—Sí...

—Así podremos seguir con el ejercicio.

Cato esbozó una débil sonrisa, y Pulcher salió de la habitación. Macro estaba sorprendido.

— ¿De modo que ése es amigo tuyo?

—Sí, señor.

—Yo iría con más cuidado a la hora de escoger las amistades.

—Sí, señor.

—Bien, tenemos que hablar. Ven conmigo.

Macro le condujo por el pasillo que llevaba a la sección de administración de los barracones donde estaba situado su despacho. Con un ademán amistoso, el centurión le hizo pasar a la sala que tenía dos escritorios a cada lado de la pared. El escritorio más grande estaba completamente vacío, mientras que el pequeño estaba cubierto de pilas de papiro y tablas enceradas en orden.

—Ven —Macro señaló un taburete que había junto a la mesa más grande, y Cato se sentó mientras el centurión colocaba otra silla detrás del escritorio.

— ¿Un trago? —Ofreció Macro—. Es un buen vino.

—Gracias, señor.

Macro sirvió a los dos un poco de vino y se dejó caer en la silla. Ya había bebido bastante aquel día, y sentía un bienestar inusual. Por experiencia, debía saber que el bienestar de hoy era la resaca insoportable de mañana..., pero los dioses del vino y la memoria nunca habían hecho buenas migas.

—He de explicarte en qué consistirá tu trabajo como optio. De momento, sólo quiero que ayudes a Piso con los trámites burocráticos. No puedo ponerte al mando de otros hombres en la centuria... Se reirían de ti. Sé que oficialmente eres su superior, pero debes aceptar que, de momento, no puedes ejercer de optio. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor.

—Con el tiempo, una vez hayas recibido instrucción..., ya veremos. Pero de momento me hace falta un ayudante en la administración *más* que un asistente en la centuria. Piso te enseñará lo que sea necesario por la mañana.

—Sí, señor.

—Ahora imagino que querrás dormir un poco; lo necesitas. Puedes retirarte.

—Gracias, señor.

—Ya avisaré a Piso para que te enseñe cómo funciona todo mañana, después de la instrucción.

—Sí, señor. Con mucho gusto.

CAPITULO V

El tiempo pasaba volando para consternación de Cato. No parecía haber suficiente tiempo en un día para hacer todo lo que el ejército le exigía. Aparte de la despiadada instrucción a manos de Bestia, Cato tenía trabajo administrativo que hacer y, además, debía limpiar sus pertrechos a fondo para la mañana siguiente. Bestia tenía vista de lince, y una mínima mancha, una correa rota o una hebilla desprendida eran causa de castigo o de un golpe de bastón. Cato había descubierto que el uso del bastón era todo un arte. La clave estaba en infringir el máximo dolor causando el mínimo daño: los soldados debían ser disciplinados, y no hospitalizados. Por consiguiente, Bestia limitaba sus golpes a las partes carnosas de las piernas, a los hombros y a las nalgas. Cato dio ocasión a Bestia para aplicar su pericia un día en que no pudo abrocharse la hebilla del casco. Bestia se lanzó sobre él para arrancarle el casco, y a punto estuvo de arrancarle una oreja.

— ¡Esto es lo que te ocurrirá en pleno combate, maldito imbécil! —Le espetó a la cara—. Un maldito germano te *arrancará* el casco y te hundirá la espada en el cráneo. ¿Es eso lo que quieres?

—No, señor.

—Personalmente, me importa un carajo lo que te pueda ocurrir. Pero no voy a permitir que los contribuyentes echen su dinero a perder contigo sólo porque seas un cretino integral. ¡A ti, podemos sustituirte, pero un soldado muerto significa equipo perdido, y no voy a permitir que le des al intendente cualquier excusa para que se me eche encima!

Bestia levantó el bastón, y antes de que Cato pudiera reaccionar, éste sintió un fuerte golpe sobre el hombro izquierdo y perdió la sensibilidad del brazo. Sus dedos soltaron el escudo de mimbre y lo dejaron caer al suelo.

—La próxima vez que se te olvide abrocharte el casco te daré en la maldita cabeza.

—Sí, señor —dijo Cato con un grito ahogado.

Al inicio de cada día, los reclutas debían presentarse vestidos con el uniforme y el equipo al completo en cuanto sonaba el estruendo de las trompetas. Tras una inspección del equipo, tomaban un desayuno de pan y vino, que el ayudante de cocina, amargado por empezar el día con los reclutas, racionaba en los platos de campaña. A continuación tenían la instrucción de desfile: marchar sin perder el paso, alto, media vuelta al grito de las órdenes. Cada paso impreciso, cada vuelta mal dada, cada movimiento mal calculado era motivo de golpes e improperios por parte de Bestia y los instructores. Al final, los reclutas eran *capaces* de reaccionar al instante a las órdenes y la instrucción pasaba a la siguiente fase: cambios de formación. De formación cerrada a formación abierta, de formación en fila a formación en columna y vuelta a formación en fila. Aprendían a marchar en formación en cuña y en formación de tortuga, todo ello con el pesado equipo a cuestas.

Tras la comida del mediodía, el pelotón recibía el entrenamiento físico, que era todavía peor. Durante el primer mes, pasaron las tardes marchando alrededor de la base, interminables veces, hasta que el bruñido sol de invierno se ponía en un gris atardecer y, al fin, Bestia les conducía de vuelta a la puerta principal sin permitirles reducir la marcha. Durante las primeras semanas, algunos reclutas se salían de la fila e, inmediatamente, un instructor se les echaba encima para llevarlos al final de la columna a golpes.

Tras el incidente en los barracones, Cato procuraba mantenerse alejado de Pulcher y agradecía que éste pensara que lo hacía por miedo. Y así era, un miedo atenuado por una lógica que le decía que un encuentro con Pulcher se prestaba a una única consecuencia: recibir una paliza tremenda. Cato no era partidario de satisfacer su propio orgullo a costa de su cuerpo. Si Pulcher le consideraba poco hombre porque Cato le negaba la ocasión de darle una paliza, aquello medía la estupidez del matón y de cualquier otro hombre que pensara de igual forma. Cato enseguida advirtió las miradas de desdén que le dirigían los otros reclutas y la forma en que se apartaban de él en los escasos ratos libres entre las sesiones de instrucción.

—Tendrás que pelear con él —le dijo Pírax una noche, mientras estaban sentados en un banco de la sala de comedores de centuriones.

Cato tomó un sorbo del vino rancio que había comprado para compartir con Pírax. El asqueroso líquido le rascó la garganta, y tosió.

— ¿Estás bien?

Cato asintió con la cabeza.

—Es el vino.

Pírax miró su copa y tomó un buen trago.

—El vino está perfectamente.

—Puede que si me peleo con él borracho no me duela tanto —supuso Cato—. Él gana sin problemas, yo recibo unos cuantos puñetazos y se acabó.

—Puede. Pero yo no estoy tan convencido de que él quiera dejarlo en eso. Conozco a esa clase de gente: una vez descubren que pueden ganarte, no pueden resistir volver a hacerlo una y otra vez. Te aconsejo que te enfrentes a él, que te dé una paliza..., pero no aflojes demasiado pronto. Prueba a darle duro. Clávale un par de puñetazos y te dejará en paz... Quizás.

—¿Quizás? ¿Es eso lo mejor que puedo esperar? ¿Recibir una buena paliza y tener suerte de que Pulcher lo quiera dejar ahí?

Pírax encogió los hombros.

— ¡Gracias, Pírax! Eso es de gran ayuda.

—Sólo te digo lo que hay.

Cato movió la cabeza.

—Ha de haber otra alternativa. Algún modo de enfrentarse a él sin pelear.

—Puede —dijo Pírax poco convencido—. Pero hagas lo que hagas, hazlo pronto, antes de que demasiada gente te tome por un cobarde.

Cato le miró un instante.

—¿Eso dicen de mí?

—¿Qué esperabas? Ésa es la impresión que das.

—Yo no soy un cobarde.

—Si tú lo dices... Pero más vale que lo demuestres.

La puerta se abrió con una ráfaga de aire helado y entraron varios legionarios en el comedor. Con el reflejo del brasero, Cato pudo ver que eran hombres de otra centuria. Miraron a su alrededor y luego se sentaron deliberadamente en un banco al otro extremo de la sala. Pírax se terminó de un solo trago el vino que le quedaba y se puso de pie.

—Tengo que irme.

—¿Por qué tan pronto? —Preguntó Cato—. Todavía queda mucho vino.

—Cierto, pero tengo una reputación que cuidar —añadió Pírax con frialdad—. Recuerda lo que te he dicho: haz lo que debas, pero hazlo pronto.

Una vez Pírax se marchó del comedor, Cato siguió bebiendo un rato sin dejar de darle vueltas al asunto y, al poco, levantó la vista un momento y cruzó la mirada con uno de los soldados que habían llegado momentos antes. El hombre apartó la vista enseguida y siguió hablando en voz baja con sus amigos. Era difícil no pensar que estaban hablando de él, que había ido a aquel comedor por curiosidad, para ver al cobarde que habían sido nombrado optio.

Cato se levantó, se puso la capa y se apresuró a salir de allí. El aire era helado y el cielo nocturno estaba surcado por finas nubes rodeadas por un halo de luz que emitía la media luna. Pensó que era una imagen bella y se detuvo para disfrutar de la tranquilidad del momento. Pero enseguida volvió a pensar en la necesidad de aplacar la ira de Pulcher y, con un reniego, se fue directo a su habitación.

Pulcher no era lo único que le inquietaba. Aparte de la inhumana instrucción que recibían durante el día, Cato debía dedicar la mayoría de noches a aprender sus obligaciones como optio. Al secretario del centurión, Piso, se le había encargado enseñar al nuevo recluta el arte de la administración militar. Y era tocio un arte, como Cato enseguida averiguó. Piso era el responsable del registro de la centuria; era responsable de clasificar en detalle cada aspecto de la vida de un soldado siempre y cuando afectara a la legión. Los historiales médicos, los permisos otorgados, las condecoraciones recibidas, las infracciones de disciplina y los castigos correspondientes, las deducciones del dinero para la comida y los equipos...

Una noche, poco después de hablar con Pírax, Macro encontró a Piso y a su protegido trabajando en el cálido despacho de la centuria. El brasero resplandecía y la madera crujía al arder. Cato y Piso revisaban el último intento de Cato de escribir al toscó modo, tan apreciado, del ejército. Piso murmuraba sonidos de elogio al leer las recientes e irrefutables solicitudes y movía la cabeza en un ademán reiterativo de aprobación ante las frases bien expresadas, pensadas para sugerir urgencia, o para insinuar que una autoridad con un rango muy superior al de un humilde administrativo de centuria era el responsable directo de la petición.

Se oyó el cerrojo al abrir la puerta, y Macro entró en la sala frotándose las manos, directo al brasero. Extendió los brazos y sonrió al sentir el calor. Un vago olor a vino dejó adivinar que venía del comedor de centuriones.

—Una noche fría, señor —dijo Piso con una sonrisa.

— ¡Terriblemente fría! —Asintió Macro con un golpe de cabeza—. ¿Cómo le va al chico nuevo?

—Bien, señor, bien. —Piso cruzó la mirada con Cato. — De hecho, algún día será un buen administrativo.

— ¿De modo que crees que el joven Cato está listo para relevarte?

—No he dicho eso, señor. Todavía le queda qué aprender. Pero tiene talento para este

trabajo, eso es incuestionable. Estábamos revisando algunos de los informes de requisa. ¿Le importaría echar un vistazo, señor?

Macro negó con la cabeza.

—En otro momento. Cuando no esté tan ocupado. De todas formas, estoy seguro de que lo hace tan bien como dices. Y así debe ser, dada la educación que recibiste.

—Sí, señor —respondió Cato, algo extrañado por el cambio de tono del centurión—. Es evidente que me está siendo muy útil, señor.

—Sí —Macro le miró en silencio un instante, con una expresión inescrutable. — De todas maneras, no he venido para eso. Ya va siendo hora de que sepas qué es estar en el campo de batalla. Mañana por la mañana se enviará a un destacamento a un poblado de la zona. El jefe del poblado echó a un recaudador de impuestos romano después de cortarle la lengua. Parece que el jefe conoce a un alborotador que quiere hacerse un nombre al otro lado del Rin. La cuestión es que Vespasiano quiere enviar a la tercera cohorte para arrestar al jefe y confiscar todos los metales y piedras preciosas para resarcir al recaudador. Uno de los centuriones de la tercera cohorte se ha caído de un caballo esta tarde y el optio está en el hospital. Me han dado órdenes de asumir el mando de esta centuria temporalmente..., y quiero que tú vengas conmigo.

— ¿Habrá que luchar, señor?

—No lo creo. ¿Por qué?

—Porque en la instrucción aún no hemos utilizado armas de verdad.

—No te preocupes por eso. Toma prestado el equipo de alguno de nuestros compañeros. Aunque no creo que lo vayas a necesitar... En cuanto esos germanos nos vean llegar, harán todo lo posible para librarse de nosotros. Entraremos, haremos el arresto, requisaremos lo que encontremos y nos marcharemos. Estaremos de vuelta al anochecer.

—Oh... —Cato no pudo disimular su desengaño.

Esperaba que la excursión le mantuviera alejado de Pulcher al menos unos días.

—No te preocupes —dijo Macro amablemente, sin captar el sentido de la expresión de Cato—. Algún día tendrás ocasión de presenciar un enfrentamiento, te lo prometo. Pero es bueno que te intereses por ello. No sirve de nada ser un soldado si no te gusta el trabajo.

Cato esbozó una débil sonrisa.

—Sí, señor.

— ¡De acuerdo entonces! —Macro le dio una fuerte palmada en el hombro como un gesto de confianza. —Te veré al alba en la puerta norte. Viste la capa, el traje de campaña al completo y toma provisiones para pasar el día.

—Sí, señor. Si a Piso no le importa, me gustaría irme a dormir temprano, señor.

Macro miró a su administrativo con las cejas levantadas.

— ¡Por supuesto! —Piso sonrió—. Si el centurión exige a esos hombres lo que nos exige a nosotros, te hará falta mucha energía para mañana.

Una vez Cato salió de la sala y sus pasos se alejaron por el pasillo, Macro se dio la vuelta para interrogar a Piso.

— ¿Qué opinión te merece el chico?

—Tiene una habilidad especial para el papeleo; tiene buena mano y buena memoria.

Piso hizo una pausa.

— ¿Pero...? —añadió Macro.

—No estoy seguro de que esté hecho para el ejército. Parece demasiado débil.

— ¿Acaso has conocido alguna vez a alguien de palacio que no lo fuera? Demasiada buena vida..., ése es su problema. La mayoría no aguantaría ni cinco días en el ejército, pero este chico ha aguantado hasta ahora. Su resolución compensa sus carencias físicas. ¿Sabes?, creo que, después de todo, podremos sacar algo bueno del joven Cato.

—Si usted lo dice, señor...

—Eso pienso, pero tú no, ¿verdad, Piso?

—Para ser franco, no, señor. Una cosa es ser una persona resuelta, pero hacen falta otras cualidades para la lucha. Creo que no tiene lo que hay que tener. —Piso se calló un instante. —Se rumorea que es un cobarde.

—Sí, ya lo he oído. Pero ya sabes cómo son los rumores..., casi nunca son del todo ciertos. El chico se merece una oportunidad.

Piso tuvo una intuición repentina:

—Entonces ¿espera que haya problemas de verdad, señor?

—Es posible. Ya sabes cómo son esos germanos: toda excusa es buena para provocar un conflicto. Pero dudo que vaya más allá de cuatro golpes. Y así tendré ocasión de ver cómo reacciona Cato.

—Si lo que he oído es cierto, echará a correr.

— ¿Apostamos algo? —Propuso Macro con una sonrisa—. ¿Cinco sestercios? Sé que te lo puedes permitir.

—Sí, señor. Pero, ¿y usted?

—Cinco sestercios —Macro hizo caso omiso de la burla y escupió en la palma de su mano. —Cinco a que si hay problemas, Cato no echará a correr. ¿O es que no te atreves a apostar?

Piso vaciló un instante y le dio una palmada al centurión.

— ¡Hecho! ¡Cinco!

CAPITULO VI

Había sido una noche fría y la fortaleza de la segunda legión, envuelta en la neblina y cubierta por un manto de escarcha blanca y brillante, empezaba a iluminarse con la tenue luz del amanecer. Los hombres de la tercera cohorte se iban formando en centurias con eficiencia. Quinientos hombres, vestidos con la armadura y la pesada capa, se habían reunido a la intemperie; se frotaban las manos y daban golpes con los pies contra el suelo en un intento de generar algo de calor en su cuerpo, expuesto al gélido aire de invierno. Se oían las burlas e insultos amistosos dirigidos a los legionarios de otras cohortes, que tenían la suerte de quedarse en la fortaleza aquel día. Los oficiales superiores estaban de pie, algo apartados de las irregulares filas de hombres, de modo que Cato no tuvo ningún problema en localizar al bajo y fornido Macro.

— ¿Ése es tu protegido, Macro? —le preguntó el hombre que tenía al lado.

Macro asintió con la cabeza.

—Algo joven para ser optio, ¿no te parece?

—Ya veremos —gruñó Macro, a la vez que miraba de arriba abajo a Cato, que iba vestido con una túnica y una capa que le quedaban mal.

El centurión dio una despaciosa vuelta alrededor del optio para observar de cerca el equipo del joven; dio un tirón de las hebillas y movió hacia atrás la cabeza de Cato para asegurarse de que la correa del casco estaba bien abrochada.

—Así está mejor. Bien, el tiempo que pasemos fuera del campamento quédate a mi lado y haz lo que te diga. Nada de alejarse; no hagas nada sin que yo dé el visto bueno. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Ve y únete a la parte delantera de la última centuria de la fila... Es la sexta centuria.

Espérame allí.

—Señor...

— ¿Qué ocurre?

— ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí de pie? —preguntó Cato temblando de frío.

—Por todos los dioses. Ni siquiera eres capaz de esperar, ¿verdad? —Macro movió la cabeza en un gesto reprobador. —No por mucho tiempo, muchacho; hasta que llegue el tribuno.

Uno de los otros centuriones escupió sobre el suelo helado.

—Seguro que el muy cretino está todavía en la cama.

—No creo —dijo Macro a su vez—. El legado está muy encima de él. Parece que quiere poner a prueba a Vitelio. Pero esta excursión no es más que un ejercicio de mando. Hasta Vitelio haría lo que fuera para fastidiarla.

—Macro, hijo, nunca subestimes la incompetencia de tus superiores. Han nacido y han sido educados para el afrontar todo tipo de desastres...

La conversación quedó atrás a medida que Cato se alejaba hacia el estandarte que se levantaba sobre la sexta centuria. Al acercarse a ésta, algunos le miraron con curiosidad.

— ¿Eres el optio de Macro? —le preguntó el portaestandarte.

—Sí.

—Dijo que tenía un muchacho nuevo, pero no sabía que lo decía en un sentido tan literal.

Cato abrió la boca para replicar, pero se contuvo. Luego se sonrojó y se reprimió la furia.

—No te separes del centurión ni de mí, amigo, y no te pasará nada.

Mientras Cato se quedaba en la parte delantera de la centuria, los otros optios ya habían recibido la señal para ordenar a los hombres de sus centurias respectivas en columnas de cuatro, y preparaban las filas, y al poco la cohorte estuvo formada y lista para ponerse en marcha. Cato no pudo evitar darse cuenta de la creciente impaciencia que consumía a los hombres que esperaban de pie. El sol había disipado la niebla del amanecer entre las almenas, y la luz empezaba a teñir la cohorte de un tenue resplandor anaranjado. Esperaron un buen rato más, el suficiente para que el frío empezara a penetrar en sus cuerpos inmóviles.

Al fin, se oyeron acercarse unos cascos procedentes del centro de la fortaleza, y Cato se dio la vuelta para ver acercarse a un oficial con capa roja y casco con penacho, que rebotaba con cada paso del caballo. El grupo de centuriones se deshizo y cada uno

volvió a su respectiva centuria. Vitelio pasó a caballo a lo largo de la columna de hombres y se situó al frente de ésta. A continuación, dio una única orden y la centuria emprendió la marcha, cruzó la puerta y avanzó por el camino que les alejaría de la fortaleza. Las demás centurias la siguieron, y en cuanto la retaguardia de la quinta empezó a marchar, Macro contó diez pasos y gritó la orden de abrir la marcha.

La reacción de Cato, gracias a la severa disciplina de Bestia, fue automática, e inició la marcha lenta que se le había enseñado, a dos pasos detrás de Macro, junto al portaestandarte. Atravesaron la puerta entre el eco de las botas que dejaba atrás la cantería y se adentraba en el bosque salvaje de la provincia fronteriza. El sol naciente alargaba las sombras sobre la escarcha acumulada a la izquierda del camino, y en el aire helado se formaban las bocanadas de vaho de los soldados. El mismo camino que semanas antes había estado surcado por las rodadas de los carros en el fango estaba ahora helado. Pese al frío, Cato se sentía bien por alejarse de la legión; tendría todo un día para no pensar en Bestia ni en Pulcher.

El soldado a la cabeza de una de las columnas llegó a la pequeña elevación del terreno, y al descender la sexta centuria por la pendiente, Cato dio una última mirada a la fortaleza que se extendía a lo largo del paisaje: un largo muro de piedra, con el edificio del cuartel general al fondo, coronado de tejas rojas, y al otro extremo, un asentamiento de bares, burdeles y sórdidos tugurios repartidos de forma irregular a los pies de la muralla. Al frente, una línea de árboles delimitaba el camino abierto por la segunda legión y el principio de uno de los antiguos bosques que se extendían por toda Germania. Más allá de los árboles jóvenes que luchaban por recuperar parte del suelo asolado por los ingenieros de la legión, se alzaban pinos y robles enormes, lóbregos e imponentes. Cato se estremeció, en parte por el frío y en parte al recordar el fatal destino de las tres legiones a las que el general Varo había conducido absurdamente a las profundidades de un bosque como éste unos treinta años atrás. Unos quince mil hombres habían muerto masacrados bajo la maraña de ramas de la sombría penumbra; los germanos habían dejado sus cuerpos en el fango, a merced de la putrefacción.

A medida que la columna avanzaba por el camino y los árboles empezaban a cerrarlo a los lados y al frente, los hombres iban callando; algunos miraban con inquietud hacia la profundidad a la que se adentraban. Macro sabía perfectamente cómo se sentían, pues esta remota parte de la frontera del Imperio albergaba algo extraño. No había bosques tan oscuros e impenetrables como éstos en todo el mundo conocido. Incluso las tribus del lugar los temían y contaban historias de cómo los incansables espíritus de los muertos habían sido condenados a vagar en forma de espectros pálidos entre las sombras y la luz verdosa de los árboles. La cohorte avanzaba por el camino que los ingenieros de la legión habían abierto a través del bosque; antes de la llegada de los romanos, los extranjeros preferían rodear el bosque para desplazarse. Algunos se negaban, incluso ahora, a cruzar los bosques. Al parecer, los ingenieros también habían pasado miedo, pues el sendero no era recto, sino que describía una curva que circundaba los árboles de tronco grueso, cosa que indicaba que aquéllos habían querido terminar cuanto antes su trabajo. Una vez la columna se hubo adentrado en el bosque, podían alcanzarse a ver poco más de veinte hombres al frente y otros tantos atrás, y Cato sintió un escalofrío en la espalda.

— ¿Señor?

Macro se dio la vuelta sin detenerse en el camino helado.

— ¿Qué ocurre, muchacho?

— ¿Cuánto queda para el poblado, señor?

. — ¿Te refieres a cuánto nos queda para salir de este bosque? preguntó Macro con una sonrisa.

—Sí, señor.

—Unos cuantos kilómetros antes de que el camino esté despejado de árboles; deberíamos llegar a la aldea a mediodía. No te preocupes por este lugar: es inofensivo.

—Pero si nos atacaran...

— ¿Si nos atacaran? —Preguntó Macro en tono de burla—. ¿Si nos atacara quién? No creo que fueran precisamente esos desgraciados a los que vamos a hacer una visita. Son un hatajo de granjeros simplones. Y el grupo guerrillero germano más cercano está más allá del otro lado del Rin. Así que tranquilízate, chico, estás poniendo nerviosas a las mujeres.

Macro apuntó con el dedo gordo hacia atrás, a los legionarios de la sexta centuria, y se oyó un fuerte abucheo. Cato se ruborizó y se encogió de hombros, sin dejar de mirar por el rabillo del ojo a los soldados.

Una vez superado el abrumador maleficio del bosque, los soldados dejaron de hablar en susurros, y la columna siguió su camino a través de los árboles con el alborozo de bromas, chistes e insultos propio de los soldados. El espeso ramaje sofocaba en gran parte el bullicio, que sonaba vacío y extraño a sus oídos.

Al fin, la columna salió del bosque para encontrarse ante una clara mañana de invierno en la que el sol bañaba la tierra con un cálido resplandor. Este lado del bosque había sido talado y la cohorte atravesaba ahora una tierra de cultivo tosca, salpicada de las adustas chozas de turba de los pobladores germanos, y de las que salía un hilo de humo. La mayoría de granjeros habían encerrado el ganado, y de los establos de vacas y cerdos, que mugían y gruñían al pasar los soldados, se desprendía vapor. Había pocos signos de vida humana, aparte de alguna cara extraña que observaba en silencio el paso de la columna por el sendero.

—Son gente agradable, ¿eh? —comentó el portaestandarte.

—No parece que les molestemos demasiado —contestó Cato—. Pensaba que iban a mostrar más interés. No es así como imaginaba a los germanos.

— ¿Cómo esperabas que fueran?

—Grandes y agresivos..., eso es lo que se dice en Roma.

—Así es como son exactamente cuando luchas contra ellos —explicó el portaestandarte

con entusiasmo—. Pero éstos no son más que granjeros. Son como todos los civiles cuando ven pasar un ejército. Procuran no meterse en líos y esperan que no tengamos ninguna excusa para prestarles atención. Tras esa puerta —el portaestandarte apuntó con la cabeza a una choza junto a la que pasaban—, y tras cada puerta hay una familia que reza por que no nos detengamos. Los soldados son malas noticias para ellos.

Desde el frente de la columna se gritó la orden de alto a la cohorte, y, al instante, cada centurión la repitió a sus hombres. Los soldados se detuvieron y esperaron en silencio la siguiente instrucción.

— ¡Oficiales al frente!

Macro, el centurión más alejado, se dirigió al trote, a lo largo de la columna, junto a Vitelio, que sobresalía a caballo entre la primera centuria. Desde el final de la cohorte, Cato vio que el sendero pasaba por una loma. Los oficiales se reunieron en torno a Vitelio a la distancia protocolaria de la infantería con respecto a los caballos, y éste dio sus órdenes con las aclaraciones pertinentes. Una vez los oficiales se retiraron, volvieron a su posición, al mando de su centuria respectiva. Macro se sonrió al ver la expresión inquisitiva del portaestandarte y el optio.

—La aldea está justo detrás de esa loma. El tribuno quiere hacerlo con calma. Sólo se lleva a la primera centuria. El resto formaremos a lo largo de la cresta para vigilar la aldea y actuar si es necesario.

— ¿Por qué no vamos todos, señor? —Preguntó Cato—. ¿Por qué dividir la cohorte?

—Porque son sus órdenes, amigo —respondió Macro bruscamente, pero entonces bajó el tono, porque se dio cuenta de que el optio había hecho una pregunta sensata—. No quiere que pongamos nerviosos a los del poblado. Sólo vamos a ejecutar el arresto, confiscar los objetos de valor y marcharnos de forma pacífica. El tribuno cree que si entramos todos podemos asustarlos e incitarlos a cometer un error.

— ¿Cometer un error?

— ¡A saber qué! —Macro se encogió de hombros para quitar importancia a lo dicho. — Yo no me imagino a una horda de granjeros intentando abordarnos. Aun así, son órdenes. ¡Ah! Allá vamos. Vuelve a tu posición, optio.

Vitelio avanzó en cabeza de la primera centuria hacia la cresta de la colina, y los hombres se perdieron de vista al descender al otro lado. Las siguientes centurias se desplazaron a derecha e izquierda a lo largo de la loma. Los centuriones de la segunda y tercera centuria midieron a pasos la fila y señalaron la posición correspondiente a cada centuria, y ordenaron que marcharan en ángulos rectos hacia el camino. El espacio dejado para la sexta se extendía a ambos lados del camino, y Cato, sin separarse del portaestandarte ni de Macro como se le había ordenado, se encontró frente a una hilera de hombres formados en columnas de cuatro en fondo que se prolongaba a unos cien pasos a cada lado. Más adelante, el suelo bajaba en una suave pendiente hasta la aldea, enclavada en un amplio meandro del río que surgía del bosque alrededor de la tierra de cultivo.

Cato se sorprendió ante el tamaño del poblado. Había esperado encontrarse con un grupo de chozas de barro dispersas, encerradas en una empalizada. En cambio, había centenares de cabañas y construcciones más grandes apiñadas, rodeadas por un alto muro de turba y una zanja llena de agua. La puerta principal estaba cerrada, flanqueada por dos torres de piedra achaparradas, desde las que se controlaba el estrecho puente levadizo. Un poco más allá de la entrada, el camino se ensanchaba en una plaza ante el mayor edificio de la aldea.

Había casi un kilómetro de la cresta al puente levadizo, y la primera centuria ya había recorrido casi todo el trecho del camino, mientras que la cohorte ya estaba en formación. Algunas caras se asomaban a los muros para avistar a sus visitantes, aunque la llegada de los soldados no parecía haber causado ninguna reacción, dada la pacífica espera de los lugareños. Mientras las cinco centurias estaban en posición de descanso, se hizo correr la voz de que podían comer, y los hombres fueron sacando las raciones que llevaban en los morrones. Cato sacó una tira seca de carne de vaca, que, aunque dura, era sabrosa. La marcha de la mañana le había dado más hambre de la que creía, y masticaba con ahínco mientras observaba el panorama a sus pies.

De repente, reparó en un movimiento en una parte alejada de la aldea. Tres hombres cargados con escudos y lanzas corrían hacia la línea de árboles que se dibujaba a lo lejos. Una espesa mancha de humo ascendía en remolinos desde una enorme hoguera situada allí donde Cato acababa de ver a los hombres.

— ¡Señor! —Gritó Cato a Macro—. ¡Allí!

— ¿Qué ocurre?

—Allí, señor —Cato señaló con su jabalina. —Aquellos hombres que corren. ¿Los ha visto?

—Sí, muchacho, ya los veo.

— ¿Qué hacemos, señor? —preguntó Cato.

— ¿Que qué hacemos? —Macro frunció el ceño. —Nada. Están demasiado lejos para poder hacer nada. De todos modos, sólo son tres.

—Tal vez debamos avisar al tribuno —insistió Cato.

—No tendría sentido.

Observaron en silencio a los tres hombres desaparecer entre las tierras de labranza en dirección a los árboles, mientras Vitelio conducía a sus hombres por el sendero que llevaba a la puerta, y les daba la orden de alto delante del puente levadizo. El tribuno agitó el brazo con resolución y, tras una breve pausa, la puerta se abrió para dejar paso a los soldados. La centuria entró en la aldea y, por unos instantes, desapareció de su vista entre las cabañas antes de volver a aparecer en la plaza. Vitelio detuvo a la columna y ordenó a dos hombres que se adelantaran hasta la puerta principal del edificio grande que daba a la plaza. Antes de llamar, la puerta se abrió, y apareció una mujer alta de cabellos largos y rubios. Aunque los que esperaban en la loma no oían y apenas podían

ver nada desde su posición, era obvio que Vitelio y la mujer estaban discutiendo.

—Pensaba que se nos había enviado para arrestar al jefe, señor —comentó Cato.

—Así es, chico —dijo Macro con irritación—. No debería perder tiempo. La luz del día dura poco en invierno. —Miró al cielo y vio que el sol ya empezaba a declinar hacia el horizonte. —No es muy agradable marchar de vuelta en la oscuridad.

Cato no pudo evitar mirar hacia el bosque en la distancia. El lugar ya era bastante inquietante durante el día, Júpiter sabía cómo sería en plena noche.

—Si se hace de noche, ¿no sería mejor bordear el bosque, señor?

Macro negó con la cabeza.

—Es demasiada vuelta. Además, si hace falta, podemos encender antorchas. No tendrás miedo, ¿verdad, muchacho?

—No, señor.

—Bien, sigue así —dijo Macro, aliviado de que sus cinco sestercios todavía no estuvieran perdidos.

En la aldea, la discusión concluyó a la fuerza cuando Vitelio hizo un ademán con el brazo que llevó a dos soldados a inmovilizarla sin miramientos, sujetándole los brazos a la espalda. Un pelotón entró por la fuerza al gran edificio, para salir al poco cargado con un arcón. Una vez Vitelio lo hubo vaciado, se dirigieron al siguiente edificio y forzaron la entrada.

—Parece que nuestro hombre ha huido —observó Macro, y bostezó ampulosamente—. El tribuno no debería haber perdido tiempo con la mujer.

—A menos que sea el tipo de mujer que pueda gustarle al tribuno —dijo el portaestandarte entre dientes—. Ya se sabe cómo es Vitelio con las mujeres: no puede resistirse al impulso de galantear.

—Pues tendría que hacerlo a su debido tiempo. Y no hacer perder tiempo al ejército. Y mucho menos al mío. Y menos en un maldito día frío como hoy.

— ¡Señor! —Cato le interrumpió—. ¡Mire allí! ¡En la entrada!

La puerta se estaba cerrando lentamente, y, mientras Macro miraba, el pequeño puente levadizo empezó a subir. Le invadió una fría sensación de terror más fría que un escalofrío en un día de invierno. Miró entonces al centro de la aldea, pero Vitelio y sus hombres parecían ajenos a lo que estaba ocurriendo y siguieron asaltando las casas. A lo lejos, más allá de la aldea, un leve movimiento atrajo su mirada. Del bosque salía una sombra, como si el sol se pusiera antes de lo normal. Luego se dio cuenta de que era imposible, ya que el sol estaba detrás de la cohorte.

— ¡Cato! Tus ojos son más jóvenes que los míos. ¿Qué está pasando allí, en el límite

del bosque? —preguntó Macro con urgencia, apuntando con el dedo.

Cato no estaba seguro de lo que veía. Del suelo se había levantado una nube que ocultaba parte de la vista. Pero la sombra borrosa se descompuso enseguida en formas definidas.

—Creo... Estoy seguro... Es un grupo de hombres. Salen del bosque y se dirigen hacia aquí.

Miró a Macro con los ojos muy abiertos.

— ¿Germanos?

— ¿Qué, si no?

—Pero, ¿y los que están en el pueblo? —preguntó Cato en tono alarmado—. Ellos no ven nada.

—Ya lo sé, muchacho. Ya lo sé.

Algunos otros soldados vieron el peligro inminente y lo señalaron a sus compañeros. Se oyó un murmullo de desasosiego por toda la fila.

— ¡Silencio! —Gritó Macro—. ¡Cerrad el pico y estaos quietos!

Los legionarios obedecieron al instante en cuanto se les recordó la disciplina. El centurión Cuadrato, de la segunda, el oficial superior presente, se acercó pasando junto a la columna.

— ¡Macro! ¿Los ves?

—Sí.

—Será mejor que bajemos y nos unamos a ellos.

—Se nos ordenó que nos quedáramos aquí —contestó Macro con firmeza—, a menos que Vitelio nos hiciera la señal para movilizarnos.

—Pero él no los ve acercarse.

Cuadrato apuntó con el dedo a los germanos que se aproximaban, que ya eran centenares y seguían saliendo del bosque en dirección a la aldea.

—Si bajamos, nos acorralarán a todos —dijo Macro—. Sugiero que en vez de bajar, intentemos captar su atención.

Cuadrato miró a Macro un instante y luego asintió con la cabeza. Se dio la vuelta hacia la fila, ahuecó las manos y las acercó a su boca para gritar:

— ¡Estandartes! ¡Señal de retirada!

Los cinco portaestandartes que quedaban empezaron a dar vueltas en círculo con las enseñas en alto. Macro miró hacia la aldea donde los soldados de la primera centuria, ajenos al desastre inminente, seguían tomando los objetos de valor fáciles de transportar.

— ¡Vamos, vamos! —Murmuró Cuadrato—. Que alguno nos mire... Aquí...

Al fin, vieron a un soldado señalar hacia ellos con su jabalina, y Vitelio hizo dar la vuelta a su caballo. Se quedó inmóvil sobre éste un momento, se dio la vuelta y agitó un brazo frenéticamente. El soldado que los había visto salió corriendo de la plaza y poco después reapareció en lo alto de una de las torres de la puerta. A pesar de ello, del espacio existente entre los edificios de la aldea surgieron algunos hombres que rodearon a Vitelio y sus soldados. La centuria se organizó enseguida en formación cerrada y retrocedió hacia la puerta. Algunos lugareños corrían y lanzaban piedras y trozos de madera a los romanos en retirada. Una inesperada cortina de jabalinas procedentes de la retaguardia cayó sobre los aldeanos, de los que cayeron una media docena y el resto huyó por las callejuelas. Pronto la centuria se perdió de vista tras los edificios de la aldea, en un intento de llegar hasta la puerta.

Desde la loma ya se veía claramente a los germanos aproximarse desde el bosque, y podía adivinarse cuántos eran y a qué velocidad iban.

—Trescientos o cuatrocientos —calculó Cuadrato.

Macro negó con la cabeza.

—No tantos, diría yo.

—Vitelio debería de tener bastante tiempo para salir antes de que lleguen a la aldea.

—No les será difícil. Están a casi kilómetro y medio de la aldea. En cuanto Vitelio pase por la puerta, debería de alcanzar la loma antes de estar más cerca.

— ¿Y luego?

—No sé. —Macro se encogió de hombros. —Habrá que esperar nuevas órdenes.

Cato miraba a los dos oficiales con incredulidad. ¿Cómo podían mantener tal sangre fría cuando sus compañeros se enfrentaban a una aniquilación inminente, allí, justo a sus pies? Y después, habría diez veces más germanos que hombres de la cohorte. Sintió un ardiente deseo de instar a gritos a todos los demás a hacer lo mismo. Pero su cuerpo se negó a moverse, en parte por la vergüenza y en parte por el pavor que le causaba la idea de hacer el viaje de vuelta solo por el bosque. Sin moverse, Cato, pendiente del avance de la primera centuria, no dejaba de mirar a los germanos que se aproximaban y a la aldea. Entonces vio un movimiento repentino en una de las torres de la entrada: un grupo de hombres acababa de apresar al legionario enviado por Vitelio; una lanza lo atravesó y el cuerpo cayó en el foso.

— ¡Señor!

—Ya lo he visto, muchacho.

Una serie de destellos anunció la llegada de la primera centuria al límite de la aldea y se entabló una breve lucha para tomar el control de la puerta de entrada. Al mismo tiempo, los germanos se acercaban en masa para cerrar la trampa.

—Esto es inminente —dijo Cuádralo para sí—. Lo mejor será prepararse para batirse en retirada. Yo volveré a poner en marcha a las otras centurias. Macro, quiero que te quedes aquí y nos cubras hasta que llegue Vitelio.

—De acuerdo —Macro asintió con la cabeza—. Pero date prisa.

Cuádrate se abrió camino en la fila gritando las órdenes necesarias y, una a una, las centurias que estaban en lo alto de la loma deshicieron la fila para formar una columna y empezaron a marchar en dirección contraria, hacia el sendero. A su vez, Macro ordenaba a la sexta centuria, a diez pasos más abajo, que despejara el camino para Cuadrato. Cato vio que en la aldea la primera centuria había logrado derrotar a los aldeanos de la puerta y los legionarios tiraban de la gruesa puerta de madera para escapar. Con Vitelio al frente en su caballo, la primera centuria se desdobló para subir la colina y unirse al resto de la cohorte. Un reducido grupo de aldeanos les perseguía, hasta que una nueva lluvia de jabalinas descargó sobre ellos. Una vez la centuria estuvo lo bastante lejos de la aldea para estar a salvo, Vitelio espoleó a su caballo para subir la pendiente y ponerse al mando de la cohorte. Se situó junto a Macro. Su caballo resoplaba con fuerza y echaba espuma. Tenía un corte profundo en la ijada y le salía sangre a borbotones.

—¿Qué diablos ocurre aquí, centurión? —gritó Vitelio furioso—. ¿Dónde está el resto?

—Cuadrato los ha llevado al camino, señor —explicó Macro.

—¿Para qué? ¿Tiene miedo de cuatro miserables aldeanos? ¡Voy a entrar ahí con toda la cohorte y vamos a incendiar el poblacho hasta que sólo queden cenizas!

—Señor —le interrumpió Macro—. Mire hacia allí.

—¿Eh? ¿Qué?

—Más allá de la aldea, señor.

Vitelio se quedó paralizado un instante al advertir el auténtico peligro de la situación. Observó el oscuro torrente de germanos que se precipitaba sobre el pueblo y se dio cuenta de lo que ya sabían los otros oficiales: no había posibilidad de enfrentarse a aquella extraña gente.

—Todavía nos separa suficiente distancia. Si podemos llegar hasta el bosque con tiempo, podemos emplear una retaguardia para aguantarlos.

—Creo que eso es lo que Cuadrato pretendía, señor.

—Bien. De acuerdo, vosotros quedaos aquí. En cuanto llegue la primera, dejadles pasar

y ordenadles que se coloquen al final de la columna. Esta centuria será la retaguardia. Retiraos una vez la cohorte haya empezado a moverse.

Vitelio volvió a mirar pendiente abajo para calcular la posición de cada bando.

—Tardarán un poco antes de alcanzar la aldea. Con suerte, podremos mantenernos a bastante distancia de ellos. Bien, centurión, ya conoce las órdenes.

—Sí, señor.

Macro saludó, y Vitelio espoleó a su caballo para dirigirse al frente de la columna. Cuando Cato estuvo seguro de que el tribuno no podía oírle, se dio la vuelta y miró a Macro.

— ¿Qué va a pasar?

—Lo que ha dicho. Estar de vuelta en el campamento enseguida. Eso es todo.

Cato temía que las cosas no serían tan fáciles. Una angustiada intuición le hacía pensar que lo peor tenía que llegar, y maldijo a Macro en silencio por obligarle a unirse a la expedición. En vez de practicar el incruento ejercicio que éste le había prometido y de alejarse de Bestia y Pulcher, debía enfrentarse a una horda de germanos despiadados. Hacía apenas cuatro semanas que había iniciado su carrera militar, pensaba con amargura, y ya había personas que hacían cola para matarle.

Los hombres de la primera centuria alcanzaron sin aliento el final de la línea de legionarios que había a los pies de la loma y se les hizo seguir subiendo por el camino. Cuando el último pasó junto a las filas, Macro ordenó a sus hombres retirarse diez pasos de su posición original. La centuria estaba a punto de formarse cuando oyeron un leve fragor procedente del final de la columna.

Desde el lejano bosque surgió otra turba de germanos que empezó a correr a campo traviesa para cortar la retirada de la cohorte. Cato sólo tuvo que lanzar una fugaz mirada para darse cuenta de que era evidente que los germanos llegarían al sendero antes de que la primera centuria estuviera siquiera cerca de éste. De repente, Cato lo vio todo con claridad: los tres hombres corriendo hacia el bosque, la señal de fuego, la mujer del jefe que provocaría el retraso. Una trampa muy hábil, pensó antes de que el pavor ante la situación le pusiera los pelos de punta. Al mirar a Macro para encontrar una solución, se sorprendió ante la momentánea pérdida de compostura de su expresión. Volvió a mirar la nueva amenaza, y luego se volvió hacia la primera horda de germanos, que ya estaba a menos de un kilómetro de la parte más alejada de la aldea.

— ¡Fantástico! —Exclamó Macro entre dientes—. Ahora sí que estamos bien jodidos.

CAPITULO VII

En cuanto la cohorte salió del campamento aquella mañana, la segunda legión inició su rutina cotidiana. Los reclutas de Bestia iban de un lado a otro dando patadas contra el suelo para entrar en calor durante un descanso de la instrucción. Mientras, el comandante de la quinta cohorte sacaba a sus hombres del campamento para la marcha de entrenamiento que el ejército exigía a sus tropas una vez al mes. Aquel día, el personal administrativo del cuartel general se unió a la cohorte, quejándose de la falta de consideración de Vespasiano hacia ellos, pues su categoría les eximía del servicio.

Vespasiano observaba desde un balcón a la cohorte y los administrativos, apretujados entre la tercera y la cuarta centuria, marchar en fila a lo largo de la Vía Pretoria, cosa que le hizo esbozar una sonrisa incontenible. La Segunda Augusta era la primera legión a su mando y pretendía hacer de ella la mejor, a pesar del disgusto del personal administrativo. Cada hombre y animal de la legión debía estar preparado para la campaña que se avecinaba. Más aún, dada la condición especial de la operación explicada a grandes rasgos en la carta que le había enviado el Estado Mayor del Imperio, los hombres de la segunda legión debían recibir instrucción de tipo anfíbio. Sabía muy bien que los soldados rechazaban todo cuanto tenía que ver con el agua, y más aún con el mar. La vida relajada de guarnición que la legión había llevado en los últimos años no iba a ayudarles, pensó Vespasiano al tomar otro trago de vino. Hacía falta un período de adaptación, y los ejercicios de refuerzo del personal administrativo eran la primera fase del programa que había trazado para preparar a las tropas. De ahora en adelante, las marchas de entrenamiento y el adiestramiento en el uso de armas se redoblarían y no se permitiría a ningún oficial ni soldado ningún privilegio en cuanto a exención del servicio.

Tan pronto la cohorte hubo salido de la fortaleza, Vespasiano se encerró en su dependencia privada y cerró los postigos del balcón. Sobre una gran mesa de madera tenía los inventarios que había encargado y una serie de misivas procedentes de Roma en las que se describían los pormenores del traslado de la legión: la ruta que seguirían a través de la Galia, los depósitos de provisiones de los que la segunda legión podría disponer durante la marcha y la notificación de que durante la campaña se incorporarían a sus tropas especialistas en guerra anfibia. El documento responsable de todos los cambios estaba bien guardado con sus documentos confidenciales en un arcón bajo la mesa. De tanto leerlos, se sabía los detalles de memoria. Sin embargo, cogió la llave que llevaba colgada al cuello y abrió el arcón. El despacho estaba enrollado y aún quedaban restos de lacre rojo pegados al pergamino. Junto al rollo había otro documento más pequeño, señalado con una marca que indicaba que sólo él podía leerlo, escrito con un código creado por el propio Emperador. Vespasiano lo contempló un instante con una expresión afligida y volvió a dejarlo en el arcón antes de sacar el rollo más grande. Lo puso sobre la mesa, lo aplanó, sorbió otro poco de vino tibio y lo leyó una vez más.

La segunda legión y las otras tres, junto con las treinta cohortes de tropas auxiliares, invadirían Britania en verano. El administrativo imperial que había redactado el documento exponía el plan así de claramente, sin rodeos. A continuación, tal vez por

cierto cargo de conciencia ante su falta de delicadeza, daba al texto un giro de locuacidad y procedía a explicar con un lenguaje refinado la importancia de la campaña. Julio César, decía, apenas había hecho un reconocimiento del suelo britano; una invasión eficaz haría renacer la gloria de Roma y volvería a recordar al mundo civilizado (y al no tan civilizado) la fuerza de Roma y de su nuevo emperador.

Vespasiano se sonrió. El nombramiento de Claudio se debía al apoyo de la guardia pretoriana. Pero para ellos, el nuevo emperador habría muerto en el derramamiento de sangre que siguió al asesinato de Calígula. Claudio tal vez fuera emperador, pero su aptitud para el puesto era objeto de crítica en toda Roma. Incluso los plebeyos no estaban plenamente convencidos de que estuviera a la altura del cargo. El plan de campaña para la conquista de Britania estaba claramente enfocado a dar una imagen heroica de Claudio. Una victoria rápida, un triunfo fastuoso y una prolongada celebración en la capital reafirmarían el aprecio del voluble pueblo de Roma por su emperador.

El administrativo proseguía afirmando que las fuerzas enviadas para la invasión serían más que suficientes. Los servicios de información procedentes de Britania daban a entender que la resistencia armada sería mínima y muy dispersa. La fuerza invasora eliminaría enseguida cualquier forma de oposición concentrada, y el resto de la campaña consistiría sencillamente en reducir las fortalezas tribales por medios diplomáticos o a la fuerza.

—Por medios diplomáticos o a la fuerza —repitió Vespasiano en voz alta.

Sólo un hombre de la administración imperial podía hacer que sonara tan sencillo. Cualquier soldado con experiencia en zona fronteriza sabía cuan difícil era conseguir algo con diplomacia. Vespasiano dudaba que los britanos pudieran siquiera pronunciar la palabra, y menos aún entender su significado.

Según la interpretación libre que el administrativo había hecho del César, los britanos eran chusma indisciplinada de pintorescas costumbres en el empleo de tácticas con cuadriga. Sus poblados fortificados venían a ser poco más que montículos de barro con endebles palizadas. Se preveían pocas bajas y los invasores tendrían grandes oportunidades para enriquecerse con el botín de guerra previsto, sobre todo con esclavos. A Vespasiano se le recordaba que debía dejar claro este aspecto de la campaña a las tropas de la legión, que, por otra parte, podrían verse influenciadas por los oscuros rumores que corrían sobre la neblinosa isla situada más allá de los confines del mundo conocido. Vespasiano suponía que en ese momento del texto el administrativo tomaba conciencia de que se había excedido, y adoptaba de nuevo un estilo más objetivo. Se ordenaba a Vespasiano que tuviera mano de hierro con los que difundían tales rumores y que impusiera el más elevado nivel de disciplina según la mejor tradición del ejército romano. El informe concluía con un programa de instrucción para las tropas en los meses siguientes.

Vespasiano dejó el documento a un lado, dio el último trago a su copa, y miró los papeles que cubrían la mesa. Al menos, sería toda una aventura. La reunión de una gran fuerza y el almacenaje de reservas para el abastecimiento posterior a la llegada a tierra, la construcción de una flota, la instrucción del ejército para operaciones anfibia y, además, la campaña en sí y la fundación de toda una nueva provincia con toda la

infraestructura necesaria. ¿Y para qué? La carta hablaba de los grandes recursos de oro, plata y estaño de la isla. Por lo que Vespasiano había oído decir a los comerciantes que pasaban por la fortaleza, la isla era un lugar sórdido sin ciudades ni cultura, de mujeres feas y ridículos peinados. No era un lugar del que Claudio pudiera estar precisamente orgulloso de mostrar al resto del Imperio. Pero era una conquista, y la buena reputación se basaba en el éxito militar. Vespasiano era plenamente consciente de que necesitaba crearse un prestigio político si quería que sus ambiciones se hicieran realidad. Sí, la conquista de Britania sería algo positivo para todos los implicados, excepto para sus habitantes, reflexionó con una sonrisa en los labios.

Había que liquidar algunos asuntos antes de que la legión dejara la fortaleza en manos de la cohorte mixta de Macedonia designada para reemplazar a la Segunda durante la campaña. Había que resolver algunas cuestiones de territorio, así como el desagradable asunto con el recaudador de impuestos, del que se estaba ocupando la tercera cohorte en aquel momento. El recaudador había hecho una petición al gobernador provincial para ser indemnizado, y en ella estipulaba que si no le compensaban con la suma que exigía, sólo se daría por satisfecho si se ejecutaba al jefe de la aldea. Consciente de que la tribu había tenido una mala cosecha aquel año y tal vez necesitara comprar comida para pasar el duro invierno germano, Vespasiano había ofrecido como alternativa, cortarle la lengua al jefe de la aldea. Pero el recaudador de impuestos, un galo zafio con un terrible acento, incapaz de conversar (algo que ya no tenía solución posible), había insistido en recibir su dinero sucio o en dar muerte al jefe. De modo que se había enviado a Vitelio a solucionar el problema, misión que para el tribuno era necesaria para hacer valer la paz del Imperio. A Vespasiano le resultaba bastante difícil ganarse la simpatía de su tribuno, pero no sabía bien por qué. El hombre era bastante ecuánime y muy popular en el comedor. Era un buen bebedor sin llegar a la embriaguez. Era un mujeriego empedernido..., como debía ser, pensó Vespasiano con aprobación. Además, a Vitelio le gustaba el deporte y conducía cuadrigas como si hubiera nacido con las riendas en las manos. Si algún vicio tenía era el juego, e incluso en eso era bueno. Tenía un don especial para saber cuándo los dados iban a su favor o en su contra. También tenía una gracia especial para hacer amigos, sobre todo hombres de influencia política, y tenía un gran futuro por delante. ¿Quién sabía hasta dónde podría llegar aquel hombre? Y con esta pregunta, Vespasiano dio con la clave: el tribuno encarnaba la figura de un posible rival en el futuro.

Y luego había otro asunto: el mensaje cifrado que había entregado el recluta semanas atrás procedente de la oficina personal del emperador con el código acordado entre Claudio y Vespasiano. En él se informaba brevemente a Vespasiano de que algún hombre del campamento había estado implicado en el intento de golpe de estado del año anterior perpetrado por Escriboniano. En cuanto los secuaces que quedaban del golpe facilitaran la identidad del conspirador, ésta se comunicaría a Vespasiano a fin de que pudiera tomar medidas para hacer desaparecer discretamente al cómplice. Bonitos eufemismos, pensó Vespasiano, y en sus labios se dibujó una sonrisa irónica al imaginar las técnicas empleadas por los torturadores imperiales para obtener información y hacer desaparecer gente con la mayor de las discreciones. Como consuelo, el texto le aseguraba que había al menos un espía imperial —no identificado— en el campamento para ayudarlo del modo que éste creyera más conveniente.

Todo aquello era un maldito incordio dada la preparación que requería la participación de la legión en una importante campaña de ataque. Un soldado tenía que estar

concentrado en objetivos militares, y no en elevados asuntos políticos, para que un ejército actuara de forma efectiva. Y a partir de ese momento, tendría que observar a cada uno de sus oficiales que le infundiera cierta sospecha, al menos hasta que algún pobre desafortunado de la prisión de Mamertina ya no pudiera más y diera un nombre. Vespasiano no podía evitar desear que el nombre fuera el de Vitelio. Sería una buena solución para acabar con muchas de las inquietudes que le atormentaban.

Vespasiano se sirvió más vino de la jarra que había puesto a calentar junto a las ascuas del brasero. Tomó un sorbo, al tiempo que sentía no haber encontrado una empresa más peligrosa que ofrecer a Vitelio que la simple tarea de entrar en una aldea de la zona.

CAPITULO VIII

El tribuno llegó con su caballo corriendo al galope por el sendero. Dio un giro brusco para detenerse junto a la última centuria y extendió un brazo para señalar en dirección a la aldea al final de la pendiente del camino.

— ¡Macro! ¡Lleva a tus hombres hasta allí enseguida!

— ¿Señor? —Macro se sobresaltó con la orden.

Dirigió la vista hacia donde apuntaba el tribuno y dio una rápida mirada a la aldea hacia donde la horda germana se acercaba en masa a través de la llanura.

— ¡Vamos, centurión! —gritó Vitelio— ¡Rápido!

— ¡Sí, señor!

—Y cuando lleguéis a la aldea, entrad y asegurad la puerta situada al otro extremo.

— ¡Sí, señor!

— ¡Que nada os detenga! ¿Entendido?

—Señor.

Cuando Macro se dispuso a gritar la orden a la sexta centuria, Vitelio sacudió con fuerza las riendas y espoleó al caballo para volver. La columna ya había dado media vuelta y marchaba a paso ligero hacia la aldea. Macro agarró a Cato del brazo.

—Quédate cerca de mí. Pase lo que pase.

Cato asintió con la cabeza.

—De acuerdo, muchachos, al trote. ¡Seguidme!

Macro condujo pendiente abajo a la centuria, una pequeña columna de legionarios que echaban remolinos de vaho al jadear mientras miraban hacia la parte más lejana del pueblo y calculaban la distancia de la horda germana que se acercaba hacia ellos. Hasta Cato veía que el enemigo estaba seguro de que iba a alcanzar la puerta antes que ellos. ¿Qué ocurriría entonces? Una lucha atroz en las sucias y estrechas calles y la muerte segura. De hecho, si una mínima parte de lo que Posidonio había escrito sobre los germanos era cierto, era preferible morir. Se oía el fuerte tintineo de las correas de arneses y vainas, y Cato, que todavía no había perfeccionado la técnica de correr vestido con el traje de campaña, hacía grandes esfuerzos por sostener la jabalina y el escudo y por que la vaina de la espada no se le metiera entre los muslos. Por si fuera poco, el casco de talla única empezó a deslizarse sobre los ojos al correr, con lo que debía echarlo hacia atrás cada dos por tres.

Macro echó una rápida mirada a sus espaldas y vio que las otras centurias pasaban por la cresta de la loma y empezaban a correr pendiente abajo. Asintió con la cabeza en un gesto de aprobación. El tribuno sabía lo que hacía al no permitirles correr colina abajo hasta la aldea y enfrentarse a los germanos sin poder recuperar el aliento. Macro miró hacia la puerta de la aldea. Un pequeño grupo de germanos, cargados con una variopinta variedad de armas antiguas y herramientas agrícolas de lo más peligrosas, esperaban sin saber muy bien a qué atenerse, sorprendidos de ver a los legionarios volver a toda prisa, sendero abajo. Macro estaba a unos veinte pasos de ellos y vio la expresión de miedo en la cara de aquellos que aún no habían huido. Tomó aire y desenvainó la espada.

— ¡¡Grrraarr!!

Cato se echó a un lado atónito.

— ¡Sigue corriendo, idiota! ¡Era para asustarles a ellos, no a ti!

Y así había sido: los germanos que quedaban, antes de enfrentarse a un centurión agresivo, habían preferido dar media vuelta y echar a correr hacia el interior de la aldea, sin detenerse siquiera a cerrar las puertas de sus casas. Apenas nadie miró al cadáver del romano que yacía desgarrado junto a la puerta cuando los legionarios irrumpieron en la aldea gritando con furia, disfrutando del efecto producido. Sólo Cato se mantuvo en silencio, mirando con gravedad las toscas cabañas a su alrededor, abrumado ante el insoportable hedor del lugar.

— ¡Más juntos! —Gritó Macro por encima del hombro—. ¡Y no dejéis de gritar!

La centuria dobló una esquina y se dirigió hacia el primer grupo de adversarios que no había huido: una docena de hombres hirsutos con escudos y lanzas de caza que les cerraban el paso de la calzada. Habían tenido la estúpida idea de colocarse demasiado cerca de la esquina y, antes de que Cato se diera cuenta de su presencia, ya habían sido arrollados. Los que habían sido empujados a un callejón desaparecieron de su vista y sobrevivieron. Los demás habían sido pisoteados y rematados con estocadas de jabalina al paso de la centuria. Cato sólo vio morir a un germano a quien Macro le había

golpeado la cara con el borde del escudo. El germano dio un grito estridente que desapareció con la aplastante presión que empujaba a Cato hacia el centro de la aldea. Cualquier posibilidad de sentir miedo había desaparecido ante la necesidad de concentrarse en mantenerse lo más cerca de Macro posible. A un lado, Cato oía al portaestandarte gritar « ¡Adelante! ¡Adelante!» con fuerza y una sonrisa en los labios. Por todos los dioses, pensó Cato fugazmente, estos hombres estaban disfrutando. ¡Idiotas! ¿Querían acabar muertos?

De repente, estaban corriendo hacia la plaza frente al edificio del jefe que Cato había visto desde la ladera, cuando los aldeanos empezaron a abalanzarse sobre ellos.

— ¡Déjalos! —Ordenó Macro— ¡Sigue conmigo!

Guió a la centuria desde la plaza a través de la ruta más ancha, que seguramente conducía a las puertas de la aldea que daban a la horda de germanos que se acercaba por el otro lado. El camino estaba despejado y la única señal de vida de los habitantes eran las puertas que se cerraban bruscamente al acercarse la centuria. A través de una abertura en los edificios, Cato vio que se acercaban a la otra puerta que se alzaba sobre los techos de paja. Luego oyó un nuevo sonido, el griterío de una multitud, más fuerte incluso que los gritos de los legionarios. A medida que se fueron dando cuenta del ruido, los legionarios se fueron callando, y aflojaron el paso unos momentos.

— ¡No aflojéis, malditos vagos! —Gritó Macro—. ¡Vamos! Los legionarios aceleraron el paso en un último intento de asegurar las puertas antes de que pudieran entrar los germanos que se aproximaban. Cato seguía al portaestandarte y a Macro en un desesperado tramo final de la cuesta entre las pestilentes cabañas germanas, y entonces chocó contra la espalda del centurión al detener éste bruscamente la marcha. En el golpe, Cato dejó caer el escudo.

— ¡Mierda! —bramó Macro. — ¡Disculpe, señor! No quería...

— ¡Formad filas! —Gritó Macro sin prestar atención a Cato—. ¡Jabalinas en ristre!

Cato recogió su escudo, se irguió y se quedó quieto. Tenían la torre de entrada abierta de par en par a cincuenta pasos, y hacia ellos avanzaba el rugido aterrador de los germanos que acababan de avistar al enemigo. Eran los seres más horrorosos que Cato había visto jamás. Eran enormes y desgredados, tenían la cara desfigurada por el ansia de sangre y la pestilencia animal que desprendían era desconcertante.

—Ponte a un lado, hijo. —Macro apartó a Cato al final de la primera fila de legionarios donde el portaestandarte había clavado en el suelo el estandarte y había desenvainado la espada. — ¡Las dos primeras filas! ¡Lanzad jabalinas!

Una docena de jabalinas volaron alto para caer en arco hacia los germanos, y desaparecieron instantes después entre la multitud rabiosa que avanzaba de seis en fondo hacia la calzada. Las primeras filas se detuvieron bruscamente, como si una cuerda hubiera tirado de ellos. Unos habían sido atravesados por las jabalinas romanas otros, al tropezar con los heridos, caían al ser empujados por la presión de atrás.

— ¡Las dos siguientes filas, jabalina en ristre! —repitió Macro en un grito claro y

sereno.

La segunda carga hizo del frente germano una masa informe de muertos y heridos, y los supervivientes forcejeaban para liberarse de la maraña de cuerpos. Macro sopesó la situación y agitó su espada en lo alto.

— ¡Vamos, chicos! ¡A por ellos! ¡A la carga!

Y se abalanzó hacia los germanos con el escudo en alto para protegerse y la espada empuñada hacia la garganta del enemigo más cercano. El centurión lanzó un grito y se precipitó sobre él, y Cato volvió a verse inevitablemente arrastrado por la avalancha de locura. A diferencia de las primeras filas de legionarios, Cato todavía tenía la jabalina y, en vez de cargar la incómoda arma contra el tumulto, prefirió lanzarla lo más lejos posible antes de desenfundar la espada corta. Pero los lanzamientos de jabalina que había practicado en el campamento no tenían nada que ver con lanzar una jabalina en una situación real. Al alzar el brazo derecho para lanzar casi atravesó al legionario que tenía detrás.

— ¡Ay! ¡Mira lo que haces, maldito cabrón! —Gritó el hombre furioso mientras se abría paso a empujones para adelantar a Cato—. ¡Vas a hacer daño a alguien!

Cato se sonrojó de vergüenza y enseguida lanzó el arma, que lamentablemente siguió una trayectoria baja, rebotó contra el casco de Macro y cayó en horizontal sobre la bulliciosa multitud de germanos. Cato tragó saliva al ver la mirada furiosa que le lanzó el centurión, que renegó en voz alta y se dio la vuelta para aplacar su ira contra el primer germano que tuviera delante. Cato desenvainó su espada al instante y se adelantó para evitar parecer el responsable del proyectil errado.

Los legionarios del final animaban a gritos a los de las primeras filas, y sólo callaban para rematar a algún que otro germano que presentaba traicioneros signos de vida entre la masa de cuerpos tumbada en el suelo. A Cato le impresionó ver a dos romanos entre los muertos; eran hombres que no conocía. Mientras los legionarios empujaban a los germanos hacia las puertas, aparecieron más cuerpos de romanos; algunos de ellos todavía se miraban las heridas, incrédulos. De los heridos brotaba sangre que se mezclaba bajo las botas con el fango. A medida que iban cayendo más romanos, la línea de ofensiva estaba cada vez más cerca, y Cato se armó de valor para el momento en que tendría que ocupar el espacio de una baja.

Aprisionados contra la puerta, un grupo de germanos trató desesperadamente de ampliar la línea de lucha trepando a los muros que rodeaban las cabañas. Al grito de Macro cayó una lluvia de jabalinas procedente de las últimas filas y los germanos cayeron sobre la turba.

Cato vio el estandarte agitarse al frente de la centuria mientras los legionarios se abrían paso lentamente para llegar a la puerta. Luego, con Macro en cabeza, una nueva oleada de soldados consiguió situar a los romanos entre los gigantes pilares de la puerta.

— ¡Quedaos aquí! —ordenó el centurión y, tras ensartar la espada contra la rabiosa turba germana, se separó de la centuria y se abrió paso entre las filas de los legionarios que aguantaban el portalón. Una vez dentro se dirigió a las tropas restantes.

—Vosotros. Subid al muro. Tenemos que dejar espacio libre frente a la puerta. Usad las jabalinas, piedras..., cualquier cosa que encontréis.

Mientras los legionarios subían por las rampas de barro de la entrada, Macro vio a Cato y lo agarró del brazo.

— ¡Optio! Quiero que tú y otros seis hombres tengáis a punto esa barra para atrancar la puerta. Cuando dé la orden, metedla en las abrazaderas lo más rápidamente posible. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió Cato, y vio un profundo corte en el brazo con el que Macro empuñaba la espada.

—Bien. Tú te encargas.

Y desapareció abriéndose paso entre empujones por las filas que defendían el portalón, lanzando gritos de ánimo a sus hombres. Cato reaccionó y vio que los hombres más próximos a él le estaban mirando a la espera.

— ¡De acuerdo! —Gritó tratando de sonar firme—. Ya le habéis oído. Envainad las espadas y dejad los escudos.

Sin salir de su asombro, Cato vio cómo respondían a la orden, y, liberados del peso de los escudos, se agacharon para agarrar con fuerza la tosca barra de cierre. Cato se quitó la correa del hombro y apoyó su escudo contra la pared de una cabaña, luego se agachó y agarró un extremo de la barra.

— ¿Listos? ¡Arriba!

Cato se fue enderezando poco a poco, respirando de forma entrecortada al hacer fuerza para colocarse la barra sobre el hombro.

—Bien —dijo entre dientes—. ¡Acercadla a la puerta; con cuidado!

La acercaron con dificultad poniendo los pies entre los cuerpos postrados de romanos y germanos, y esperaron a un lado de la puerta donde la lucha parecía favorecer al enemigo. Las mermadas filas de legionarios empezaban a verse obligadas a ceder terreno. Gracias a su altura, Cato podía ver a los furiosos germanos al otro lado que gruñían y se arrojaban contra los romanos.

Macro gritó:

— ¡Los del muro, ahora! ¡Usad todo lo que encontréis!

Los soldados de arriba lanzaron desesperadamente a los germanos las últimas jabalinas y rocas y piedras que arrancaban de las cabañas más próximas. De forma instintiva, los germanos de la parte delantera se apartaron de la puerta para evitar la escabechina.

— ¡A la puerta! —Macro se dio la vuelta y empujó hacia la puerta a los legionarios que

tenía cerca. El resto se apresuró a retirarse mostrando los escudos al enemigo. El último soldado en entrar agarró por el borde la pesada puerta de madera y empujó hacia fuera para cerrarla. En el exterior se oyeron los alaridos del enemigo al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo y se abalanzaron en masa una vez más, sin tener en cuenta las piedras que se arrojaban desde la parte superior del muro. Al frente de ellos iba un guerrero alto que tenía las facciones desfiguradas por la cólera y el odio. Cuando las puertas se cerraron frente a él, arremetió con su lanza contra el romano más próximo.

— ¡No, maldito! ¡No te saldrás con la tuya!

Macro golpeó con su espada la punta de la lanza, y ésta cayó al suelo. Al no poder frenar, el germano entró en el hueco que quedaba por cerrar y Macro le asestó un cabezazo que le aplastó la nariz con un horrible crujido. Macro echó de una patada al germano que no dejaba de dar gritos.

— ¡Vete al carajo, cabrón de mierda!

La puerta se cerró con un ruido sordo y, antes de recibir la orden, Cato y sus hombres alzaron la barra rápidamente para introducirla en las abrazaderas, donde la dejaron caer de golpe. Instantes después, las puertas empezaron a abombarse contra la barra, que crujía por la presión. Macro observó un momento para ver si estaban a salvo y luego, tras colocar a un guardia a la puerta, dio la orden de subir al muro a los hombres que quedaban de la centuria.

La muralla de la aldea era una construcción deplorable, alzada sobre todo para protegerse de bandas de saqueadores de la parte salvaje más allá del Rin. Habían amontonado la tierra de la zanja que rodeaba la aldea a partir de un terraplén de la parte interior recubierto de turba para que la tierra no se desmoronara. A lo largo del muro habían construido un pasillo revestido con troncos alineados. Junto al muro había una empalizada de estacas afiladas que llegaba a la altura del pecho, aunque a un hombre bajo como Macro le llegaba a la altura del cuello, por lo que debía ponerse de puntillas para ver mejor la escena que se desarrollaba al otro lado de la puerta.

La furiosa aglomeración de germanos se estaba extendiendo alrededor de la aldea, como dos brazos que rodeaban a los romanos atrapados en su interior. Justo debajo de Macro los germanos se apartaban de la puerta ante una nueva descarga de piedras, y frente a la gruesa madera se desplegaba un gran espacio cubierto de muertos y heridos. Más atrás, Macro vio que se estaban atando fajos de leña que los aldeanos tenían almacenada fuera del pueblo para evitar todo riesgo de incendio. Una vez tuvieron la leña preparada, sería cuestión de tiempo llenar la zanja y acercarse al muro. Al menos, la centuria había ganado tiempo para el resto de la cohorte. Macro se dio la vuelta para ver si había rastro de alguna otra centuria. Por toda la aldea se oían gritos apagados, y de alguna parte procedía un débil sonido de armas enfrentadas. Desde su posición, Macro podía ver a otros legionarios tumbados junto al muro. La aldea parecía un lugar seguro. Bien. Era el momento de hacer un informe.

Con los ojos puestos sobre el manto de cuerpos desparramados al pie de la puerta, Macro calculó que una cuarta parte de sus hombres había muerto o estaba gravemente herida. Alzó la vista y cruzó su mirada con la de Cato, que la desvió al instante hacia el muro con una expresión absorta.

— ¡Cato! ¡Esconde la maldita cabeza si no quieres que un germano haga prácticas de tiro con ella!

—Sí, señor.

—Ven aquí. Tienes trabajo.

Encorvado por debajo de la empalizada, Macro se quitó el casco y se limpió la frente con el brazo ileso. Mientras se preparaba para dar los detalles del informe a Cato, se pasaba un dedo sobre una abolladura en la parte superior del casco.

— ¿No sabrás quién es el responsable, no? —Cato se sonrojó sin decir nada. — Eso pensaba. Pero si alguien vuelve a lanzarme algo otra vez, le arranco el pellejo a ese cabrón. Bien, quiero que vayas en busca del tribuno. Encuéntrale cuanto antes y dile que estamos aguantando esta puerta. Dile que me quedan unos setenta hombres y que te dé las órdenes. ¿Entendido?

Cato asintió con la cabeza.

— ¡Entonces, en marcha! —Macro le dio una palmada en el casco.

El centurión observó a Cato correr rampa abajo hasta la calle y andar con cuidado pero rápidamente entre muertos y heridos. Macro volvió a colocarse el casco y recordó que debía hablar con Bestia si llegaban a salir de allí. Sin duda, aquel chico necesitaba practicar más con la jabalina. Dio un suspiro y miró con cautela sobre la empalizada para ver los adelantos de los germanos con los haces de leña.

Las botas de Cato golpeaban el suelo al correr hacia el lugar de donde había venido la centuria poco antes. Solo, se sentía vulnerable y lanzaba miradas nerviosas a cada lado sin dejar de correr entre las sórdidas hileras de cabañas y edificios germanos. Pero no vio a nadie hasta que estuvo a punto de llegar a la plaza de la aldea. Había dos soldados romanos haciendo guardia. Ante la proximidad de Cato, levantaron sus jabalinas con inquietud y miraron hacia el lugar de donde provenía el chico, pero se tranquilizaron cuando éste se detuvo jadeando.

— ¿Dónde está el tribuno?

— ¿Qué sucede, optio?

—Nada..., debo hablar con el tribuno..., tengo un mensaje para él.

Uno de los legionarios le indicó hacia atrás.

—Allí, en la cabaña del jefe. ¿Cómo va todo en la otra puerta?

—La están aguantando —gritó Cato al dejarlos atrás.

Cuando salió de la estrecha calle a la plaza, Cato se detuvo ante el asombro. Cientos de germanos de todas las edades daban vueltas en el centro de la plaza. Luego se dio

cuenta de que los estaban apiñando unos legionarios, que los empujaban con los escudos y los pinchaban con las jabalinas a fin de reunirlos en grupos más cerrados para facilitar la vigilancia. Algunos acababan de ser traídos de las callejuelas por las que acababa de pasar Cato, que entró en la cabaña del jefe donde Vitelio estaba dando órdenes a un centurión.

—...y si oponen resistencia o intentan hacer algo, matadlos a todos.

— ¿Matarlos?—El centurión miró vacilante a los aldeanos, muchos de los cuales no dejaban de llorar. — ¿Matarlos a todos?

—Eso he dicho —dijo bruscamente, y añadió con sorna—: ¿O es que no tenéis valor para hacerlo?

— ¡No, señor! —el centurión parecía sorprendido—. Sólo creo que nos llevaría mucho tiempo matarlos a todos, señor.

—Entonces tendréis que hacerlo de forma rápida.

— ¡Señor!—interrumpió Cato—. ¡Traigo un mensaje para usted, señor! De Macro.

— ¿Qué demonios es esto, soldado? —Gritó Vitelio—. ¿Cómo osas presentarte aquí y hablarme a gritos como si yo fuera un vendedor de mercado? ¡Di lo que tengas que decir correctamente!

—Disculpe, señor. —El centurión tosió. — ¿Puedo retirarme?

— ¿Qué? Oh, claro. Ya tienes órdenes. Muévete —Vitelio miró a Cato y asintió con un brusco golpe de cabeza. —Ahora tú.

—Señor, el centurión Macro desea informarle de que está aguantando la otra puerta y...

— ¿Bajas?

—Unas veinte, señor. Le quedan setenta hombres, señor. El centurión quisiera saber si tiene alguna orden que darle, señor.

— ¿Alguna orden? —repitió Vitelio vagamente—. Muy bien. Dile que debe aguantar la puerta. Hemos salvaguardado los muros y el resto de la aldea. Debemos esperar hasta que llegue la ayuda. —Vitelio alzó la vista al cielo cada vez más gris. — Esperamos volver al campamento antes del anoecer. El legado pensará en algo tan pronto sepa que tenemos problemas. Si tenemos suerte, será mañana por la mañana. De todos modos, estamos mejor aquí que en ese bosque.

—Sí, señor —convino Cato con entusiasmo.

—Exponle a Macro la situación y dile que tiene que aguantar la puerta a toda costa hasta que sea relevado. ¿Me has entendido, optio?

Cato asintió con la cabeza.

—Entonces, vete.

CAPITULO IX

Sobre la aldea germana el día empezaba a oscurecer al declinar el sol bajo un cielo gris. Una vez se hubo calmado la lucha, el calor desatado y el ardor empleado en la batalla se fueron desvaneciendo y los legionarios en estado de alerta junto al muro temblaban por el frío de la oscuridad invernal. Para colmo, empezó a nevar. La emboscada inicial había fracasado y los germanos, en retirada a falta de jabalinas, lanzaban insultos dirigidos a la aldea en su áspera lengua. Otros estaban ocupados atando haces de leña y arrancando ramas de los pinos jóvenes para construir rudimentarias escaleras. Los romanos observaban intranquilos desde el muro, y de vez en cuando dirigían miradas de desespero hacia el lugar donde se encontraba la fortaleza, apenas a trece kilómetros de distancia. Más alarmante todavía era para los legionarios de la sexta centuria ver cómo los germanos habían echado abajo un árbol de considerable tamaño para utilizarlo como ariete.

Macro tampoco había perdido el tiempo. Había ordenado a un grupo de hombres amontonar rocas pequeñas sobre el muro para compensar la falta de jabalinas, y a otro, amontonar rocas más grandes y tierra contra las puertas para amortiguar el impacto del ariete. Eran buenas contramedidas, pero si los germanos conseguían coordinar con precisión su ataque, la delgada fila de romanos que cubría el muro de la aldea sería sin duda aniquilada. Macro explicaba esto pacientemente a su joven optio, mientras éste le vendaba el corte del antebrazo.

—Entonces ¿qué?

— ¿Tú qué crees? —Preguntó Macro con una leve sonrisa, y dio una patada contra el suelo—. Se nos echarán encima sin dejarnos ninguna salida. Nos harán pedazos.

—Por favor, no se mueva, señor. ¿Harán prisioneros?

—Mejor no pensar en ello —dijo Macro amablemente—. Créeme: es preferible estar muerto.

— ¿En serio?

—En serio.

—El tribuno dijo que Vespasiano enviaría ayuda en cuanto supiera que teníamos

problemas. Si podemos esperar hasta entonces...

—Eso es mucho decir —replicó Macro—. Pero tal vez podamos. Tú procura hacer lo tuyo.

—Eso haré. —Cato rasgó el trozo sobrante de la basta gasa y ató con firmeza los extremos. —Ya está, señor. ¿Cómo la siente?

—No está mal —Macro dobló el brazo e hizo un gesto de dolor al sentir una punzada en el codo. —Servirá. Es menos grave que otras veces.

— ¿Ya le habían herido alguna otra vez, señor?

—Es normal cuando entras en el ejército. Pronto te acostumbrarás.

—Si sobrevivimos.

—Todavía tenemos posibilidades. —Macro intentó adoptar un tono tranquilizador, y a continuación, al ver la expresión sombría del joven, le dio un puñetazo en el hombro. — ¡Arriba ese ánimo, muchacho! Aún no estamos muertos. No por mucho tiempo. Pero si morimos..., en fin, en ese caso no podremos hacer nada por evitarlo, así que más vale no preocuparse, ¿de acuerdo? Vamos a ver qué están haciendo esos bellacos.

Macro echó un vistazo a las filas germanas bajo los copos de nieve y la oscuridad creciente del anochecer. No vio ningún cambio importante, y el ruido apagado de los golpes de hacha sobre la madera era constante. Convencido de que la aldea estaba a salvo por el momento, Macro se dio la vuelta hacia Cato.

—Voy a hablar con los demás muchachos. A animarlos. Mientras me ausento, quiero que vayas con dos hombres más a buscar algo que comer y beber. Tengo hambre. Es mejor que comamos algo mientras esperamos a que Herman se ponga en movimiento.

Tras buscar por las cabañas más cercanas, encontraron un buen botín de carne seca, pan fresco y varias jarras de cerveza germana.

—Id con cuidado con eso —avisó Macro, que hablaba por propia experiencia—. Procurad que nadie se ponga como una cuba, o presentarán cargos contra ellos al volver al campamento base.

Cato miró a lo lejos, sobre el hombro del centurión.

— ¡Señor! El tribuno...

Vitelio y una escolta de cuatro hombres corpulentos aparecieron por una calle en penumbra y subieron rampa arriba hasta la puerta. Macro se irguió y estuvo a punto de llamar a la centuria a firmes pero Vitelio le indicó con la cabeza que no lo hiciera.

—Deja descansar a los hombres, centurión. Se lo merecen.

—Sí, señor. Gracias.

— ¿Cómo van las cosas?

—Bueno, como puede ver —Macro extendió el brazo para mostrar el anillo de germanos que rodeaba la aldea—, no podremos contener a todos esos germanos con setenta hombres, señor. No han dejado de atar haces de leña y hacer escaleras de asalto desde el último ataque. Y allí casi han terminado de construir un ariete. En cuanto nos embistan con eso...

—Ya veo. —Vitelio se rascó la barbilla con un gesto de reflexión. —Tendréis que frenar su avance cuanto podáis.

—Sí, señor... ¿Cómo está el resto de la cohorte?

—Nuestra posición no está mal. Tenemos controlado el muro y a todos los aldeanos que no están heridos. La centuria de Cuádrate es la que peor lo ha pasado. Esa zorra, la mujer del jefe, abrió una rejilla de desagüe. Veinte de los suyos atacaron por la espalda a los hombres de Cuadrato antes de descubrirla. Los fueron eliminando mientras trataban de mantener a los germanos alejados del muro. Perdimos casi media centuria antes de poder hacerlos salir.

—Puede confiar en Cuadrato, señor —Macro sonrió.

—Ya no: un germano le clavó una pica en el estómago.

—No puede ser...

—Me temo que sí, centurión. Y también han matado a su optio. Por eso he venido. ¿Tienes a alguien que pueda sustituir a Cuádrate y se haga cargo de sus hombres?

A cinco pasos de ellos, Cato les oía, y la sangre se le heló a la expectativa de oír su nombre. Hizo un gran esfuerzo por no mirar a Macro y dirigió la mirada sobre el muro para observar con resolución a los germanos reunidos alrededor de las hogueras. Cato adoptó una pose que esperaba fuera la propia de un veterano despreocupado y siguió a la escucha con el corazón palpitante.

—Hum —caviló Macro mirando a su alrededor, y Cato casi sintió el peso de su mirada sobre él.

— ¿Qué te parece tu optio? —Preguntó Vitelio—. ¿Es un buen hombre?

—Apenas es un hombre, señor. No es más que un muchacho nuevo. No puedo dejarlo solo. Está bien predispuesto, pero no está preparado para lo que quieres.

—Lástima.

Cato sintió cómo el aplastante peso del rechazo le envolvía el corazón. Apretó los dientes con fuerza y trató de contener lágrimas de humillación.

— ¿Tienes a alguien más?

—Sí, señor. El portaestandarte es bueno. Lléveselo.

—De acuerdo. —Vitelio asintió con la cabeza—. Ya sabe lo que hay que hacer, centurión. Aguante las puertas pase lo que pase. Si podemos resistir la noche, Vespasiano debería enviarnos ayuda por la mañana. Cuento contigo. Adelante.

—Gracias, señor. —Macro llevó la mano al pecho para saludarle y luego vio al tribuno irse con sus hombres hacia el lugar donde el estandarte de la centuria reposaba sobre el muro.

— ¡Mamón! —Maldijo Macro en voz baja—. «Cuento contigo...», como si Macro no conociera su trabajo.

Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie más había oído la indiscreción. La pose rígida del joven, con la mirada fija sobre el muro, era claramente poco natural.

— ¡Cato!

— ¿Señor? —la voz sonaba ofendida.

— ¿Algún indicio de movimiento?

—No.

—Mantén los ojos abiertos.

—Sí, señor.

El tribuno y su pequeño pelotón volvieron a la puerta a lo largo del muro con el portaestandarte a la zaga. Vitelio asintió con un brusco golpe de cabeza al tiempo que él y sus hombres se detenían.

—Cuidese, señor —dijo el portaestandarte.

—Tú también. —Macro le sonrió—. Cuidaremos del estandarte mientras no estés, Porcio.

El portaestandarte se detuvo y posó una mirada apenada sobre el estandarte de la Sexta, luego le pasó el jirón de madera a Macro tratando de mostrar la menor renuencia posible.

—Aquí tiene.

A continuación desaparecieron entre la fría oscuridad que rodeaba las sucias cabañas germanas, y Macro se quedó con el estandarte en la mano, con el pendón colgando del travesaño puesto en horizontal. Por un instante, Macro sintió una punzada de emoción al recordar los años que había servido de portaestandarte. Le dio la vuelta al asta con cariño y sonrió ante las sensaciones que ésta le había vuelto a despertar, las de un hombre todavía joven, visceral y fascinado, y entonces reparó otra vez en Cato.

— ¡Muchacho! —gritó en tono suave—. ¡Ven aquí! Cato se cuadró ante su superior, con la expresión rígida para controlar sus emociones.

—Descansa, hijo. Tienes un nuevo trabajo. Quiero que cuides de esto. — ¿Señor? —
¿Has oído al tribuno?

—Sí, señor.

—Espero que sólo hayas oído eso. Ya no tenemos a Porcio y necesito a un hombre capaz de encargarse del estandarte un rato. ¿Estás dispuesto a ser tú?

Por muy amable que fuera el tono era más una orden que una pregunta, y Cato se sintió eufórico mientras la amarga humillación de un momento antes desaparecía. Sin responder, dejó su escudo en el suelo y asió con fuerza el estandarte con la mano izquierda.

—Es una gran responsabilidad —dijo Macro—. Ya lo sabes.

—Sí, señor. Gracias, señor. Lo defenderé con mi vida.

—Más vale que así sea. Si Porcio encuentra un solo rasguño cuando se lo devolvamos, colgará tus pelotas en la punta la próxima vez que entremos en acción. ¿Lo has entendido?

Cato asintió solemnemente con la *cabeza*.

—Mantente cerca de mí y, pase lo que pase, no sueltes el estandarte y mantenlo en alto, donde los hombres lo puedan ver en todo momento. ¿Entendido...? ¿Qué está pasando?

Acababa de ver un repentino movimiento de hombres en el muro. Todos los legionarios se habían puesto de pie, con las espadas y los escudos preparados. Cato alzó el estandarte y siguió a Macro hasta la empalizada. Detrás de los muros, los germanos se dirigían hacia la puerta. Se veía una forma irregular entre la multitud allí donde había hombres que arrastraban troncos. Algunos cargaban con antorchas, que iluminaban con un resplandor anaranjado las caras de los hombres más próximos a éstas.

—Bien, recordad, muchachos —gritó Macro a sus soldados mientras desenvainaba la espada—: si llegan a entrar, la cohorte está perdida. Así que haced todo lo que esté en vuestras manos.

Un fuerte grito se propagó por toda la horda de germanos, y enseguida se convirtió en una rugiente ovación de rabia y arrogancia. Algunos legionarios contestaron a su vez con gritos de desafío.

— ¡Silencio! —gritó Macro entre el barullo—. ¡No hacen más que gastar aliento! ¡Y nosotros no hemos de demostrarles nada!

A su lado, Cato estaba clavado en el suelo, paralizado ante la amenaza que se aproximaba. Por algún motivo, aquella masa que avanzaba con una feroz resolución

parecía mucho más amenazadora en la oscuridad. Su imaginación estaba ocupada magnificando cada ruido y cada forma. A diferencia del ataque de aquella tarde en la aldea, la inminencia de un conflicto irrefrenable daba cabida a que los hombres contemplaran su propio valor, su propia disposición a la lucha, y a imaginar gráficamente las peores consecuencias que pudieran acaecerles. Cato se estremeció, y enseguida se maldijo y miró a los hombres que había en el muro a su alrededor.

—¿Tienes miedo, muchacho? —le preguntó Macro en voz baja.

—Sí, un poco.

Macro sonrió.

—Claro que tienes miedo. Todos tenemos miedo. Pero ahora estamos aquí y no podemos hacer nada al respecto.

—Ya lo sé, señor. Pero eso no hace las cosas más fáciles.

—Sólo debes preocuparte de sujetar bien el estandarte.

Los germanos avanzaban a paso regular, hasta que estuvieron cerca del muro. Entonces se oyó el rugido de un cuerno de guerra en la noche, y luego otros cuernos alrededor de toda la aldea, y una oleada de salvajes gritos guerreros retumbó ante la delgada fila de romanos que guardaba la endeble empalizada. Frente a la puerta, las figuras oscuras trepaban a la zanja y arrojaban los troncos a la profundidad de las sombras, mientras otros lanzaban una lluvia de flechas, lanzas y rocas a los defensores. Con el escudo alzado sobre la cabeza, Macro miraba para saber si la pila de leña estaba llenando la zanja en las dos posiciones, una a cada lado de la puerta. La zanja estaría llena en poco tiempo, con una anchura que permitiría a los germanos hacer subir por el muro al grupo de hombres que cargaban con la escalera. Y peor aún: entre la horda se abría paso el ariete, la peor amenaza para su posición. Mientras los legionarios no perdieran la cabeza, las escaleras podían empujarse para hacerlas caer al suelo, pero un ariete atravesaría la tosca puerta de la aldea. Y entonces Macro y sus hombres no tendrían defensas que les sirvieran de protección y los germanos les arrollarían por inmensa mayoría. El valor temerario de los germanos les había llevado a llenar la zanja rápidamente y, en vez de perpetrar un asalto directo, Macro presenció con sorpresa cómo amontonaban los troncos contra el muro. Los germanos que caían, simplemente lo hacían sobre el montón de leña cada vez más elevado.

De repente la horda enemiga se separó justo a la puerta, y un grupo de hombres fornidos llevaron hasta ésta el ariete, un fuerte tronco de pino con torgos que hacían las veces de asas. Cuando el ariete chocó contra la madera de la puerta, los hombres situados en el muro superior a ésta notaron el impacto. Macro miraba detenidamente tras la puerta cuando se sintió el segundo golpe y vio la barra travesera que los legionarios de guardia, frenéticos, se esforzaban por sujetar. Algunas clavijas ya empezaban a saltar.

—Esto no va nada bien —murmuró Macro, y se dio la vuelta para mirar sobre el muro.

A pesar de que los romanos lanzaran piedras, cada baja quedaba inmediatamente reemplazada, y seguían avanzando.

—Esto no va nada bien.

— ¿Hay algo que podamos hacer, señor? —preguntó Cato.

— ¡Sí, claro! Si tuviéramos fuego griego los asaríamos a todos.

Cato recordaba vagamente lo poco que había leído sobre aquella arma experimental, y no creía que el hecho de que el elemento ardiera tuviera que ver con una nacionalidad concreta. Pero dada la esperanza que brillaba en los ojos de Macro, la variante griega parecía algo bastante especial.

— ¿Servirá fuego germano, señor?

— ¿De qué demonios hablas?

—Bueno, señor, es que en una cabaña todavía queda un horno grande encendido. Es una suerte de tahona. Aunque no hay pan. Supongo que estarían preparando los hornos.

Macro fijó en él la mirada unos instantes.

— ¿Y no se te había ocurrido informarme antes?

—No, señor. Me ordenó que sólo buscara provisiones.

—De acuerdo, necesitamos fuego inmediatamente, así que ocúpate de eso —dijo a su vez Macro, tratando de ocultar su exasperación—. Encuentra a los hombres con los que habías ido por comida y dales la orden de traer carbón al muro dentro de los escudos. Y luego vuelve aquí.

Una vez Cato se marchó, Macro examinó la puerta a nivel del suelo. Los golpes ya empezaban a abrir huecos en las gruesas vigas de madera, a través de los que podían verse los germanos. Cada nuevo golpe provocaba una nube de polvo y escombros procedentes del muro de arriba, y Macro tuvo que parpadear varias veces para limpiarse los ojos. Corrió de vuelta al muro y ordenó a algunos hombres que utilizaran horcas para recoger paja de las cabañas más cercanas y apilarla en los pasillos sobre la puerta. No fue hasta que el primer destacamento volvió con los escudos alzados llenos de ascuas, cuando Cato se dio cuenta de la intención del centurión.

— ¡Ponedlas en la paja!

Los legionarios, sudorosos, inclinaron los escudos para dejar caer las ascuas en la paja y, a pesar de la humedad, el humo y las llamas empezaron a tomar forma. Mientras el fuego se encendía y crepitaba, Macro arrojó más paja, y empezaron a desprenderse nubes de humo, lo que hizo toser a los legionarios que más cerca estaban.

— ¡De acuerdo! ¡Arrojadlo por encima del muro! —Gritó Macro—. ¡Utilizad lo que tengáis a mano, pero arrojadlo por encima del muro!

Los romanos hundieron las horcas, las jabalinas restantes y hasta las espadas cortas, y

los haces de paja en llamas, chispas crepitantes en la noche, cayeron para arder sobre los desventurados germanos que cargaban con el ariete. Procedentes de abajo se oyeron gritos y alaridos de terror, y los golpes en la puerta cesaron. Macro vio el ariete abandonado en el suelo, a los pies del muro, casi completamente cubierto de paja en llamas. El calor del fuego le azotó la cara y dio un paso atrás. Nadie osaría utilizar aquel ariete durante un buen rato, incluso si no se quemaba del todo.

— ¡Ah! ¡Mirad cómo corren! —exclamó Cato con una sonrisa radiante—. No volverán a probarlo esta noche.

—Puede —asintió Macro—. Puede. Pero donde las dan las toman. ¡Mira allí!

Cato se dio la vuelta para mirar en la dirección que indicaba el centurión. Las rampas que el enemigo había construido ya estaban terminadas y, mientras miraba, de las filas germanas lanzaron antorchas que cayeron en una explosión de chispas entre la leña. En cuestión de momentos, las rampas se ardieron y de los muros que rodeaban la aldea brotaron relumbrantes llamaradas anaranjadas que hacían echarse atrás a los legionarios. Un desafortunado soldado iluminado por el resplandor fue alcanzado por varias flechas, y cayó sobre las llamas dando un alarido de horror que cesó de súbito. Cato se estremeció, pero antes de poder pensar más en aquel pobre hombre, apareció de repente una llama pequeña entre un hueco del pasillo.

— ¡Oh, no! —Dijo entre dientes, y se dio la vuelta hacia Macro—. ¡Señor! ¡Mire allí!

Macro miró a tiempo para ver otra lengua de fuego, más grande esta vez, agitarse entre la madera del pasillo. La puerta estaba en llamas. Parte de la paja debía de haber caído demasiado cerca.

— ¡Maldita sea, estamos apañados! ¡Y por culpa del fuego germano! —Macro lanzó una mirada de reproche a Cato.

— ¡Podríamos intentar apagarlo!

— ¡Calla! Demasiado tarde. —Macro trataba de pensar en una solución.

Los tres incendios de los muros se estaban extendiendo visiblemente. Ya no podían hacer nada por apagarlos. Y si se quedaban en el muro serían arrasados por el fuego y, a la vez, proporcionarían a los germanos blancos bien iluminados. No había nada que hacer. Tendrían que ceder terreno hasta que el fuego se apagara y pudieran volver a subir para defender el muro. Pero teniendo en cuenta que la puerta era una ruina en llamas y ya se abrían otras dos brechas en el muro, en cuestión de una hora la zona defendida por la sexta centuria a aquel lado de la aldea se vendría abajo como una barata casa de vecinos. Y eso ocurriría bastante antes del alba y antes de que llegara cualquier ayuda.

— ¡Atrás! —Bramó Macro para que todos sus hombres pudieran oírle sobre el chasquido y el rugido de las llamas—. ¡Apartaos del muro!

Esperó hasta que el último de sus hombres hubo descendido por las rampas de la puerta, y luego dirigió una última mirada hacia la empalizada, donde las afiladas estacas de

madera siseaban y humeaban en el abrasador calor. Al otro lado del muro, las primeras filas de germanos estaban intensamente iluminadas y la expresión triunfante de sus caras brillaba, deformada por el calor del aire. A continuación, Macro corrió a unirse a sus hombres y formó el cuerpo principal en la calle, con dos secciones menores colocadas a cada lado a lo largo del muro incendiado por los germanos.

— ¿Qué hacemos ahora, señor? —preguntó Cato.

—Tenemos que esperar..., y confiar en que el fuego dure.

CAPITULO X

El fuego no solamente duró, sino que ardió con furia. De él brotaban remolinos de chispas que saltaban hacia la oscuridad del cielo, donde se mezclaban con los copos de nieve. La mayoría de las chispas se desvanecían, pero algunas volvían a caer para posarse sobre los techos de paja inclinados de la aldea. Mientras Macro se maldecía por haber decidido quemar el ariete, y, en consecuencia, la puerta que intentaba salvar de éste, Cato desvió su atención a las cabañas más próximas. De los tejados subían nubes de humo y en algunas partes se veía brillar un centelleo que se esparcía en llamas. Macro miró a su alrededor con inquietud y vio que las cabañas a sólo unos cincuenta pasos del muro se estaban incendiando. A menos que se desplazaran, pronto estarían atrapados en el centro del infierno inminente. Un crujido repentino le hizo desviar la mirada al frente, donde la puerta entera se estaba derrumbando, pasto de las llamas.

Al otro lado se oían los gritos triunfantes de los germanos, que empezaban a acercarse al fuego, esperando deseosos el momento en que el fuego decreciera lo bastante para poder entrar en masa a la aldea y masacrar a la cohorte. Pero, por el momento, parecía que las llamas no iban a amainar; al contrario, el fuego era cada vez más intenso al extenderse por las cabañas. El calor de la calle era ya insoportable, y Cato se dio cuenta de que entrecerraba los ojos para protegerlos del aire ardiente y sofocante. El centurión sabía que había llegado el momento de retirarse, una amarga verdad que había que aceptar, pues la situación lo exigía.

— ¡A mí todas las tropas! ¡A mí todas las tropas! ¡Volvemos a la calle!

Los legionarios se dieron la vuelta y emprendieron marcha rápida hasta que llegaron al límite del fuego, donde Macro les había ordenado detenerse y cerrarse una vez más. Los hombres miraron atrás con expresiones de alivio, agradecidos de estar fuera de peligro. La posición que ocupaban momentos antes estalló en una lluvia de chispas al derrumbarse un edificio al otro lado de la calle.

—Por poco, señor —bufó entre dientes uno de los hombres.

—Aún no estamos a salvo —dijo Macro a su vez, con seriedad—. El fuego se está extendiendo muy rápidamente. Nos replegaremos con su avance. Si hay suerte, podemos mantener el fuego vivo entre nosotros y Herman.

—Hasta que salgamos de la aldea —dijo Cato en voz muy baja.

Macro se dio la vuelta de súbito, a punto de soltarle algún insulto, pero el chico tenía razón.

—Hasta que salgamos de la aldea —asintió—. O hasta que Vespasiano nos alcance.

El fuego, descontrolado como una bestia fuera de su jaula en un anfiteatro, se extendía con furia por toda la aldea, devorando todo lo que encontraba a su paso. El cielo reflejaba un resplandor anaranjado y la nieve caía para derretirse en lluvia. Poco a poco los legionarios fueron cediendo terreno y, al hacerlo, Macro se dio cuenta de que el incendio de la puerta empezaba a decaer más rápidamente de lo previsto. Frunció el ceño, asombrado. Luego vio a unos germanos tras las llamas moribundas. Éstos lanzaban cubos de agua sobre los restos de la puerta, donde el humo y el vapor se mezclaban. Mientras observaba la escena, los hombres que le rodeaban vieron lo que estaba sucediendo, y un murmullo de desesperación corrió por las filas de la Sexta centuria. Era evidente que los germanos no se contentaban con dejar que la furia de las llamas terminara con los romanos; querían sangre, y en la calle que conducía a la puerta casi no había llamas, dada su anchura.

— ¡Silencio! —Gritó Macro—. Aún no estamos acabados. No mientras podamos mantener el fuego entre ellos y nosotros. Los dos primeros pelotones conmigo. ¡Castor! —Macro se dirigía a gritos al veterano de la centuria. —Encárgate de que los demás tiren abajo algunas construcciones a lo largo de la calle, o haz cualquier otra cosa que ayude a extender el ruego. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Pero mantén la línea abierta para que nosotros podamos pasar. Cuando estéis listos comunicádnoslo: nos replegaremos a través de vosotros. —Macro se dirigió a los dos pelotones del frente—: De acuerdo, muchachos, escuchadme. Si Herman llega a la calle, tenemos que aguantarlo el tiempo suficiente para que los demás puedan hacer su trabajo. Después, echaremos a correr. Vamos allá.

Con Macro y Cato al frente, los dos pelotones marcharon a lo largo de la calle y se detuvieron tan cerca de los restos de la puerta como el calor se lo permitía. Allí Macro los formó en una pared de escudos, y esperaron. Pero no por mucho tiempo. El fuego de la puerta se extinguió pronto, dejando un montón humeante de madera quemada. Los germanos cruzaron la puerta a trompicones, haciendo caso omiso de los restos de fuego, y reanudaron la cadena de jarras de agua allí donde los edificios habían caído. Mientras el enemigo avanzaba, los romanos esperaban en silencio, y Cato, en la segunda fila, sostenía el asta del estandarte con fuerza para contener el acusado temblor de su cuerpo. Miró de soslayo a los hombres que había a su alrededor, callados y quietos, con los ojos puestos en los germanos que avanzaban en su dirección. De repente, los germanos

soltaron las jarras y se abrieron paso sobre las ruinas renegridas que quedaban entre ellos y los soldados, a gritos de guerra frenéticos.

— ¡Cuidado, muchachos! —Bramó Macro—. ¡Mantened la fila! ¡Lucharemos en formación!

Cato vio por encima del hombro de Macro al primero de los greñudos germanos corriendo hacia ellos. Sin reducir el paso ni un momento, éste chocó contra la pared de escudos, y fue despachado con una rápida estocada. Cayó al suelo con un grito ahogado. Pero le siguieron otros, que se lanzaron contra los escudos tratando desesperadamente de abrirse un hueco a la fuerza, a través del cual poder hincar sus cortas lanzas. Cuando se acumuló demasiado peso, los legionarios cedieron terreno. El primero de ellos cayó herido en el costado por una lanza germana; de la herida manaba sangre, y acabó en el suelo. El hombre que tenía detrás ocupó su lugar al instante, y los compañeros del herido, sin poder impedirlo, siguieron cediendo terreno dejándole a merced de los germanos. Con un grito salvaje degollaron al romano, y un chorro de sangre salpicó el muro de escudos.

Cato se agachó para esquivar una lanza dirigida a su cabeza, y el estandarte lo siguió. Los germanos arremetieron contra éste, y uno de ellos lo cogió por la bandera.

— ¡Quita las manos, Herman! —gritó Macro, hundiendo su espada en el pecho del germano. Soltó el estandarte de golpe, y Cato volvió a colocar rápidamente el estandarte en posición vertical, aterrado ante la vergüenza de lo que estuvo a punto de suceder.

Macro pudo mirar por un instante calle abajo y vio que el resto de la centuria había derrumbado varios edificios y apilaba los escombros y quemaba la paja de los tejados de un lado al otro de la calle. Era el momento.

— ¡Sección de retaguardia! ¡Repliegue!

No les hizo falta arenga, y dieron media vuelta para salir corriendo calle abajo hacia la pequeña abertura dejada para ellos, donde Castor había colocado a algunos hombres con cuerdas para derrumbar una pared sobre la calle. En cuanto los germanos vieron a la retaguardia retirarse a lugar seguro, sonaron gritos de desprecio y se abalanzaron con furia reavivada sobre el endeble muro de escudos. Hasta Cato vio que la última sección estaría en grave peligro durante la retirada. Pero Macro estaba listo y, sin previo aviso, gritó la orden:

— ¡Romped filas! ¡Al ataque!

Con un grito, los legionarios embistieron con los escudos contra los germanos. El movimiento inesperado los cogió desprevenidos, y por un momento retrocedieron.

— ¡Corred!

Al instante, la carga dio media vuelta y los soldados echaron a correr calle abajo, Cato entre ellos, maldiciendo el incómodo estandarte. Al estrecharse la calle hacia el lugar donde esperaba el resto de la centuria, Macro se volvió hacia los germanos para asegurarse de que sus hombres podían huir. El enemigo aún no se había recuperado del

giro repentino que había tomado la táctica de los romanos y, Macro, con una siniestra sonrisa de satisfacción, echó a correr tras los suyos.

Pero un germano más atento que los otros levantó la espada sobre su cabeza y la arrojó con toda su fuerza hacia los romanos que se batían en retirada. Cato, rebosante de alivio, corría hacia el espacio abierto por sus compañeros cuando oyó gritar a Macro.

— ¡Ah! ¡Mierda!

Cato se dio la vuelta enseguida. A diez pasos calle arriba, Macro había caído al alcanzarle en el muslo una lanza. Su escudo y su espada estaba en el suelo, a un lado. Más allá, los germanos se habían recuperado de su sorpresa y ya corrían hacia el centurión derribado. Macro alzó la vista y vio a Cato.

— ¡Corre idiota!

— Señor...

— ¡Salva el maldito estandarte! ¡¡Corre!!

En un momento de impensable calma, Cato vio la expresión de enfado del centurión, el germano corriendo hacia él, el fuego ardiendo en los edificios y el reflejo rojo del cielo en la noche... En ese instante, antes de tomar ninguna decisión consciente, arrancó a correr hacia su centurión gritando cosas sin sentido a los germanos.

CAPITULO XI

— ¿Has visto a Tito hoy?

— ¿Cómo? —Vespasiano alzó la vista desde su escritorio móvil. — ¿Qué has dicho?

—Tu hijo, Tito. ¿Le has visto hoy? —Flavia le dio un golpecito con el dedo sobre el hombro. — ¿O es que has estado demasiado ocupado para acordarte de que tienes un hijo?

—Querida, no he tenido tiempo para nada.

—Eso dices siempre. Siempre. Estos horribles papeles absorben toda tu vida. —Miró dentro del arcón de los documentos. — ¿No crees que deberías pasar más tiempo con tu hijo?

Vespasiano soltó la pluma y la miró detenidamente con sentimiento de culpa. Tras dos abortos y un hijo muerto al nacer, Tito había sido como un milagro. El difícil parto casi había acabado con la vida de Flavia y del niño. Desde su nacimiento en Roma, hacía dos años, el niño había sido tratado como un objeto valioso, siempre estaba envuelto en paños de lana y con su madre al lado. Vespasiano había dedicado grandes esfuerzos para dar todo el apoyo posible por su parte, siempre consciente de que el tiempo que pasaba con su familia era tiempo alejado de la política y de su carrera, cosa que a la larga jugaría a favor de Tito, se decía convencido.

Aceptar su nombramiento para el cargo en la legión no había sido una elección fácil. Flavia se había mostrado muy reacia a abandonar Roma, pese a haberle animado de forma diligente a aceptar el cargo. Como toda mujer con respeto por la tradición, ella le había acompañado cuando Vespasiano asumió sus nuevas funciones de mando. Pese a que el aire fresco era un cambio agradable respecto al cargado hedor de Roma, no había sido beneficioso para Tito. Desde que habían llegado al campamento base, al niño le había atacado una enfermedad tras otra. El frío y húmedo clima era perjudicial para una complexión frágil, y tantas noches seguidas en vela junto a la cuna habían acabado por agotar a Flavia. La idea de perder a Tito les aterrizzaba, pero Flavia no contaba con la distracción que tenía Vespasiano de trabajar el día entero. Flavia había sido apartada de su círculo social, y ahora estaba aislada en el mundo asfixiante de una base militar con sólo un puñado de compañeras, las esposas de los otros oficiales. No era de extrañar, pues, que hubiera volcado toda su atención en su hijo.

Como suele suceder con los niños, Tito lograba ser la causa de preocupación para desesperación de su madre y de los criados. No había un estante, un borde de mesa o puerta contra el que no se hubiera golpeado la cabeza, ni silla ni arcón contra los que no hubiera tropezado, ni alfombra ni estera que no le hubiera hecho caer al suelo. Debido a la curiosidad exagerada del niño, ningún intento de condicionar sus dependencias de forma segura bastaba, pues Tito siempre encontraba algo peligroso o sucio que llevarse a la boca o que meterse en el ojo; y cuando se le antojaba, que era a menudo, siempre encontraba algo que meter en el ojo de algún esclavo desafortunado. Sus niñeras tenían que enfrentarse a los afilados dientes del niño, que mordían cualquier parte del cuerpo que se pusiera a tiro.

Vespasiano se sonreía ante la idea de que, al menos, su hijo tuviera mucha energía.

— ¿Qué? —preguntó Flavia.

— ¿Eh?

— ¿Por qué sonríes? ¿En qué estás pensando?

—Estoy pensando que va siendo hora de que pase más tiempo con mi hijo. —
Vespasiano se apartó del escritorio y se puso en pie. —Ven.

Al salir del despacho y entrar por el pasillo cubierto que rodeaba el atrio de la casa de Vespasiano, éste miró al cielo. Sobre la tenue luz de las antorchas del patio, la noche helada empezaba a ofrecer sus primeros copos de nieve. Pensó que Vitelio aún no había vuelto, y pensó que la imagen del engreído tribuno volviendo de la aldea bajo una terrible tormenta de nieve sería grata, aunque no para los pobres hombres que tenía bajo

su mando.

Al abrirse la puerta de la pequeña habitación el niño se volvió para ver quién entraba, y con un grito de placer se puso de pie apartando a su niñera a un lado para correr hacia sus padres.

— ¡Papá! —Gritó antes de abrazar las piernas de su padre, e inclinó hacia atrás la cabeza con los ojos muy abiertos y una sonrisa—. ¡Aúpa! ¡Aúpa! ¡Aúpa!

Vespasiano se inclinó hacia delante y cogió con fuerza al niño por debajo de los brazos y lo levantó sobre su cabeza, cosa que llevó al niño a volver a dar gritos de entusiasmo.

— ¿Cómo está mi soldado? ¿Eh? ¿Cómo está mi niño hoy? —Vespasiano sonrió y miró a su mujer. —Crece deprisa. Dentro de poco ya podrá ponerse su primera toga.

—No es más que un niño todavía —se quejó Flavia—. Todavía es mi niño. ¿Verdad que sí?

Tito miró a su madre con una expresión indignada y la empujó para apartarla de él. Vespasiano se rió y se inclinó para despeinarle el pelo.

— ¡Éste es mi soldadito!

— ¡No es un soldado! —Exclamó Flavia con seguridad—. Y no será soldado. Al menos no lo será hasta que sea absolutamente necesario. Si yo puedo tener voz en esto, se quedará en Roma donde yo pueda cuidarle.

—Un día tendremos que dejarle decidir por sí mismo —dijo a su vez Vespasiano en tono amable—. El ejército es una buena forma de vida para un hombre.

— ¡No lo es! El ejército es un lugar peligroso e incómodo en el que sólo hay patanes ordinarios.

—Te refieres a provincianos como yo...

—Oh, no quería...

—Sólo bromeo. Pero, fuera bromas, si Tito quiere forjarse una carrera en el Senado, antes debe servir en las legiones.

—Podrías procurar que le destinaran cerca de casa.

—Ya hemos hablado de esto. Los nombramientos los hace el Estado Mayor del Imperio. Yo no tengo influencia sobre esto, al menos no de momento. Si quieres que tu hijo tenga éxito en su carrera, antes debe servir en el ejército. Sabes perfectamente que así son las cosas.

—Sí. —Flavia asintió apenada y besó a Tito en la frente. El niño se dio cuenta del estado de ánimo de su madre, y de repente le dio un fuerte abrazo hundiendo la carita en el hombro de ésta. — Me gustaría tanto tenerle a esta edad durante más tiempo...

—Ya lo sé. De verdad te entiendo. Quizás algún día vengan más niños. Cuando estés preparada.

Flavia levantó la vista para mirarle con sus ojos oscuros, llenos de recuerdos dolorosos, a punto de llenarse de lágrimas. Parpadeó y forzó una sonrisa para evitar el temblor de sus labios.

—Oh, eso espero. Quiero tantos y tantos niños. Y quiero tenerlos contigo. ¿Me prometes que tendrás cuidado?

— ¿Cuidado?

—En esta nueva campaña a Britania. Ten mucho cuidado.

— ¡Britania! ¿Cómo demonios...? —Vespasiano frunció el ceño, enfadado. —Se supone que eso es un secreto. ¿Dónde lo has oído?

—Las esposas de los oficiales... —Flavia se rió al ver su reacción. —Los hombres tenéis mucho que aprender sobre guardar secretos, la verdad.

—Típico —dijo Vespasiano entre dientes—. ¡No podía ser de otra forma! Hago prometer a mis oficiales superiores que guarden absoluta discreción, y lo siguiente que sé es que una información confidencial se ha convertido en chismorreo. ¡Ya no se respeta nada!

Tito se reía y movía la *cabeza* de un lado a otro.

—No te preocupes, querido. —Flavia le dio una palmadita en el brazo. —Estoy segura de que nadie más lo sabe. Pero no cambiemos de tema. Hablaba de Britania.

—Y de eso parece que habla el resto de la gente —refunfuñó Vespasiano.

—Debes prometerme que tendrás cuidado. Quiero tu palabra.

Ahora mismo.

—Te lo prometo.

—Ya estoy más tranquila —asintió con la cabeza, en un ademán de satisfacción—. Dale un beso al niño y acuéstalo.

Vespasiano llevó al niño en brazos hasta la cuna que había en un rincón de la habitación. Se inclinó para apartar con una mano las mantas de lana mullida y quitó el ladrillo que calentaba la cama. Al bajar a la cuna, Tito protestó y se agarró con fuerza a los pliegues de la túnica de su padre.

— ¡Dormir no! ¡Dormir no!

—Ahora debes irte a dormir —le dijo Vespasiano con delicadeza, a la vez que trataba

de soltarle las manos de la túnica.

Las manos del niño la asían con una fuerza sorprendente, y su padre tuvo que hacer un esfuerzo para soltarlas mientras al niño se le llenaban los ojos de lágrimas de rabia y frustración. Cuando Vespasiano ya había conseguido soltar al niño, Tito mordió a su padre en los nudillos. Antes de poder hacer nada, Vespasiano juró en voz alta.

— ¡Ese lenguaje! —Le censuró Flavia entre dientes—. ¿Quieres que a su edad diga esas palabras?

Vespasiano pensó que cualquier niño que creciera en una plaza militar aprendería un vocabulario bastante más amplio, impropio de los círculos de Roma.

—Este niño —añadió Vespasiano— tiene una buena dentadura.

—Eso es bueno.

— ¿Tú crees? —Vespasiano se miró con las cejas levantadas la pequeña media luna que le había hincado su hijo en la mano.

—Es señal de que tiene carácter. —Flavia colocó en la cuna al niño, que aún forcejeaba, y lo arrojó con la manta.

—Es señal de que tiene dientes —murmuró su marido.

Tito lloriqueó un rato más hasta que sucumbió a su sentido de la rutina y se tumbó boca abajo, cerró los ojos y, tras balbucear algunas cosas sin sentido, se durmió. Sus padres se lo quedaron mirando unos instantes, maravillados ante la serena y perfecta carita y los últimos movimientos de sus dedos regordetes a la luz titilante de las lámparas de aceite.

Alguien llamó a la puerta. Tito se movió y abrió los ojos un momento.

— ¿Quién demonios es?

—Hazlos callar enseguida —le dijo Flavia entre dientes—. Antes de que despierten a Tito.

Vespasiano abrió la puerta que daba al patio y se encontró con el centurión de guardia acompañado de un legionario que tiritaba.

— ¡Señor! —gritó el centurión en el más puro estilo militar—. Si me permite, le informamos que...

—Silencio... Baja la voz. Mi hijo está durmiendo.

El centurión se quedó con la boca abierta un segundo antes de hacer un esfuerzo para seguir hablando en un susurro.

—Si me permite, le informamos de un incendio.

— ¿Un incendio? ¿Dónde?

—En dirección al bosque, señor, hacia el Rin.

Vespasiano se quedó mirando con impaciencia al centurión.

— ¿Y crees que eso es lo bastante importante para molestarme?

—Este centinela dice que es un incendio muy grande, señor.

— ¿Grande? ¿Cómo de grande?

—No sé, señor —contestó el legionario—. No se ve el incendio en sí; sólo el resplandor en el horizonte.

El legado tuvo un mal presentimiento.

— ¿Ha vuelto ya la tercera cohorte?

—No, señor —negó el centurión con la cabeza—. Todavía no han llegado.

—De acuerdo, ahora voy. Os podéis retirar.

Flavia se acercó a él a pasos cortos y silenciosos.

— ¿Problemas?

—Puede. Voy a inspeccionar. Volveré pronto. Tú vete a la cama.

Cuando Vespasiano llegó a la torre sobre la puerta este, el parapeto había desaparecido bajo una fina y curva capa de nieve.

Al otro lado del muro de la fortaleza se extendía un paisaje en el que se alcanzaba a ver el límite del bosque, apenas visible entre la nieve que caía formando remolinos. Sin embargo, el centurión de guardia había hecho bien en llamarle: desde allí se veía un reflejo que teñía de naranja las nubes en la lejanía. El fuego tenía que ser considerable, pensó Vespasiano. Además, el incendio estaba a la misma altura que el poblado germano. Se dirigió al centurión de guardia: — ¿Vitelio no ha vuelto todavía? —No, señor.

Preocupante, muy preocupante. ¿En qué problema habría metido Vitelio a la tercera cohorte? En los últimos informes secretos no había indicios de ánimo de rebelión entre los habitantes del lugar. Aun así, la cohorte ya debería estar de vuelta a aquellas horas. Y la intensidad del resplandor indicaba la presencia de un incendio de grandes proporciones. Vespasiano reflexionó sobre el daño que sufriría su reputación si daba la señal de alarma enseguida; no le costaba imaginar las risotadas de sus hombres. Pero este pensamiento se alejó en cuanto lo desestimó. Su orgullo quedó en segundo lugar para dar paso a su sentido de la responsabilidad al frente de la legión. Se dio la vuelta y le dijo al centurión de guardia:

—Llama al escuadrón de caballería. Que hagan un reconocimiento de la ruta que la tercera cohorte siguió hasta la aldea. Que me informen en persona en cuanto descubran algo. Luego llama a la legión. Quiero a todos los oficiales superiores en el cuartel general inmediatamente. Que los centuriones den a sus hombres la orden de batalla, listos para ponerse en marcha. Excepto la primera cohorte, que se quedará en la base. ¿Entendido? —Sí, señor.

—Pues en marcha. ¡Y corre!

Cuando el centurión de guardia se hubo ido, Vespasiano volvió a mirar el incendio en la lejanía. A menos que Vitelio se hubiera perdido al volver a la fortaleza, el fuego debía de estar relacionado con la ausencia de la cohorte. — ¿Señor?

Al levantar la vista, Vespasiano vio la cara de preocupación del joven centinela.

— ¿Qué ocurre, soldado?

— ¿Cree que nuestros compañeros tienen problemas?

A sus espaldas se oyó por toda la base el primer grito de llamada a las armas, que otros repitieron a su vez, y vieron salir a la oscuridad de la noche la silueta de los soldados de la segunda legión. Vespasiano hizo un esfuerzo por sonreír.

—Más vale que tengan problemas o, de lo contrario, acabo de movilizar a cuatro mil hombres para nada. Y eso no estaría bien, ¿verdad?

CAPITULO XII

Cato gritaba con todas sus fuerzas al precipitarse hacia los dos germanos que se acercaban a su centurión. En el último momento, bajó el estandarte y lo agitó de un lado a otro. El germano más cercano a Macro se preparó para atacar, alzó la vista al oír los alaridos y se volvió para enfrentarse al nuevo peligro. Macro no dudó ni un segundo y le propinó un puñetazo en la entrepierna. El hombre se dobló y cayó de rodillas retorciéndose de dolor. Cato tropezó con él y cayó a su lado aparatosamente. El otro germano parecía bastante perplejo y, de repente, rompió a reírse a carcajadas. Cato se puso en pie furioso y blandió el estandarte frente a la cara de su enemigo.

— ¡No te rías de mí, miserable!

Por unos instantes, ambos se sostuvieron la mirada; el germano mostraba una expresión más fría y calculadora que momentos antes. De pronto, se hizo a un lado, y Cato hizo

girar en redondo el estandarte; el germano lo esquivó hacia atrás y empuñó la espada directamente a la axila del joven. El estandarte del ejército, al igual que todo estandarte, se había diseñado para fines estéticos más que bélicos; la parte superior era tan pesada que, al girar, la base del asta se clavó en la cara del germano que corría hacia Cato, y lo interceptó. Con un gemido de asombro, el germano se desplomó sobre el suelo. Cato, que estaba de espaldas, se dio la vuelta con los dientes apretados esperando haber provocado una herida fatal, y, sin dar crédito a sus ojos, se quedó mirando al hombre desplomado en el suelo.

— ¿Qué...?

— ¡Déjalo! —Le gritó Macro—. ¡Ven aquí, muchacho! ¡Arráncame esta lanza!

— ¿Señor?

— ¡Haz lo que te digo!

Cato asió con firmeza la lanza con su mano libre, y Macro colocó la pierna en una postura más cómoda.

— ¡Ahora!

Cato tiró con todas sus fuerzas, y la punta de la lanza salió de la pierna con un chorro de sangre. Macro dio un alarido de dolor que interrumpió cerrando la boca. Hizo ademán de levantarse, y Cato le ayudó asiéndole del brazo. La herida soltaba sangre, pero afortunadamente ésta fluía, en vez de salir a borbotones, lo que indicaba que no era mortal. Sin embargo el dolor era tan intenso que Macro se mareaba, y tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para pasar el brazo sobre el hombro del joven, que lo llevó hasta la abertura entre los edificios derrumbados, donde esperaba el resto de la centuria. Detrás de ellos, sobre el rugido de las llamas, Cato oyó pasos atronadores que se acercaban, y miró atrás para ver a los germanos que se les echaban encima gritando, sedientos de sangre romana. Cato redobló sus esfuerzos y casi arrastraba al centurión consigo. Tropezaron y Macro cayó de rodillas; gritó al caer sobre la pierna herida. Los soldados que les esperaban mostraban una clara desesperación, pues era evidente que no conseguirían llegar antes que los germanos.

— ¡Vete! —Resopló Macro—. ¡Es una orden!

—No le oigo, señor.

—Salva el estandarte.

En aquel momento, Castor hizo un gesto de contrariedad y dio la orden de echar abajo el edificio. Los legionarios vacilaron un instante hasta que el veterano repitió la orden a voz en grito y las cuerdas se tensaron para hacer caer el muro con la paja en llamas.

— ¡Mierda!

Cato se detuvo y lanzó una mirada rápida hacia atrás. Casi tenían encima a los germanos. A su derecha había una pared de piedra con una sólida puerta de madera.

Descorrió el cerrojo a toda prisa, dio un golpe a la puerta, que se abrió hacia dentro, y arrojó estandarte y centurión adentro. Entró agachado en un movimiento ágil y cerró de un portazo para echar el cerrojo. Al otro lado, los primeros germanos aporrearon la puerta de tal forma que los golpes retumbaron en toda la habitación. Ésta era oscura, pero la luz de las llamas entraba por los bordes de los postigos y los huecos de los aleros. La única ventana de la habitación daba a la calle, pero, por suerte, estaba cerrada y atrancada, aunque ahora los germanos daban sacudidas contra ella.

—Averigua si hay otra salida —dijo Macro mientras se palpaba la herida para comprobar su estado.

Seguía sangrando, y Macro no quería perder más sangre de la necesaria si quería estar alerta. Se desabrochó la correa de la espada y sacó la vaina para atarla sobre la herida ciñéndola lo más que pudo. Cuando Cato volvió, instantes después, de la herida apenas manaba sangre.

— ¿Y bien?

—Parece un granero; en la parte trasera hay algo de paja y una salida de ventilación, pero nada más.

Las sacudidas de la puerta eran cada vez más constantes y, de repente, un golpe asestado en la ventana hizo saltar una tablilla. En el lugar del golpe vieron un objeto negro clavado que enseguida desapareció para descargarse otra vez sobre el postigo. De la madera se desprendieron astillas, y entró un haz de luz anaranjada que atravesó la penumbra.

—No podemos quedarnos aquí.

—No —respondió Cato—. ¡Mire allí!

Alzaron la vista y vieron un resplandor amarillo sobre el techo de paja, y luego otro que empezó a prenderse rápidamente en llamas cada vez más violentas.

Y los postigos seguían rompiéndose a golpes.

—Tendremos que utilizar la salida de ventilación —decidió Cato—. Hay una escalera, pero con su pierna será difícil.

—No tenemos otra opción.

—No. Pero tenemos que retrasarlos cuanto más podamos. ¿Puede vigilar la ventana, señor?

—Sí, pero... —Por favor, señor, no hay tiempo para explicaciones.

—De acuerdo —asintió Macro—. Ayúdame a levantarme y dame tu espada.

Apoyándose sobre la pierna indemne, Macro se reclinó contra la pared junto a la ventana, mientras Cato desaparecía en la parte posterior del granero. De pronto, se

rompió un buen trozo del postigo y cayó al suelo. Una lanza entró por el hueco y un germano aferró las manos al marco de la ventana para entrar. Macro dejó caer la espada sobre la mano que más cerca tenía, y los dedos amputados saltaron en el aire al tiempo que el germano se retiraba a gritos.

— ¡Adelante, bellacos! —Gritó Macro—. ¿Quién quiere más?

El ataque a la puerta se hizo más violento y la madera empezó a ceder. Vigilar la ventana no era cosa fácil, pero vigilar la puerta era imposible.

— ¡Cato! ¡Sea lo que sea lo que estés haciendo, acaba ya!

— ¡Ya voy, señor! —dijo Cato resoplando.

Se acercó tambaleándose hacia la parte delantera del granero, cargado con una masa informe de paja clavada en una horca. La echó en el suelo entre la puerta y la ventana y la esparció rápidamente. Luego empleó la horca para hacer caer parte de la paja incendiada del techo, cubriéndose la cara con el brazo para protegerla de las chispas que se desprendían. Empezó a salir un humo espeso, el fuego prendió y, justo al ceder la puerta, las llamas y el humo asfixiante invadieron aquella parte del granero.

— ¡Por aquí! —gritó Cato al tiempo que tosía violentamente al inhalar el asqueroso humo.

El joven ayudó como pudo a Macro a levantarse con la mano que tenía libre, y cargó con él medio a rastras hasta la parte posterior del granero, donde había una escalera que subía a una parte oscura.

—Suba usted primero, señor. Coja el estandarte y déme la espada. Dé un grito en cuanto esté arriba.

Macro no discutió las órdenes del muchacho y se dispuso a subir las escaleras maldiciendo tanto su herida como el estandarte. El humo del techo incendiado era cada vez más espeso a medida que entraba en el granero. Macro lo sentía en los pulmones, y los ojos le picaban mientras ascendía por la escalera hacia la salida de ventilación, que estaba a una distancia escasa pero desesperante. Dio un golpe para abrirla y sacó enseguida la cabeza en busca de aire puro. Desde su elevada posición, Macro veía cómo aquella parte de la aldea era consumida por rugientes llamaradas que se extendían con rapidez gracias a una ligera brisa que avivaba el fuego. Para evitar el fuego, los germanos avanzaban con cuidado entre las sinuosas callejuelas en dirección a la plaza de la aldea, donde los restos de la cohorte se preparaban para luchar por su vida.

La ventana daba a un corral donde dos cerdos iban de un lado a otro, presas del pánico. Justo debajo de Macro había un montón de forraje, de modo que lanzó el estandarte por la ventana. Entonces un fuerte estrépito retumbó en el granero. La puerta acababa de ceder, y un torrente de pies y fuertes gritos invadió el lugar.

— ¡Cato!

— ¡Salga, señor! —Gritó el chico—. ¡Salga ya!

Los germanos se adentraron en el granero tosiendo, decididos a cazar a su presa romana de una vez por todas, y Macro se apresuró a salir por la ventana. Se agachó para sacar el cuerpo y se colgó sobre la pared para soltarse inmediatamente. La caída fue más suave de lo que esperaba, pues uno de los cerdos había decidido que el forraje sería un buen lugar donde refugiarse del estrépito del mundo exterior. Pero lo último que el cerdo podía esperar era que un soldado de infantería se desplomara sobre él. Se oyó entonces un chillido de terror y un taco al forcejear ambos por liberarse de la maraña. Macro atizó una patada al animal para hacerlo a un lado y se sentó sobre la paja respirando con dificultad, aunque ileso. El cerdo no había corrido la misma suerte; tenía la espalda partida y se arrastraba por el sucio patio haciendo patéticos esfuerzos con las patas delanteras intentando huir del peligro. Todo ello sin dejar de soltar unos chillidos agudos y estridentes que Macro temía llamaran la atención.

Procedentes del granero, oía a los germanos gritar furiosos arrasar con todo cuanto encontraban, ávidos de carne romana. A continuación se oyó un alarido y, al instante, el roce de la escalera. Macro colocó el estandarte junto a él, se cubrió con brazadas de paja y se quedó inmóvil. Macro miraba entre las hebras con inquietud. De repente vio aparecer del muro una cabeza oscura que contrastaba con el color anaranjado del cielo. El germano miró hacia abajo durante un momento que se hizo eterno, y luego, tras un intercambio de toscas e incomprensibles palabras, se retiró. Macro se quedó quieto mientras escuchaba atentamente las voces en el granero, que acabaron por desvanecerse entre los estridentes gruñidos del cerdo malherido. Cuando consideró que estaba a salvo, se incorporó y se sacudió la hedionda paja. Una parte del corral parecía dar a una calle, pero al otro lado del muro se oían retumbar los pasos de los germanos. En comparación la otra parte era más tranquila, de modo que Macro se agarró la pierna para enderezarse un poco y atisbo por encima del muro. Justo detrás de éste había una gran superficie llena de pocilgas de mimbre donde se oía gruñir a los cerdos.

Macro volvió a tumbarse, esperó a que el ruido de la calle disminuyera un poco y entonces llamó a Cato a la ventana.

No hubo respuesta. Volvió a llamarle, pero tampoco oyó nada.

Maldito chico. ¿Por qué no había subido por la escalera al romperse la puerta? Sin embargo, con cierto sentimiento de culpa Macro se dio cuenta de que los germanos le habrían seguido al oírle. Cato debía de saberlo y se sacrificó para salvarle a él y estandarte.

Los chillidos del cerdo habían alcanzado un tono más aterrado y desesperante, y Macro no pudo contenerse y le atizó con fuerza en la cabeza.

— ¡Deja ya de chillar, maldito cerdo! —Volvió a darle una patada. — ¿Quieres que me descubran?

Pero todo lo que el cerdo hizo fue agudizar los chillidos despavorido. De forma inevitable, unos germanos que pasaban por la calle se detuvieron para averiguar la procedencia del ruido. Macro no lo pensó dos veces. Lanzó el estandarte por encima del muro que daba a las pocilgas para luego saltar él; resbaló y cayó de lado sobre un montón de estiércol acumulado, procedente de los corrales más próximos. Agarró el

estandarte y, agachado lo más cerca del suelo que pudo, avanzó a gatas entre las pocilgas en dirección al centro de la aldea, tratando de no imaginar con qué se iba encontrar aunque llegara hasta la cohorte.

CAPITULO XIII

Cuando la puerta se vino abajo, Cato pensaba desesperadamente en qué podía hacer. Macro estaba a salvo, de modo que se desplazó a lo largo de la pared y se hundió cuanto pudo en el montón de paja que había agolpado en un rincón, mientras los germanos se adentraban en el granero.

Luego oyó unas voces cerca y, de repente, un aullido procedente del exterior. Cato temió por la vida de su centurión antes de darse cuenta de que ningún ser humano podía emitir semejante alarido. Uno de los germanos soltó una risotada que se interrumpió con un ataque de tos. Cato empezaba a sentir el humo en la garganta, y usó todas sus fuerzas para no toser.

Algo se movió con rapidez entre la paja y se oyó un sonido metálico de algo que chocó contra la pared del granero. El ruido se repitió, esta vez más cerca de Cato, y éste, aterrorizado, cayó en la cuenta de que buscaban entre la paja con las lanzas. Se contuvo para no moverse, muy consciente de que la rendición era un suicidio. Los germanos siguieron hincando las lanzas en la paja a la caza de su presa sin dejar de toser aparatosamente entre el humo cada vez más denso del granero incendiado. Alguien profirió un grito. Al instante la búsqueda cesó y los germanos salieron a toda prisa del edificio en llamas.

Cuando tuvo la certeza de que estaba solo, Cato salió con cautela de entre la paja. La habitación estaba llena de humo, que era menos denso en la parte más próxima al nivel del suelo. Se arrastró boca abajo hacia la parte delantera del edificio, donde la paja que poco antes había quemado había quedado reducida a ascuas. Al otro lado del marco de la puerta destrozada, la calle estaba plagada de germanos. Uno de ellos gritó una serie de órdenes, tras lo cual se desplazaron hacia el centro de la aldea. Cato esperó a que los pasos se alejaran antes de salir a la calle a rastras, y, al hacerlo, empezó a toser y a inspirar el aire de la noche, que el fuego había calentado. Sentía dolorosas punzadas en ojos y pulmones y cuando se enjugó las lágrimas vio con claridad la calle que tenía ante él. Pese a que los gritos de los germanos se oían por encima del crepitar de las llamas, estaba solo, sin contar al hombre que momentos antes había dejado sin sentido con el extremo del estandarte.

Cato se acercó a él para comprobar que todavía estaba fuera de combate; en la frente le había salido un terrible chichón negro y azul. Ante el hervidero de germanos y la

escasez de romanos, Cato pensó que un cambio de aspecto sería una decisión sensata. Deshizo el cierre de la capa que llevaba el germano y giró al indefenso hombre para estirarla. Al echarla sobre su propia capa, la hedionda mezcla de sudor, suciedad humana y animal y grasa impermeabilizante resultó ser insoportable, y a Cato le dieron arcadas. Tras desabrocharse con no pocas dificultades la hebilla del casco, dejó caer al suelo la engorrosa pieza de hierro y bronce. No podía hacer nada por cambiar el aspecto de soldado romano que le daba el pelo rasurado y, arrugando la nariz en un gesto de desagrado, se colocó el capuchón. Con la espada enfundada bajo la capa, Cato cogió del suelo la lanza y el escudo germanos. Al mirarse pensó que su apariencia, si bien no era en absoluto convincente, al menos le haría parecer menos romano.

Luego se planteó cuál sería el próximo movimiento. El único lugar que parecía brindarle alguna posibilidad de salvarse era la plaza de la aldea donde *se* encontraba el resto de la cohorte. Cato pensó en dirigirse hacia la parte trasera del granero, que ahora ardía en violentas llamaradas, pero el fuego ocupaba el estrecho callejón por el que debía pasar. La cara le ardía, y se apartó del callejón. Se ajustó bien la capa al cuerpo y la cabeza, respiró hondo y se lanzó de cabeza entre las llamas. El calor y la luz eran espectaculares y enseguida sintió el olor de la grasa impermeabilizante. Cato se encorvó todo lo que pudo sin dejar de correr entre las llamas, que le abrasaban las piernas desnudas, y llegó a la parte trasera del granero, lejos del peligro. La capa entera humeaba, y Cato apagó a manotazos algunas partes que ardían.

La altura del muro que delimitaba la parte trasera del granero era demasiado elevada para escalar, dado el cansancio y el abatimiento. Falto de aliento, Cato se encaramó y sólo fue capaz de asomar la cabeza sobre la irregular pared de piedra. En el patio no parecía haber nada más aparte de un enorme montón de paja.

— ¡Señor! —gritó Cato con todas sus fuerzas.

Algo se removió entre la paja, y el joven sintió un gran alivio. De repente oyó un terrible alarido de agonía.

— ¡Señor! ¿Está malherido? —gritó Cato, preocupado, y al instante, una forma indefinida se retorció entre el forraje profiriendo chillidos de agonía: un cerdo. ¿Dónde estaba el centurión?

Cato soltó las manos y se descolgó del muro; joven, asustado y solo. Por un momento, sus ojos se llenaron de lágrimas de odio por cómo le habían tratado las parcas. De repente, el techo del granero se vino abajo y el instinto de protección le hizo echarse al suelo. De acuerdo, estaba solo, rodeado por el enemigo y las llamas, pero no iba a entregar su vida sin antes luchar por ella.

Se imaginó un plano de la aldea con la posición aproximada de los romanos, los germanos y el fuego, para decidir la dirección que tomaría, y se apresuró a salir de la parte trasera del granero a través del callejón, con ojos y oídos alerta.

Los cerdos, pensó Macro, podían llegar a tener un sabor exquisito en manos de un buen cocinero, pero vivos apenas eran soportables la mayoría de las veces; y los cerdos germanos, menos. Al avanzar a gatas sobre la inmundicia entre las pocilgas, de donde brotaba la orina y la más amplia variedad de mierda para caer en un canal de desagüe

mal cavado, Macro hacía grandes esfuerzos por mantener el estandarte lo más alejado posible de la suciedad. El olor era bastante insoportable, y lo aturdió de tal forma que aceleró, no sin dejar de insultar a cada cerdo junto al que pasaba. Macro se encaramó a una gran verja de mimbre. A través de las mal elaboradas hebras, inspeccionó con cautela la calle al otro lado. Cerca quedaba la zona del mercado, hecha de tenderetes rudimentarios que estaban vacíos por ser invierno. El fuego no había llegado hasta esa parte de la aldea y los habitantes que habían logrado huir de la redada que Vitelio había ordenado se estaban llevando las pocas posesiones de valor que el tiempo del que disponían les permitía, sin dejar de lanzar miradas desesperadas por detrás de Macro, donde las llamas se alzaban en la oscuridad de la noche.

Por lo que había visto desde la salida de ventilación, Macro calculaba que a poca distancia detrás del mercado encontraría la plaza de la aldea. El grupo de aldeanos que había cerca eran mujeres, niños y ancianos; ninguno parecía una amenaza. Si cruzaba cerca de ellos con sigilo, tal vez pasara desapercibido. Luego tendría que andar un trecho corto hasta llegar a la cohorte.

Se puso de pie con dificultad y retiró la estaca que cerraba la verja de mimbre. Se puso a un lado de la calle y mantuvo el extremo del estandarte separado del suelo, en un intento de no hacer ruido y mantener la mayor discreción posible. Avanzaba poco a poco y empezaba a dejar de sentir el dolor de la pierna herida y, lo que era peor, empezaba a sentir el mareo provocado por la pérdida de sangre. Respiró hondo y se obligó a adentrarse en el mercado, entre los puestos vacíos, inadvertido por los aldeanos, que estaban más pendientes de recuperar sus objetos de valor y, de paso, de hacerse con los objetos de valor de los vecinos ausentes. No les interesaba llamar más la atención que a Macro, y aquellos que le habían visto pasar se habían limitado a mirarlo con recelo.

Al salir del mercado, el fragor de la lucha se acentuó y Macro se detuvo para recuperar el aliento en un pronunciado recodo de la calle que daba directamente a la plaza. La visión se le empezaba a nublar y la cabeza a darle vueltas. Se frotó los ojos, volvió a contener las náuseas y recuperó de forma gradual la visión y la claridad mental. El centurión asomó la cabeza.

El germano se le echó encima con tal rapidez que Macro sólo tuvo tiempo de darse cuenta cuando tuvo la espalda contra el suelo y el cielo naranja ante él; se había quedado sin aliento y resollaba para recuperarlo. El germano había caído a su lado, y había dejado caer estrepitosamente la lanza al suelo. Al intentar girar a un lado para coger su puñal, el germano fue más veloz. Se puso de pie al instante y recogió la lanza y dio vueltas alrededor de Macro para amenazarle con la hoja de metal en el cuello. Macro sacó su puñal sabiendo que no pasaría de ser más que un gesto de desafío.

— ¡Gracias a Júpiter! —dijo el germano en perfecto latín.

— ¿Eh?

El germano bajó la lanza y le ofreció una mano. Macro sólo podía mirar al hombre como si estuviera loco.

— ¡Vamos, señor! No tenemos tiempo que perder —le apremió Cato; se echó la capucha hacia atrás y arrugó la nariz—. ¿Qué es ese olor asqueroso?

Macro se apoyó a duras penas contra la pared con una sonrisa de alivio y la pérdida momentánea de resolución fue motivo suficiente para que la cabeza le empezara a dar vueltas otra vez. Pero no le importaba. Cato estaba allí, aquel muchacho... Quería descansar un momento...

— ¡Señor!

Unas manos le sacudieron con fuerza, y Macro parpadeó. Cato estaba inclinado sobre él agarrado a las correas del peto.

— ¡Arriba! —gritó Cato con los dientes apretados por el esfuerzo que estaba haciendo para poner a Macro de pie. Le aguantaba con un brazo, y se servía del otro para apoyar el peso de ambos sobre la lanza. Macro se aferraba con tozudez al estandarte, que se arrastraba tras ellos al avanzar éstos hacia la parte del mercado, hasta la siguiente esquina. Un vistazo bastó para ver que se acercaban más germanos mientras las primeras filas se abrían paso a la fuerza hacia la plaza de la aldea.

—La situación no es nada buena —dijo Cato—. Andan por todas las calles. Hay que buscar otra alternativa.

—Necesito recuperarme.

— ¡No, señor! —Cato lo sacudió hasta que volvió a parpadear y abrir los ojos. — ¡Así! Mucho mejor. Veamos.

Cato abrió una puerta de una patada y arrastró a Macro hasta el interior de una choza. El centurión apenas era consciente de que le llevaban a través de habitaciones y patios sucios antes de que Cato le dejara junto a una pared de mimbre recubierta de tierra. El muchacho desenvainó la espada, se quitó la capa germana y se lanzó contra la pared con todas sus fuerzas.

— ¿Qué demonios estás haciendo, muchacho? —preguntó Macro con debilidad.

—Creo que la plaza está al otro lado de esta casa. Si pudiéramos atravesar esta pared.

—Así que puedo descansar.

—Puede descansar, señor.

Cato agarró la espada por la empuñadura y la clavó contra la pared, con lo que se desprendieron grandes pedazos de arcilla, hasta que quedaron expuestas una buena parte de las cañas. Se secó la frente y volvió a asestar a golpes la fina pared de caña con desesperado empeño. Macro le observaba con languidez, sin ya importarle nada, entregado al deseo de dejarse arrastrar por un sueño profundo.

El entramado de cañas era más resistente de lo que parecía, y a Cato le palpitaba el corazón a cada golpe que daba con furia para abrir la pared. Al fin consiguió hacer un hueco lo bastante grande para empezar a arremeter contra la capa compacta de tierra y arcilla que quedaba. Al poco ya la había atravesado y la abertura pronto se hizo más

grande. Cuando fue lo bastante grande para pasar por ella levantó al centurión y lo llevó a rastras con cuidado hasta el agujero.

—Tú primero, hijo —se quejó Macro.

—No, señor, es más fácil que pase usted primero que ayudarlo a salir después.

—De acuerdo.

Con la ayuda de Cato, Macro pasó la cabeza, los brazos y los hombros a través de la pared, con lo que se desprendió sobre él una lluvia de tierra. Resopló para tratar de recuperar el aliento, se sacudió la tierra de la cabeza y, de repente, alguien le dio una patada en el costado.

— ¡Malditos germanos: están entrando por la pared! —gritó alguien.

— ¡Tranquilos muchachos! ¡Soy romano!

— ¡Oh! ¡Perdona, amigo!

Una mano agarró a Macro. Instantes después, Cato le estaba ayudando a sostenerse y a quitarse la tierra de la cabeza y el uniforme. El legionario que le había golpeado tragaba saliva al percatarse de las medallas del peto.

—Señor, no sabía que...

—No me has hecho daño, hijo. Llévanos hasta el tribuno.

—Por aquí, señor.

Con un brazo sobre los hombros de Cato y el otro sobre los del legionario, el trío se abrió paso entre las filas de la retaguardia que vigilaban las entradas a la plaza de la aldea. Encontraron a Vitelio a la puerta de la cabaña del jefe del poblado, junto con el trompeta y el portaestandarte de la cohorte. De la cabaña salían sonidos de gritos y lloriqueos ahogados.

—Deteneos un momento, amigos —ordenó Macro antes de levantar el brazo que reposaba sobre los hombros de Cato para hacer el saludo a Vitelio.

— ¡Ah, de modo que sigues con nosotros, Macro! Me dijeron que los germanos habían acabado contigo y con tu optio.

—Sí, señor.

—Una fea herida. Será mejor limpiarla y vendarla —Vitelio señaló con el dedo pulgar en dirección a la puerta de la cabaña. — Los ordenanzas están algo ocupados ahora, pero puedes llamarlos. Y que te limpien un poco esa mierda mientras te curan.

— ¿Dónde está mi centuria, señor?

—Ahora mismo están conteniendo la puerta principal. —Vitelio se hizo a un lado para dejar pasar a una nueva baja. —Les hice soltar a los aldeanos entre asaltos. No podemos permitirnos desaprovechar tropas con las guardias.

— ¿Cómo va todo?

Vitelio frunció el ceño antes de responder.

—No muy bien. Nos quedan menos de trescientos hombres. Los germanos están intentando abrirse paso a la plaza cinco calles más abajo. El fuego les ha cortado los demás accesos, y todavía estamos conteniendo la puerta y el muro al otro lado de la aldea.

— ¿Podremos aguantar hasta que llegue Vespasiano?

—Tal vez. —Vitelio se encogió de hombros al tiempo que alzaba la vista al cielo lleno de nieve. —Si el fuego los sigue canalizando hasta unas pocas calles. De momento estamos frenando su avance, pero pueden permitirse el lujo de perder a más hombres, y nosotros no. En cuanto nos superen en número, nos volverán a empujar hasta la plaza. Luego opondremos la última resistencia aquí, con los heridos.

— ¿Y si el fuego nos alcanza antes que los germanos?

—Nos veremos obligados a volver a la entrada principal, y luego afuera, a los brazos de la horda germana al acecho.

Cato se preguntó qué sería peor, si morir calcinado por el fuego o destripado por los germanos.

—Que se ocupen de tu herida, Macro —ordenó Vitelio. Hizo una señal al trompeta y al portaestandarte—. ¡Venid!

— ¿Y yo, señor? —preguntó Cato.

Vitelio miró a Macro.

— ¿Tu chico puede encargarse del estandarte, centurión?

—Sí, señor —Macro esbozó una triste sonrisa y entregó el estandarte de la sexta centuria. —Guarda esto mientras me curan la herida. Yo lo cogeré en cuanto salga.

Una vez Macro fue llevado adentro, una ordenanza se apresuró a examinar la herida. Con un gesto de despreocupación, decidió que no era necesario tomar medidas drásticas. Agitó las manos para hacer salir a Cato de la cabaña. Cuando Cato se dio la vuelta para mirar por última vez a su centurión, el ordenanza estaba limpiando la herida con un trapo lleno de sangre.

Fuera, Cato trató de clavar el estandarte en el suelo a estacazos, pero el suelo estaba helado y todo esfuerzo era en vano. Acabó por desistir y lo dejó reposar sobre el hombro. Pese al alivio que sentía al estar de vuelta con la cohorte, la lucha no les era

favorable. Las refriegas aisladas se habían convertido en una escaramuza complicada cuyo vencedor sería la parte que más peso tuviera al final. Sin embargo, espadas y jabalinas iban dejando su huella, y de vez en cuando aparecía algún soldado herido entre las piernas de la muchedumbre. Los que recibían heridas demasiado graves para permitirles salir del tumulto morían pisoteados.

Lenta, aunque inevitablemente, los romanos se vieron forzados a retroceder hacia la plaza. Cato sabía que en el momento en que los germanos se volcaran hacia la plaza, se mezclarían con los romanos, a los que aniquilarían rápidamente. La mayor parte de la noche ya había pasado, pero aún quedaban unas horas antes del alba y, por tanto, medio día antes de la llegada de Vespasiano a la aldea.

Los germanos avanzaban, y el fuego empezaba a ganarles terreno al extenderse entre las viviendas inflamables. Se oyeron cuernos de guerra a lo lejos, y los germanos lanzaron un bramido de rabia y frustración. Los cuernos daban la orden de retirada con mayor insistencia, y los germanos, mal que les pesara, se retiraron no sin antes intercambiar unos cuantos golpes desesperados. Entonces la cohorte quedó a solas. Pero el alivio duró poco. La violencia de los germanos fue sustituida por la ira de Vulcano, y el fuego se fue acercando a la plaza arrasando a su paso hileras enteras de casas. Un horrible resplandor rojo iluminaba a los romanos, que retrocedían, y proyectaba sus sombras alargadas. Pero se debilitó antes de lo esperado, y los romanos volvieron de nuevo a encogerse tras sus escudos.

Un legionario llegó corriendo y con el dedo señalando en dirección a la calle que llevaba a la plaza.

— ¡Retirada! ¡Hay que volver a la puerta principal! ¡Ahora mismo!

La cohorte empezó a avanzar con dificultad para salir de la plaza, una columna irregular de hombres agotados, donde algunos ayudaban a caminar a compañeros heridos y otros usaban los escudos a modo de camillas improvisadas para transportar a los heridos que no podían andar. Pero todos iban en silencio, estaban desesperados. Habían muerto demasiados oficiales y la cohesión de la unidad se había deshecho por completo al avanzar con dificultad entre las siluetas rojizas de las cabañas germanas. En la puerta principal, Vitelio organizó un cordón de defensa con los heridos tras las últimas filas. Luego, los restos de la cohorte esperaron en silencio la llegada del fin.

Cato se había vuelto a unir a la sexta centuria después de haber ayudado al centurión a sentirse lo más cómodo posible, y desde la torre de la entrada tenía una buena perspectiva de la inminente fatalidad. El viento favorecía el avance de las llamas, que ya estaban arrasando la otra mitad de la aldea. Al otro lado del muro Cato veía a los aldeanos apiñados mirar la incineración de sus hogares y víveres. Sin comida ni techo pocos sobrevivirían al invierno, y el resplandor del fuego iluminaba la aflicción y el desamparo que mostraban sus caras. Cato sintió una punzada de culpa ante las consecuencias de la guerra, a pesar de saber que no tardaría en morir.

Detrás de los aldeanos, las oscuras filas de guerreros germanos aguardaban tumbadas en la oscuridad de la noche, a la espera de que el fuego desplazara al enemigo fuera de la aldea.

Al acercarse el alba, Cato se sorprendió de ver a los hombres de la cohorte resignados a sucumbir a un fatalismo. Los oficiales que habían sobrevivido y los soldados intercambiaban palabras en voz baja sin tener en cuenta el rango. La muerte cercana eliminaba la condición social. Era reconfortante estar en su compañía justo antes de la salvaje carga final que les relegaría al olvido. Cato sintió que le invadía una cálida sensación de serenidad y se dio cuenta de que sonreía. Su mirada se cruzó momentáneamente con la de un veterano endurecido con una cara inexpresiva, que le devolvió la sonrisa. No intercambiaron palabras; no era necesario.

Al aparecer el primer resplandor del amanecer en el horizonte, el fuego casi les había alcanzado, y Vitelio, tras formar en columna tras la puerta, dio una serie de órdenes a los hombres que quedaban. El tribuno se paró a pensar qué sería de los heridos graves que no tendrían a nadie que les ayudara a caminar. Muchos habían pedido que les dejaran espadas para poder morir luchando o, al menos, para privar a los germanos de la horrible diversión que reservaban a los prisioneros. Vitelio se preguntaba si sería más clemente matarlos a todos antes de que la cohorte los abandonara. Mientras reflexionaba, un centinela de la torre de la puerta le gritó:

— ¡Se están moviendo!

Parecía que los germanos se habían dejado llevar por la impaciencia. Vitelio pensó que en ese caso todo acabaría con un breve enfrentamiento en el muro, sin carga final. Subió cansinamente por las escaleras del interior de la torre, salió a la torre de vigilancia donde estaba Cato de pie junto al centinela. El optio parecía confuso, e instantes después el tribuno supo por qué.

Era cierto que los germanos se estaban moviendo, pero en lugar de desplazarse hacia delante, hacia las puertas, se desplazaban a cada lado de la aldea, lejos del sendero que conducía al bosque.

— ¿Qué demonios...? —Vitelio frunció el ceño.

— Señor... ¿Qué están haciendo?

— No tengo ni idea.

Los germanos aceleraron el paso. Cato no acababa de creer lo que sus ojos veían. Luego percibió un sonido nuevo, un sonido que se oía sobre el fragor de las llamas que se agitaban a sus espaldas. El aire del amanecer traía consigo el sonido agudo e inconfundible de las trompetas, y en la cresta de la colina una fila de jinetes cabalgaba hacia ellos; en cabeza, marchaba un destacamento de oficiales con capa roja y cascos con cimera.

Parecía que Vespasiano no había esperado a que rompiera el alba para ir en su rescate.

CAPITULO XIV

El ordenanza del hospital refunfuñaba entre dientes cada vez que oía sonar la campanilla en el pasillo principal de la enfermería de la legión. Aquel paciente era casi insoportable. No hacía más que exigir que le enviaran mensajes, que le trajeran comida y vino, y no dejaba de pedir que le cambiaran la pierna de posición una y otra vez. Si no se hubiera tratado de un centurión y, por tanto, jerárquicamente por encima de todos los enfermos del hospital a excepción del cirujano, el ordenanza le habría quitado la campanilla y le habría dejado sufrir. Pero como era centurión, tenía derecho a estar en una sala aparte y a disponer de una campanilla y de toda la atención del desafortunado ordenanza que estuviera de servicio.

Los soldados heridos en el último altercado con los germanos estaban apretujados en salas de cinco camas y carecían de privilegios, como correspondía a los de rango inferior: se les daba la comida justa y tenían derecho a una visita programada del cirujano o de uno de sus ordenanzas para cambiarles las gasas, vaciar los drenajes y controlar su recuperación. A aquellos a los que las heridas les habían inmovilizado se les proporcionaba orinales que los ordenanzas vaciaban tres veces al día; el centurión tenía el privilegio de que le vaciaran el suyo cada vez que orinaba.

La herida de la pierna habría sido complicada e incluso mortal si Macro no se hubiera aplicado un torniquete en su momento. El cirujano había cosido el músculo rasgado y la piel, y había dejado un pequeño abrojo en la herida para facilitar el drenaje de pus. Había ordenado al centurión que guardara cama hasta que la herida estuviera limpia y empezara a curarse. Luego había sonreído con serenidad ante el consiguiente torrente de improperios del centurión y para tranquilizarlo le había dicho que, en caso necesario, la segunda legión podría arreglárselas sin él unas cuantas semanas. El cirujano le asignó un ordenanza personal y, con un gesto de satisfacción por el propio trabajo realizado, dejó al quejicoso oficial para supervisar la situación de otros pacientes que al tribuno Vitelio le habían parecido lo bastante sanos para reincorporarse. La mayoría se recuperaban en pocos días, algunos morían —para disgusto del cirujano, que asumía cada muerte como una afrenta personal de sus conocimientos— y otros tardaban más en recuperarse, dada la gravedad de sus lesiones. El cirujano agradecía no tener que atender a ningún germano: los que no se habían suicidado o habían muerto en manos de los suyos, habían sido despachados bajo las órdenes de Vespasiano en un gesto de clemencia. De modo que en el hospital no había ni un solo bárbaro apestoso.

No podía decirse lo mismo del asentamiento en la parte exterior de la fortaleza, que estaba abarrotado con los supervivientes de la aldea. Unos habían tenido la posibilidad de pedir refugio a parientes lejanos y a amigos, que ahora devolvían con ínfulas el mismo desdén que habían sufrido antaño por haberse adaptado al estilo de vida romano. Otros habían corrido menos suerte y se verían obligados a pasar el invierno en un conjunto de tristes cabañas que se estaba levantando en la periferia del asentamiento. Muchos no aguantarían el duro invierno del norte, pero no recibirían ningún tipo de compasión por parte de los romanos ni de aquellos que vivían en el asentamiento.

La campanilla volvió a sonar, esta vez con más intensidad, y el ordenanza disminuyó el paso al acercarse por el pasillo a las habitaciones ventiladas del final, reservadas para oficiales.

— ¡Muévete, hombre! —Gritó Macro—. ¡Hace horas que hago sonar esta maldita campanilla!

—Disculpe la espera, señor —dijo el ordenanza—, pero otro paciente estaba a punto de morir y quería asegurarme de que sus efectos personales se entregaran a sus amigos antes de que la diñara.

— ¿Y se los entregarán?

—Los muchachos y yo haremos lo que podamos para que se envíe todo.

—Después de coger lo que os interese.

—Por supuesto, señor.

— ¡Malditos buitres!

— ¿Buitres? —El ordenanza frunció el entrecejo. —No es más que una ventaja del trabajo, señor. Y bien, ¿qué deseaba?

—Llévate esto —Macro le acercó un orinal—, y aviva el fuego. Aquí hace un frío que pela.

—Sí, señor —el ordenanza asintió mientras dejaba el orinal sobre una mesa pequeña—. Hace muy buen día, señor. El cielo está despejado y no sopla viento.

— ¿Ah, sí? Gracias por informarme. Pero aquí sigue haciendo frío.

—No es que haga frío, señor. La habitación está bien ventilada: es bueno para usted.

— ¿Cómo va a ser bueno? Si la herida no me mata, lo hará el frío.

El ordenanza sonrió ante la reconfortante idea, al tiempo que depositaba más combustible sobre las ascuas del brasero y soplaba para que prendieran fuego.

—De acuerdo. Así está bien. Coge el orinal y lárgate.

—Sí, señor. —El ordenanza obedeció y salió con el bacín. Sin avisar, Cato entró en la habitación, y el ordenanza se hizo a un lado con agilidad sin derramar una sola gota. Dio un chasquido con la lengua dirigido a Cato y cerró la puerta tras él.

El optio se quedó de pie junto a la cama con una sonrisa.

—Me alegro de verle, señor.

—Por primera vez en tres días.

—Hemos tenido mucho trabajo sin usted, señor. He intentado mantener el orden en la centuria hasta que se recupere. ¿Cómo está la pierna?

—Entumecida, y cada vez que intento moverla me duele como si me la metieran por detrás. Pero esos matasanos dicen que me estoy recuperando.

—Tiene mejor aspecto que la última vez.

—No ha sido nada: una infección sin importancia. El cirujano calcula que ya casi está curada.

—¿Cuándo se reincorporará, señor?

El centurión advirtió la incongruencia y la inquietud de sus palabras. Observó a Cato en silencio.

—Pensaba que un joven optio estaba disfrutando con su primera oportunidad de desempeñar funciones de mando.

—Así es, señor.

—¿Pero...? —dijo Macro para sonsacarle más información.

—No sabía que el trabajo era tan arduo. Hay que preparar la instrucción, organizar la inspección de barracas, controlar los equipos, y luego todo el papeleo.

—Déjale el papeleo a Piso. Es lo que yo hago.

—Sí, ha sido de gran ayuda, señor. Insistió en llevarlo él. Pero acabamos de recibir órdenes de realizar un inventario de equipos y artículos personales no transportables. Y para colmo de males, el cuartel general ha dado órdenes de que se recoja toda cantidad superior a diez sestercios a finales de esta semana. ¿El trabajo es siempre tan agobiante, señor? —preguntó Cato con impotencia.

—No.

De modo que la legión tendría que trasladarse más adelante. La orden de restringir la posesión de monedas indicaba que querían limitar la carga de los legionarios al marchar, y se haría un inventario de todos los objetos no transportables, para ser vendidos o almacenados. Si se vendían, lo más probable era que la legión se trasladara a largo plazo. Interesante. Pero en ese caso, caviló Macro, lo más seguro era que los heridos tuvieran que ser trasladados en carros, y la perspectiva de un viaje incómodo con baches y traqueteos lo alarmó. La marcha tal vez fuera agotadora, pero era un buen ejercicio y algo mucho más cómodo que viajar dando tumbos en la cama plana de un carro de transporte de legionarios.

—¿Has oído algo acerca del lugar al que vamos?

—Nada oficial, señor, pero he oído rumores de que vamos a adherirnos a un ejército que han reunido para invadir Britania.

— ¡Britania! ¿Qué emperador con la cabeza en su sitio querría anexionar esa basura al Imperio? Ese lugar salvaje, agreste y lleno de ciénagas..., si es cierto lo que he oído. ¡Britania! Es ridículo.

—Es lo que he oído, señor —dijo Cato a la defensiva—. Y de todos modos, ¿qué emperador está en sus cabales hoy en día?

— ¡Tienes razón! —Macro se animó—. Mira, respecto a todo ese papeleo del que te quejas... En eso consiste llevar una centuria. No tienes más remedio que arreglártelas; y que Piso te ayude.

—En realidad, no es el papeleo lo que me desanima, señor —dijo Cato algo incómodo.

— ¿Qué es entonces?

—Bueno..., es todo lo relacionado con el mando. Simplemente, no parece que yo sirva para dar órdenes a los demás.

— ¿A qué te refieres?

Cato se mostró inquieto y avergonzado en su intento de explicar el problema.

—Sé que soy optio y que, por tanto, los hombres deben obedecerme, pero eso no significa que les haga gracia, para ser sincero, que un niño les diga lo que tienen que hacer. No es que no me obedezcan, porque sí lo hacen. Ya nadie me llama cobarde, pero no me respetan demasiado.

—Es normal. Eso no se consigue de un día para otro; hay que ganárselo. A todo oficial nuevo le pasa lo mismo. Ellos acatarán las órdenes porque están acostumbrados a hacerlo. La clave está en conseguir que obedezcan de buena gana, y para ello hace falta ganarse su confianza. Entonces te respetarán.

— ¿Pero cómo lo hago, señor?

—Para empezar, deja de quejarte. Y a partir de ahí, empieza a actuar como un optio.

—No puedo, señor.

— ¿Qué significa que no puedes? ¡Pues has de poder! ¡Ten voluntad, maldita sea! —Macro se acodó sobre la cama con un gesto de dolor al intentar poner la pierna en una postura más cómoda.

—Sí, señor.

—Muy bien, entonces echa más leña al fuego, la más seca, antes de que se apague. Y cierra esa maldita ventana.

— ¿Está seguro, señor? Se supone que el aire fresco acelera la recuperación.

—Puede, pero no un aire tan frío. Lo único que esa ventana abierta puede acelerar es la congelación, así que ciérrala ahora mismo.

—Sí, señor. —Cato se apresuró a cumplir la orden y luego seleccionó la madera más seca para el brasero.

— ¿Te has dado cuenta? —preguntó Macro.

— ¿De qué, señor?

—De cómo has acatado las órdenes enseguida.

Cato asintió con la cabeza.

—A eso me refiero. Es el tono de voz. Tendrás que practicar y dar muchas órdenes antes de que te salga natural. Pero en cuanto lo consigas, es pan comido..., es tan fácil como respirar.

—Si usted lo dice, señor.

—Así es. Bien, dime: ¿hay novedades? —Macro se tumbó en la cama, con la cabeza apoyada sobre el cabezal.

Con la ventana cerrada, el fulgor rojo del brasero daba algo de luz a la habitación, además de los escasos rayos que se filtraban a través de los postigos.

—Acerca el taburete y ponme al corriente de todo. ¿Qué más has estado haciendo?

Cato se movía intranquilo.

—El legado me ha llamado al cuartel general esta mañana.

— ¿Ah, sí? —Macro sonrió. — ¿Y qué tenía que decirte Vespasiano?

—Poca cosa... Me va a otorgar una condecoración, una corona cívica. No sé muy bien por qué.

—Porque yo lo he recomendado —sonrió Macro—. Me salvaste la vida, ¿recuerdas? A pesar de casi perder el estandarte al hacerlo. Te lo mereces, y una vez lleves el galón en el arnés, creo que los hombres te mirarán con otros ojos. Todo buen soldado respeta una condecoración bien merecida. ¿Qué se siente al ser un héroe?

Cato se sonrojó y agradeció que el incómodo rubor de las mejillas se confundiera con el fulgor anaranjado del brasero.

—Francamente, me siento un poco farsante.

— ¿Por qué diablos?

—No puedo ser un héroe en virtud de una sola batalla.

—Ni siquiera ha sido una batalla; más bien una escaramuza.

—Exacto, señor. Una escaramuza en la que sólo herí a un enemigo y fue por casualidad. Apenas puede considerarse un acto heroico.

—Matar hombres en una batalla no tiene por qué hacer de un hombre un héroe —le dijo Macro con un tono tranquilizador—. Es cierto que sirve de mucho y cuantos más enemigos muertos, mejor. Pero hay otras formas de heroicidad. De todas formas, yo no iría diciendo por ahí que no le has partido la cabeza a ningún germano. Mira, no tenías por qué haber venido a rescatarme, pero lo hiciste..., y a pesar de tenerlo todo en contra. En mi opinión, para hacer eso hay que tener mucho valor, y me alegro de que estés con nosotros.

Cato le miraba tratando de captar algún indicio de ironía en sus palabras.

— ¿Habla en serio, señor?

—Por supuesto. ¿Te he dicho alguna vez algo que no fuera en serio?

—No.

—Pues ya lo sabes. Fíate de lo que te digo y no te pongas sentimental. Así que entiendo que habrá una investidura, ¿no?

—Sí, señor. El legado va a celebrar un desfile dentro de dos días. Van a darse unas cuantas condecoraciones; entre ellas, una para Vitelio.

— ¿Ah, sí? —Macro le interrumpió con brusquedad—. Estoy seguro de que eso le servirá para engrosar su currículum cuando vuelva a Roma.

—Y luego habrá una cena. Ha invitado a todos los oficiales que sirvieron a la tercera cohorte aquel día en la aldea; es decir, los que sobrevivimos.

—Entonces será de lo más íntimo y acogedor. Es propio de Vespasiano; una cena a lo grande a bajo precio.

—Insistió en que usted también asistiera, señor.

— ¿Yo? —Macro se encogió de hombros y señaló la pierna herida. — ¿Y cómo se supone que voy a ir?

—Eso le pregunté yo al legado, señor.

— ¿Eso hiciste? ¿Y qué dijo?

—Le enviará una camilla para recogerlo.

— ¿Una camilla? Fantástico. Tendré que hacer de inválido toda la noche y, encima, dar conversación. Será una maldita pesadilla.

—En ese caso no vaya, señor.

— ¿Que no vaya? —Macro levantó las cejas. —Amigo, una invitación cortés de un comandante de legión es más importante que una orden emitida por Júpiter personalmente.

Cato sonrió y se puso de pie.

—Será mejor que me vaya. ¿Quiere que le traiga algo la próxima vez? ¿Algo para leer tal vez?

—No, gracias. Tengo que descansar la vista. Tráeme en todo caso una jarra de vino y un juego de dados. Debo mejorar la técnica.

Dados... Cato estaba algo decepcionado, pues no tenía un buen concepto de aquellos que se negaban a aceptar que los dados caían al azar (al menos, los dados normales). Bajó la cabeza y se dispuso a salir.

— ¡Una cosa más! —le dijo Macro antes de que el muchacho saliera de la sala.

— ¿Señor?

—Recuérdale a Piso que me debe cinco sestercios.

CAPITULO XV

El centurión Bestia les fulminaba a todos con la mirada al pasearse a lo largo de las filas. En muchos sentidos, la inspección era para los reclutas una de las cosas que más aborrecían de la instrucción. La marcha de entrenamiento, la instrucción en sí y el adiestramiento en el uso de armas no requerían nada más que esfuerzo mental mínimo. En cambio, prepararse para una inspección requería algo de talento, cosa que hacía de ello algo casi artístico. Cada objeto del equipo debía estar limpio, brillantado —y a fondo— y en perfecto estado. Había contados métodos para hacerlo rápidamente y, dado que Bestia los conocía todos, eran pocos los reclutas que recurrían a ellos. Por eso Cato estaba nervioso, cuadrado en su posición en la línea, y pedía a todos los dioses que podían ayudarle en aquella situación que Bestia no apreciara el barniz que había aplicado a su cinturón y sus correas. La visita al hospital no le había dejado tiempo para dar brillo a la piel desgastada, y se había limitado a aplicar el barniz como sustituto, siguiendo el consejo de Pírax. De pie, muy erguido, con la lanza a la derecha apoyada

en el suelo y la mano derecha sobre el borde del escudo, Cato estaba muy pendiente del ligero olor a barniz que desprendía. Si a Bestia se le ocurría tocar la piel pegajosa descubriría el engaño de Cato y se presentarían cargos contra él.

Cuatro hombres de la fila le separaban de Bestia cuando, de repente, éste avistó a su presa y les pasó revista de forma superficial.

— ¡Ah! Optio —vocalizó la palabra—. Ha hecho muy bien de unirse a nosotros esta mañana.

Como siempre, el sarcasmo del saludo era injusto, pues Cato no tenía otra elección y se le eximía de la instrucción en días alternos según órdenes del cuartel general de la legión.

—Bien. Parece que eres algo así como un héroe de guerra, ¿no es así, señorito Cato?

Cato mantuvo la boca cerrada sin dejar de mirar al frente con los ojos quietos.

—Creo que te he hecho una maldita pregunta —instó Bestia, y luego se dirigió al optio que le acompañaba en la inspección de las filas—. Acabo de hacerle una pregunta, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó el optio—. ¡Le ha hecho una maldita pregunta, señor!

— ¡Pues contéstame!

— ¡Sí, señor! —gritó Cato.

—Sí, señor, ¿qué?

—Sí, soy algo así como un héroe de guerra, señor —contestó Cato con un tono de voz más bajo.

— ¡Disculpa, hijo! —Gritó Bestia—. Pero debo de estar sordo, porque no he oído bien qué mierda has dicho. ¡Repítelo! ¡Más alto!

— ¡Sí, soy algo así como un héroe de guerra, señor!

— ¿Ah, sí? Un joven como tú habrá acojonado a los germanos. Me refiero a que sólo con mirarte ya me estoy poniendo nervioso. Lo siguiente será que envíen malditos fetos al frente.

Los otros reclutas no pudieron contener la risa.

— ¡¡Cerrad el maldito pico!! —Bramó Bestia—. No os he dado permiso para reír, señoritas, ¿o sí? He dicho: ¿o sí?

— ¡¡No, señor!! —gritaron a coro los reclutas.

—Bien, en ese caso, héroe de guerra, tendrás que estar a la altura. —Bestia se puso muy

cerca de la cara de Cato: tanto que éste alcanzaba ver cada arruga y cicatriz de la cara del veterano, así como el borde rosáceo de las aletas de la nariz.

Cato casi soltó un suspiro de alivio cuando el centurión dio un paso atrás, sacó un pañuelo sucio y estornudó.

—¿Qué miras, chico? ¿Nunca has visto a un hombre resfriado?

—Sí, señor.

—No te voy a perder de vista, optio; comete algún error de ahora en adelante, y no tendré piedad contigo. —Bestia gruñó y luego siguió andando con fuertes pasos.

—¿Qué hay? —preguntó Cato entre dientes, una vez el centurión estuvo lo bastante lejos para no oírle.

El optio de Bestia hizo un gesto de desdén al pasar, y Cato palideció. Pero el hombre le guiñó un ojo y se apresuró a alcanzar a Bestia.

Aquella mañana el centurión había cambiado la rutina. En vez del adiestramiento en el uso de armas que tenían programado, los reclutas recibieron lecciones elementales sobre la construcción de un campamento militar y les condujeron fuera de la fortaleza, donde había una zona dispuesta con hileras de banderas de colores que formaban un recuadro con varias subdivisiones. Junto al camino había un carro de suministro; un par de bueyes pacían aburridos mientras miraban a los reclutas reunirse alrededor de Bestia. El centurión había cogido un pico y una pala del carro y los sostuvo en alto.

—Señoritas, ¿alguna de vosotras puede decirme qué tengo en las manos?

Los reclutas no contestaron para no arriesgarse con algo tan evidente.

—Tal como imaginaba: tan inútiles como siempre. Tal vez penséis que estas herramientas son para labores agrícolas, pero son el arma secreta del ejército. De hecho, son el arma más importante que jamás llegaréis a utilizar. Con ellos podréis construir las fortificaciones más monumentales del mundo conocido. Los ejércitos romanos son abatidos de vez en cuando, las fortificaciones romanas... ¡jamás! Puede que algunos hayáis oído rumores de que la legión está a punto de trasladarse.

El anuncio se recibió con un murmullo de entusiasmo: era la primera confirmación oficial de lo que había corrido de mesa en mesa en el comedor durante los últimos diez días. Bestia esperó a que callaran antes de proseguir.

—Por supuesto, señoritas, no se les informará del destino asignado, a diferencia de los oficiales superiores como yo mismo. Basta decir que no sabéis lo que os espera. Pero antes de poderos dejar salir de la base, vais a tener que aprender a construir desde un campo de entrenamiento hasta circunvalaciones dobles.

Aquello no lo entendieron; a excepción de los pocos que habían oído algo sobre la batalla de Alexia en la época de César, los demás no tenían ni remota idea de lo que estaba hablando.

—Señoritas, empezaremos poco a poco, ya que, salvo el héroe de guerra aquí presente, tendremos problemas para entender el potencial de defensa táctica de algo más grande que una zanja. Empezaremos con el campamento de marcha. Cuando la legión hace maniobras por territorio no hostil, se excava una zanja defensiva y una empalizada sobre montones de turba. Se otorgará a cada legionario, y a cada una de ustedes, señoritas, un pico y una pala. Esas banderas amarillas no cosa vuestra: señalan la hilera de tiendas de cada centuria. Las banderas rojas señalan los límites de la zanja de protección. Cavaréis la zanja a partir de esta línea hacia dentro. A cada hombre le corresponde cavar poco más de medio metro de zanja, empezando por el héroe de guerra que está junto a la primera bandera. ¿Las señoritas lo han entendido? Pues recoged las herramientas y a cavar.

Una vez se entregó a cada uno un pico y una pala (que se les descontaría de la paga, cosa que Cato ignoraba) y se situaron a lo largo de la línea de banderas, Bestia dio la orden de empezar a cavar. La tierra bajo la hierba estaba helada, si no congelada, y los reclutas utilizaban los picos para golpearla con todas sus fuerzas, para luego apilar junto a la zanja los pedazos de tierra arcillosa. A medida que avanzó la mañana, los hombres dejaron de sentir frío y empezaron a sudar; las túnicas interiores de lana se les pegaban a la espalda. A pesar de estar acostumbrados a los duros ejercicios de los últimos meses, los reclutas encontraban la labor de atrincherar agotadora, pero Bestia no les concedió ningún descanso y les recordó que, durante la marcha, la legión tendría que construir este tipo de fortificaciones cada día. Las manos doloridas pronto se llenaron de ampollas y, cuando éstas reventaron, las palmas de las manos quedaron en carne viva por la tosca madera de los mangos, que no perdería su aspereza hasta pasados unos meses de trabajo duro. Cato sufría el dolor en absoluto silencio, mientras que aquellos reclutas de origen campesino apenas sentían la herramienta en sus manos callosas. Cato tuvo la mala suerte de ser colocado junto a Pulcher y, cuando los instructores estuvieron lo bastante lejos para no oírles, Pulcher reanudó su campaña de intimidación.

— ¿Héroe de guerra? ¿Tú? —masculló—. No te lo crees ni tú, desgraciado. ¿Por quién te dejaste follar para recibir esa mención de honor?

Cato no le contestó, ni siquiera levantó la vista de la zanja.

— ¡Eh, que estoy hablando contigo! —Cato no le hizo caso. — ¿Qué carajo es esto? ¿No tienes modales? Y yo que pensaba que eras tan bien educado. Supongo que eres demasiado bueno para hablar con gente como nosotros —se rió del recluta—. Parece que el héroe de guerra se está haciendo ilusiones con su puesto.

— ¡Vosotros, callaos! —Les gritó un instructor—. ¡Se trabaja en silencio!

Pulcher volvió al trabajo con un esfuerzo exagerado hasta que estuvo seguro de que ya no le prestaban atención. Luego le lanzó una palada de tierra a Cato en la cara.

—Como vuelvas a hacer ver que no me oyes, muchacho, te...

— ¿Qué harás? —Cato se volvió furioso con el pico medio alzado—. ¡Dime qué harás! ¡Vamos, dime, cretino!

Pulcher asió con fuerza la pala, pero al acercarse Bestia, algo le dijo que era mejor seguir cavando.

— ¿Qué es esto? Hacemos descansos sin permiso, ¿verdad, héroe de guerra?

—No, señor.

— ¿Y por qué estás lleno de tierra, muchacho?

—Señor, me he...

— ¡Contesta mi maldita pregunta!

—He resbalado, señor..., mientras arrojaba la tierra fuera de la zanja, señor.

— ¿Estás cansado, entonces, muchacho? —preguntó Bestia con falso interés.

—Sí, señor, pero...

—Bien, en ese caso parece que necesitas hacer más ejercicios de entrenamiento. Te dedicarás a limpiar letrinas durante las próximas cinco noches.

—Pero señor, debo asistir a la fiesta del legado después de la investidura.

—Entonces tendrás que limpiar mierda a un ritmo el doble de rápido si quieres llegar a tiempo. —Bestia esbozó una dulce sonrisa. — Y procura presentarte bien limpio o Vespasiano presentará cargos contra ti.

Bestia soltó una carcajada al imaginarse la escena. Luego le dio una calurosa palmadita en el hombro y prosiguió su paseo a lo largo de la fila.

—Que se joda, señor —renegó Cato en voz muy baja a la espalda del centurión, que se dio la vuelta inesperadamente ante la aterrada mirada de Cato y apuntó un dedo acusador al chico.

—Has dicho algo, ¿verdad?

—He dicho «gracias, señor».

— ¿Me lo dices con sarcasmo?

—No, señor —contestó Cato con cara de inocencia—. Le agradezco que me dé la oportunidad de mejorar para llegar a ser un legionario del que esté orgulloso, señor.

Bestia se lo quedó mirando un momento, y luego se dio la vuelta bruscamente y se marchó. Junto a Cato, Pulcher agitó los hombros con un ataque de risa silencioso.

—Me acordaré de esto —dijo Cato en voz baja.

— ¡Oh, me das tanto miedo! ¡Me meo en los pantalones de miedo! —susurró Pulcher.

Cato le miró un instante. Ya no le tenía miedo. Se había cansado de estar pendiente de Pulcher, que no hacía más que buscar nuevas maneras de hacerle la vida imposible. Con un suspiro de rabia contenida, volvió a clavar el pico contra el suelo con más fuerza que nunca y resopló al arrancar otro terrón. Tenía que hacer algo con Pulcher, y pronto.

A mediodía, Bestia les ordenó detenerse, y los hombres se cuadraron mientras él supervisaba sus trabajos. La abrupta interrupción hizo que el sudor que empapaba las túnicas se enfriara y, con la postura quieta que les obligaban a mantener, muchos temblaban mientras el equipo de instrucción iba arriba y abajo criticando la tosquedad de su técnica. La zanja se extendía de forma desigual en su parte interior, dado que bastantes soldados habían olvidado que ésta debía medir dos palas de ancho. Otros no habían conseguido excavar la cantidad de tierra necesaria del suelo helado y su parte no estaba al mismo nivel que la de sus vecinos. Sólo unos doce habían hecho su labor a satisfacción de Bestia, entre ellos, Pulcher y Cato.

—Para serles franco, señoritas, no creo que esos bárbaros tengan miedo de Roma mientras inútiles como vosotros formen la legión. Si consideráis que esto es una zanja de defensa, yo soy una puta griega rastrera. De lo único que nos puede aislar esto es del frío. De modo que, señoritas, lo volveremos a rellenar, haremos una breve pausa para comer algo, y esta tarde haremos otro intento.

CAPITULO XVI

La entrada a la casa del legado estaba muy iluminada cuando Cato llegó corriendo desde las barracas. Se detuvo un momento para tomar aliento y volver a colocarse la corona cívica en la cabeza. De momento, su condecoración pendía de una cinta atada alrededor del cuello, sobre la parte delantera de la túnica. Más adelante la llevaría sobre su coraza de cota de malla, donde permanecería para el resto de su vida y se enterraría con él. Una vez recobrada la compostura, se encaminó hacia la puerta principal, donde había un criado sentado a una mesa en el porche detrás de dos guardas. Éstos cruzaron lanzas para indicar que Cato debía detenerse.

—¿Su nombre, por favor? —preguntó el criado.

—Quinto Licinio Cato.

—Cato... —murmuró el criado, mientras hacía una señal en la tabla encerada con un estilo—. Llega tarde, Cato, muy tarde. Dejadle pasar.

Las lanzas se separaron, y Cato cruzó la entrada para salir a un patio interior.

—Todo recto. —El criado señaló en dirección a la sala principal y arrugó la nariz y el ceño al pasar Cato por delante.

De las ventanas que había sobre la columnata salía un esplendoroso fulgor; entre el alboroto de las voces se oían risas y música. Era de mala educación llegar tarde a una fiesta, pero era impensable haber rechazado la invitación, del mismo modo que era imposible desobedecer las órdenes de Bestia de fregar y enjuagar los desagües de las letrinas. El castigo de aquella noche había durado más tiempo del habitual, y es que el campamento estaba sufriendo las consecuencias de un virus intestinal que se estaba propagando con rapidez. Apenas le había quedado tiempo a Cato para ponerse su mejor túnica y luego correr a toda prisa hasta la otra punta de la fortaleza para llegar tarde. Ante el temor de ser interrogado inevitablemente sobre su tardanza, Cato se acercó hacia la sala al paso de un hombre condenado a muerte. Llamó a la puerta. Descorrieron el cerrojo al instante, y el mayordomo, casi incapaz de disimular su indignación, le abrió la puerta.

— ¡Al fin ha llegado! Será mejor que tenga una buena excusa para el legado.

—Me disculparé en cuanto tenga un momento de tranquilidad —prometió Cato—. ¿Crees que hay forma posible de sentarme en mi sitio discretamente?

—No lo creo, joven. Acompáñeme.

El mayordomo cerró de un portazo y le condujo a través de una pesada cortina que daba a una sala grande. Pese a que era más bien diminuta en comparación con las salas de palacio, pensó Cato, ésta se había dispuesto de la forma más agradable posible. El lugar estaba iluminado por numerosas lámparas de aceite que colgaban de las vigas. Dos bancos largos se extendían a cada lado de la sala y estaban cubiertos de almohadones para la comodidad de los comensales. Cato se sorprendió al ver que todos los tribunos y casi todos los centuriones estaban presentes con sus esposas. En el espacio que quedaba entre las mesas, un par de luchadores estaban unidos en un abrazo, enfrentándose con gruñidos en un intento de encontrar el modo de tumbar al oponente. Al fondo, en un rincón, un grupo de flautistas se esforzaba por hacerse oír sobre el barullo de los invitados. Cato no perdió tiempo y buscó un espacio en el banco más próximo para integrarse lo más sigilosamente posible, pero el mayordomo le hizo señas, y ambos avanzaron lentamente a lo largo de una pared hasta la mesa principal, donde Vespasiano y sus invitados más honorables yacían reclinados. Cato se percató con pavor del claro intercambio de miradas entre Macro y Vespasiano. El legado frunció el ceño al acercarse Cato, y el mayordomo forzó una sonrisa y les dirigió un saludo cuando estuvieron lo bastante cerca.

— ¡Optio! Me preguntaba qué había sido de ti.

—Disculpe, señor —se excusó Cato, al tiempo que se acomodaba en el triclinio que había junto a Macro—. Tenía que acabar unos trabajos que se me habían ordenado.

— ¿Qué trabajos?

—Prefiero no mencionarlos en la mesa, señor.

—Me temo que no queda mucha comida. ¡Rúfulo! Trae algo de comer para el optio; tal vez quede alguna exquisitez.

—Sí, señor. —El mayordomo hizo una reverencia y dirigió una mirada furiosa a Cato.

—Mientras esperas, prueba uno de estos lirones rellenos. —Vespasiano le ofreció una fuente de oro alrededor de la cual había dispuestos los ratoncitos guisados. — Están rellenos de hierbas y queso del lugar. No es exactamente a lo que estabas acostumbrado en palacio, imagino, pero es una buena forma de recordar la gastronomía romana. Toma uno.

Cato obedeció. A pesar de que los ratones estaban demasiado cocidos, eran un manjar de agradecer en comparación con la comida que se daba a los legionarios. Mientras Cato saboreaba gustoso los succulentos ratones, el legado ordenó a un esclavo traer para el recién llegado un surtido de exquisiteces.

—Sírrete vino. —Vespasiano señaló una hilera de licoreras de Samos—. Hay un céculo aceptable y un másico que no está mal. Guardo el último falerno para un brindis.

Los ojos de Cato brillaron ante la idea.

—Su cocinero ha hecho un magnífico trabajo: propio de Apicio, diría. Gracias por invitarme.

—No hay de qué, hijo. Hiciste un buen trabajo en ese asunto con los del poblado. Pero más vale que te deje terminar la comida antes de que se enfríe. Más tarde quiero presentarte a unas cuantas personas. A algunas ya las debes de conocer. —Vespasiano le sonrió. — Mi esposa dice que está muy interesada en ponerse al día con los chismes de palacio. Es decir, si consigo arrancarla del lado de Vitelio.

Hizo un movimiento con la cabeza para señalar en dirección a una de las mesas principales donde Cato vio al tribuno por encima del hombro de una mujer esbelta. Ambos parecían estar muy concentrados en la conversación. De repente, la mujer del legado empezó a reír y Vespasiano puso mala cara. Desvió su atención hacia el optio.

—Como decía, las presentaciones pueden esperar. Pero ahora me temo que debo hablar con el prefecto del campamento sobre asuntos de trabajo. Por favor, discúlpame y disfruta de la cena.

El legado se dio la vuelta, y Cato se concentró en llenar su estómago, aunque primero se regaló la vista con el banquete que tenía ante sí, para luego dar paso a la degustación.

— ¿Qué demonios es ese olor? —preguntó Macro en tono acusador.

—Me temo que soy yo, señor —contestó Cato, llenando su copa con tinto másico.

— ¿Y qué es? Apesta como una puta barata.

—Porque es un perfume que Pírax compró para una puta barata.

— ¿Te has puesto perfume? —Macro se apartó horrorizado.

—No he tenido más remedio, señor. He estado toda la tarde con mierda hasta la rodilla, señor. Me he lavado lo mejor que he podido, pero no hay forma de que el olor se vaya. Así que Pírax me sugirió que lo disimulara con el perfume.

—Y que lo digas.

—Dijo que era preferible oler como una puta que oler como un cerdo, o algo así.

—No sé qué es peor.

— ¿Cómo tiene hoy la pierna, señor? —preguntó Cato al coger otro lirón.

—Cada vez mejor. Pero aún quedan unas cuantas semanas antes de que pueda andar. No me apetece pasar un viaje en un carro de transporte.

— ¿Sabe algo acerca del lugar adonde envían a la legión?

— ¡Chss! Cierra el pico: se supone que aún no lo sabemos. Creo que por eso nos han invitado a todos.

— ¿Tú crees?

— ¿Por qué, sino, invitar a tanta gente si sólo se trata de una cena sin más para celebrar la investidura? Seguro que hay algo más.

Flavia rió por educación, pero con discreción, la broma del tribuno; había que tener cuidado al hablar del emperador Claudio. Además, quería saber más sobre Vitelio, de modo que siguió mostrándose animada.

—Esa historia es muy buena, Vitelio. Muy buena. Pero dime, ¿tú crees que Claudio sirve para el cargo?

—Me preguntas qué pienso de Claudio. —La escudriñó con atención antes de responder. —Creo que es algo pronto para formarse una opinión, ¿no crees?

—Tengo amigos en Roma que me han contado que la gente ya dice que Claudio no durará mucho, que está loco o, al menos, que es un poco simplón. Y que permite que sus libertos gobiernen el Imperio en su nombre; en concreto, un tal Narciso.

—Sí, ya lo he oído. —Vitelio sonrió; le hacía gracia la forma en que la gente que hablaba del emperador siempre expresaba su propia opinión poniéndola en boca de amigos anónimos. —Pero acaba de empezar su mandato, es normal que delegue algunos asuntos mientras él aprende cómo funciona todo.

—Supongo que tienes razón —contestó Flavia, cogiendo un pedacito de carne que quedaba en uno de los huesos de su plato—. Pero me pregunto cómo es posible que se espere que un hombre solo sea capaz de gobernar todo un imperio..., es una carga. Sé

que no soy más que una mujer con conocimientos limitados sobre asuntos de estado, pero creo que una labor semejante debería estar en manos de más de un hombre. ¿Seguro que hay suficientes mentes sabias en el Senado en las que se pueda confiar para ayudar en el gobierno del Imperio?

— ¿Para ayudar al emperador a gobernar? ¿O para gobernar en su lugar? Y luego volver al derramamiento de sangre de la República. Casi todos los políticos se hacen soldados y los soldados, políticos; y una vez se da esta situación, ya no hay elecciones..., sólo guerras.

—No es que ahora vuelva a haber elecciones. —Flavia sonrió.

—No. No tenemos, pero ¿cuánto hace desde que los romanos se enfrentaron en una sangrienta matanza entre ellos en nombre de las ambiciones políticas de su general?

—Que yo recuerde, desde que Augusto eliminó a todos sus rivales e impuso al pueblo su dinastía. Y, no lo neguemos, los emperadores tienen las manos manchadas de sangre. Son muchos romanos los que sufrieron en manos de Augusto, Tiberio y Calígula. ¿Y quién dice que el emperador actual no seguirá la tradición?

—Puede, pero ¿cuántos más habrían muerto si Augusto no se hubiera hecho con el control del ejército desde el Senado y se hubiera puesto al mando?

— ¿Entonces se trata de una sencilla cuestión sobre los índices de mortalidad?

—Una pregunta —dijo Vitelio—: ¿Estás sugiriendo que es preferible volver a la República?

—No, no digo eso. —Flavia contestó con delicadeza. —Pero todo sea por hablar un poco entre amigos durante una agradable cena... Dime, ¿no crees que la vuelta del gobierno senatorial favorecería la situación actual?

—Interesante pregunta, Flavia. Muy interesante. Por supuesto, creo que hay argumentos en favor de ambos casos. Estoy seguro de que podría recurrirse a una reserva de talento importante si se restituyeran todos los poderes al Senado, pero me temo que hay más senadores con planes de acumular poder para ellos mismos que aquellos que tienen un sincero interés por servir a Roma. No hay más que ver ese asunto escabroso del año pasado en Dalmacia. El pobre Claudio acababa de afirmarse como emperador cuando tuvo se produjo el motín. Si Escriboniano y los conspiradores que le secundaron hubieran recibido el apoyo de unas cuantas legiones más, quién sabe cómo habría acabado. Tenemos suerte de que los espías de Narciso cortaran la rebelión de raíz.

— ¿De raíz? —Murmuró Flavia—. Bonito eufemismo para referirte a las docenas de personas que mataron. Perdí a algunos buenos amigos antes de abandonar Roma. Seguro que tú también. Y todavía andan a la caza de los integrantes de la conspiración que sobrevivieron. No corren buenos tiempos.

—Ellos se lo buscaron, Flavia. Antes de participar en ese tipo de asuntos, hay que sopesar lo que está en juego. Es una cuestión de todo o nada. Ellos perdieron y Claudio ganó. ¿Crees que habrían tenido más clemencia con él de haberse dado el caso

contrario?

—No, no creo —asintió con un gesto pensativo.

—Tampoco es que tuvieran muchas posibilidades de salirse con la suya —añadió Vitelio—. Los muy estúpidos cometieron el error de apelar al patriotismo de los legionarios, en vez de apelar a sus carteras. En el momento en que Narciso entró en escena con el oro de Claudio se acabó todo.

—Parece —Flavia le miró fijamente a los ojos— que la moraleja de esta historia es que el ejército es más leal al Imperio cuanto más opulento es el erario.

— ¡Vaya, Flavia! —Dijo Vitelio con una carcajada—. ¡Yo no podría haberlo expresado mejor! Pero me temo que tienes razón. Al final resulta que todo depende de quién ofrece más dinero a las tropas. Los antecesores, la sabiduría y la integridad ya no significan nada. El dinero es la fuente de todo poder. Si se posee, el mundo está a tu favor; si no, no tienes mucho que hacer.

—En ese caso —Flavia tomó un poco de vino—, espero que nuestro emperador pueda permitirse mantener el cargo. De otro modo, como tú bien dices, es cuestión de tiempo que el ejército busque un patrono más rico.

—Sí —dijo Vitelio—. Sólo es cuestión de tiempo. Pero dejemos de hablar de política. Eres una mujer interesante. Me habría gustado de verdad poder tener una conversación contigo como es debido antes de esta noche.

—Habría sido muy agradable. Pero me temo que Vespasiano procura tenerme bajo llave, teniendo en cuenta cómo son las bases militares.

—Y estoy seguro —Vitelio se inclinó sobre ella— de que eres lo bastante lista para deshacerte de las restricciones, si quieres. —Sí..., si quiero. —Y por eso te casaste con él.

Flavia levantó la vista y vio que sus ojos la estaban escrutando descaradamente, mientras los labios esbozaban una sonrisa propia de un seductor.

—No —Flavia negó con la cabeza—. Me casé con Vespasiano porque le quiero. Y tiene más genio del que te puedas imaginar. Más te valdría recordarlo.

El tribuno arrugó el entrecejo y no supo cómo reaccionar al ser rechazado. Entonces se rellenó la copa sin ofrecer vino a Flavia y la alzó.

—Por tu marido—dijo en voz baja—. Puede que lo que dices sobre él sea cierto..., por ahora.

Flavia parpadeó y ofreció una cálida sonrisa a Vespasiano, que se puso en pie. Vitelio enseguida lanzó una mirada sobre su hombro y vio que el legado se acercaba con el optio recién condecorado. Dio un suspiro de renuencia, se calmó y se puso en pie.

—Me preguntaba cuándo ibas a presentarme a ese pobre chico —dijo Flavia con una

risa y los brazos extendidos hacia Cato.

El optio reaccionó un poco tarde y tragó saliva.

— ¿Flavia?

—La misma. ¿Cómo está mi pequeño Cato? Ya no tan pequeño, parece. ¡Deja que te mire bien!

—Parece que el optio y mi esposa se conocían de su época en palacio —explicó Vespasiano a Vitelio—. De modo que es como un reencuentro.

—El mundo es un pañuelo, señor —dijo a su vez el tribuno con soltura—. Parece que vivimos en una época de coincidencias.

—Sí. Tengo que hablar contigo. Seguro que mi mujer estará encantada de quedarse con el optio y ponerse al día con varios años de chismorreó. ¿Querida?

—Desde luego. —Flavia asintió con gentileza y condujo a Cato hasta la mesa.

—Flavia, no tenía ni idea de que estaba aquí.

— ¿Cómo ibas a saberlo? —le sonrió—. A las mujeres de los oficiales se las ve raras veces fuera de sus dependencias. Y sólo una lunática se expondría voluntariamente a los estragos de un invierno germano.

— ¿Sabía que yo estaba aquí?

—Claro que sí. No puede haber tantos Gatos de palacio que se unan a la legión. Y en cuanto mi marido se refirió a un tal — ¿cómo dijo? — «ratón de biblioteca larguirucho», supe que tenías que ser tú. Me moría de ganas de verte otra vez, pero Vespasiano me dijo que primero tenía que dejar que te adaptaras, que lo último que te hacía falta era una mujer que se inmiscuyera y te mimara delante de los otros hombres.

—Sí —Cato se estremeció ante tal imagen—. Mi señora, no puede imaginarse lo contento que estoy de ver una cara familiar en este lugar.

—Ven, sentémonos.

Flavia se sentó sobre el triclinio de su marido e invitó a Cato a sentarse junto a ella. Cato miró a su alrededor, pero nadie parecía prestar demasiada atención. Había pasado bastante tiempo en el ejército para sentirse incómodo con tratos sociales entre rangos muy distintos.

—Cato, tienes que contarme cómo te va todo. Me cuesta aceptar que tú, de entre todos los de palacio, hayas acabado aquí. Debe de ser todo un cambio de estilo de vida, ¿no?

Cato, pendiente de Macro, que estaba sentado junto a él, formuló su respuesta con cuidado.

—Sí, mi señora, todo un cambio. Pero parece una vida bastante buena y debería convertirme en un hombre.

Flavia le miró extrañada.

—Lo cierto es que has cambiado bastante.

—¿Me permite presentarle a mi centurión? —Cato hizo ademán de levantarse para avisar a Macro.

—Señora, —Macro agachó la cabeza con educación a la vez que se limpió el aceite de los labios con la mano. —Lucio Cornelio Macro, comandante de la sexta centuria, cuarta cohorte —añadió de forma automática.

—Encantada de conocerle, centurión. Confío en que está cuidando de mi amigo.

—Hum... Ni más ni menos que a cualquiera de mis hombres —contestó Macro algo resentido—. De todos modos, el chico puede cuidarse solo.

—Eso he oído. Bueno, Cato, debes ponerme al día de todo lo que ha sucedido en palacio desde que me fui.

Mientras Cato hablaba, Macro estaba al tanto de la conversación hasta que acabó por aburrirse. Con un gesto de indiferencia siguió comiendo y aprovechó todo lo que pudo el lujo del festín que disfrutaba, algo poco habitual. Flavia, por su parte, escuchaba con atención e interrumpía a Cato a menudo con preguntas sobre el auge y caída constantes de los diversos oficiales de palacio. Finalmente, había obtenido toda la información de Cato, y se reclinó sobre un brazo.

—En fin, el mismo hervidero de escándalos e intrigas de siempre. Eso no ha cambiado.

—Por supuesto; es casi imposible no enterarse de los chismes.

—He de admitir que echo mucho de menos Roma.

—Señora, podía haberse quedado allí. Algunos legados dejan a su esposa en casa cuando están en servicio activo.

—Cierto, pero Roma me parece un lugar desagradable desde lo que pasó con Escriboniano en Dalmacia el año pasado. Demasiada gente preocupada en acusar a los demás de conspiradores. Eso ha apagado mucho la vida social..., no sabes lo difícil que es preparar una cena cuando los espías imperiales te recortan la lista de invitados.

Cato le dio la razón.

—Cuando salí de palacio, oí que Claudio ya había firmado cien sentencias de muerte. No creo que a estas alturas queden muchos conspiradores.

—Parece que Narciso ha estado muy ocupado.

—Y más desde que Claudio le puso al mando del Estado Mayor del Imperio.

—¿Ha cambiado mucho Narciso desde que me marché?

—No demasiado —contestó Cato—. Pero ahora casi todo el mundo mide sus palabras en su presencia..., ahora que es el oído del Emperador.

—¿Tiene el mismo aspecto? —preguntó Flavia con la mirada perdida sobre el borde del manto, que estiraba con los dedos.

Cato se paró a pensar antes de responder.

—Tiene el pelo de las sienes algo más gris, pero no ha cambiado tanto desde la última vez que le visto.

—Ya veo..., ya veo. E imagino que todavía guardamos nuestro secreto, ¿verdad? —preguntó con amabilidad.

Cato esperaba la pregunta desde hacía un rato; asintió con resolución mirándola a los ojos y le contestó:

—El secreto sigue guardado, mi señora. Le di mi palabra. Mi promesa sigue en pie y lo seguirá hasta la muerte.

—Gracias.

Se hizo un silencio embarazoso al recordar ambos la noche en que una terrible tormenta azotó Roma y un niño, muerto de miedo por los truenos y relámpagos, se acurrucó en un rincón de una antesala donde un hombre y una mujer copulaban al resplandor tempestuoso de las ventanas. Más tarde, cuando el hombre se hubo marchado, Flavia descubrió al niño temblando en el rincón. Por un instante lo miró fijamente temerosa de las consecuencias que podía tener presenciar la escena. Lo cogió por los hombros y le hizo jurar que guardaría el secreto. Luego, al ver el terror reflejado en su rostro, Flavia no pudo evitar proteger el cuerpecito del niño de la amenaza de la tormenta. Después, a pesar del abismo social entre ellos, desarrollaría un sentido de la responsabilidad hacia Cato y vería que los otros esclavos de palacio le trataban igual de bien. Más tarde abandonó su hogar imperial y conoció a Vespasiano.

Flavia decidió llevar la conversación a un terreno más seguro.

—Dime, Cato, ¿qué es lo que más echas en falta de Roma?

—Las bibliotecas —respondió sin vacilar—. La mejor lectura que puedo encontrar aquí es un manual del ejército hecho trizas.

Cuando abandoné Roma estaba leyendo obras históricas de Tito Livio.

—¡Obras históricas! —Exclamó Flavia—. ¿Para qué lees obras históricas? Pensaba que a los hombres jóvenes os gustaba la poesía, Lucrecio, Catulo, Ovidio, ese tipo de cosas.

—Ovidio es un poco difícil de conseguir, mi señora —le recordó Cato—. De todas formas, me temo que tengo unos gustos más conservadores. Sólo me ha interesado Virgilio.

—Virgilio es un muermo —se quejó Flavia—. No tiene ni un ápice de emoción, de empatía. Es pura elegancia ampulosa.

—No estoy de acuerdo. A veces me parece magnífico: es capaz de encontrar las palabras precisas para expresar conceptos eternos. Cuando esos poetas baratos de hoy en día que se hacen llamar románticos caigan en el olvido, la influencia de Virgilio seguirá vigente a lo largo de los siglos.

—No podías expresarlo de una forma más poética, Cato, pero ¿hablas del tiempo o del ejército?

—Del ejército, imposible. —Cato y la esposa del legado se rieron. —La estética y la literatura no ocupa precisamente un lugar primordial en la mente de estos hombres.

—Pásame los lirones —interrumpió Macro. —Sí, señor —respondió Cato con cierta culpabilidad—. Aquí tiene, señor.

— ¿Lee usted mucho? —Preguntó Flavia a Macro—. Sólo lo pregunto para acabar de convencerme de que Cato está un poco fuera de lugar. Me cuesta creer que los oficiales de mi marido ignoren a las musas. — ¿Señora?

— ¿Lee usted poesía, centurión?

—No suelo, señora; estoy demasiado ocupado la mayor parte del tiempo.

— ¿Pero lee poesía? —insistió Flavia. —Por supuesto, señora. — ¿Y quién es su preferido?

— ¿Quién es mi preferido? Bueno, déjeme pensar. Seguramente ese tipo del que Cato acaba de hablar.

— ¿En serio? —Flavia frunció el ceño. — ¿Y qué obra de Virgilio le merece su mejor opinión?

—Difícil pregunta, señora. Me gusta todo lo que escribe.

— ¡Cobarde! —Rió Flavia—. Francamente, dudo que haya leído algo de él, o de cualquier otro poeta. De hecho, dudo que haya leído nada.

Volvió a reírse, pero Macro bajó la mirada, y Cato advirtió que su centurión estaba muy incómodo.

— ¡Silencio! —Flavia se llevó un dedo a los labios—. Creo que el legado va a decir algo.

Y así era; Vespasiano terminó el vino de su copa y se puso en pie. Le hizo un guiño al

mayordomo para ordenar a los sirvientes distribuir rápidamente las licoreras de falerno en todas las mesas. Entonces éste dio un golpe contra el mosaico del suelo para dar la orden a los sirvientes. La habitación fue quedando en silencio gradualmente y todas las miradas se dirigieron a la mesa principal. Vespasiano esperó a que la sala quedara en absoluto silencio para disponerse a hablar.

—Señoras y señores, seguramente han notado que durante las últimas semanas se han estado haciendo preparativos para el traslado de la legión. Esta noche puedo confirmar que el Estado Mayor del Imperio nos ha dado la orden de desplazamiento. La legión procederá con la debida rapidez hacia la costa oeste de Galia...

Si Vespasiano esperaba ver alguna muestra de emoción se iba a llevar una decepción. Muchos oficiales de la sala miraron a otro lado con inquietud, avergonzados. Una o dos personas educadas hicieron el esfuerzo de seguir mirando al orador y parecer sorprendidas, como si *acabaran* de oír una novedad, pero Vespasiano se dio cuenta enseguida y siguió el discurso en un tono resentido.

—Una vez allí, nos uniremos a una sección de otras cuatro legiones para la instrucción conjunta de la invasión de Britania. En estos momentos se está reuniendo una flota, y antes de que acabe el año se habrá añadido una nueva provincia al Imperio en nombre de la glorificación de Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico. La legión se pondrá en marcha dentro de dos meses, y será reemplazada durante nuestra ausencia por una cohorte auxiliar mixta de Macedonia. Ya sabéis cómo funciona todo. A partir de mañana, empezad a organizaros. Todo lo que queda por hacer esta noche es brindar. ¡Así que llenad vuestras copas y brindemos por el emperador!

Mientras el ordenanza y Cato ayudaban a Macro a salir de la camilla y entrar en su cama, éste agarró a Cato por la túnica.

—Tú te quedas. Quiero hablar contigo en privado. —Macro tenía una expresión adusta.

A solas con su superior, con la mente despejada gracias al frío de la noche, Cato se preguntaba qué demonios podía haber hecho para que el centurión hubiera sufrido semejante cambio de humor. Por un instante, el centurión Macro miró a Cato atentamente antes de hacer acopio de valor para decir lo que tenía en mente.

—Cato, ¿puedo confiar en ti?

— ¿Señor?

— ¿Puedo confiarte un secreto? ¿Algo que no me atrevo a contar a nadie más?

Cato tragó saliva, nervioso, y, de forma instintiva, dio un paso atrás para alejarse de la cama del centurión.

—Depende, señor. Es decir, no puedo evitar sentirme halagado, pero ya sabe cómo funciona el asunto: hay hombres que sí y otros que no. Y en mi caso no, señor. Sin ánimo de ofender, señor.

— ¿De qué carajo me hablas? —Macro le miró extrañado al tiempo que se apoyaba en

el codo. — Si se te ocurre pensar que me gustan los culos te arrancaré la cabeza. ¿Me has oído bien?

—Sí, señor. —Cato se relajó. —Entonces ¿cómo puedo ayudarle?

—Puedes ayudarme... Puedes ayudarme enseñándome a leer.

— ¿A leer?

— ¡Sí, a leer, maldita sea! Ya sabes, todas esas palabras y esas cosas. Quiero saber cómo funcionan. De acuerdo, sé que es mucho. No quiero aprender a leer más que lo básico. La cuestión es que tengo que leer y escribir si quiero seguir siendo centurión. Y esa zorra casi me pesca esta noche. Pero algún día se descubrirá y, cuando eso ocurra, me degradarán a filas. A menos que aprenda a leer.

—Ya. ¿Y quiere que yo le enseñe?

—Sí. Y que me prometas no decírselo a nadie. ¿Lo harás?

Cato lo pensó un momento e, inevitablemente, su carácter bondadoso le hizo responder.

—Por supuesto que le enseñaré, señor.

CAPITULO XVII

El invierno pronto dio paso a la primavera, y la nieve se fundió; cayeron fuertes lluvias durante varias semanas y las calles sin pavimentar pronto se convirtieron en lodazales. El único movimiento en la fortaleza era el flujo constante de mensajeros imperiales que se desplazaban veloces hasta la segunda legión con las últimas instrucciones referentes al traslado inminente. Una vez entregados los mensajes, volvían cargados de peticiones para comprar animales de tiro, forraje y esclavos a fin de cubrir la campaña de invierno.

Anticipándose a la aprobación del cuerpo administrativo de Roma, la legión había contratado a un grupo de arrieros para que compraran el ganado necesario en las aldeas y pueblos de una amplia franja al sur del Rin. Se escogieron a los hombres cuidadosamente, de forma que fueran de fiar en la selección de los animales más sanos y fuertes para el largo viaje que les esperaba. También se confiaba en ellos para regatear el precio más bajo posible y, siempre y cuando el precio fuera razonable, los que estaban al mando se quedaban con una comisión «extraoficial», que iba a parar al bolsillo de los arrieros. Tanto era así, que las mulas y otros animales engrosaban las filas pastando dentro de los cercados improvisados fuera de la fortaleza.

Dentro, casi todo el espacio entre los muros y las barracas estaba ocupado por los vehículos de transporte de la legión. A cada centuria se le asignaba un carro para las herramientas de ingeniería, equipaje de administración (en concreto, la tienda del centurión y todos los haberes personales de los que quisiera disponer para hacer más llevadera la campaña) y las afiladas estacas para la construcción de las trincheras. También había un convoy médico para transportar a los heridos que no podían desplazarse a pie; una compañía de artillería con las catapultas y ballestas sobre ruedas; grandes carros para transportar la reserva de cebada; el tren de carros del cuartel general y, por último, el convoy para los efectos personales de los administrativos. La legión viajaría ligera. No se podía perder tiempo recogiendo todo tipo de cosas, de modo que ya se habían instalado algunos depósitos de grano a lo largo de la ruta.

En la fortaleza, la marcha inminente era evidente, incluso para los soldados más despreocupados. Los legionarios hacían lo posible por vender los objetos que no podían llevarse a los comerciantes, que acudían como aves de rapiña para aprovecharse de la ocasión. La noticia del traslado de la legión se había difundido por todas partes, y durante las semanas que siguieron los comerciantes itinerantes del Imperio abarrotaron el poblado junto a la fortaleza, atraídos por las ofertas del mercado.

Los legionarios, desconsolados, iban de un tratante a otro con todo tipo de objetos (sentimentales, decorativos o superfluos) y regateaban con tesón por sacar unas pocas monedas de los bolsillos reticentes de los comerciantes, que, por otra parte, hacían pequeñas fortunas cada vez que se trasladaba a una formación importante.

Una fría y despejada tarde de primavera, Cato caminaba por el mercado improvisado en busca de alguna lectura sencilla para Macro.

—Que sea algo sencillo —le advirtió Macro—. Nada de esa literatura mariquita que lees. Algo sencillo con lo que me puedas enseñar.

—Pero a la larga tendremos que leer literatura, señor.

—A la larga, pero por ahora no nos compliquemos la vida, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

—Te voy a dar una paga mensual, así que procura que el dinero se amortice.

—Por supuesto que sí, señor.

—Y no digas nada a nadie. Si alguien pregunta, di que sólo quiero algo para leer durante el viaje. Di que quiero ponerme al día en historia militar o algo así. Pero no te olvides: ni una palabra de lecciones de lectura.

—Sí, señor.

Y Cato se adentró en el hervidero de soldados y mercaderes. Con la capa apretada contra el cuerpo, Cato se fue abriendo paso entre las hileras de carros abarrotados de

artículos: mercadería procedente de Samos, liras y otros instrumentos de música; una diversidad de sillas, arcones, mesas y bibliotecas portátiles.

En un vagón, envuelta en una túnica desgastada y fina, había sentada una esclava joven y delgada que temblaba muerta de frío. Contra sus pies había un cartel que decía *A la venta*. Debía de tener unos dieciséis o diecisiete años y tenía los cabellos azabaches recogidos hacia atrás. Estaba sentada y apoyaba la barbilla sobre las rodillas, que abrazaba temblorosa. Levantó la mirada y Cato se detuvo de repente, cautivado por unos asombrosos ojos verdes. Se quedó allí parado mirando unos instantes, pero al momento se dio cuenta de que se estaba poniendo en evidencia y apartó los ojos bruscamente y salió disparado siguiendo la hilera de carros.

Pronto encontró lo que buscaba. Había un carro lleno de manuscritos y Cato se puso a rebuscar en él. El propietario, un fenicio avisado, se alejó de un pequeño brasero junto al que se encontraba para saludar a su cliente. Al ver la edad y darse cuenta de la inexperiencia del soldado, el mercader trató de levantar su interés por una colección de manuales de pornografía que, aunque pobres en precisión anatómica, al menos eran amenos desde un punto de vista conceptual. Al final Cato consiguió convencer al fenicio de que sus intereses se atenían estrictamente a temas históricos, y el joven se llevó unos cuantos libros para satisfacción del avaricioso mercader.

Los libros no eran precisamente lo que ocupaba la mente de Cato al volver entre los carros. Estaba más pendiente de ver otra vez a la joven esclava, de cruzar una vez más ambos sus miradas. Sólo eso. ¿Qué más se podía esperar? Y aun así, sintió cómo el corazón se le aceleraba al acercarse al lugar del primer encuentro. El carro seguía allí, lleno de mercaderías, pero no había rastro de la chica. Cato simuló buscar algo entre los objetos del siguiente mercader y lanzó miradas de soslayo a las tiendas cercanas que había tras los carros. Volvió sobre sus pasos con falsa indiferencia, rebuscando con su mano libre entre los desportillados objetos de Samos.

— ¿Busca algo en concreto, señor?

Cato levantó la vista enseguida. Un mercante de tez morena vestido con una capa impropia para aquella época del año se situó junto a él.

— ¡Oh, no! ¡Nada! Sólo estoy mirando.

—Ya. —El mercader le siguió mirando de cerca con un amago de sonrisa en sus labios oscuros. —Sólo mirando, ¿no?

—Sí... Eh... Antes había una chica.

El mercante asintió con un pausado movimiento de cabeza.

— ¿Es suya? Me refiero a si es un familiar suyo.

—No, señor. Es una esclava. La he comprado a un tribuno esta mañana.

— ¿Ah, sí?

—Sí. Y la he vendido hace un momento.

— ¡Que la ha vendido! —a Cato le dio un salto el corazón.

—A aquella dama, señor —el mercante señaló en dirección a la muchedumbre, donde una mujer alta y delgada se disponía a entrar por la puerta de la fortaleza.

A su lado iba la chica que había visto antes, que seguía a su nueva dueña como un perro. Sin dirigirle una palabra más al comerciante, Cato salió en su busca sin otro motivo que el poderoso deseo de verla otra vez. Avanzó a toda prisa entre la multitud sin apartar los ojos de las dos mujeres. Al llegar a la puerta la mujer se dio la vuelta, y Cato reconoció al instante a la esposa del legado. Antes de poder reaccionar, su mirada se encontró con la de Flavia, que enseguida le saludó.

— ¡Pero si es el joven Cato!

Cato, tratando de no sonrojarse, se acercó evitando mirar a la esclava.

—Buenos días, mi señora.

—Veo que has comprado libros; la verdad es que bastantes.

—No son para mí, señora. Son para mi centurión.

—Claro —Flavia sonrió—. Debe de ser agradable poder compartir gustos poéticos tan similares. ¿Has encontrado algo para ti?

—No, mi señora. —Cato desvió los ojos hacia la esclava y se ruborizó de vergüenza al ver que ella le sonreía. —No me lo puedo permitir, mi señora.

— ¿De verdad? Qué pena. Pero Cato, yo voy a tener que deshacerme de algunos porque no hay espacio libre en los carros. Puede que no sean de tu agrado, pero te invito a que vengas y escojas los que quieras.

—Gracias, mi señora. Es muy amable por su parte.

—Pasa por la casa del legado más tarde y ya veremos. ¿Os conocéis?

Cato le había estado devolviendo la sonrisa a la joven mientras Flavia le hablaba y, bruscamente, volvió a mirar a la señora.

— ¡Oh, no, mi señora! ¡No nos conocemos!

— ¡Nadie lo diría! —Flavia rió. —Parecís dos cachorros enamorados. Francamente, los jóvenes sólo tenéis una cosa en la cabeza. Sois peores que los conejos.

—No, mi señora —Cato se sonrojó hasta adoptar un tono rosado nada favorecedor—. Le aseguro que no tenía intención de...

— ¡Tranquilo, Cato! ¡Tranquilo! —Flavia alzó las manos. —No quería ofenderte. Lo

siento. Mira, te he hecho sonrojar. Discúlpame. ¿Me perdonas?

—Sí, mi señora.

— ¡Vaya! Te he ofendido de verdad. Espero poder compensarte cuando pases por casa más tarde. No puedo dejar que vayas por el campamento con esa cara. Te bajaría la moral.

—Estoy bien, mi señora.

—Claro que sí. En fin, te veré más tarde.

—Sí, mi señora.

— ¡Vamos, Lavinia!

Lavinia. Cato paladeó el nombre y, mientras Flavia se marchaba con su nueva adquisición, la esclava se dio la vuelta y le guiñó un ojo.

CAPITULO XVIII

La casa del legado estaba en plena agitación. Había cajas de embalaje por todas las habitaciones y todos los esclavos estaban ocupados colocando entre capas de paja todas los objetos frágiles. Los esclavos, por temor a Flavia —tenía muy mal genio cuando se la provocaba y no le importaba azotar a un esclavo si las circunstancias lo requerían— manejaban la cerámica y la porcelana con el mayor de los cuidados. Aparte de los objetos frágiles, Flavia tuvo que organizar el embalaje de la ropa blanca y objetos personales de madera para enviarlos a la casa de Vespasiano, de Quirinal, en Roma. Flavia y Tito lo acompañarían hasta la costa gala y volverían a casa una vez se emprendiera la campaña. Para entonces, la caza de brujas de los conspiradores que apoyaron a Escriboniano ya habría amainado y la vida social ya habría vuelto a la normalidad. Y Roma era el lugar ideal para la educación de Tito. Vespasiano era partidario de que el niño recibiera una estricta formación profesional en derecho y retórica, y quería que Flavia encontrara un tutor cuanto antes.

Entre la maraña de cajas de embalaje y montones de paja, una sirvienta se movía de un lado a otro para llamar la atención de Flavia.

— ¿De qué se trata?

—Alguien ha venido a verla, señora. Un soldado —dijo con evidente desagrado.

— ¿Quién?

—Un optio.

—¿Cato?

—Sí, señora. Así dice llamarse.

—Muy bien. Creo que puedo tomarme un descanso.

Un esclavo que había cerca alzó los ojos al cielo.

—Lleva al optio al estudio. Estaré allí en un momento. Haz que se sienta cómodo y ofrécele algo de beber.

—Sí, señora.

—Ahora mismo pensaba en ti —dijo Flavia al entrar en el estudio vestida con una estola de seda fina.

La habitación, como casi todas las habitaciones de la casa del legado, tenía un sistema de calefacción con hipocausto y, momentos antes de entrar Flavia, Cato se estaba recreando con el calor del lugar.

—Tienes suerte de que esos idiotas no hayan desmontado el estudio todavía. Siéntate.

Cato se volvió a sentar, y Flavia se acercó a un aparador repleto de pergaminos muy bien ordenados. Se detuvo un instante y pasó una mano por encima de éstos con cariño antes de dirigirse al optio.

—Puedes llevarte lo que quieras o, al menos, lo que puedas. Puedes llevarte las filípicas, un estilo algo grandilocuente, pero con algún toque ingenioso, y las geórgicas, una lectura bastante imaginativa, y aquí hay algunos volúmenes de Tito Livio. ¿Quieres algo de poesía?

—Sí, mi señora.

Una hora después Cato tenía junto a él un montón de pergaminos y, a su pesar, tuvo que decidir cuáles le cabrían en el macuto. Flavia le observaba pensativamente valorar cada libro antes de decidir en qué montón ponerlo.

—Lavinia te causó muy buena impresión, ¿verdad?

—¿Señora? —Cato levantó la vista con un manuscrito en la mano.

—La esclava que he comprado esta mañana.

—¡Ah, esa chica!

—¡Sí, claro, esa chica! A mí no me engañas, Cato, querido; conozco los signos. La cuestión es: ¿qué quieres hacer al respecto?

Cato sostuvo la mirada. Estaba aturdido: se avergonzaba de que sus sentimientos fueran tan evidentes y, a la vez, ardía en deseos de ver a Lavinia otra vez para poder mirar aquellos ojos esmeralda.

—Bueno, tal vez me haya equivocado —le provocó Flavia—. A lo mejor no quieres volver a verla.

— ¡Mi señora! Yo... Yo...

—Me lo imaginaba —Flavia se rió—. Sinceramente, conozco tan bien a los hombres que casi nunca me equivoco. No te preocupes, Cato, no te impediré que la veas..., ni mucho menos, pero dale tiempo para que se adapte a la casa y luego veremos qué puedo hacer.

—Sí, mi señora... Gracias.

—Ahora es mejor que cojas los rollos y te vayas. Me encantaría hablar contigo, pero queda tanto por hacer... Dejémoslo para otra ocasión, y tal vez Lavinia pueda unirse a nosotros.

—Claro que sí, mi señora. Me encantaría.

— ¡Seguro que sí!

Al observar a Cato desaparecer por la Vía Pretoria, Flavia sonrió. Un chico encantador, pensó, y demasiado confiado. Si cultivara su amistad con esmero tal vez le sería útil algún día.

— ¿Qué es todo esto? —preguntó Macro con recelo al darle Cato los rollos, cada uno de los cuales estaba bien revestido y catalogado.

—La mayoría son ensayos y tratados de historia.

— ¿Nada de poesía?

—No, señor, tal como ordenó —contestó Cato—. En estos manuscritos hay textos bastante interesantes...

— ¿Interesantes? Mira, lo único que quiero es algo para leer. Eso es todo, en lo que a mí respecta, ¿de acuerdo?

—Sí, señor. Si eso es lo que quiere... Dígame, señor, ¿cómo le ha ido con las letras que le enseñé?

Macro sacó de debajo de la cama la tabla encerada y la entregó a su subordinado. Cato la abrió y echó una ojeada al contenido. A la izquierda de la tabla había escritas las letras del alfabeto que Cato había escrito cuidadosamente sobre la superficie de cera; junto a éstas había el torpe intento del centurión al copiarlas: líneas y curvas desiguales que de vez en cuando tenían cierto parecido con el original.

—No ha sido fácil escribir sobre el regazo, ¿sabes? —Explicó Macro—. No había manera de mantener esa maldita cosa recta.

—Ya lo veo. Bueno, es una buena forma de empezar. ¿Ha podido recordar cómo suena cada una?

—Por supuesto que sí.

—En ese caso, ¿le importaría repetirlas conmigo? Para practicar. Luego probaremos con algunas palabras.

Macro murmuró:

— ¿Crees que no soy capaz de hacerlo?

—Estoy seguro de que sí. Pero la práctica hace al maestro, como usted siempre me dice. ¿Vamos a ello?

Mientras Macro pronunciaba las letras del alfabeto, Cato hacía los comentarios justos, pero a su mente no hacían más que acudir imágenes de Lavinia, que él rechazaba con bastante reticencia. Al final, hasta Macro se dio cuenta de que el joven no estaba por la labor. El centurión cerró la tabla con tal brusquedad que Cato casi se cayó del taburete.

— ¿Qué tienes en la cabeza, chico?

— ¿Señor?

—Hasta yo sé que he leído mal algunas palabras, y tú estás ahí, dando golpes de cabeza como una gallina. ¿Qué es tan importante que no te deja concentrar?

—Señor, no es nada. No es más que un asunto personal. No volverá a suceder. ¿Seguimos?

—No, si tu problema va a interrumpir el trabajo.

La lección ya empezaba a aburrirle y no tenía ganas de continuar. Además, la reticencia que mostraba el muchacho a explicar lo que le ocurría había despertado la curiosidad del centurión.

— ¡Suéltalo ya, muchacho!

—De verdad, señor —se quejó Macro—, no es nada importante.

—Yo juzgaré si es o no importante. Habla. Es una orden. No puedo permitir que mis hombres vayan por ahí con cara de bobos. Los jóvenes pensáis la mayor parte del tiempo en pavonearos y en mujeres. Así que dime de cuál de las dos cosas se trata. ¿Quién la ha tomado contigo?

—Nadie, señor.

—Así ya descartamos una de las dos posibilidades. —Macro le guiñó un ojo con un gesto lujurioso. — ¿Y quién es la mujer en cuestión? Espero que no sea la esposa del legado, porque entonces ya puedes empezar a escribir una nota de suicidio.

— ¡No, señor! No es ella —respondió Cato con cara de espanto.

—Entonces ¿quién es? —preguntó Macro.

—Una esclava.

—Y te la quieres llevar a la cama, ¿no?

Cato se lo quedó mirando y luego asintió con la cabeza.

— ¿Y dónde está el problema? Ofrecele cuatro cosas ricas y ya está. Nunca he conocido a una esclava que no estuviera dispuesta a abrirse de piernas a cambio de algo bueno. ¿Cómo es?

—Bastante hermosa —contestó Cato en un susurro.

— ¡Serás idiota! Me refiero a qué le gusta.

—Ah, ya —Cato se sonrojó—. Tampoco sé tanto de ella.

—Pues descúbrelo. Pregúntale qué quiere a cambio, y ya lo tienes.

—Las cosas no son así, señor. Siento algo más que deseo.

— ¿Deseo? ¿Quién habla de deseo? Te la quieres tirar, ¿no? Pues ése es tu objetivo. Lo único que tienes que hacer es desplegar una táctica para llevarla a un terreno que te sea favorable y asegurarte así la conquista. Luego es pan comido.

— ¡Señor! —Cato pensaba que ya estaba habituado al humor ordinario del ejército, y aquello le cogió desprevenido y se sonrojó—. No es así, señor.

— ¿Cómo que no es así?

Cato intentó explicárselo, pero le resultó terrible hablar de sus sentimientos por Lavinia. El problema no era encontrar las palabras adecuadas —en su mente fluían los versos de diversos poemas—, pero ninguna parecía albergar la esencia del desesperante dolor que le retorcía el estómago y le desgarraba el corazón. Llegó a la determinación de que los poetas no eran más que el burdo reflejo del alma humana, escritores importantes que se desahogaban con nimiedades para impresionar a sus amigos. Sus sentimientos por Lavinia iban más allá del simple verso. ¿O se equivocaba? Quizá Macro tenía razón y sus motivos eran más prosaicos de lo que él creía.

— ¿Qué tiene esta mujer que la haga tan distinta?

—Creo que debería verla para entenderlo.

—Supongo que es guapísima, ¿eh?

—Sí, señor. —Cato sonrió.

—Pues dale a entender que estás interesado en ella y que pagarás lo que sea para conseguir lo que quieres (dentro de lo razonable, claro, no tiene sentido que aumentes su precio para los amigos que vengan detrás de ti); marca un precio y obtendrás lo que quieres.

—Yo pensaba en algo más significativo y duradero.

— ¡No seas ridículo, maldita sea!

—Sí, señor —se apresuró a contestar Cato. Se dio cuenta de que no había forma de hablar con aquel hombre de tales asuntos—. ¿Seguimos con las letras, señor? Todavía nos queda mucho por delante.

—Y a algunos les gustaría llegar hasta el final —dijo Macro con una sonrisa de complicidad.

—Sí, señor. Las cartas, señor —Cato le acercó las tablas enceradas.

— ¡De acuerdo, maldita sea! Ya veo que no quieres hablar de esa mujer..., es cosa tuya, ¿verdad?

— ¿Seguimos con las letras, señor?

—Bueno —contestó Macro enfurruñado—, vamos allá con las condenadas letras.

CAPITULO XIX

En la víspera de la partida de la legión ya se habían revisado todos los vehículos y encebado sus ruedas. Estaban dispuestos en largas hileras y cargados con los pertrechos y equipaje variado de la legión. Los animales de granja que había en los corrales junto a la fortaleza se comían con satisfacción el último forraje de invierno. La mayor parte del personal del cuartel general, con el trabajo de las siguientes semanas terminado, estaba de juerga entre las tiendas y los muros mugrientos, donde los habitantes de la zona vendían una bebida alcohólica muy fuerte a la que la guarnición ya se había acostumbrado durante los años que habían pasado en la frontera del Rin. Los veteranos más sobrios estaban ocupados impermeabilizando sus botas y comprobando que los tacos de las mismas estuvieran en buen estado para recorrer los casi quinientos kilómetros que tenían por delante.

En el cuartel general, unos pocos administrativos ultimaban los detalles en grandes salas que retumbaban con una extraña sensación de vacío: todos los documentos ya habían sido ordenados y guardados en arcones de archivo y luego trasladados a los carros. Todavía debían liquidarse algunas deudas contraídas con los comerciantes del lugar y emitir los permisos de viaje para las familias de los oficiales que se dirigían directamente a Italia. Un destacamento de la caballería debía escoltar al convoy hasta Corbumento antes de avanzar hacia el oeste para reunirse con la legión.

Vespasiano pasó junto a una hilera de escritorios sobre los que un equipo de cinco administrativos estaban inclinados escribiendo a la luz escasa y temblorosa de las lámparas de aceite. Miró los papeles que había esparcidos por todas las mesas.

— ¿Qué es esto?

— ¿Señor? —el administrativo superior se levantó inmediatamente.

— ¿En qué estáis trabajando?

—Son copias de una carta que nos ha encargado la señora Flavia, señor. Son para unos tratantes de esclavos de Roma a los que les pide detalles sobre los mentores de niños de que puedan disponer.

—Ya veo.

—Dijo que usted lo había ordenado, señor.

El tono de resentimiento era indiscutible, y Vespasiano sintió una punzada de culpa al ver a aquellos hombres trabajar hasta tarde, cuando sus compañeros estaban dándose el gusto de entregarse al jolgorio.

—Bueno, no creo que un día de retraso altere sus planes. Tú y tus hombres podéis acabar las cartas en otro momento. Marchaos.

—Gracias, señor. Ya habéis oído al legado, chicos.

Ordenaron con entusiasmo los papeles, taparon los botes de tinta, limpiaron las plumas y se levantaron para salir de la sala.

— ¡Esperad! —Vespasiano les llamó y ellos se dieron la vuelta para mirarle con inquietud. Rebuscó en el portamonedas que le colgaba del cinturón y lanzó una moneda de oro al jefe. — Para ti y tus hombres... Tomaos unos tragos a mi salud. Habéis hecho un buen trabajo estos últimos días.

Los administrativos murmuraron palabras de agradecimiento y se apresuraron a salir gritando de entusiasmo, dejando a Vespasiano tras ellos mirándoles con cierta nostalgia. Parecía que había pasado demasiado tiempo desde la última vez que pasara una noche de juerga con sus compañeros para celebrar su nombramiento como tribuno. Le asaltaron recuerdos de noches salvajes y resacas espantosas en los antros de perdición de Siria, y le dolió pensar en las delicias de la juventud, que llegaba a su fin cuando

parecía que acabara de empezar. Ahora estaba lejos de aquellos hombres por edad y, sobre todo, por rango. Vespasiano se dirigió con un andar pausado hacia la puerta del edificio del cuartel general y tan sólo se detuvo a la puerta del despacho de Vitelio para saludarlo con la cabeza; éste seguía organizando papeles bajo la luz de una lámpara. Vitelio había pasado mucho tiempo en el cuartel general últimamente, más tiempo del que podía ocupar su trabajo y más que suficiente para despertar la curiosidad de Vespasiano. Pero no podía preguntarle directamente el motivo de su nueva diligencia, pues los tribunos debían ser diligentes y cualquier muestra de sospecha hacia éste podía interpretarse como un síntoma de paranoia, o peor: si Vitelio estaba tramando algo de verdad, la sospecha del legado lo pondría en guardia. Más extraño todavía era que el tribuno hubiera decidido llevar escolta. Su rango le concedía tal derecho, pero nadie lo requería en los tiempos que corrían. Pero allí iba él, haciendo sombra a su superior por toda la base, un hombre rechoncho y fornido con la actitud de un matón profesional. A partir de ese momento, sería más que prudente y no perdería al tribuno Vitelio de vista.

Como Lavinia había sido llevada a la casa de Vespasiano, Cato no había tenido ocasión de hablar siquiera con ella, y sólo tenía la posibilidad de intercambiar fugaces miradas de vez en cuando al merodear por fuera de la casa una vez terminado el trabajo del día. Se las había arreglado para visitar a Flavia unas cuantas veces con la esperanza de que Lavinia estuviera presente mientras ellos recordaban los viejos tiempos en palacio. Pero nunca aparecía, y Cato se resistía a revelar el verdadero propósito de sus visitas, cosa que divertía a la esposa del legado, que apenas lo disimulaba. Al fin, un día Flavia no pudo evitar reírse.

— ¡La verdad, Cato, deberías tener más inventiva!

— ¿A qué se refiere, mi señora?

—Me refiero a esas excusas que inventas para venir a verme —sonrió—, o para venir a ver a Lavinia.

Cato se ruborizó y farfulló una serie de explicaciones incomprensibles que sólo consiguieron provocar más risas. Frunció el ceño.

— ¡Por favor, no te enfades! No me estoy riendo de ti. De verdad que no. Si lo que querías era ver a la chica, sólo tenías que decirlo y yo os habría concertado un encuentro. ¿Quieres verla ahora?

Cato asintió con la *cabeza*.

—De acuerdo; pero dentro de un momento. Antes tenemos que hablar.

— ¿Sobre qué, mi señora?

—Imagino que sabes muy poco de Lavinia.

—La conocí el mismo día que la compró.

—Eso dijo ella.

—El mercader que la vendió me contó que había pertenecido a un tribuno.

—Sí —asintió Flavia—, a Plinio. Un hombre agradable, muy inteligente..., un talento desaprovechado en el ejército.

— ¿Por qué la vendió? ¿Por qué no le dejó más que esos andrajos?

—La respuesta a eso depende de quién la da.

— ¿Qué quiere decir, mi señora?

—Plinio fue diciendo por ahí que la había vendido porque era una chica inútil como sirvienta. Dijo que era perezosa, deshonesta e incapaz de aprender sus obligaciones. Según dice, el colmo fue que le robara una de sus camisas de dormir de seda. —Flavia se inclinó hacia delante y añadió en voz más baja—: Pero la historia que se cuenta entre las esposas de los oficiales es más interesante. Dicen que Lavinia era algo más que una sirvienta. Con lo guapa que es, habría sido una auténtica lástima no aprovechar la ocasión. Bueno, se dice que Plinio la compró a un comerciante de esclavos y la estaba preparando para amenizar sus noches de invierno.

— ¡Una concubina!

—No exactamente. Plinio quería algo más sofisticado que una simple concubina. Quería a alguien con quien pudiera hablar después. De modo que durante los últimos meses tuvo a Lavinia escondida en sus dependencias, enseñándole a leer y escribir para poder iniciarla en la literatura. Al parecer, fue más difícil de lo que esperaba.

—Pero eso no es motivo para echarla.

—Claro.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

—Lo de siempre. Entre lección y lección ella se fijó en otro tribuno, por lo visto más guapo y agradable que Plinio. Y sin duda más astuto y versado en el arte del subterfugio y la seducción.

Cato se paró a pensar un momento.

— ¿Vitelio?

— ¿Quién si no? Tenía que poseer a Lavinia tan pronto sus ojos se posaron en ella. Lavinia, al ser más bien inexperta, cedió con una presteza insolente..., lo cierto es que debió de quedarse prendada de Vitelio. Sea lo que fuere, él la tomó, y bastantes veces, según dicen. Hasta que un día Vitelio se excedió en el número de citas con ella y apareció Plinio, tras un día de trabajo duro, con ganas de relajarse con unas lecciones de gramática. Ya puedes imaginarte la escena y lo que ésta supuso. Vitelio casi la regaló al mercader.

—Pobre Lavinia.

— ¿Pobre Lavinia? —Flavia alzó las cejas—. Querido, fue educada para eso. Seguro que conocerías a alguna mujer de su clase en palacio en todos esos años. Eran casi habituales durante el mandato de los dos últimos emperadores.

—Es cierto —admitió Cato—. Pero mi padre hizo todo lo posible por mantenerme alejado de ellas. Me dijo que esperara a encontrar algo mejor.

— ¿Ah, sí? ¿Y crees que Lavinia es algo mejor?

—No sé qué es; sólo sé lo que siento por ella. No sé si todo esto tiene sentido, mi señora.

—Claro que sí. Es la primera vez que te encaprichas de una mujer, y parece que te ha dado fuerte..., pero no te preocupes. Se te pasará pronto. Siempre es así.

Cato la miró y dijo en tono afligido:

— ¿Todos los adultos pensáis así?

—Por supuesto que no, pero los jóvenes sí. En esto reside su encanto y su maldición. — Flavia le sonrió. — Entiendo cómo te sientes, créeme. Dentro de unos años entenderás lo que te digo. Ni ahora ni entonces me lo agradecerás. Pero contemplemos la situación desde otra perspectiva. ¿Qué crees que Lavinia piensa de ti?

—No sé. No ha tenido ocasión de conocerme.

Flavia esbozó una tierna sonrisa y quedó en silencio un momento.

—De acuerdo, mi señora..., yo tampoco he tenido ocasión de conocerla.

—Así me gusta; empiezas a entrar en razón. Es importante que mantengas las ideas claras al respecto. Mi marido piensa que prometes mucho, de modo que no hagas nada imprudente que pueda afectarte el día de mañana. Es lo único que trato de decirte. Dime, entonces, ¿quieres verla otra vez?

—Sí.

Flavia sonrió.

—Como imaginaba.

—La he decepcionado, ¿verdad, mi señora?

—Al contrario. Un hombre que antepone una pasión a la lógica puede confiar en sus principios. Sólo un necio da más importancia a la lógica que a sus sentimientos; los sofistas son capaces de dar todo tipo de argumentos para validar cualquier principio; por tanto, no son de fiar. Tienes sentimientos, pero también cabeza, Cato, sé prudente. Te diré lo que pienso: teniendo en cuenta cómo eres tú y cómo es ella, Lavinia sólo puede hacerte daño. Ya no diré nada más. Yo me encargaré de todo. No será fácil concertar un

encuentro; no hay mucha intimidad que digamos en medio de una legión. De todos modos, mi marido tiene ideas muy conservadoras en lo que respecta a sus propiedades.

Al sacar el águila y los demás estandartes de la cámara de la fortaleza, al alba, el legado y sus hombres respiraron con alivio. Dada la naturaleza supersticiosa de los soldados, cualquier movimiento del águila al ser desplazada al principio de una campaña podía interpretarse como una señal de mal augurio. Pero ese día el águila salió sin problemas del cuartel general y marchó por la Vía Pretoria para colocarse en su lugar entre los portaestandartes que encabezaban la primera cohorte. Todos aquellos que alcanzaban a ver el águila presenciaron aquel momento importante: la legión estaba a punto de irse a la guerra por primera vez en años, sin contar refriegas fronterizas de poca importancia. Un silencio expectante se apoderó de la fortaleza mientras soldados, arrieros y prostitutas esperaban la orden de partida. Los únicos que se agitaban eran los animales, ajenos, como siempre, a los asuntos del hombre; los cascos herrados golpeaban los adoquines, las piezas sueltas de los arneses tintinaban y las colas se movían de un lado a otro.

El legado bajó el brazo, y el centurión jefe echó hacia atrás la cabeza para gritar la orden.

— ¡Primera centuria! ¡Primera cohorte! ¡Segunda legión! ¡En marcha!

Las filas de capas rojas de la primera cohorte empezaron a avanzar en orden a lo largo de la Vía Pretoria, pasando por delante del parque de vehículos y a través de la puerta oeste, donde los rayos del sol naciente se reflejaron sobre el rojo de las capas como el fuego. A poca distancia de la primera cohorte marchaba la compañía del cuartel general encabezada por Vespasiano y los tribunos, montados sobre lustrosos caballos.

Cato seguía a la cohorte y, tras ésta, las pesadas hileras de carros avanzaban lentamente para colocarse en el lugar que les correspondía en la línea de marcha. La última cohorte, encargada de cubrir la retaguardia, seguía a los carros. De este modo, la legión salió por la puerta oeste, cuesta arriba, dejando atrás la fortaleza. Eran muchos los habitantes del lugar que observaban la marcha de la legión con auténtica tristeza. Echarían de menos a la segunda legión, sobre todo porque la sustituiría un millar de tropas auxiliares: dos cohortes procedentes de Hispania cuya baja categoría les limitaba a servicios de sustitución. Al no tener la ciudadanía romana, estas tropas recibían sólo un tercio de la paga de los legionarios. La economía local recibiría un golpe duro en los años venideros. A pesar de que las últimas filas de la legión ya empezaban a desaparecer en la lejanía, una desanimada columna de civiles ya se encaminaba hacia el sur en busca de nuevos campamentos de los que vivir.

CAPITULO XX

— ¡Alto!

La orden se repitió de inmediato en la columna.

— ¡Macutos al suelo!

Los legionarios de la sexta centuria arrastraron los pies hasta el borde del camino para desplomarse sobre la hierba de primavera que allí crecía. Dejaron suficiente espacio en el camino para no obstruir el acceso de cualquier posible mensajero. Con un fuerte suspiro, Macro se dejó caer y se frotó la pierna. Hacía dos días que le habían autorizado, a petición propia, a marchar con la centuria. Los carros de enfermos eran, dentro de lo posible, cómodos, pero a pesar de ello Macro era incapaz de soportar la oscilación constante y las desesperantes sacudidas cada vez que encontraban un bache. La inevitable falta de ejercicio hacía la marcha difícil, pero la obstinada determinación a seguir adelante propia de un centurión le impulsaba a no decaer. Además, después de diez días, ya casi había recuperado su estado de salud. La cicatriz aún era una línea amoratada que le cruzaba el muslo, pero se había cerrado bien y, aparte de tener la pierna algo entumecida y sentir picor, no le suponía más problema que las otras cicatrices que tenía.

—Se acercan los aguadores, señor.

— ¿Queda algún rezagado, Cato?

—Dos, señor. A ambos se les han imputado cargos.

—Bien. De acuerdo, muchacho, tómate un descanso con nosotros. —Dio unas palmadas sobre la hierba a su lado. — El legado está marcando un paso agotador. Es un milagro que no hayan abandonado más soldados; sólo siete desde que salimos.

Cato bajó la vista al ver que Macro se tocaba la pierna.

— ¿Cómo está hoy la pierna, señor?

—Bien. Cuesta un poco acostumbrarse, pero nada más.

Un par de esclavos se acercaron a la fila con odres llenos de vino disuelto en agua, para verter en los platos de campaña que los legionarios sostenían con no poca ansiedad. Los aguadores eran un contingente de esclavos que Vespasiano se había traído consigo para prestar servicios de poca importancia para que, la legión no aminorara su marcha hacia la costa. Avanzaban con rapidez y sólo se detenían para llenar cada plato hasta la mitad. Tras servir a Cato, éste sorbió con gusto la amarga mezcla de agua y vino barato. Las piernas le dolían a más no poder y la tira de la que colgaban sus pertrechos y objetos personales era tan pesada que se hacía insostenible. Sólo había hecho el esfuerzo de mantenerse en la fila por miedo a que le vieran como a un ser débil, incapaz de seguir el ritmo de los veteranos, los hombres a los que tenía jerárquicamente por debajo en virtud de su influencia, no de mérito propio.

Macro observó unos instantes al joven dar otro sorbo de su plato de campaña y se enjuagó la boca con él para saborear su sabor refrescante. Cato estaba sentado, inclinado

hacia delante, con los antebrazos caídos sobre la rodilla; tenía la mirada perdida y una expresión tensa. Macro se sonrió con un cariño casi paternal por el chico. Pese a su preocupación inicial, Cato había resultado valer mucho. No había duda de que tenía valor y sangre fría en situaciones extremas. Y al fin empezaba a actuar como un oficial. Daba órdenes con más naturalidad, si bien con cierta formalidad y con poco brío. Pero con el tiempo, todo llegaría. Estaba demostrando que era un subordinado excelente, que cumplía las órdenes que Macro le daba concienzudamente y tenía iniciativa para hacer frente a circunstancias imprevistas.

Macro le estaba más que agradecido. Al final de cada día, Cato dedicaba su tiempo libre a proseguir con las lecciones de lectura, con la discreción que las condiciones permitían. Macro se alegró de descubrir que aquella broma de aprender a leer era menos complicada de lo que parecía. Aquellos signos horribles, indescifrables, empezaban a desvelarse a los ojos de Macro, que ya era capaz de leer textos sencillos de forma vacilante, siguiendo con el dedo cada letra, que los labios pronunciaban con dificultad para formar palabras.

— ¡Macutos a la espalda!

La orden pasó de voz en voz hasta llegar a la sexta centuria, donde Macro la gritó a voz en cuello. La centuria se levantó cansinamente de la linde del camino y cargaron con sus macutos; mientras, otros soldados con suficiente energía volvían corriendo de los campos cercanos con los macutos cargados de fruta o cualquier animal de granja que habían podido comprar (o robar) a los granjeros del lugar. La centuria estaba de pie, alineada, cuando la vanguardia de la columna empezó a avanzar. Volvían a ponerse en marcha, caminando con dificultad sobre el camino pavimentado que iba de Divodoro hasta la Galia occidental.

Cato, por su falta de costumbre, sufría mucho en comparación con los sucios veteranos. La marcha de la tarde fue agoniosa, sobre todo desde que se le habían abierto las ampollas, y todavía se estaba recuperando de los últimos días, que habían sido muy crudos. Había descubierto que la mejor forma de sobrellevar la situación era pensar en otras cosas, contemplar el bonito paisaje que les rodeaba o tratar de mantener la mente ocupada. Y en eso residía el problema. Por mucho empeño que pusiera en centrar su atención en asuntos militares, allí estaba Lavinia, siempre presente en sus pensamientos.

Aquella noche, después de la cena y de los encargos adicionales de algunos superiores, Cato se estaba estirando y bostezaba cuando un esclavo entró en la tienda del centurión, iluminada con la tenue luz de las lámparas de aceite. El esclavo les miró con el mensaje apretado contra el pecho.

Macro levantó la vista desde su escritorio cubierto con el papeleo que ya era capaz de despachar por su cuenta; éste contrarrestaba las ventajas que le proporcionaban los conocimientos de escritura básica recién adquiridos. Extendió el brazo:

— ¡Dame!

—Lo siento, señor —dijo a su vez el esclavo, sujetando el pergamino en una actitud protectora—. Es para el optio.

—Bien —repuso Macro.

Observó con mucha curiosidad al muchacho arrancar el sello y desenrollar el pergamino. El contenido del mensaje era breve y Cato se apresuró a mojar la pluma en tinta y garabateó una respuesta, para devolver el rollo al esclavo, al que instó a salir de la tienda.

—Parecía algo muy serio —dijo Macro.

—No era nada, señor.

— ¿Nada?

Nada que ver con usted, pensó Cato, pero le sonrió antes de darle una respuesta.

—No es más que un asunto personal, señor. Eso es todo.

— ¿Un asunto personal? Ya. —Macro asintió con la cabeza, con una expresión divertida que a Cato le resultó exasperante. —Supongo que no tiene nada que ver con esa esclava, ¿verdad?

Cato se ruborizó y se alegró de la poca luz que había en la tienda, pero no abrió la boca.

— ¿Has terminado ya tu trabajo de hoy? —preguntó Macro con cierta intención.

—No, señor. Todavía quedan algunas solicitudes de racionamiento por terminar.

—Piso puede acabarlo.

Piso levantó la cabeza bruscamente desde su escritorio con gesto de fastidio.

—*Ya* puedes irte, Cato. Ahora mismo. Pero no hagas demasiados esfuerzos. —Macro le guiñó un ojo. —Recuerda que mañana nos espera otro largo día.

—Sí, señor—Cato forzó una sonrisa y salió disparado de la tienda, muerto de vergüenza.

—Estos chicos, ¿eh? —Macro soltó una carcajada. —Es lo mismo de siempre, desde el principio de los tiempos. Te hace recordar viejos tiempos, ¿verdad, Piso?

—Si usted lo dice, señor —murmuró éste, y luego suspiró al ver todos los rollos de pergamino que tenía enfrente, para después lanzar una mirada de reproche al centurión.

CAPITULO XXI

Vespasiano sonrió a pesar de frotarse la muñeca donde Tito le había hundido los dientes. Debía imponer una fuerte disciplina a aquel niño. Tenía que dejar de morder, de tirar cosas a los demás, de salir corriendo con cosas que tenía prohibido siquiera tocar. Aquella noche, pocas horas antes, aquel diablillo había irrumpido en la tienda donde se desarrollaba el informe nocturno de los tribunos. El niño se había metido bajo la mesa y se había llevado los documentos confidenciales del arcón de seguridad y había echado a correr con los manuscritos de Claudio. Si Plinio no hubiera cortado la salida de la tienda, Tito se habría salido con la suya. El tribuno había cogido al niño para llevarlo en brazos hasta Flavia, quien, avergonzada, acababa de salir de la dependencia privada del legado. Cuando ésta forcejeaba para arrancarle el rollo de pergamino, el niño agitó el brazo y alcanzó a Plinio en la barbilla. La tienda explotó en carcajadas cuando Flavia, exasperada, perdió el manuscrito por un instante entre los pliegues de su toga. Cuando lo encontró, lo devolvió al tribuno agraviado y salió con el niño alborotado en brazos.

— ¿Me permites el documento, por favor? —pidió Vespasiano con la mayor serenidad que pudo. Tras echar un discreto y rápido vistazo al manuscrito, Plinio lo devolvió al legado—. Gracias —Vespasiano volvió a guardarlo enseguida en el arcón y prosiguió con su discurso—: Como ya sabéis, caballeros, hay rumores de que el ejército reunido en Gesoriaco está a punto de amotinarse. Esta tarde una esclava doméstica me ha traído un mensaje del general Plautio. Me temo que los rumores tienen algo de cierto.

Alzó la vista y se encontró con las caras sorprendidas y preocupadas de sus oficiales. Se hizo un silencio que sólo interrumpió el ruido que hacía Tito al jugar cerca de allí. Los oficiales estaban inquietos. Eran muchas las carreras que estaban en juego en aquella invasión. Si el plan se truncaba, todos los nombres que se relacionaran con el fracaso se mancharían. O peor, pues para aquellos que se daban cuenta de las implicaciones políticas más amplias que podía comportar la situación, se pondría en tela de juicio la autoridad del propio emperador. Claudio ya había sobrevivido a un intento de golpe de estado, y a pesar de ser aclamado por el pueblo de Roma y apoyado por los ejércitos desplegados por todo el Imperio, su poder se debilitaría. Una invasión victoriosa reuniría un cantidad considerable de tropas y alejaría la atención de las legiones de su desagradable interés en la política.

—Hace seis días una cohorte de la novena legión se negó a subir a bordo de un barco con rumbo a la costa de Britania con la misión de reconocer el terreno. Cuando los centuriones trataron de forzar a sus hombres a subir a bordo, éstos opusieron resistencia y dos centuriones resultaron muertos y otros cuatro heridos.

— ¿La noticia se ha extendido al resto del ejército? —preguntó Vitelio.

—Por supuesto —respondió Vespasiano con una sonrisa—. ¿Qué esperabas? He conocido de primera mano la forma que tienen los soldados de guardar secretos.

Algunos tribunos se sonrojaron y Vitelio añadió:

— ¿Se conoce el motivo por el que la cohorte se amotinó?

—Parece ser que alguien ha estado removiendo los miedos supersticiosos de las tropas sobre lo que van a encontrarse al llegar a Britania. Las tonterías de siempre sobre monstruos que escupen fuego y otros demonios. Sé que no son más que estupideces, pero, aunque nosotros no nos lo creamos, los legionarios sí. Tal como están las cosas, las tropas se han negado a subir en ningún barco, ni siquiera para realizar ejercicios de instrucción.

— ¿Qué medidas se han tomado, señor?

—Nosotros seguiremos avanzando hacia Gesoriaco, pero hemos recibido la orden de detenernos a unos quince kilómetros temporalmente, hasta que el motín haya sido sofocado..., con o sin nuestra intervención. El nuevo jefe de administración del Imperio estaba en Lugduno cuando se supo la noticia. En estos momentos se dirige a toda prisa hacia el lugar de los hechos, y nosotros debemos escoltarle desde Durocortoro. Parece que ha pedido hombres de nuestra unidad porque todavía no se han visto contaminados por el motín.

— ¿Contaminados?

—Son sus palabras, tribuno, no las mías.

— ¡Señor! —Protestó Plinio—. No insinuaba que...

—No pasa nada. A veces Narciso no es demasiado diplomático, pero así son las cosas.

— ¿Narciso? —murmuró Vitelio lo bastante alto para ser oído por los demás.

—Narciso —asintió Vespasiano—. No parece estar de acuerdo, Vitelio.

—Si me permite, señor, no estoy seguro de estar o no de acuerdo con un hombre cuyo manejo del poder no guarda relación con su posición social.

Algunos otros tribunos, ajenos al origen provinciano del legado, rompieron a reír.

—A lo que me refería —prosiguió Vitelio— es a que no acabo de entender por qué motivo el emperador debe enviar a su liberto..., a su secretario principal, para encargarse de la situación en persona, como si el ejército no pudiera arreglarlo por su cuenta.

—Es una operación importante —dijo a su vez Vespasiano—. Yo diría que Narciso quiere asegurarse de que los hechos se solucionan de la forma más delicada posible, en nombre del emperador.

—Sin embargo, no deja de ser extraño, señor —añadió Plinio al instante.

Vespasiano se echó hacia atrás.

—No hay nada de extraño en eso. Ya sabéis lo que dicen de él: es más torpe que avieso. Narciso será escoltado hasta la costa, y punto. Si sus intenciones van más allá, yo las desconozco. ¿O quizás alguno de vosotros, caballeros, tenga conocimiento de información que a mí no se me revela? ¿Es así?

Nadie osó mirarle a los ojos, ya por ser culpables, ya por miedo a parecerlo. Vespasiano suspiró cansado.

—Estoy empezando a hartarme de la política de las altas esferas, señores. Independientemente de lo que nos depare el futuro, somos soldados que cumplimos órdenes, que yo trato de obedecer dentro de mis posibilidades. Cualquier alternativa debe alejarse de nuestro pensamiento. ¿Ha quedado claro? ¡Bien! No es necesario que os recuerde que este asunto debe mantenerse en secreto. Si entre nuestros hombres corre la voz de que ha habido un motín, el ejército no nos servirá de nada. Júpiter sabe cómo acabará todo. ¿Alguna pregunta?

Los tribunos permanecieron en silencio.

—Antes de la reunión matinal, se os darán las órdenes para mañana. Podéis retiraros.

Más tarde, solo en la tienda, Vespasiano se recostó en el triclinio y cerró los ojos. Desde allí se oían los sonidos de la legión preparándose para la noche: los gritos de los centinelas y los oficiales de servicio, el barullo de los hombres descansando tras un día de ejercicio, e incluso algunas risas. Aquello era algo positivo. Mientras los hombres estuvieran contentos, podía estar seguro de que serían leales a la autoridad que les unía. Un motín era siempre el mayor temor de un comandante. Al fin y al cabo, ¿qué obligaba a miles de hombres a dirigir sus esfuerzos a su voluntad, incluso hasta la muerte? En el momento en que los soldados decidieran desobedecer a sus superiores, el ejército dejaba de existir.

La noticia de lo sucedido en la costa era preocupante, y seguramente ya se había propagado por las carreteras del este. Era solamente cuestión de tiempo que los rumores procedentes de Gesoriaco llegaran hasta la legión. Cuando esto sucediera, tendría que proceder con la mayor prudencia posible; habría que encontrar un equilibrio entre mantener la rigidez disciplinaria de la vida cotidiana en el ejército y no instigar a los soldados a una revuelta. Se preguntó sobre la lealtad de las tropas. Parecía que le respetaban bastante, y, hasta ese momento del viaje, no le habían decepcionado. Un centurión entrecano le había asegurado que apenas había rezagados a pesar de la dura marcha que llevaban. Sin embargo, Vespasiano no podía evitar pensar en cómo actuarían aquellos hombres si tuvieran la ocasión. El motín debía ser sofocado, si querían llevar a término los planes de la invasión. Sería bueno que Narciso demostrara ser tan hábil como se decía de él. Sin duda, Flavia estaba convencida de que éste sería *capaz* de solventar la situación, según había expresado durante la cena.

Por otra parte, había aquel otro asunto. La segunda parte del mensaje que había recibido aquella tarde corroboraba la presencia de un conspirador en su legión. Pero le tranquilizaba pensar que el espía imperial sería capaz de encargarse del traidor. Su identidad sólo se conocía en el círculo político más próximo al emperador. En el mensaje se explicaba a Vespasiano que no debía preocuparse y que podía concentrarse en su trabajo de dirigir a la legión.

—Como si... —murmuró Vespasiano.

Se dio cuenta de que desde que sabía de la presencia de un traidor, medía cada una de

sus palabras cuando hablaba ante sus oficiales superiores por miedo a alarmar al conspirador, o a manifestar alguna idea que incitara a pensar que el espía imperial era desleal. Pese a que tenía sus dudas sobre Vitelio, todavía no tenía pruebas ni indicios manifiestos de que el tribuno conspiraba contra el emperador. Con todo lo que ya sabía, podía ser perfectamente Plinio, aquel ratón de biblioteca. Su actitud de académico distraído podía encubrir sus actividades reales. Aunque por mucho que lo intentara, Vespasiano no conseguía considerar a Plinio como un posible espía. Además, a falta de pruebas, tendría que sospechar de todo el mundo..., y no sólo de sus oficiales superiores.

La presencia del espía imperial no era tranquilizadora, ni mucho menos. Vespasiano sabía que su trabajo consistiría en observar al comandante de la legión muy de cerca, así como en seguir la pista a cualquier posible traidor. Y siguió pensando en quién podía ser el espía; dada la agitación política del momento, éste podía ser cualquier hombre bajo su mando. En realidad, podía ser aquel joven que se había alistado en la legión procedente directamente de palacio. Tomó nota de tener al chico vigilado de cerca y luego gritó un improperio.

¡Cómo iba a hacer eso! ¿Cómo acabaría todo? Una legión dividida por intrigas de hombres espiando a hombres que espiaban. Se imaginó a una legión marchando hacia el combate con los hombres lanzando miradas de sospecha a su vecino, y se rió. Era mejor reservar para otros el espionaje. Él trataría de ocuparse de que su legión luchara como es debido en la campaña. No cabía duda que aquello mejoraría su reputación mucho más que acechar a otros en cada esquina. Se rió de su ingenuidad y se fue a la cama.

CAPITULO XXII

A pesar de que el invierno ya había pasado, las noches de primavera eran frías; Cato se cubrió bien con la capa. En la nota que había recibido de Lavinia o, al menos, de su parte, se decía que debían encontrarse en la parte trasera de las tiendas del cuartel general poco después de que la trompeta tocara el cambio de guardia. Una zona acordonada cercaba los vehículos de equipaje de los oficiales y dos centinelas marchaban pausadamente en derredor. Cato esperó a que éstos pasaran, y avanzó entonces con sigilo sobre la hierba y luego se deslizó por debajo del cordón, para escabullirse entre las formas oscuras de los carros que había por todas partes. En algunas tiendas aún se veía el reflejo opaco de las lámparas de aceite. Cato se adentró en silencio entre los equipajes hasta encontrar ante él un gran muro revestido de piel. Se quedó inmóvil y esperó, maldiciendo los latidos de su corazón, pues no le dejaban prestar atención a algún posible movimiento. Pero no había rastro de la chica. Tal vez ella se había arrepentido, o le habían encargado alguna tarea doméstica. De repente alguien lo cogió del hombro. Cato se dio la vuelta de un salto y soltó un inevitable grito de sorpresa.

— ¡Chss! —susurró Lavinia—. ¡Deprisa, ahí debajo!

La joven tiró de su brazo y se situó debajo de un carro. Él la siguió sin rechistar y se colocó a su lado enseguida.

— ¿Qué...? —murmuró Cato, pero ella le puso una mano en los labios para hacerlo callar. Él se maravilló ante la suavidad de su piel y sintió el olor de una dulce fragancia.

— ¿Quién va? —gritó una voz cercana—. ¡Sal de ahí!

Cato se quedó quieto y aguantó la respiración, asustado y a la vez excitado por la proximidad de Lavinia. Sintió un agradable calor en las ingles.

— ¿Qué ocurre? —se oyó otra voz desde un poco más lejos.

—Creo que hay un ladrón. He oído algo por aquí.

Frente al carro aparecieron un par de piernas y una lanza que se detuvieron. Un instante después apareció el otro centinela.

— ¿Has encontrado algo?

—Todavía no.

Cato buscó a tientas la mano de Lavinia y al dar con ella la estrechó con fuerza al tiempo que acercaba el cuerpo de la muchacha al suyo con la otra mano. Al principio se puso tensa y se opuso, pero luego se dejó abrazar.

—Todo parece bastante tranquilo.

—Te digo que he oído algo.

—Puede que viniera de una de las tiendas.

—No creo.

Cato pasó sus labios sobre el cabello de la chica y los bajó hasta su mejilla hasta encontrarse con los de ella. Con una sensación delirante de placer, pese al peligro de la situación, Cato la besó con suavidad, fascinado con el calor de su aliento y el latido de su corazón contra sus pechos. Lavinia devolvió el beso con suavidad primero y luego le hundió la lengua. Cato tensó los músculos, extasiado.

—Mira, aquí no hay nadie —dijo el segundo centinela con impaciencia.

—Puede que no.

—No tiene ningún sentido buscar a alguien que ya se ha largado. Podemos chocar contra algo. Olvídalo.

El segundo centinela salió pisando fuerte. El otro, tras quedarse quieto un momento, se

alejó del carro con reticencia y, no muy convencido, volvió a su lugar junto a la cuerda farfullando insultos a su compañero.

Bajo uno de los ejes, Cato se deleitaba en una pasión que nunca había experimentado. Su mano derecha se deslizó lentamente sobre la curva sedosa de las caderas de Lavinia hasta llevarla entre los muslos. Ella los cerró y se retorció para apartarse.

— ¡No! —dijo ella entre dientes.

— ¿Por qué?

— ¡Aquí no!

— ¿Qué tiene este sitio de malo? —preguntó Cato con desesperación.

—Hace demasiado frío y es incómodo. La señora ha encontrado un sitio donde no nos molestará nadie. —Ella le apretó la mano con fuerza—. Es un lugar más íntimo y agradable para conocernos mejor. Vamos.

— ¿Flavia? —Se preguntó Cato en voz alta—. ¿Flavia ha organizado esto? ¿Y por qué?
— ¡Chss!

Lavinia tiró de su mano y salieron de entre las ruedas del carro. Se detuvieron al final de la hilera de vehículos para asegurarse de que todo estaba en calma antes de entrar sigilosamente en la parte trasera de una tienda, donde la muchacha había dejado una pequeña abertura en la piel. Una vez dentro, la oscuridad hacía el avance casi impracticable, pero Lavinia conocía muy bien el camino y le llevó de la mano. Bajo sus pies, el suelo era de tablas de madera y Cato tropezó y casi tiró a Lavinia al suelo.

—Perdona —susurró—. ¿Adonde vamos?

—Al lugar más tranquilo que encontramos.

— ¿Que encontrasteis? ¿Quiénes?

—La señora y yo. Por aquí..., vamos.

Pasaron por un largo pasillo con los faldones de la tienda bajados que conducía a las secciones acomodadas para dormir y terminaba en un espacio amplio lleno de bultos indistinguibles en la oscuridad. Entonces Cato notó cómo le empujaba sobre un triclinio mullido y, con una risita, Lavinia se echó sobre él. Al instante, él buscó sus labios otra vez y la besó con la ardiente pasión que se extendía por cada extremidad de su cuerpo. Sin dejar de apretarla contra él, Cato le deshizo el lazo de seda que llevaba y pasó los dedos entre la cabellera suelta. De repente, Lavinia se incorporó y quedó sentada sobre el estómago de Cato.

— ¿Qué?

—Calla. No te muevas —le apretó los labios con un dedo y con la otra mano buscó a tientas su entrepierna. —Ella soltó una risilla divertida al descubrir la excitación del

muchacho. — ¿Quieres hacerlo?

Cato soltó un «sí» ahogado.

—De acuerdo. No tenía previsto permitirlo. Pero antes tengo que ir a buscar algo.

— ¿A qué te refieres?

—A algo para evitar que me quede embarazada.

— ¿Y ahora tenemos que interrumpir esto? —Preguntó Cato desesperado, sin dejar de acariciarla y apretarle los muslos—. Por favor.

— ¡Todos sois iguales!

Ella le dio una palmada en las manos para darle a entender que bromeaba.

—No tengo por qué..., ya sabes, hacerlo dentro —dijo Cato con timidez.

— ¡Sí, claro! Eso es lo que todos decís. «De verdad, puedo controlarme...», pero a la hora de la verdad, ¡plop! Y entonces, ¿qué hace la pobre muchacha? Relájate. Volveré enseguida.

Lavinia se puso de pie y le dio un beso con delicadeza para luego marcharse en la oscuridad sin hacer ruido. Cato se quedó tumbado, con los ojos cerrados y el corazón palpitante, recreándose en el último beso y la inesperada excitación que había provocado su mano al tocarle la entrepierna. Quería recordar aquel momento para siempre, de modo que abrió los ojos para memorizar cada detalle de la sala. Sus ojos, ya acostumbrados a la oscuridad, distinguían mejor el lugar. Con curiosidad, Cato deslizó la mirada sobre todos los objetos propios de mando que había en la sala.

Ya hacía bastante rato que Lavinia se había ido, y a Cato le asaltó un atisbo de duda. Se preguntó si debía ir en su busca. Seguramente no tardaría mucho más. A menos que tuviera la intención de emplear el método de control de natalidad más eficaz y, sencillamente, no volviera. Aquella idea no le hizo mucha gracia. De repente, tuvo la impresión de que había alguien más en la sala. Estuvo a punto de pronunciar el nombre de Lavinia, cuando oyó a alguien hacer a un lado un faldón desde la dirección opuesta a la que había tomado Lavinia.

Se quedó inmóvil, sin osar respirar, y aguzó el oído y la vista hacia el fondo de la tienda, donde un bulto oscuro se adentraba a través de un hueco en la piel. Una vez el bulto estuvo dentro, se quedó un momento quieto, agazapado, listo para actuar. De pronto, Cato temió por Lavinia y por lo que pudiera hacerle el intruso a su regreso. Pero la noche era bastante silenciosa.

Entonces la figura se desplazó a hurtadillas hacia la mesa, cubierta del papeleo de aquella noche. Se situó tras la mesa, y Cato alcanzó a distinguir una capa con una capucha que cubría una silueta rechoncha. Se movía con una precisión felina. En la mano llevaba la inconfundible espada de hoja corta de los legionarios. Cato sólo tenía una daga dentro de una vaina situada bajo el muslo izquierdo. El intruso, a unos diez

pasos de él, se agachó y buscó algo a tientas por debajo de la mesa. Encontró algo y tiró de ello. Luego se vio con mayor claridad el extraño peso que empezó a arrastrar; era un arcón, y el hombre hacía una pausa cada vez que la madera del suelo crujía. Cato seguía estando tenso de miedo, sentía la sangre palpar en los oídos y apenas se atrevía a respirar. El intruso se inclinó sobre el arcón y trató de abrir el cerrojo de hierro con suaves chasquidos hasta que el mecanismo cedió. El hombre rebuscó dentro: era obvio que buscaba algo en concreto.

De repente, Cato se dio cuenta de que el hombre se iba a dar la vuelta de un momento a otro. Era difícil que advirtiera la presencia de un cuerpo tendido sobre el triclinio. Cato deslizó con cuidado la mano por su muslo y tiró de la empuñadura de la daga. Pero estaba aprisionada bajo su cuerpo y hacía falta dar un buen tirón para extraerla, de modo que levantó un poco las nalgas para facilitar el movimiento. Pero no salió bien: al extraer la daga se oyó un ruido áspero de roce. El intruso se dio media vuelta y empuñó su espada, olvidando así un apartado de la instrucción básica: mejor hundir la punta pocos centímetros que asestar un golpe con el filo. La espada cayó de lleno en el borde del triclinio, justo sobre Cato, con un golpe que hizo saltar astillas.

Cato clavó su daga al bulto que se abalanzaba sobre él, y el arma penetró la ropa y algo más blando debajo de ésta.

— ¡Mierda! —gritó el hombre con un gruñido, al tiempo que daba un salto hacia atrás.

Chocó contra la mesa. Cato echó a correr a ciegas hacia la izquierda, con intención de salir por el mismo faldón por el que había salido Lavinia, y se dio un golpe en la espinilla contra un taburete. Extendió los brazos al caer de cabeza al suelo. El intruso fue a por él agazapado, tratando de no fallar otra vez. Cato sintió un dolor punzante en la espinilla y se detuvo un instante que duró demasiado antes de intentar ponerse en pie. Su agresor, recobrado de la sorpresa, echó a correr tras él con la espada dirigida a su garganta.

— ¡Socorro! —Gritó Cato y se lanzó rodando bajo la mesa—. ¡Socorro!

— ¡Calla maldito cabrón! —gritó el hombre entre dientes y, por un momento, Cato estuvo a punto de callar..., pero sólo por un momento.

La espada casi volvió a alcanzarle; se arrastró hasta el triclinio y volvió a gritar:

— ¡Socorro! ¡Aquí dentro!

Se oyeron voces soñolientas procedentes de las salas adyacentes al pasillo. Cato sintió cierto alivio al oír que alguien llamaba a la guardia. El intruso también lo oyó y se detuvo para mirar en todas direcciones en busca de una salida. Un resplandor iluminó la parte delantera de la tienda y un centinela gritó:

— ¡Por aquí!

El intruso enseguida se hizo a un lado del faldón de la tienda y alzó la espada para atacar a Cato, que se agachó bajo la mesa. La punta de una lanza apartó el faldón y la tienda se iluminó con el resplandor de una antorcha, al entrar un centinela en ella. Desde

su izquierda, en la oscuridad, el intruso levantó su espada.

— ¡Cuidado! —gritó Cato.

El centinela miró en dirección a la voz de alerta y, al instante, recibió un golpe brutal en el cuello. Lanzó un gruñido y cayó de rodillas para desplomarse de bruces ante la aterrada mirada de Cato. La antorcha en llamas cayó sobre el suelo de madera y rodó hasta una pila ordenada de mapas. Cuando Cato alzó al vista, la luz ya se desvanecía y vio al intruso correr para salir del lugar. Sin pensarlo dos veces, Cato lo siguió y salió a toda prisa de la habitación del legado y se encontró en una antecámara donde había alineadas algunas mesas plegables para los escribas. Al frente, a la derecha, el extraño hizo un corte en el revestimiento exterior de la tienda y se precipitó a través de él. De la izquierda se aproximaban los destellos de las antorchas y los pasos sordos de los hombres que las llevaban. Cato se detuvo bruscamente, respirando con dificultad, presa del pánico.

Volvió corriendo a la habitación del legado y vio que los mapas ardían entre llamas amarillas y naranjas. Desde el otro lado de la tienda oía las voces de los que habían sido despertados con el barullo. Por allí no había escapatoria posible. Se echó al suelo y levantó un faldón. Una estaca se arrancó del suelo y Cato se deslizó por debajo de la piel. Vio que había ido a parar a una zona de cocina con hierba pisoteada. No había tablas de madera para los esclavos. Aterrado ante la proximidad de los gritos a su espalda, Cato cruzó la cocina volando hasta llegar al lado contrario, por donde salió rodando por una parte de la tienda.

Estaba fuera, tumbado en el suelo de cara a las estrellas que titilaban en la profunda serenidad del cielo nocturno. Se levantó y corrió hasta el espacio que había entre las tiendas de los tribunos y los carros de artillería, por donde pasó serpenteando hasta perder de vista la tienda del cuartel general. Se apoyó un momento en un carro de balista para recuperar el aliento. El corazón le palpitaba y respiraba con dificultad. Cerca del cuartel general se veía un reflejo anaranjado y se oían las voces que gritaban pidiendo agua y más guardias para ayudar a apagar el fuego.

Cato se dio cuenta entonces de que era mejor que nadie le viera por allí. Se puso a correr entre la artillería hasta llegar al muro de turba y la empalizada que rodeaba el campamento. Se colocó la capa sobre los hombros, torció a la izquierda y se dirigió hacia las tiendas de su centuria con la esperanza de que fuera un lugar seguro. Si alguien le detenía, sabía perfectamente que no podría dar una explicación coherente de su presencia allí.

Los centinelas que había junto al muro miraban hacia el campamento, pero la distancia y la oscuridad no les permitían distinguir a Cato, de modo que éste siguió su camino tranquilamente. Después de un buen rato de nervios, llegó hasta el estandarte de la cohorte y se apresuró a entrar en las tiendas de la sexta centuria. A lo lejos, se oyó la trompeta que llamaba a la cohorte de guardia. Sin siquiera mirar hacia atrás de reojo, entró en la tienda de su sección de ocho hombres y se tumbó directamente sobre la manta sin quitarse la capa ni las botas.

—Cato, ¿eres tú? —preguntó Pirax medio dormido.

Cato no se movió ni contestó.

— ¿Cato?

Era absurdo fingir que no le oía.

— ¿Sí?

— ¿Qué pasa ahí fuera?

— ¿Cómo voy a saberlo?

—Acabas de entrar, ¿no?

—Sólo he ido a las letrinas. Parece que hay un incendio por el cuartel general.

—Esos idiotas son unos descuidados.

Pírax bostezó.

—Despiértame si llega hasta aquí. Buenas noches.

—Buenas noches —musitó Cato fingiendo una voz soñolienta.

Pero era imposible dormir y se quedó muy quieto mirando el techo de la tienda, presa del miedo.

CAPITULO XXIII

Vespasiano contempló un instante la noche estrellada, con las manos en las caderas y la cabeza echada hacia atrás, a través de un agujero abierto por el fuego en el techo de su tienda. Luego miró al círculo de hombres que había de pie alrededor de la mesa. Los centinelas agacharon la cabeza avergonzados.

— ¿Cómo creéis que el ladrón se las arregló para entrar en esta tienda, si hacíais vuestro trabajo tan bien como aseguráis?

—Señor, vigilábamos con atención, como siempre —explicó el centurión—. Cuatro hombres guardaban la entrada y otros cuatro patrullaban los alrededores de las tiendas. He hecho una inspección y he encontrado dos lugares donde la tienda había sido rajada, señor.

— ¿Eso sospecháis, verdad? —Preguntó Vespasiano con cierto disgusto—. Muy agudo por su parte, centurión, muy agudo. Y mientras nuestro hombre entraba en la tienda, ¿dónde estabais los demás?

—Señor, el tribuno nos había llamado.

— ¿Qué tribuno?

—Gayo Plinio, señor. El tribuno que hacía la guardia de noche. Se presentó y exigió que se hiciera una inspección detallada.

— ¿Y por qué motivo supones que lo hizo?

—Con su permiso, señor, pero hablamos con él sobre la invasión.

— ¿De verdad? ¿Y qué dijisteis?

—Bueno... —El centurión se mostró avergonzado—. Algunos muchachos dicen que la isla está habitada por monstruos.

— ¿Y dónde han oído esas tonterías? —preguntó Vespasiano, tratando de controlar su nerviosismo.

El centurión se encogió de hombros.

—Son rumores, señores. —Vespasiano suspiró—. De modo que mientras Plinio os amonestaba por hablar como un hatajo de viejas, tú crees que el intruso entró en mi tienda, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Muy bien, presentaré cargos contra ti y la guardia. Y tú estás degradado a centurión de fila. Ya os podéis marchar.

Al ver cómo se marchaban arrastrando los pies, Vespasiano pensó que el último castigo era el más acertado, y es que la guardia del cuartel general estaba considerada como una prebenda en circunstancias normales: se comía mejor, el trabajo era menos duro y disfrutaban de una posición bastante segura en la línea de batalla. Y ahora uno de ellos estaba en el hospital herido de gravedad. Estaba inconsciente y la herida no dejaba de sangrar por el cuello y por un lado de la cabeza. Estaba vivo, pero el cirujano dudaba que sobreviviera a aquella noche. Era una lástima, pues el herido seguramente había visto a su atacante y habría podido identificarlo. Y aquello era lo que Vespasiano necesitaba desesperadamente en aquellos momentos.

Al entrar en la sala medio vestido, al igual que los que habían sido despertados por el estrépito de la tienda principal, lo primero que hizo fue comprobar el contenido de su caja. Sólo le hizo falta echar una mirada para darse cuenta de que el manuscrito confidencial con el sello de Claudio había desaparecido. Todo lo demás estaba allí. Aquello significaba que el ladrón sabía exactamente lo que buscaba y lo había

encontrado. Alguien en el campamento tenía en sus manos información política valiosísima, que podía emplearse para derrocar al emperador. No es que Vespasiano necesitara el documento, pues hacía tiempo que había memorizado el contenido de éste y trazado sus planes al respecto. Pero ahora alguien más tenía acceso a la información.

¿Y qué sería de él cuando llegara la noticia a Roma, a oídos de Claudio, de que el legado no había podido evitar el robo del pergamino? No cabría excusa alguna, pues la responsabilidad recaía sobre él, y por eso había impuesto un castigo tan duro a los centinelas; tendrían que compartir el sufrimiento que le habían causado.

Al menos sabía que el ladrón tenía que estar cerca. Alguien de la legión, y seguramente se trataba del traidor al que Plautio se refería, en su carta. Quizás aún estaba a tiempo de recuperar el manuscrito antes de que la legión llegara a la costa y se mezclara con las demás unidades reunidas para iniciar la invasión. Habían descubierto unas manchas de sangre cerca del triclinio y alrededor de la mesa que formaban un reguero que se perdía en el camino que se alejaba de la tienda. Todo indicaba que el extraño había sido herido. Y al golpear al centinela al entrar, era evidente que el ladrón había sido sorprendido, lo cual llevaba a pensar que a éste lo había herido un tercero.

¿Qué había ocurrido con Lavinia? A Cato le carcomía el miedo y la preocupación. La muchacha no volvió, pero ¿y si se había cruzado con el intruso mientras él la esperaba tumbado en la tienda? Rezaba por que estuviera viva e ilesa. No podía arriesgarse a ir al cuartel general para verla: el guardia le había visto y no tendría problema en reconocerle. Tendría que contactar con Lavinia a través de Flavia; tenía que enviarle un mensaje cuanto antes, pero ignoraba hasta qué punto la mujer del legado conocía la situación y hasta qué punto podía confiar en ella. Si Vespasiano descubría que había estado en su tienda, todas las pruebas apuntarían en su contra y lo involucrarían al instante en el robo de aquel documento. Se había metido en un serio problema y necesitaba un aliado. Si pudiera ver a Flavia y explicarle todo cuanto había presenciado, tal vez pudiera protegerlo. Se habían hecho amigos y ahora él la necesitaba. Por la mañana, haría lo posible por verla.

Al día siguiente, alguien despertó a Cato sacudiéndole los hombros. Abrió los ojos y, adormilado, vio la cara de Pírax.

— ¿Qué...?

—El centurión quiere hablar contigo enseguida.

Cato se incorporó inmediatamente sobre los codos y, al mirar hacia la pared de piel de la tienda, vio que el sol ya estaba alto. Movi6 la cabeza y se levant6.

— ¿Cuánto hace que ha sonado el toque de diana?

—Ya hace un rato —respondió Pírax con cierta indiferencia—. Te has perdido el desayuno y estamos a punto de desmontar las tiendas.

— ¿Por qué no me ha despertado nadie?

—Ya eres mayorcito, amigo, ya tienes edad para cuidar de ti mismo.

— ¿Dónde está el centurión?

—En su tienda. Yo que tú iría cuanto antes. Macro no parece muy contento... —Pírax bajó la vista—. ¿Qué te ha pasado en la mano?

Cato miró hacia donde Pírax, y vio que tenía sangre seca en el dedo gordo y el índice.

— ¡Ah, nada! Unos arrieros me dieron un trozo de carne de un animal que mataron anoche. Me dejaron asarlo en su hoguera.

—Todo un detalle por su parte —dijo Pírax de mala gana—. Pero podías haberte lavado las manos después.

—Lo siento. Tengo que irme.

Se abrió paso entre los faldones de la tienda y se lavó las manos con un poco de agua de un odre que colgaba de la armazón de la tienda. La sangre del ladrón se había secado, y Cato tuvo que rascarla con las uñas para poder quitarla del todo. Pensó con horror que seguramente su daga también tendría restos de sangre, y al sacarla comprobó que estaba completamente sucia. Tardó algo más en limpiarla, y cuando entró en la tienda del centurión éste estaba furioso. Piso estaba de pie al fondo de la tienda y tenía las cejas levantadas en señal de aviso.

— ¿Por qué has tardado tanto en llegar? Hace un buen rato que te he hecho llamar.

—Disculpe, señor.

— ¿Y bien?

— ¿Señor?

— ¿Por qué has llegado tarde?

—Estaba en las letrinas, señor... Anoche comí algo que no me sentó bien.

—Pues de ahora en adelante ten más cuidado con lo que comas —dijo Macro con impaciencia—. Tenemos mucho trabajo. El legado ha destacado nuestra centuria de la legión para funciones de escolta. Han dado la orden durante el informe de esta mañana. Debemos adelantarnos a la legión hasta Durocortoro y encontrarnos con algún pez gordo de la administración. Luego tendremos que escoltarlo hasta el cuartel del general Plautio de Gesoriaco. Eso es todo. Y como tendremos que ir por delante de la columna, hay que darse prisa. Ya he dado la orden de cargar el carro y engancharlo. Quiero que requises algo de vino y algunos obsequios para nuestro invitado. El oficial de intendencia ya ha sido avisado. Piso, empieza a poner a los hombres en marcha; quiero que las tiendas estén desarmadas y cargadas, y que cada uno tenga sus cosas listas antes del próximo toque. Vamos, moveos. Los dos.

Una vez afuera, Cato miró a Piso inquisitivamente. —Ha empezado mal el día —murmuró Piso—. Algún asunto peliagudo en el cuartel general anoche. — ¿Un asunto

pegiado?

—Parece que un ladrón robó al legado, apuñaló a un centinela y se escapó. Ahora Vespasiano está hecho una furia con sus oficiales por no haber sido capaces de que sus hombres hicieran bien la guardia.

— ¿Se sabe qué han robado?

—Parece que nada de valor. Pero el pobre diablo que vio al ladrón tiene los días contados.

—Qué mala suerte —Cato intentó parecer preocupado al recibir con desazón la noticia, y luego se imaginó al pobre centinela tumbado con las vendas, al borde de la muerte, y sintió vergüenza y culpa.

—No te lo tomes tan mal, hijo —Piso le puso una mano en el hombro—. Estas cosas pasan. Piensa en la suerte que has tenido de no ser tú.

El tribuno tenía la barbilla apoyada en las palmas de las manos y miraba a Pulcher, que estaba sentado en un taburete plegable curándose la herida. Tenía una herida profunda en la parte superior del muslo que no dejó de sangrar hasta que llegó a la tienda y cortó la hemorragia. Pulcher llegó a la tienda del tribuno cojeando y, una vez allí, se vendó la herida. Por suerte, ésta quedaría oculta bajo los pantalones y nadie tenía por qué descubrir que había sido herido. Pero la marcha del día le resultaría angustiada, pensó el tribuno con una sonrisa en los labios. Aquello le enseñaría a no fastidiarla la próxima vez..., si había una próxima vez. Vespasiano había dado órdenes de doblar la guardia y el acceso a la tienda principal sería casi imposible. Y Pulcher aún no sabía que tendría que volver a intentarlo.

—Imagino que tendrás ganas de volver a Roma —dijo el tribuno al servirle un poco de vino.

— ¡Así es! —Exclamó Pulcher—. Ya he tenido suficiente con estas estúpidas operaciones secretas. Quiero volver a mi trabajo de soldado.

—No creo que el trabajo en la guardia pretoriana pueda considerarse un trabajo propio de un soldado —dijo el tribuno con serenidad.

—Es el trabajo que me gusta.

—Pero te ofreciste voluntario para éste.

—Cierto. Pero con la suma que acordamos, cualquiera se ofrecería voluntario.

—Pero no todo el mundo tiene tu talento para asegurarse de que estas cosas salgan bien, para hacer hablar a los que nunca aflojan la lengua, para hacer desaparecer a la gente..., para este tipo de cosas. Y hablando de esto, ¿estás seguro de que no le viste la cara al hombre que te vio en la tienda, el que consiguió herirte con tanta precisión?

—No —contestó rabioso—. Pero cuando descubra quién fue, le haré sufrir antes de

matarlo. Me haré cargo de él por el mismo precio.

—Asegúrate de encontrarlo. Si sabe quién eres, podría hacer que me implicaras.

—Eso es imposible.

—Una tortura bien aplicada es el mejor método para hacer hablar a alguien —le advirtió el tribuno.

Pulcher se limitó a resoplar con desdén, y el tribuno añadió: —Sin embargo, me temo que tengo malas noticias para ti.

—¿Eh?

—No has hecho tu trabajo.

—¿Qué quieres decir? —Pulcher señaló el pergamino con un dedo—. Eso es lo que querías, y ahí lo tienes.

—Claro que no —dijo a su vez el tribuno—. No creerás que me tomé la molestia de traerte desde Roma para hacerte ir a buscar un pergamino cualquiera.

Extendió el rollo para que Pulcher pudiera leerlo. Pero no había nada escrito, estaba completamente en blanco.

—Parece que alguien nos lleva la delantera. Y que Vespasiano ha sido bastante listo para utilizar su arcón de señuelo. O alguien cogió antes que nosotros el manuscrito y dejó esto en su lugar.

CAPITULO XXIV

La salida anticipada de la sexta centuria entusiasmó más a aquellos que presenciaban su partida que a los propios integrantes de la centuria. En circunstancias normales, ningún soldado osaría salir del campamento sin los oficiales superiores y los abanderados. Por tanto, era evidente que la sexta centuria había sido destacada para un servicio especial. Pero sólo el centurión, su optio y su secretario sabían de qué servicio se trataba; los soldados rasos sólo podían hacer conjeturas. Los carros salieron por la puerta principal y siguieron la hilera de hombres que marchaban en dirección a Durocortoro. La curiosidad de los espectadores se desvaneció en cuanto sus superiores les hicieron volver al trabajo y desmontar las tiendas para empezar la marcha del día.

La excitación de la sexta centuria era patente, y los hombres no hacían más que hablar del servicio especial al que estaban destinados. Al frente de la columna, Macro no pudo

evitar oír la conversación que se desarrollaba a sus espaldas, al parecer, para llamar su atención. Dedicó una leve sonrisa a los hombres que hablaban en un evidente intento de sacarle información. Era preferible dejarles disfrutar, pues pronto sabrían lo que les esperaba. Mientras, no iba a servir de nada ordenar que cesara el murmullo y marcharan en silencio como si fueran niños pequeños. Ya que estaban contentos, por qué no consentirlos. El centurión se alegraba de haber sido destacado de la legión: ya no tendría que ir detrás de los mismos traseros que había seguido a lo largo de los últimos más de trescientos kilómetros. No tendría que sufrir las desesperantes paradas provocadas por embotellamientos, ni que esperar hasta la impaciencia a que los engraidos abanderados, cuya labor les hacía sentirse importantes, asignaran a su centuria una parcela donde montar las tiendas. Por delante tenía un camino vacío que se extendía en una línea más o menos recta hacia el horizonte. Ante él tenía un cielo limpio y azul, y se oía el canto de los pájaros. En pocas palabras, era una de esas mañanas que hacían que Macro se sintiera eufórico por el simple placer de estar vivo.

Era raro que el optio, que marchaba a pocos pasos detrás del centurión, tuviera la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo, con expresión preocupada y completamente ajeno a aquel día espléndido. Macro se acercó al muchacho y le dio una palmada en el hombro.

— ¿Qué diablos te ocurre esta mañana, Cato? El joven se sobresaltó al ser interrumpidos sus pensamientos tan bruscamente. — ¿Señor?

—Te he preguntado qué te pasa. — ¿Qué me pasa? No me pasa nada.

—Exactamente —dijo Macro con alegría—. Así que sonrío y disfruta de la vida. No tendrás muchas ocasiones de desempeñar un servicio independiente de la legión. Aunque consista en hacerle de niñera a un oficial de la administración para llevarlo hasta el cuartel general del ejército. —Si usted lo dice, señor.

—Claro que sí, hombre. Y, créeme, sé lo que me digo. Así que sé bueno y trata de disfrutar un poco más de las cosas. Te tomas la vida demasiado en serio, Cato, muchacho. El optio le miró con desagrado.

—Porque ahora mismo, señor, veo la vida como algo muy serio.

— ¿Sigues soñando con esa chiquilla? —Macro se rió al darle un codazo—. ¿Qué tal fue la cosa anoche?

Cato se sobresaltó y perdió el paso, hasta que alguien de la primera fila se quejó a gritos, y el chico recuperó su posición junto al centurión.

—Bueno, ¿qué? —Macro le guiñó un ojo—. ¿Te la tiraste?

—No, señor.

— ¿Y por qué diablos no? No me digas que te pusiste romántico y sentimental. Dime que no.

—No, señor —Cato bajo la vista al darse cuenta de que sería difícil engañar a Macro—. Alguien nos interrumpió antes de... poder hacer nada.

—Qué lástima —dijo Macro con cierta condescendencia—. ¿Y qué pasó?

—Habíamos quedado en encontrarnos en los carros que hay justo detrás de las tiendas del legado. Todo iba bien hasta que estalló ese alboroto. Habríamos seguido con lo nuestro si a Lavinia no la hubiera llamado su ama.

—Tendríais que haber echado uno rápido —sugirió Macro.

—Ni siquiera hubo tiempo para eso, señor —dijo Cato con pesar—. Tuvo que irse a toda prisa, y no pudimos concertar un próximo encuentro. Y ahora yo me marché para formar parte de este servicio de escolta, y ella se queda allí.

—No te preocupes, muchacho. Seguro que te esperará ansiosa.

—Sí, señor.

—De modo que estabas allí cuando descubrieron a ese ladrón. ¿Viste algo?

—Nada, señor. No vi absolutamente nada. Me fui de allí y me metí directamente en la cama.

—Pues te perdiste toda la diversión.

—Sí, señor —aseguró Cato con la voz tan baja que Macro creyó que el chico seguía preocupado musitando cosas sobre su primer amor.

Macro sintió pena por el muchacho, por lo que el centurión le soltó lo primero que le vino a la cabeza para apartar su atención de sus males.

—Veamos mis avances con las palabras. Tú me dices una palabra y yo la deletreo. ¿Te parece bien?

—Como quiera, señor.

Mientras Macro ponía en práctica su nueva habilidad y deletreaba con dificultad palabras como «muralla», «centinela» o «jabalina», Cato se consumía de ansiedad. Si aquel centinela se recuperaba de la herida en la cabeza, era cuestión de tiempo que la investigación llegara hasta él. Y entonces ¿qué sería de él? Sería objeto de tortura, de hostigamientos para confesar y de una certera muerte humillante. Pero si Lavinia estaba a salvo, no correría peligro apoyándole en su versión de los hechos. A menos que, en el peor de los casos, ella temiera implicarse. ¿Y Flavia? Al fin y al cabo, ella había preparado la cita. Podía negar las declaraciones de Lavinia por la misma razón. Mientras la centuria estuviera destacada de la legión, desconocería el desarrollo de los hechos.

—Cato —El centurión se cansó pronto de deletrear.

— ¿Señor?

—El hombre al que vamos a escoltar...

—¿Narciso?

—Baja la voz —murmuró Macro—. Los demás no deben oírnos.

—Disculpe, señor. ¿Qué ocurre con él?

—¿Coincidiste alguna vez con él en palacio?

—Sí, señor. Era amigo íntimo de mi padre, o al menos lo fue antes de hacer fortuna.

—¿Cómo es? —Preguntó Macro, y luego vio la cara extrañada de Cato—. Sólo lo digo para empezar con buen pie al conocernos. Si vamos a escoltarlo en los próximos días, no quiero cagarla, y menos si es una persona del círculo personal del emperador. No es que le tenga miedo ni nada parecido. Después de todo, no es más que un pobre liberto. Sólo quiero asegurarme de que esté a gusto con nosotros. No está de más que le caigamos bien. Así que, cuéntame algo de él.

—Bueno, señor... —Cato hizo una pausa para pensar.

Aquello no iba a ser fácil. Lo que había oído de Narciso no era precisamente halagador, y había sido bastante prudente para callar lo que sabía de él. Narciso le había hecho el vacío a su padre en los últimos años de su amistad con él, de modo que Cato no podía esperar ningún favor de él, la persona más influyente del círculo más allegado de Claudio. Después de Narciso, solamente Mesalina, la ambiciosa mujer de Claudio, ostentaba más poder que el emperador.

—¿Y bien?

—Es bueno..., es decir, brillante, señor. Al principio puede parecer algo frío y distante, pero no es debido sino a su gran responsabilidad. En palacio solían decir que era el hombre más inteligente y trabajador del Imperio. Todos le respetaban mucho —aseguró Cato para concluir su discurso con diplomacia.

—Eso suena bien, pero quiero saber qué tipo de hombre es. ¿Qué me aconsejas para causarle buena impresión?

—¿Causarle buena impresión? —Cato le miró perplejo.

—Sí. Me refiero a si es un hombre como hay que ser. ¿Le gusta un buen chiste? Yo podría contarle muchos.

—No, señor. Por favor, no trate de hacerse el gracioso —le pidió Cato al imaginarse a un cosmopolita sofisticado agasajado con los chistes burdos propios de un legionario—. Simplemente muéstrese tal como es, señor. Sea profesional y guarde las distancias lo más que pueda. Y tenga cuidado con lo que dice.

CAPITULO XXV

Poco después de salir el sol, Flavia estaba sentada ante una mesa plegable llena de papeles. Desde allí oía los chillidos y risas de Tito mientras su niñera intentaba darle el desayuno. Flavia quería ponerse al día con la correspondencia que tenía pensado mandar desde que la legión había emprendido el viaje. Ya había enviado una carta a un familiar lejano al mando de una unidad de caballería que se iba a unir a la fuerza invasora. Con la misiva, pretendía encontrarse con él al llegar a Gesoriaco. Por otra parte, debía comunicar su regreso a algunas personas de Roma. Además, tenía que dar instrucciones al mayordomo de su casa en Quirinal, así como al administrador de la villa que tenía Vespasiano en Campaña. Era necesario prevenir debidamente a la servidumbre de ambos lugares para que estuviera preparada para recibir a Flavia y a su séquito.

Pero aquellas cartas podían esperar hasta haber completado minuciosamente el trabajo que tenía entre manos. Mojó la punta del estilo en el tintero y siguió escribiendo con calma y cuidado, haciendo alguna pausa de vez en cuando para copiar algún que otro detalle del mapa en el pergamino que se extendía ante ella. Desde fuera de la tienda alguien gritó un saludo, y ella se apresuró a guardar el manuscrito en una pila desordenada de papeles; al instante entró Vespasiano. Flavia sonrió y dejó el estilo sobre la mesa para ponerse en pie y darle un beso a su marido.

—Me temo que tendrás que empezar a guardar tus cosas un momento a otro —le pidió Vespasiano—. Ni siquiera se permite que la mujer del legado haga demorar a la legión.

—Por supuesto, pero después del escándalo de anoche, nos podríais conceder algo de tiempo para recobrarlos.

—¿Recobraros de qué? La falta de sueño forma parte de la vida en el ejército.

—Yo no estoy en el ejército —se quejó ella.

—No, pero estás casada con él.

—¡Bruto! —Se quejó Flavia con mala cara—. Debía haberme casado con un senador viejo y gordo apasionado por la vinicultura, en vez de vivir sin comodidades en una región salvaje y bárbara con un hombre que piensa que ser soldado tiene sentido.

—Nunca te obligué a hacerlo —dijo Vespasiano con serenidad.

Flavia le cogió la cara entre las manos y le miró fijamente a los ojos.

—Estoy de broma, tonto. Sabes muy bien por qué me casé contigo. Por amor..., por muy pasado de moda que esté.

—Pero podías haber encontrado un mejor partido.

—Imposible —Flavia lo besó—. Un día, serás más poderoso de lo que jamás hayas soñado. Te lo garantizo.

—Esa forma de hablar es insensata, Flavia. Por favor, no hables así. Es demasiado peligroso pensar siquiera en estas cosas en los tiempos que corremos.

Flavia le miró a los ojos un instante y luego sonrió.

—Tienes razón. Tendré cuidado con lo que digo. Pero toma nota: no pasarás a la historia como un mero comandante de legión. Yo me encargaré de ello si nadie más lo hace. Lo cierto es que deberías ser más ambicioso, ¿o sigues aferrado a esa modestia republicana tan profundamente arraigada?

—Tal vez —Vespasiano se encogió de hombros—. Pero, de momento, creo que bastante suerte tengo si conservo el mando de la segunda legión de aquí a que termine el mes.

— ¿Por qué, querido? ¿Hay algún problema?

—El incidente de anoche...

—El incendio.

—La persona que lo provocó, el ladrón, robó algo bastante valioso..., algo secreto que Narciso me confió. Cuando descubra que ha sido robado, no creo que esté de humor para oír excusas.

—No es culpa tuya que lo robaran —se quejó Flavia—. Sea lo que fuere. No puede reemplazarte por eso.

—Sí puede. Lo hará. Debe hacerlo.

— ¿Por qué? ¿Qué puede ser tan importante?

Vespasiano esbozó una leve sonrisa.

—Eso no te lo puedo decir. Al menos, las órdenes eran bastante explícitas en ese aspecto.

— ¿Ah, sí? —Preguntó Flavia, y la inquietud le ruborizó un momento las mejillas—. Cuando nos unamos al resto del ejército, deja que hable con Narciso. Era un buen amigo cuando vivía en palacio.

—Preferiría que no le dijeras nada. Deja que yo termine la investigación. Tarde o temprano encontraremos al ladrón.

— ¿Cómo está el centinela?

—Bastante mal. El cirujano dice que ha perdido mucha sangre. No está en condiciones de viajar y el trayecto de hoy lo acabaría de matar.

— ¿Y por qué no lo dejamos en Durocortoro hasta que se encuentre mejor para seguir a la legión..., si es que sobrevive?

—Podríamos hacerlo si unos cuantos hombres lo transportan en una camilla cuando esté dispuesto. Ya lo había pensado, pero no estará bajo el cuidado de un médico.

—Es un grave problema... si lo que he oído es cierto. ¿Y si lo dejo bajo el cuidado de Partenas? Es un médico con experiencia. Yo le he visto atender a los esclavos y parece bastante competente.

—De acuerdo —asintió Vespasiano—. El pobre tendrá más posibilidades de sobrevivir quieto en una cama que dando tumbos en un carro de enfermos. Y ahora, si no te supone demasiada molestia, te agradecería mucho que recogieran y empaquetaran tus efectos personales de inmediato.

—De acuerdo.

— ¡Ah! ¡Y otra cosa! —Vespasiano sacó de su túnica un de seda rojo. — Me preguntaba si has visto esto antes.

—Déjame ver —Flavia miró el lazo de cerca un momento antes de contestar. — Es de Lavinia. ¿Dónde lo has encontrado?

—En mi tienda, sobre el triclinio. Aunque no hay razón por la que ella debiera haber entrado, no recuerdo haberlo visto al salir de allí anoche. Es muy raro, ¿no te parece?

— ¿Qué es raro?

—Lavinia no tiene ningún motivo para entrar en mi tienda. ¿Sabes algo de esto?

— ¿Por qué debería saber nada? Es tu tienda.

—Y ella, tu sirvienta —Vespasiano levantó la vista con una expresión extraña que alarmó a su esposa.

— ¿Qué pasa ahora?

—Seguramente nada. Pero creo que voy a hablar con esa muchacha. Aquí está pasando algo raro.

CAPITULO XXVI

—Y, si no me equivoco, bajo ese enorme y desproporcionado casco está el joven Cato.

Narciso sonrió y extendió las manos. Con cierta reticencia Cato le correspondió y Narciso le estrechó la mano con una sacudida firme, mirándole inquisitivamente a los ojos.

—Me alegro de verte. Pero me sorprende sobremanera verte vestido como un soldado.

—Es que soy soldado..., señor —dijo Cato en tono formal—. Como probablemente recordará, se me concedió la libertad a condición de alistarme en el ejército.

—Me parece recordar algo así —contestó Narciso con indiferencia y afección—. ¿Y qué te parece el ejército? Apuesto a que cualquier chico de tu edad disfrutaría con una vida al aire libre.

—No me puedo quejar, señor —respondió Cato con amargura, tragándose la humillación de ser tratado como un niño delante de su centurión—. Claro que requiere un mayor esfuerzo físico que la vida en palacio.

Narciso esbozó una fina sonrisa.

—Me temo que tienes razón..., yo hace años que no hago ejercicio. Ahora mi dedicación principal es más bien política. Pero no pasa nada. Me alegro de verte otra vez, mi niño. Confío en que rindas como se espera, ¿no es así, centurión?

—Sí, señor. El muchacho tiene madera para ejercer de optio. Debe estar orgulloso de que del palacio salgan chicos tan buenos para el ejército como Cato.

—Hágame el favor y refrésqueme la memoria. ¿Qué era exactamente un optio?

—Es la segunda persona al mando de la centuria después de mí —contestó Macro, sorprendido ante la ignorancia del civil—. Y hace muy bien su trabajo.

—Es de lo más gratificante que hasta el ejército sepa apreciar el valor de una buena educación. —Macro se puso rojo de furia. — No era más que una broma inocente, centurión, sin intención de ofender.

Narciso lo cogió del brazo y lo condujo hasta el pabellón donde se había establecido la comitiva imperial. El secretario imperial era de mediana edad y tenía unas patas de gallo producto del esfuerzo de sonreír durante tantos años. Tenía buen porte, y su facilidad para desenvolverse se correspondía a su agilidad mental. Y sin embargo, su ingenio cáustico y mordaz era indicio de una mente acostumbrada a despreciar a los demás. Macro apretó los labios: mientras aquel hombre estuviera bajo su protección, tendría que tolerar sus inevitables desaires y burlas. Macro llegó a la conclusión de que Narciso era como todos los hombres de su clase. Trataba a las personas socialmente superiores como seres intelectualmente inferiores y —como había demostrado en su trato hacia Cato— trataba a las personas intelectualmente iguales como seres socialmente

inferiores. Era imposible enfrentarse a un hombre así; de modo que mejor no hacerle caso.

—¿Qué órdenes cumple, centurión? —le preguntó Narciso una vez entraron en el edificio y estuvieron solos—. Las órdenes exactas.

—Escoltarle hasta el cuerpo principal del ejército y luego esperar a la legión en un área de espera por especificar. Eso es todo, señor. Aparte de la ayuda que pueda necesitar.

—En otras palabras: debes obedecer mis órdenes.

—Sí, señor —admitió Macro a su pesar—. Así es.

—Bien —asintió Narciso—. Me alegra saber que al menos Vespasiano ha sido capaz de hacer eso correctamente.

Macro se puso tenso al oír la injuria injustificada sobre las aptitudes de su comandante. Aquello habría sido bastante desagradable de haber venido de un ciudadano romano, pero oír a un liberto hablar de aquella manera era un claro incumplimiento del protocolo social más elemental.

—Centurión, debemos ponernos en marcha inmediatamente —ordenó Narciso dándole un golpecito a Macro en el pecho para dejar claro lo dicho—. He de llegar a Gesoriaco cuanto antes porque hay mucho en juego. De hecho, puedo decirte que toda la campaña, y más, depende de que lleguemos a tiempo. ¿Entendido?

—No estoy seguro de qué quiere que entienda, señor —contestó Macro con sinceridad—. ¿A qué se deben las prisas?

—Esa información es estrictamente confidencial.

—Pero ¿para qué enviar toda una centuria para escoltar a un solo hombre?

—Basta con decir que algunos políticos descarriados preferirían que no llegara a Gesoriaco..., eso es todo lo que necesitas saber.

—Sí, señor.

—De acuerdo. —Narciso reanudó su discurso con entusiasmo. —Vamos allá. Viajo ligero de equipaje; no llevo más que a mis camilleros y un guardaespaldas. Algunos de mis mozos sucumbieron a una enfermedad local y me harán falta algunos de tus hombres para sustituirlos. Hay dos arcones frente a los establos. Encárgate ahora, por favor, y yo me uniré a la fila enseguida.

Macro apretó con tal fuerza los dientes que casi se oyó al salir éste del edificio y acercarse a Cato.

—Destaca a cinco hombres para el liberto. Le hacen falta mozos.

—¿Mozos?

— ¿Estás sordo o qué? Hazlo y ya está. Pueden dejar sus macutos en el carro.

—Sí, señor.

—Al parecer, nos corre prisa llegar hasta la costa, de modo que no podremos cruzar la Galia al paso lento que hemos seguido hasta ahora. Más nos valdría habernos quedado con la legión —refunfuñó Macro.

La camilla de Narciso resultó ser un ligero modelo de viajé con cortinas que ocho enormes nubios cargaban con una fuerza y agilidad conseguidas con años de experiencia. La camilla se situó en medio de la centuria. Tras ella, cinco legionarios amargados y resentidos cargaban, junto a los mozos, con los dos arcones. A éstos se les veía satisfechos de ver a alguien rebajarse a su nivel. Junto a la camilla iba el guardaespaldas: un hombre inmenso, musculoso, con una coraza negra y lustrosa y una espada corta. La coleta llena de enredos, la cara plagada de cicatrices y el parche negro de un ojo indicaban mucha experiencia en la vida. De repente, una mano surgió entre las cortinas de piel de la camilla y chasqueó los dedos para atraer la atención del guardaespaldas.

— ¡Eh! ¡Politemo! Aparta las cortinas y átalas. Así contemplaremos el paisaje de estas tierras ignorantes durante el viaje. ¡Muy bien, centurión! —Gritó Narciso—. Cuando queráis.

Macro dio la orden de abrir la marcha con cierto disgusto. La centuria empezó a marchar por la calle recta que atravesaba Durocortoro, que, tras cruzar la puerta principal, se prolongaba en el camino hacia Gesoriaco. Al subir una suave pendiente, Cato se dio la vuelta y, a lo lejos, vio aparecer por el camino del bosque las primeras unidades de la legión en dirección a la ciudad que acababan de dejar atrás. Sintió una punzada al pensar en Lavinia y, al instante, le saltaron imágenes de la noche anterior; volvió la vista al frente, aterrorizado.

CAPITULO XXVII

A mediodía el tren de equipaje y la retaguardia de la segunda legión ya habían entrado en Durocortoro, y Vespasiano ordenó hacer un breve descanso. El avance había sido lento debido a que a unos niños del lugar les había dado por apedrear a los bueyes que tiraban de los carros de artillería. Una piedra lanzada con fuerza había alcanzado a uno de los bueyes más grande en los testículos, con lo que el animal trató de echarse atrás desesperadamente entre mugidos de furia y dolor. Al ver al grupo de golfos responsables, el buey los embistió y volcó la ballesta y el carro que la transportaba. Una vez la bestia se calmó y se recogió el estropicio, hubo que pasar la orden de alto del

frente a la retaguardia de la columna. Al final se apartaron a un lado el carro y la ballesta y, mientras un grupo de ingenieros reparaba los desperfectos, la columna reemprendió la marcha.

Vespasiano, que había acudido a caballo hasta el lugar del accidente para conocer el motivo del retraso, maldijo la escasez de animales de carga que les había obligado a comprar machos violentos. El buey, al que un arriero había conseguido tranquilizar, fue llevado hasta una pequeña manada de animales lisiados destinados a servir de alimento a la legión; el niño se llevó una paliza que recordaría para el resto de su vida. Aunque a Vespasiano no le servía de consuelo, pues el retraso ya no tenía solución. Tampoco le agradaba la parada de la legión a mediodía. Sentado a una mesa, dio la orden de traer a una sirvienta de su esposa.

Mientras comía algo de pollo frío adobado con un vino imbebible del lugar — ¿cuándo aprenderían a cocinar aquellos galos?— le trajeron a Lavinia. Con la boca llena le indicó que se acercara a la mesa y se la quedó mirando mientras hacía esfuerzos para masticar el pollo. Lo cierto es que era preciosa, pensó, ahora que podía observarla de cerca. Era una pena desaprovecharla como sirvienta; en Roma podría obtenerse una considerable suma si se vendía como cortesana. Tras tomar un trago de vino para aclararse el paladar, se dispuso a hablar con ella. Sacó el lazo de su túnica y lo dejó sobre la mesa. Le alegró ver que la muchacha lo había reconocido al instante.

— ¿Es tuyo?

—Sí, mi amo. Pensaba que lo había perdido.

—Y así es: casi se desliza bajo el almohadón de mi triclinio.

Lavinia fue a cogerlo, pero Vespasiano no hizo ademán de dárselo y ella retiró la mano.

—Antes me gustaría saber... —Vespasiano sonrió— por qué estaba allí.

— ¿Mi amo?

— ¿Qué hacías en mi tienda anoche?

— ¿Anoche? —preguntó Lavinia con los ojos abiertos y expresión inocente.

—Eso mismo. El lazo no estaba allí cuando me fui a dormir. Así que dime, Lavinia, y no te andes con rodeos, ¿qué hacías allí?

— ¡Nada, señor! Lo juro. —Sus ojos suplicaban que la creyera. —Sólo entré para tumbarme un rato. Estaba cansada. Quería descansar en un lugar cómodo. Y el lazo debió de caerse.

Vespasiano la miró inquisitivamente antes de proseguir.

— ¿Y sólo querías descansar en mi triclinio? ¿Sólo eso?

Lavinia asintió con la cabeza.

— ¿Y no te llevaste nada de la tienda?

—No, mi amo.

— ¿Y no viste nada ni a nadie?

—No, mi amo.

—Ya veo. Toma. —Le dio el lazo y se apoyó contra la silla mientras sopesaba los ruegos de la muchacha. Podía estar diciendo la verdad, aunque tal vez pudiera contar algo distinto si se aplicaba alguna forma de persuasión física. Pero descartó enseguida la tortura. No tenía duda alguna de que fuera un método efectivo para soltar la lengua, pero había visto a demasiadas víctimas dar la versión de los hechos que sus torturadores querían oír. No era una forma tan efectiva de descubrir la verdad de lo sucedido. Debía cambiar de táctica.

—Según dice mi esposa, hace poco tiempo que estás de servicio en la casa.

—Sí, señor.

— ¿A quién pertenecías antes?

—Al tribuno Plinio, amo.

— ¡Plinio! —Vespasiano levantó las cejas, sorprendido.

Aquello cambiaba las cosas. ¿Qué hacía en su casa un antiguo esclavo de Plinio? ¿Era una espía que trataba de acceder a su arcón de seguridad? Pero al mirarla le costaba imaginar que fuera lo bastante astuta para desempeñar semejante cometido. ¿Otra falsa apariencia? A aquellas alturas, Vespasiano era incapaz de asegurarlo.

— ¿Por qué te vendió Plinio?

—Se cansó de mí.

—Perdona, pero eso es difícil de creer.

—Es cierto, amo —replicó Lavinia.

—Ha de haber alguna otra razón. Habla, muchacha, y procura decir la verdad.

—Hay alguna otra razón, amo —admitió Lavinia y ladeó la cabeza, como le había dicho Flavia que hiciera, antes de seguir—. El tribuno quería utilizarme..., para otras cosas.

Vespasiano pensó que no era de extrañar.

—Y quería más que eso, quería que sintiera algo por él. Yo no podía sentir algo por él a voluntad, y él se enfadó conmigo. Y cuando descubrió que quería a otro, se encolerizó y me pegó.

Vespasiano chasqueó la lengua en señal de lástima.

— ¿Y quién es esa otra persona a la que amas?

—Por favor, amo. —Lavinia levantó la vista y tenía los ojos llorosos. —No quiero decirlo.

—Debes decírmelo, Lavinia —Vespasiano se incorporó para darle una palmadita tranquilizadora en el brazo—. Debo saber quién es ese otro hombre. Es muy importante que lo sepa. Puedo obligarte a decírmelo.

— ¡Vitelio! —le espetó, y rompió a llorar a la vez que se llevaba las manos a la cara.

Vitelio. De modo que amaba a Vitelio. Era suficiente para que ella hiciera lo que él quisiera. Vespasiano pensó en lo peor.

— ¿Te has visto con Vitelio desde que llegaste a nuestra casa?

— ¿Mi amo?

—Ya me has oído. ¿Le sigues viendo?

Ella asintió.

— ¿Le viste anoche, en mi tienda?

Lavinia le miró con una expresión de espanto y negó con la cabeza.

—Pero pensabais hacerlo, ¿verdad?

—No llegó a aparecer, señor. Le esperé, pero no cumplió con su promesa. De modo que volví a mi cama. No me he dado cuenta de que me faltaba el lazo hasta esta mañana.

—Ya veo. ¿Vitelio te ha pedido alguna vez que le cuentes cosas sobre mí? ¿Te ha preguntado alguna vez algo sobre la casa?

—Hemos hablado alguna vez —respondió Lavinia con suavidad— pero no recuerdo qué dijimos exactamente sobre la señora Flavia y usted, amo.

— ¿Y te ha pedido alguna vez que robes algo o que te lleves algo de mi tienda?

—No, mi amo. Jamás.

Vespasiano la miró a los ojos detenidamente, tratando de averiguar si decía la verdad. Lavinia lo miró con franqueza, hasta que ya no pudo sostener su mirada y bajó la vista. Su historia parecía auténtica. Pero si aún amaba a Vitelio, cabía la posibilidad de que él la persuadiera a robar o que ella le preparara el acceso a la tienda, y así el tribuno pudiera entrar y coger el pergamino una vez ella se cansara de esperar y se marchara.

—Puedes irte, Lavinia. —Vespasiano agitó la mano. — Pero quiero que recuerdes esto: si Vitelio te pide alguna otra vez información sobre mí o concierta otra cita, quiero saberlo. Y te advierto que, de ahora en adelante, si no me dices la verdad, las repercusiones serán dolorosas. ¿Queda claro?

—Sí, mi amo.

—Bien. Vete.

— ¿Cómo ha ido entonces? —preguntó Flavia a Lavinia aquella tarde mientras esperaban a que se terminaran de levantar las tiendas.

—Creo que me creyó, ama. ¿Pero por qué tenía que decir que Vitelio estuvo en la tienda anoche?

— ¿Habrías preferido decirle la verdad e implicar a Cato?

—No, ama, claro que no.

—En ese caso, si quitamos a Cato de la escena, alguien debe ocupar su lugar. Vitelio reúne las condiciones perfectas. Para el caso, es el hombre ideal.

Lavinia miró sorprendida a su ama. Era obvio que había algo más aparte de salvarle la piel a Cato. La expresión satisfecha que tenía Flavia al observar inconscientemente a los legionarios tirar de las cuerdas tensoras revelaba algo más que la tranquilidad de salvar al joven optio, y Lavinia no pudo evitar preguntarse si ella y Cato eran sólo las piezas de una trama compleja. Flavia volvió a mirar a la esclava.

—Recuerda que debes procurar no variar la historia que acordamos, Lavinia. Mantén esa versión y todos estaremos a salvo, ¿de acuerdo? Pero no me pidas más explicaciones. Cuanto menos sepas, más honesta parecerás. Confía en mí.

—Sí, ama.

CAPITULO XXVIII

La sexta centuria avanzaba por la campiña gala, exuberante de flores de primavera. Los legionarios charlaban y bromeaban animados, y de vez en cuando se les oía cantar a gritos canciones subidas de tono para hacer la marcha más amena. Y no decaían a pesar del paso rápido que Macro había ordenado, pues estaba ansioso por llegar al lugar de destino y dejar al secretario imperial antes de que éste le incitara a cometer un acto de violencia. Narciso no había dejado escapar ninguna ocasión para hacer comentarios sarcásticos dirigidos al ejército y sus soldados, y en concreto a Macro. Al centurión le

habría encantado partirle la boca de un puñetazo a aquel miserable, aunque sólo fuera una vez, para hacerle entender que no podía comportarse de aquel modo: «Allá donde fueres, haz lo que vieres, de modo que, en el ejército te metes la lengua en el culo y muestras algo de respeto». Macro sonrió ante la idea, pero sabía que nunca podría expresarla, y menos cara a cara, a un amigo íntimo y confidente del emperador. De modo que no tenía otro remedio que aguantar de mala gana el sarcasmo y las críticas con buena cara, el destino de todo aquel sometido a la inseguridad de esta clase de arribistas. El tormento era menor para Cato, dado que su origen común ayudaba a la conversación, a pesar de que Narciso hacía patente que, pese a las circunstancias del pasado, un abismo les separaba por su clase social. Afortunadamente, la única ocasión de conversar surgía durante los descansos de la marcha y al final del día, cuando la centuria acampaba para pasar la noche. Durante la marcha, Macro y Cato encabezaban la columna, aunque un oficial más ambicioso se habría situado junto a la camilla del secretario imperial para darle conversación y habría aprovechado cualquier ocasión para adularlo. Pasado el primer día, Macro se empeñó en inspeccionar los equipos en cada descanso de la marcha. Sus hombres veían con curiosidad el entusiasmo con el que hacía la revisión y movían la cabeza en silencio cuando el centurión tiraba de las correas y se aseguraba de que los soldados mantenían las armas en condiciones.

La noche del tercer día de escolta, Macro calculó que llegarían a la costa al crepúsculo del día siguiente, gracias a la marcha constante de la centuria. Si salían poco antes de nacer el día y aceleraban el paso, podrían reunirse con el cuerpo principal del ejército antes del anochecer.

—Muy bien, centurión —afirmó Narciso con aprobación—. Además, si llegamos de noche llamaremos menos la atención. Dadas las circunstancias, sería lo mejor.

Cato y Macro se miraron: de hecho, las circunstancias eran todo un misterio. Narciso no había dado ningún tipo de información en los tres días que llevaban juntos, y Macro era bastante buen soldado para no discutir sus órdenes. También tenía su orgullo y no concedería al secretario imperial la satisfacción de negarle cualquier información que pidiera. Haría falta una táctica más sutil.

—¿Más vino, señor? —Macro le ofreció el jarro con una sonrisa forzada.

Esta vez fueron Narciso y Cato los que se miraron, sorprendidos ante la transparencia de la invitación. Narciso se rió.

—Sí, por favor, centurión. Pero me temo que haría falta más vino del que tenemos para soltarme la lengua. No tienes más remedio que esperar.

El sonrojo de Macro era visible a pesar del resplandor de la lumbre. Las noches aún eran algo frías, y los hombres agradecían el calor de las hogueras y una cena caliente antes de irse a dormir. Piso se las había arreglado para llevarse comida de la reserva de los oficiales del Estado Mayor, y es que Vespasiano deseaba causar una buena impresión al distinguido invitado. Los comensales rebañaban los platos de argento, que el guardaespaldas de Narciso había sacado de un arcón, en los que se servía el estofado de carne de venado y verduras del tiempo. Macro se sirvió una segunda ración, chasqueó los labios y se los limpió con el dorso de la mano. Ello le valió una mirada de reprobación por parte de los otros dos, pero Macro los contempló con indiferencia y se

acabó el vino de la copa de un trago para rellenarla otra vez.

—Da gusto ver a un hombre disfrutar con la comida —señaló Narciso con una sonrisa maliciosa—. Aunque no se trate de un bocado sofisticado como el que se suministra a los soldados rasos. Debo decir que casi me siento uno de los vuestros al compartir las privaciones de la marcha, las raciones de campaña y la vida de exterior entre las tierras salvajes de la Galia agreste.

— ¿La Galia agreste? —Macro le miró con asombro—. ¿Qué tiene de agreste?

— ¿Has visto algún teatro a nuestro paso por Durocortoro? ¿Hemos pasado ante alguna finca ajardinada? Lo único que he visto ha sido un puñado de granjas en estado lamentable y alguna que otra posada mugrienta. A eso me refiero cuando digo agreste, centurión.

—Las posadas no tienen nada de agreste —replicó Macro con brusquedad.

—No es que sean las posadas en sí, sino ese brebaje asqueroso que venden como vino. Puede que lo devuelva todo antes de ocasionar más malestar a mi pobre estómago.

—Pues tómeselo con calma, señor —dijo Cato con una sonrisa burlona—. Y díganos para qué va a Gesoriaco. No creo que sea para supervisar la invasión..., los planes para ello ya deben de estar hechos desde hace meses. Algo ha ido mal, ¿verdad?

Narciso le miró pensando en qué iba a decir.

—Sí, no puedo decir gran cosa. Pero hay mucho en juego. Debo llegar a Gesoriaco vivo. Tengo que entregar cierta información para el general Plautio. Si algo me ocurriera, dudo que se llevara a cabo la invasión; y si no hubiera invasión, me temo que el emperador tendría sus días contados.

Narciso vio la incredulidad que levantaron sus palabras y se inclinó para hablarles más de cerca, con la mitad de la cara hundida en la penumbra.

—El Imperio está en peligro como jamás lo había estado. Incluso sigue habiendo idiotas en el Senado que se creen capaces de gobernar el Imperio. No hacen más que intentar restar autoridad al emperador..., por eso tengo que ir a Gesoriaco. Muchos dicen que Claudio es un simplón. —Sonrió con tristeza—. Siento mucho que os sorprenda oír esto. Y puede que sea cierto, pero es el único emperador que tenemos y la dinastía Julio-Claudia podría llegar a su fin con él.

—Hay quien afirma que puede que llegue a su fin igualmente —dijo Cato.

— ¿Y luego qué? —Preguntó Narciso con amargura—. ¿Vuelta a la República? ¿De qué modo nos beneficiaría? Se repetirían las discusiones en el Senado, que se extenderían a las calles en forma de actos violentos hasta que la guerra civil desgarrara el mundo civilizado. Al leer las tonterías infundadas de los historiadores republicanos, uno diría que en los días de Sila, Julio César, Marco Antonio y los de su clase marcaron una especie de edad de oro. Aquellos «héroes» pasaron a la historia con la sangre de tres generaciones de ciudadanos romanos. Necesitamos emperadores, necesitamos la

estabilidad que proporciona una autoridad que domine el estado. Los romanos ya no somos capaces de vivir bajo otras condiciones.

— ¿Somos?

—De acuerdo, los romanos y libertos —reconoció Narciso—. Admito que mi destino está vinculado al del emperador. Sin su mecenazgo, algún que otro senador alzaría al populacho y me quitarían de en medio en cuestión de días. Mi aniquilación sería sólo el principio. Incluso los que estáis en la frontera sufriríais las repercusiones.

—A mí no me importa quién esté en el poder —dijo Macro—. Yo no soy más que un soldado. Siempre habrá un ejército, y eso es lo que importa.

—Puede. ¿Pero qué clase de ejército? Si Claudio cae, también entraréis en guerra..., pero contra romanos. Incluso os podrían llamar a luchar contra hombres que ahora consideráis amigos. Pensadlo. Y luego dad las gracias al emperador.

Cato miró a su centurión, a quien los ojos le brillaban con la luz de la hoguera. En la cara del joven se dibujó una sonrisa vacilante, y éste se volvió hacia Narciso.

—Nos estás poniendo a prueba, ¿verdad? Para ver cómo reaccionamos.

—Por supuesto —admitió Narciso inmediatamente—. Un hombre ha de conocer la inclinación de los demás con respecto a cuestiones fundamentales.

—Siempre y cuando haya paz —rió Macro.

—El silencio, centurión, puede ser tan comprometedor como las palabras. Pero dudo que tú o tu optio supongáis una amenaza para el emperador. De modo que estáis a salvo..., de momento.

Macro buscó con inquietud la mirada de su optio para asegurarse de que el secretario imperial bromeaba. Pero la mirada pétrea del joven le bastó para guardarse una risotada complaciente.

—En fin, ya hemos hablado bastante de esto. —Narciso se terminó el vino y dejó la copa frente a la jarra de vino. —Un penúltimo trago y a dormir. No sabéis la tranquilidad que me da estar lejos de las intrigas de Roma. Uno podría acostumbrarse a la vida que lleváis aquí. Propongo un brindis —dijo, y Macro llenó hasta la mitad la copa que se le ofrecía y luego se llenó la suya hasta el borde.

— ¡Por la buena vida! —Narciso alzó su copa—. ¡Por el ejército, que...!

Una flecha surgió de la oscuridad y el secretario imperial gritó al salir disparada su copa y romperse contra una roca. Narciso se apretó contra el pecho la mano que sostenía la copa y contrajo la expresión en un gesto de agonía.

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó Cato.

— ¡A las armas! ¡¡A las armas!! —bramó Macro soltando la copa.

Se puso en pie al instante y corrió a por su espada y escudo, apoyados contra la camilla. Tan sólo un grupo de hombres que había cerca de la hoguera se pusieron de pie, cuando sobre ellos cayó una lluvia de flechas. Muchas iban dirigidas a Narciso, pero afortunadamente no le alcanzaron; algunas cayeron sobre la hierba y otra se clavó en un trozo de madera del fuego, que iluminó por un segundo la oscuridad al saltar las chispas. El secretario imperial reaccionó enseguida y corrió a ponerse a cubierto bajo el carro de equipaje de la centuria, donde se tendió entre las ruedas y permaneció inmóvil.

Cato se apresuró a coger su escudo y desenvainar la espada, cuando un legionario fue alcanzado por la espalda mientras se pasaba por la cabeza la cota de malla. El soldado soltó un resoplido al recibir el impacto y cayó al suelo de bruces, a la vez que sus manos buscaban a tientas el asta hundida en el omoplato.

Cato se cubrió con el escudo y corrió hacia el legionario herido, que empezó a toser y a escupir sangre.

— ¡Déjalo! —Gritó Macro, y señaló a los otros soldados—. ¡Dales la orden de formar alrededor del carro!

Con el resplandor rojo de las llamas, Macro se abrió paso entre la centuria obligando a sus hombres a agacharse y empujándoles hacia el carro. Algunos aún estaban aturridos y se les tenía que poner el escudo y la espada en las manos para que reaccionaran y se precipitaran hacia el carro. Dos hombres más habían sido abatidos cuando Cato hubo formado un perímetro irregular de soldados alrededor del carro bajo el que estaba el secretario, asombrado por la actividad que se desarrollaba ante él. Los legionarios se arrodillaron tras los escudos, como se les había enseñado que debían hacer ante un ataque de proyectiles. Pero no llevaban la armadura, y las túnicas de lana no frenarían las flechas ni las posibles estocadas. La mayoría no habían tenido tiempo de ponerse los cascos y mantenían la cabeza agachada para protegerla de las flechas que surgían zumbando de la oscuridad y chocaban contra los escudos con un chasquido. Cato sabía que, debido a la trayectoria casi horizontal de las flechas, los atacantes estaban cerca, de modo que se preparó para lanzarse contra ellos. Miró a su alrededor y vio unos veinte hombres con él y otros más, encabezados por Macro, que se acercaban con dificultad desde la primera hilera de tiendas.

De repente, la descarga de flechas cesó, y al momento se oyó un fragor de gritos de batalla que salía de la oscuridad para precipitarse sobre ellos. De la penumbra surgieron formas oscuras y, desde no muy lejos, se oyó acercarse un ruido de cascos.

— ¡Listos para afrontar a la caballería! —Gritó Cato—. ¡Acercaos a mí y cerrad el círculo!

El pequeño grupo de hombres se apiñó alrededor del carro cuando apareció una veintena de hombres a la refulgente luz de las hogueras, con las caras barbudas descompuestas por los gritos. Vestían gruesas capas negras, cascos puntiagudos y unas espadas con hojas curvas. Se lanzaron al ataque con una ferocidad que pocos romanos habían visto antes. Los tres primeros se estrellaron contra los escudos y cayeron al suelo en una maraña de capas, escudos, brazos y piernas, y, al instante, los romanos que tenían cerca se encargaron de matarlos. Los demás agresores llegaron al tiempo que se

iniciaba una lucha desesperada en la luz naranja de las llamas.

La fila romana se disolvió en una masa de enfrentamientos individuales, y Cato, perdido el mando de la unidad del grupo, se encontró ante un enemigo enorme, fornido, cuya expresión se distorsionó al dar un gruñido. Éste vio enseguida a su joven oponente e hizo ademán de abalanzarse sobre él. Cato se estremeció, pero mantuvo su posición, escudo en alto, con la espada a un lado. Al ver que su intento de asustar a Cato no surtió el efecto esperado, soltó una risotada y esgrimió la espada en un arco dirigido a la cabeza de Cato; pero el escudo paró el golpe en un extremo y la cuchilla se desvió al suelo y arrancó un terrón de turba. Cato sintió el impacto desde la yema de los dedos hasta el hombro y gritó. El ímpetu del golpe llevó al hombre al suelo, y Cato cayó sobre una rodilla y se apartó a un lado para no ser aplastado por el enemigo; entonces le ensartó ferozmente la espada en las costillas. Éste se derrumbó con un gemido apagado y retiró la mano del joven de la espada hundida. Cato le dio una patada en la espalda e intentó arrancar la cuchilla sacudiendo a lado y lado el arma con muecas de esfuerzo; el guerrero gemía agonizante. Pero era inútil: la cuchilla estaba hundida entre las costillas y sería difícil recuperarla. Cato miró a su alrededor y vio que la mayor parte de atacantes había caído, junto con algunos romanos.

Cerca de él había un hombre que había perdido su escudo y sólo tenía su brazo alzado para defenderse de la espada que estaba a punto de desplomarse sobre su cabeza. Con un alarido violento, Cato se precipitó con su escudo contra la espalda del agresor, con lo que ambos cayeron sobre la hierba. Cuando se puso en pie, el hombre al que acababa de salvar ya le había abierto la garganta a su agresor con la daga.

Los adversarios se marcharon de forma tan inesperada como habían llegado, y los romanos se quedaron de pie, desconcertados ante la fugacidad de los hechos.

— ¿Qué carajo estáis haciendo? —Gritó Macro a la vez que corría hacia el carro con los hombres que quedaban—. ¡Ya habéis oído al optio! ¡Listos para afrontar la caballería!

Por un instante, Cato se había olvidado de los caballos, pero ya estaban cerca, y los legionarios se apresuraron a cerrar filas alrededor del carro con los escudos entrecruzados y las espadas y jabalinas en ristre.

El segundo ataque llegó tan de súbito como el primero: de la oscuridad surgió una fila de jinetes pertrechados como el primer grupo de atacantes (unos con arcos, otros con lanzas bajo el brazo) que se acercaban emitiendo su temible grito de guerra. Macro miró enseguida a Cato para comprobar que estaba ileso.

— ¡Coge una espada, imbécil!

Cato se dio cuenta de que estaba desarmado y cogió al instante la primera arma que encontró, uno de los sables enemigos. Al estar acostumbrado al peso y manejo de la espada corta, resultaba extraño asir aquella arma.

— ¡Manteneos firmes, muchachos! —Les gritó Macro—. ¡Manteneos firmes y sobreviviremos!

Cuando los jinetes estuvieron lo bastante cerca, los romanos se irguieron: los que

llevaban arcos desenvainaron flechas y esperaron a que algún romano estúpido se pusiera a tiro para acribillarlo; los que empuñaban lanzas avanzaron entre el círculo de escudos. Se abalanzaron con los caballos contra el muro de escudos, empujaron a los legionarios contra el carro y empezaron a clavar las largas cuchillas de las lanzas. La fuerza de los caballos y el miedo de los arqueros obligó a los romanos a mantenerse agachados bajo los escudos por puro instinto de conservación. Algunos no perdían ocasión de dar estocadas a todo hombre o caballo a su alcance, y, alguna que otra vez, se oía algún grito o relincho que indicaba que habían sido alcanzados. Pero los romanos no tenían al tiempo de su parte: ya habían caído cuatro hombres alrededor del carro y el suelo era un charco de sangre.

Para Macro era demasiado evidente cuál sería el resultado del enfrentamiento si trataban de defenderse: mermarían en número, y un ataque final eliminaría a los supervivientes. Justo al pensar esto, el destino intervino de una forma curiosa. Dos jinetes descubrieron de pronto al secretario que se escondía bajo el carro y lanzaron los caballos contra los romanos. Desde la montura, se agacharon y dieron estocadas con las lanzas por debajo del carro. Narciso se apartó de éstas con un grito. Macro corrió en su ayuda, con la boca abierta en un gruñido feroz. Agarró a uno de los hombres de un brazo y lo tiró del caballo. Una herida de espada en los ojos lo dejó indefenso, y el centurión se apresuró a recoger la lanza del agresor para hundirla en la espalda del otro.

Mientras, Cato se puso en pie para emprenderla a patadas con el hombre que tenía más cerca.

— ¡Arriba y a por ellos! ¡Vamos, arriba! ¡A la carga!

Los romanos se abalanzaron sobre sus atacantes prorrumpiendo en gritos la orden de ataque. Los oponentes, sorprendidos, se detuvieron momentáneamente, lo cual fue un error fatal. La infantería romana se abrió paso entre ellos y empezó a echarlos abajo de los caballos para liquidarlos al caer al suelo. La cruenta escaramuza tardó poco en terminar; sólo quedaron un puñado de enemigos que intentaban huir y otros que ya se escapaban en la oscuridad de la noche.

Cato se apoyó sobre su escudo; las venas le palpitaban y respiraba con dificultad. Entre las hogueras había esparcidos los cuerpos inertes de la refriega. Los legionarios iban rematando a los enemigos heridos que quedaban postrados en el suelo.

— ¡No! —gritó Narciso al salir a rastras de debajo del carro—. ¡No los matéis!

El agudo tono de su voz detuvo a los soldados en su truculento empeño, espadas en alto, a la espera de que Macro diera la contraorden de aquella ridícula instrucción.

— ¿Que no los matemos? —Macro estaba perplejo—. ¡Estos cabrones han estado a punto de degollarte! ¡A ti y a nosotros!

— ¡Centurión, debemos tener prisioneros! Debemos averiguar quién es el responsable del ataque.

Macro se dio cuenta de que Narciso tenía razón. Se limpió la espada en la capa de uno de los atacantes y la envainó.

— ¡Muchachos! ¡Si alguno de estos cabrones respira todavía, arrastradlo hasta aquí!
¡Jefes de sección! ¡Pasad lista y comunicad de inmediato el número de bajas al optio!

Poco después el campamento se llenó de gritos y gemidos de los romanos heridos que recibían los primeros auxilios de la mano de sus compañeros inexpertos; Macro miraba con ira a los tres guerreros sentados a sus pies. Cato salió de entre la oscuridad.

— ¿Cuál es el recuento de la carnicería?

—Ocho muertos y dieciséis heridos, señor.

—De acuerdo. Quitadles los cascos a los muertos, y destaca a un grupo de hombres para que los entierren.

— ¿Y mis camilleros? ¿Y mi guardaespaldas? —preguntó Narciso mientras se curaba una mano herida.

—Uno está muerto, el otro desaparecido, y el guardaespaldas está inconsciente...
Alguien ha dicho que lo golpeó un caballo.

—Muy bien, malditos cabrones —bramó Macro, y le dio una patada en el brazo al guerrero que tenía más cerca, quien soltó un fuerte grito de agonía—. Ocho de mis hombres están muertos. Ni se os ocurra pensar que no correréis la misma suerte. Pero podemos acelerar el proceso o bien hacer que sea lento y doloroso. Depende de las respuestas que le deis a este caballero.

Señaló a Narciso con el pulgar y se hizo a un lado. El secretario imperial los miraba con furia, las manos en las caderas, pero a cierta distancia de ellos.

— ¿Quién os ordenó matarme?

— ¿Matarte? —Preguntó Cato—. Pensaba que eran bandidos.

— ¡Bandidos! —Macro soltó una carcajada—. ¿Has oído alguna vez que un grupo de bandidos atacara a una centuria? ¿No? Pues no seas estúpido. Además, fíjate en ellos, fíjate en la ropa y las armaduras. Éstos forman parte de algo más organizado.

— ¿Como una unidad del ejército, por ejemplo?

—Por ejemplo.

Narciso alzó una mano para pedir silencio y volvió a hacer la pregunta:

—He dicho ¿quién os ordenó matarme?

Ninguno de los tres levantó la vista, incluso al repetir la pregunta con más energía.

— ¿Centurión?

Macro se acercó y propinó otra patada, esta vez a la cabeza. El hombre cayó a un lado sobre el suelo con un grito agudo.

— ¿Me lo vas a decir?

El hombre que aún no había recibido ningún golpe les miró y dijo algo en una lengua que ni Macro ni Cato entendieron. Terminó la frase escupiendo a Narciso en el borde de la túnica. Macro hizo ademán de darle una patada.

— ¡No! —Narciso alzó la mano—. No hay necesidad. Creo que conozco su lengua. Son sirios. Si son quienes creo que son, tardarán en hablar.

—Yo no me fiaría, señor —dijo Macro a su vez con frialdad—. Hay otras formas de...

—No tengo tiempo. No podemos retrasarnos. Nos llevaremos a estos hombres como prisioneros. Una vez lleguemos a Gesoriaco, se les podrá dedicar tiempo de sobra. Ocupaos de que estén bien atados. Mañana pueden marchar tras mi camilla.

A la mañana siguiente, cuando la centuria se preparaba, se conoció el resultado definitivo de las bajas. Se encontraron doce cuerpos más, entre ellos, más romanos, y los enterraron a todos en una zanja cavada precipitadamente, antes de que la centuria levantara el campamento. Macro había ordenado a sus hombres marchar con el traje de campaña completo, y emprendieron el camino a Gesoriaco con paso cansino, en formación cuadrada alrededor de la camilla de Narciso y el carro que transportaba a los heridos. El centurión no tuvo piedad con los prisioneros, a los que mandó sujetar tobillo con tobillo con la misma cuerda que les ataba a la parte trasera del carro. Pese al agotamiento que arrastraban de la noche anterior, se decidió que no harían ningún descanso hasta no estar a salvo de camino a la costa. De vez en cuando, aparecían en la lejanía un par de jinetes que seguían de cerca a la centuria a la espera frustrada de la ocasión para atacarles. Poco antes del anochecer, los caballos dieron media vuelta y desaparecieron tras una colina que se extendía a lo largo del camino. A medida que caía la noche, el paso de la centuria se aceleraba y los soldados miraban con nerviosismo las sombras que empezaban a formarse a su alrededor, a la espera de una nueva emboscada.

Por fin dejaron atrás la cresta de la última colina, y Cato soltó una exclamación de asombro. A sus pies se extendía un inmenso campamento militar, plagado de miles de hogueras y braseros. En la zona había concentradas cuatro legiones al completo, además del mismo número de cohortes auxiliares de especialistas, ingenieros, constructores navales y oficiales de planificación: unos cincuenta mil hombres en total. Pero al acercarse a las puertas del campamento, Macro se dio cuenta de que algo iba mal. Fuera de la base merodeaban pequeños grupos de hombres, desarmados y sin uniforme, y otros que jugaban a los dados o simplemente estaban sentados bebiendo ajenos a la llegada de la centuria.

Antes de que la sexta centuria fuera anunciada por alguno de los legionarios del campamento, ésta fue interceptada por un oficial a caballo escoltado por varios centuriones que les ordenaron detenerse. Una vez confirmada la identidad del secretario imperial, el oficial dictó la orden inmediata de traslado de los prisioneros a un lugar seguro, y, a continuación, acompañó al enviado del emperador al cuartel general del ejército. Aquella fue la última vez que Macro y Cato vieron a Narciso. Nadie se molestó

en darles las gracias por el éxito de la misión, ni se reconocieron las vidas que se perdieron por la causa.

El prefecto del campamento de la novena se presentó para organizar el traslado de los heridos al hospital de la novena legión. Luego condujo al resto de la sexta centuria fuera del campamento, a una zona despejada, a pocos kilómetros del lugar dispuesto para la segunda legión.

La sexta centuria montó las tiendas rápidamente y, una vez colocadas las estacas, los soldados enseguida se durmieron exhaustos.

CAPITULO XXIX

Dos días después la segunda legión llegó al lugar donde se había establecido la sexta centuria, y éste se llenó de soldados que hacían esfuerzos por levantar las tiendas. Según el protocolo militar, la tienda del legado fue la primera en levantarse, y a continuación las de los oficiales superiores. Sólo después se permitió a los soldados rasos montar las suyas, algo más sencillas.

Vespasiano estaba sentado a una mesa pequeña en su tienda de mando, separada de las dependencias de los criados. De ella entraban y salían oficiales del cuartel general, que dejaban las tablas de madera que debían cubrir el suelo y desembalaban muebles y otros objetos. Sobre el ajeteo, oía a Flavia darles órdenes y apremiarlos. Él sabía que su esposa se alegraba de haber terminado el pesado viaje y de poder olvidarse de los apuros que suponía una larga marcha, al menos, durante unas semanas, pues pronto debería emprender un viaje aún más largo hacia el sur, hacia Roma.

Vespasiano no estaba tan animado, pese a que Flavia le había devuelto el manuscrito perdido pocos días atrás. Lo había encontrado entre juguetes en el arcón de viaje de Tito, y vio que el destinatario era su marido. El niño le dijo que lo había encontrado en el suelo; al menos, eso dijo ella, y, dada su temprana edad, era incapaz de ser más explícito. Vespasiano abrazó a Flavia al recuperarlo para luego guardarlo bajo llave en el lugar más oculto de su arcón. Todo apuntaba a que el ladrón había perdido el pergamino al huir de la tienda de mando. Vespasiano se horrorizó ante la idea de haber podido poner en peligro la seguridad del Imperio. ¿Qué habría sucedido si, en vez de Tito, otra persona hubiera encontrado el documento? ¡Por Júpiter! No quería ni pensarlo. Pero la alegría de Vespasiano al recuperar el pergamino estaba empañada con la grave situación que se daba más allá de los confines de su tienda de mando.

A un día de marcha de Gesoriaco, un mensajero enviado por Plautio traía nuevas órdenes. Según la opinión del comandante del ejército —y aquí fue donde Vespasiano advirtió la intervención de Narciso—, no sería prudente que la segunda legión sofocara el motín. Sería más efectivo acallar la rebelión por la vía diplomática que con la acción

directa, pues sería imprudente que el ejército iniciara una campaña importante con el reciente recuerdo de una represión cruenta. Tendría que aceptarse un retraso en la salida hacia Britania para poder sofocar el motín.

En lo que incumbía a Vespasiano, la misiva traía peores noticias: la segunda legión no estaría incluida en la primera oleada invasora. Otras dos legiones se habían estado preparando en operaciones anfíbias durante los últimos meses y a ellas se concedería el honor de desembarcar y levantar la cabeza de playa para el resto del ejército.

Vespasiano sabía que si los britanos decidían ir a la playa al encuentro de los invasores, toda la gloria y el provecho político recaerían sobre los comandantes y oficiales de las unidades en punta de lanza. Previo con pesimismo un largo período de operaciones de limpieza, un desagradable proceso de desgaste sin coronas de laureles que sería una simple anotación en las historias épicas que se contarían por las calles de Roma.

Siempre y cuando se lograra sofocar la rebelión.

Al cruzar la base principal para informar a Plautio, el legado sintió una decepción al presenciar la falta total de disciplina en las otras legiones. Pocos eran los soldados que se molestaban en saludarle al pasar y, aunque ninguno le había dicho nada, sus miradas desafiantes —que le retaban a ejercitar su autoridad— enfurecieron a Vespasiano. Los únicos que todavía vestían el uniforme eran la escolta personal del comandante y los oficiales, que desempeñaban su trabajo hasta donde les era posible.

Vespasiano fue conducido hasta el edificio de madera del cuartel general, situado en el centro del inmenso campamento militar, y donde Narciso estaba sentado, junto al general Plautio, en una mesa con un mapa. Vespasiano había coincidido con Plautio anteriormente en algún acto social, antes de alistarse en el ejército, y le impresionó ver la expresión cansina y hastiada del general.

—Me alegro de verte otra vez —dijo Plautio con una sonrisa—. Ha pasado mucho tiempo. Habría preferido verte en mejores circunstancias. ¿Conoces a Narciso?

—No, señor, aunque su reputación le precede. Vespasiano asintió con la cabeza para no tener que dar su opinión.

—Debo agradecerte la protección que han ofrecido tus tropas, legado.

—Daré las gracias de su parte a los hombres que las merecen, si no se las ha dado ya usted. —Todo un detalle.

—Si me permiten... Vespasiano, el informe, por favor. —Plautio le invitó a sentarse. — ¿En qué condiciones se encuentra tu legión? —Todavía reaccionan a las órdenes, si se refiere a eso, señor. —De momento, quizás. En pocos días, harán como las demás. — ¿Han descubierto ya a los cabecillas del motín? —preguntó Vespasiano.

—Gracias a Narciso tenemos sus nombres. El tribuno Aurelio, dos centuriones y unos veinte legionarios. Todos fueron trasladados de las legiones dálmatas a la novena, con todo en regla, como podrás imaginar. — ¿Han exigido algo?

—Solamente que no se lleve a término la invasión. Han conseguido convencer a los

demás de que lo único que pueden encontrar al otro lado del océano son demonios y una muerte segura.

—Tampoco es que sea un gran océano —añadió Narciso—. Pero las palabras tienen cierto efecto depresivo sobre la imaginación de personas como los militares. Sin incluirles a ustedes, por supuesto. —Sonrió. — Me temo que estamos ante un acto de traición premeditado, señores. Algo más sofisticado de lo que el tribuno Aurelio y su banda de amotinados pudieran urdir. Vespasiano y yo ya hemos decidido que lo mejor sería eliminar a este grupo. Pero antes debemos descubrir la identidad de los instigadores en Roma. Aurelio y sus hombres fueron descubiertos cuando mis espías interceptaron un mensaje que enviaban a sus caudillos de Roma. Desgraciadamente, el mensajero falleció antes de poder dar el nombre del supuesto destinatario. Así es la vida... bueno, no en su caso. Luego existe el asunto de la emboscada en el camino al salir de Durocortoro. Es evidente que los adversarios se enteraron de mis planes de viaje y del propósito de éste. Parece que alguien de «nuestro bando» no es lo que aparenta.

—Me llegó la noticia del ataque que sufristeis. Me han dicho que tenéis prisioneros. ¿Han hablado ya?

—Me temo que no dijeron gran cosa antes de morir —contestó Narciso, lamentando el inconveniente—. Se les interrogó a fondo, pero sólo se pudo averiguar que eran sirios, y, supuestamente, asaltantes de caminos. Es todo lo que les sacamos antes de degollarlos.

— ¿Un grupo de asaltantes? —Vespasiano sacudió la cabeza. — Bastante inverosímil; y más si asaltaron a una unidad militar...

—Exactamente —añadió Narciso—. Es casi imposible. Sus cabecillas pueden (o podían) estar orgullosos de su lealtad. Pero hay algo más preocupante todavía. He oído hace unos días que, al parecer, una caballería de arqueros sirios ha desertado de una cohorte auxiliar de Dalmacia para unirse a este ejército.

— ¿De Dalmacia? —Preguntó Vespasiano con aire pensativo— ¿De la orden de Escriboniano?

—Así es.

—Ya veo. ¿De qué unidad?

—De la de Gayo Marcelo Dexter —respondió Narciso mirando de cerca al legado.

—Me suena el nombre; puede que mi mujer lo conozca. ¿Y cree que los hombres que le atacaron pertenecían a esta unidad? —preguntó Vespasiano.

—Pronto lo sabremos. La cohorte llegará dentro de tres días. Guardaremos los cuerpos hasta entonces y alguien los identificará.

—Si pertenecían a esa unidad —añadió Plautio—, la conspiración es más compleja de lo que temíamos. La pregunta es: ¿podremos sofocarla a tiempo para iniciar la invasión este año?

—Debemos, mi querido Plautio —dijo Narciso con firmeza—. No hay alternativa posible. El propio emperador tiene planes de unirse al ejército en Britania.

—¿Ah, sí? —Vespasiano se volvió hacia Plautio—. Pensaba que usted sería el comandante en jefe, señor.

—Parece ser que no —respondió Plautio encogiéndose de hombros—. La mano derecha del emperador, aquí presente, me ha pedido que llame al emperador a nuestro «rescate» una vez el ejército esté preparado en la capital de Trinovante.

—Tranquilo, general —dijo Narciso a la vez que le daba una palmadita en la mano a Plautio, quien la retiró con su otra mano como si la hubiera tocado una serpiente—. Son relaciones públicas necesarias. Usted estará al mando de toda la campaña. Claudio estará presente para figurar, para conducir al ejército victorioso en la capital, para repartir las medallas y volver a Roma para celebrar el triunfo.

—Si el Senado se lo confiere —le recordó Vespasiano.

—Ya está hecho. —Narciso sonrió—. Me gusta hacer planes a largo plazo, facilitar la labor a los historiadores. De modo que Claudio tendrá su triunfo, el Imperio tendrá una nueva provincia, evitaremos una indeseable guerra civil, y nuestras carreras estarán garantizadas para un futuro inmediato, que, cabe decir, no siempre es tan largo como uno desearía. Y todo saldrá tan bien como cabe esperar, siempre y cuando...

—Siempre y cuando sofoquemos el motín y metamos a las legiones en los barcos —terminó Plautio con aire cansino.

—Eso es.

Vespasiano entró en la conversación:

—¿Y cómo lo conseguiremos?

—Tengo un pequeño plan. —Narciso se dio un golpecito en la nariz. — No puedo decírselo a nadie si queremos que funcione. Pero confiad en mí, es un plan magnífico.

—¿Y si no funciona? —preguntó Vespasiano.

—En ese caso, os haré sitio en la cruz junto a la mía.

Una vez la segunda legión se instaló para pasar la noche y se dio a los centinelas la orden estricta de no permitir a nadie la entrada ni salida de la base, Vespasiano mandó llamar a Macro para que le presentara un informe completo de lo sucedido. Éste le había dado un informe sucinto previamente, pero dada la atmósfera de secretismo que reinaba en el cuartel general, Vespasiano quería recoger la mayor información posible. Ya entrada la noche, Vespasiano hizo pasar a Macro a su tienda, y éste se cuadró ante la mesa del legado. Vespasiano se estaba poniendo al día con el papeleo a la luz de un par de lámparas de aceite. Una vez se volvió a cerrar el faldón de la entrada a la tienda, el legado soltó el estilo y cerró el tintero.

—He oído que ha sido un viaje muy duro.

—Sí, señor.

—¿Has perdido a muchos hombres?

—Ocho han muerto, y seis de los heridos se están recuperando en el hospital de la novena.

—Las pérdidas se añadirán al fondo común de reclutas.

—Sí, señor.

—Quiero que me cuentes detalladamente cómo sucedió. No pases nada por alto y cuéntamelo tal como ocurrió, sin adornos.

Vespasiano escuchó atentamente a Macro, que, mirando fijamente al fondo de la tienda, pronunció con voz monótona un discurso prosaico que narraba la emboscada sufrida durante la marcha y el final del viaje hasta Gesoriaco. Cuando hubo concluido, Vespasiano le miró con severidad.

—Y no le contaste a nadie el objetivo de tu misión.

—A nadie, señor. Las órdenes eran muy claras.

—¿De modo que podemos estar seguros de que los atacantes no actuaban con conocimiento de información interna?

—Sí, señor —asintió Macro antes de dar su opinión al respecto—. No eran un simple hatajo de ladrones y sinvergüenzas. Esos hombres llevaron a cabo una emboscada planeada y lucharon como militares de carrera. Era muy obvio que iban a por el secretario imperial.

—Ya veo. —Vespasiano asintió sin expresar su decepción. Lo que le había contado el centurión no aportaba nada nuevo a lo que ya sabía. Si lo que explicaba Macro era cierto, era claro que los agresores habían obtenido la información del desplazamiento de Narciso a partir de fuentes ajenas a la legión. Si el centurión no mentía, aquello simplificaría las cosas al secretario. — Centurión, ¿puedo pedir tu opinión personal..., en términos estrictamente extraoficiales?

Macro se mostró inquieto. Le habría gustado responder: «Depende»; pero un soldado no podía poner condiciones a un superior, de modo que no tuvo más remedio que asentir, si bien poniendo de manifiesto su reticencia.

—Sí, señor. Supongo que sí.

—¿Crees que la invasión de Britania es acertada?

—Es política de estado, señor —contestó Macro con recelo—. Es un asunto demasiado

elevado para mí. Supongo que el Emperador y su gabinete lo han planeado todo detenidamente y han tomado la decisión adecuada. No tengo ninguna opinión al respecto.

—He dicho que sería una opinión extraoficial.

—Sí, señor.

Macro maldijo para sí al legado por ponerle en una situación tan delicada. Nada de lo que pudiera decir un subordinado era del todo «extraoficial» si el oficial cambiaba de opinión en el futuro.

— ¿Y bien?

—Sencillamente, no conozco tan bien el asunto como para darle una opinión que le pueda servir de ayuda, señor.

Vespasiano se percató de que aquella táctica de indagación había llegado a un punto muerto. Debía buscar otro procedimiento si quería averiguar algo, un procedimiento que librara al centurión de la responsabilidad de sus palabras.

— ¿Qué dicen los hombres?

— ¿Los hombres, señor? Bueno, algunos están preocupados. Es normal: a ninguno nos gusta el agua más que para beber. El mar está lleno de peligros. Además, se cuentan historias sobre lo que nos espera al llegar.

—Tu no temes al ejército britano, ¿verdad?

—No al ejército en sí. Eso sólo me preocupa como le preocuparía a cualquier hombre que se enfrenta a un enemigo nuevo. Tiene más que ver con los druidas, señor. Con ellos y los de su clase.

— ¿Qué ocurre con los druidas?

—Los hombres han oído decir que tienen el poder de invocar demonios.

— ¿Y tú crees en esas cosas?

—Por supuesto que no, señor —respondió Macro, ofendido—. Cualquiera con dos dedos de frente sabe que eso es una sarta de tonterías. Pero ya sabe cómo son los hombres con las supersticiones.

—Si no me equivoco, hasta hace poco tiempo tú eras uno de ellos.

—Sí, señor.

— ¿Y tú no eres supersticioso como ellos?

—No, señor. Dejé todo eso atrás cuando me nombraron centurión. Un centurión no

tiene tiempo que perder con ese tipo de cosas.

— ¿Dónde han oído hablar tus hombres de los druidas?

—Uno de nuestros mensajeros se encontró ayer con algunos soldados del campamento principal, señor. Le hablaron de los druidas y luego dijeron algo sobre el motín.

— ¿Lo llamaron motín? —Preguntó Vespasiano—. ¿Seguro?

—De hecho, no, señor. Dijeron que seguían siendo leales al emperador y que la invasión debía de ser una idea descabellada de Narciso que ningún hombre en su sano juicio apoyaría. Llámese como quiera, pero yo sigo pensando que es un motín, señor.

— ¿Y el resto piensa como tú?

—Que yo sepa, sí, señor.

—Muy bien, centurión. Muy bien. —Vespasiano reclinó la espalda sobre la silla.

Al menos, por el momento, la legión era leal al Imperio. Pero a menos que el plan de Narciso produjera un milagro, sería cuestión de tiempo que la segunda legión se contagiara y se dividiera como las demás. Sin embargo, mientras los oficiales como Macro hicieran bien su trabajo, el motín podría contenerse, al menos durante unas semanas.

CAPITULO XXX

Mientras los hombres de la sexta centuria observaban cómo el resto de la legión se instalaba, Cato abandonó la fila de tiendas y se apresuró entre la multitud de soldados, animales y carros de transporte, y se dirigió hacia la zona donde se situaba el cuartel del legado. El personal del cuartel general y los carros asignados a Vespasiano estaban adentrándose en la zona junto a la tienda destinada a los vehículos. Dado que el verano no tardaría en llegar y la legión sólo acamparía durante dos meses antes de la invasión, el personal administrativo del ejército había señalado el campamento para el levantamiento de tiendas, más que de barracones.

Cato se mantuvo a una distancia suficiente de los carros para evitar llamar la atención, y buscó algún indicio de Lavinia. Los arrieros conducían los carros entre resoplidos y quejas. Los pasajeros bajaban de éstos para iniciar el pesado proceso de descargar los arcones de viaje para trasladarlos a las grandes tiendas que los legionarios estaban montando. A Cato se le iluminaron los ojos al ver los carros de Vespasiano, y su mirada desesperada y expectante dio con la gratificante visión de Lavinia bajando del carro particular del legado con Tito en brazos. Cato se controló para no saludarla o llamarla, y

trató de pasar desapercibido entre los legionarios que trabajaban con esfuerzo. Observó a Lavinia seguir a su dueña: ambas entraron en una tienda que ya estaba levantada. Cato se quedó mirando la entrada de ésta un buen rato antes de irse andando poco a poco.

Merodeó por la legión hasta el anochecer, cuando llamaron para la cena y se dio cuenta de que tenía hambre. Al mediodía no había comido, pues estaba nervioso ante la inminente llegada del resto de la legión con Lavinia y el centinela herido; era una mezcla extraña de pena y terror que resultaba algo dolorosa. Cuando volvió a su centuria, el sol se había puesto y las figuras de hombres y tiendas ya eran indistinguibles contra el horizonte. Se habían encendido hogueras para cocinar, y el aire fresco ya transportaba el olor de guisos. A Cato se le había asignado la segunda guardia y quería tener el estómago lleno antes de empezar las rondas detrás del oficial de guardia, para recoger las señales que cada puesto había dejado en paredes y puertas. Macro, sentado junto al fuego de su sección, rebañaba su plato con pan recién horneado. Miró de soslayo a Cato y le preguntó:

— ¿Dónde has estado?

—He ido a dar un paseo, señor.

—Conque un paseo, ¿eh? Imagino que no habrás pasado por delante del cuartel del general.

Cato sonrió.

—Imagino que es esa mujercita. ¿Todavía estás pendiente de esa chica? —Macro meneó la cabeza—. ¿Qué te dije sobre todo este asunto en la base? Un soldado que permite que sus sentimientos empañen sus pensamientos es un soldado distraído, y el ejército no puede permitirse ese lujo. Quítatela de la cabeza, chico. De hecho, tal vez pueda ayudarte con eso. Yo y algunos muchachos vamos a ir a la ciudad más tarde... Me las he arreglado para conseguir un pase para comprar provisiones de cebada para la cohorte. Nos han dicho dónde podemos encontrar una posada modesta, pero agradable, que ofrece algo más rico que la bebida del lugar. Si quieres, reúnete con nosotros una vez hayas terminado la guardia.

— ¿Es una orden, señor?

Macro lo miró con dureza.

—Pues que te jodan, enamorado. Sólo intento ayudarte. Pero si prefieres quedarte ahí enfurruñado a tomarte unos tragos con los amigos y olvidar los problemas, estás perdido.

Cato sabía que tenía razón. La respuesta cortante del centurión había sido una reacción impulsiva, y el muchacho lamentaba haberle ofendido.

—Señor, le agradezco su invitación, pero ahora mismo no me apetece acompañarle. No puedo evitarlo.

—No puedes evitarlo, ¿eh? —Le espetó Macro—. ¡Pues haz lo que te dé la gana!

Se puso de pie y se precipitó furioso hacia su tienda, no sin antes dedicarle una mirada iracunda al muchacho.

Mientras esperaba a que se hiciera la hora del cambio de guardia, Cato se hundió en su desesperación. Quizás el centurión estaba en lo cierto. ¿Qué historia de amor podía tener con una chica a la que apenas tenía ocasión de ver? Además, era peligroso relacionarse con ella, dado que podía testificar que él había estado en la tienda del legado aquella noche. Si por cualquier motivo fuera indiscreta, ambos tendrían que enfrentarse a Vespasiano. Y la verdad de lo sucedido sería difícil de creer. Lo mejor que podía hacer era olvidarla, olvidarse del amor y seguir adelante. Tal vez, después de todo, se reuniría con Macro y los demás.

Poco después del cambio de la segunda guardia, cuando todos dormían menos algún que otro desvelado, el centinela de la entrada principal vislumbró a dos personas que se acercaban por el camino en dirección al campamento. Pidió la contraseña y, al no recibir respuesta inmediata, apuntó con la jabalina y les volvió a preguntar.

— ¡Tranquilo, soldado! —Gritó una voz—. ¡Somos amigos!

— ¡La contraseña!

— ¡Somos amigos te digo! Del campamento de al lado.

— ¡Guardad la maldita distancia! —les gritó el centinela, algo aliviado al ver que hablaban latín.

—Queremos hablar con tu comandante. Tenemos una autorización firmada por el general Plautio. Déjanos entrar.

— ¡No! ¡Quedaos donde estáis! —el centinela más fornido dio un paso atrás y apuntó con la jabalina a las dos figuras, a diez pasos escasos de él. Con la tenue luz del cielo estrellado pudo ver entonces que uno de los hombres era alto y delgado y vestía una capa oscura con capucha. El otro era un hombre gigantesco y llevaba una espada envainada.

— ¡Optio! ¡Optio de guardia! ¡Venga, deprisa!

La puerta lateral se abrió y el optio entró con un trozo de pan mojado en vino en la boca.

— ¿Qué ocurre? Espero que no sea otra falsa alarma, porque aún estoy comiendo.

—Este hombre quiere hablar con el legado.

— ¿Ha dado ya la contraseña?

—No, señor.

—Pues dile que se largue..., a estas alturas deberías conocer las normas.

—Si me permiten interrumpirles... —el hombre más alto dio dos pasos adelante.

—Quédate donde estás, amigo —gruñó el optio.

—Tengo que hablar con el legado —insistió el hombre, y luego se sacó una tablilla de debajo de la capa—. Aquí tenéis: tengo una autorización de entrada firmada por Aulo Plautio.

El optio se acercó con cautela y cogió rápidamente la pizarra que le mostraba y se dirigió a la puerta lateral, donde había bastante luz para leer lo escrito en ella. El pase era auténtico, y el sello circular marcado sobre la cera presentaba el águila de un general. Aun así, el optio contempló la posibilidad de que fuera falso. Dada la rigurosidad que se estaba aplicando a las normas del campamento y las restricciones de entrada y salida, era evidente que el legado y los oficiales superiores estaban nerviosos por algo.

El optio se detuvo a pensar un momento: una persona que traía una autorización de entrada firmada por el propio Plautio debía de ser alguien de alto rango.

—Por favor, espere aquí, señor.

—Tenéis una seguridad digna de elogio —dijo Narciso algo más tarde, al aceptar la copa que le ofrecía Vespasiano—. Fue muy difícil convencer al oficial de guardia para dejarnos entrar a verte, incluso con la autorización del general. Tus soldados se ciñen a las normas.

—Sin normas no habría orden; sin orden no habría civilización; sin civilización, Roma no existiría. —Vespasiano citó de memoria el antiguo adagio y alzó su vaso—. Pero me alegro de que hayas venido, sea por la razón que sea. Tengo que hablar contigo a solas.

—En ese caso, el interés es mutuo.

—¿Y qué hay de éste? —Vespasiano señaló con la cabeza al guardaespaldas, que estaba de pie en la penumbra, quieto y callado.

—Haz como si no estuviera —dijo Narciso—. Aquí dentro estamos seguros, ¿no?

—Por supuesto. Las entradas están bien vigiladas.

—¿Ah, sí? —Narciso dio un trago a su copa y miró a Vespasiano fijamente a los ojos.
— Eso no es lo que me han comunicado mis fuentes.

Vespasiano se ruborizó.

—¿Tu espía te ha informado?

—Me informaron de que un intruso hirió a un centinela. Me dijeron que no robaron nada. Es decir, nada importante.

—Nada —dijo Vespasiano con firmeza, haciendo un esfuerzo por aguantar la mirada de

Narciso.

— ¿Y qué sucedió?

—Que yo sepa, una esclava tenía que encontrarse con su amante en mi tienda de mando. Él no acudió a la cita, ella esperó un rato y luego se marchó. Poco después, los guardias encontraron a alguien en la tienda, que hirió a un centinela y huyó. Una antorcha cayó al suelo y prendió fuego a la tienda, pero conseguimos apagarlo antes de que causara demasiados desperfectos. Y eso es todo lo que ocurrió.

Sin dejar de mirarle, Narciso tomó otro trago.

— ¿Torturaste a la chica?

—No fue necesario.

— ¿Ah, no? Algunos oficiales disfrutaban de lo lindo con esas cosas.

—Si crees que... —Vespasiano hizo ademán de levantarse y el gigante en la penumbra se adelantó enseguida.

Narciso ordenó con la mano al guardaespaldas que volviera a su sitio.

—No creo nada. Solamente me preguntaba si conseguiste sonsacarle más información.

—Sólo lo que acabo de contarte.

— ¿Y el nombre del amante en cuestión?

—Mira, Narciso, yo dirijo mi legión, y si hay que solucionar algún asunto, yo me encargo. Tú no eres más que un liberto y no puedes darle órdenes a un legado. Esto no son las fiestas Saturnales, ¿sabes?

Narciso le dedicó una sonrisa extraña.

—Es curioso que digas eso. Pero no importa..., quiero saber quién es ese hombre.

Vespasiano no contestó enseguida. Por mucho que no le gustara Vitelio, no quería dar una información que pudiera destruir a un hombre que tal vez fuera inocente. Un hombre inocente que podría convertirse en un rival político; o en un aliado. No había nada escrito.

—Será mejor que me lo digas ahora —dijo Narciso en voz baja—, o será Politemo quien te lo pregunte.

— ¿Cómo te atreves? —Vespasiano se echó atrás indignado—. ¿Me amenazas en mi propia tienda? ¡Ahora mismo podría llamar a mi guardia y haceros crucificar a ti y a este bruto así! —intentó chasquear los dedos, pero al tener la mano húmeda no pudo.

A Narciso no le pasó por alto el fallo y se dio el gusto de sonreír con satisfacción antes

de seguir hablando en un tono más conciliador:

—Me temo que malinterpretas el valor distinto que tenemos tú y yo a los ojos del emperador. Un aristócrata con grandes pretensiones políticas vale diez veces más que un sestercio. Hay quien tiene un talento indiscutible (como tú, por ejemplo), pero son casos aislados de su clase. Tantas generaciones de endogamia no han producido más que idiotas ociosos y arrogantes. Nosotros, el emperador, podemos sustituirte por otro sin problema. Yo, en cambio, soy insustituible. ¿Cómo, si no, crees que un mero liberto ha sido capaz de medrar hasta convertirse en la mano derecha del emperador? Sólo en mi dedo hay más inteligencia, más astucia y más crueldad que en todo tu cuerpo. Recuérdalo bien, Vespasiano. Recuérdalo antes de que se te vuelva a ocurrir reprenderme.

Vespasiano mantuvo la boca cerrada para controlar el torrente de ira que le abrasaba. Se asió con fuerza a los brazos de su silla y tragó saliva.

—Perfecto —asintió Narciso—. Es bueno saber que eres lo bastante listo para aceptar una verdad difícil de aceptar como ésta. Acabarás de entender la importancia de esto cuando regreses a Roma. Me alegra saber que no me equivocaba contigo.

— ¿Y en qué no te equivocabas? —preguntó Vespasiano entre dientes.

—Tu cerebro está por encima de tus sentimientos, y tu orgullo está donde debe estar. Así que sé bueno y dime quién es el hombre que debía encontrarse con la esclava en tu tienda.

—Vitelio. Dijo que era Vitelio.

— ¿Vitelio? Qué interesante, ¿no te parece? Un tribuno que tiene una aventura con una esclava en la tienda de mando del legado, donde hay guardados documentos importantes. Me parece de lo más interesante. Y no digamos sugerente, ¿verdad?

Vespasiano se limitó a mirarlo firmemente.

— ¿Guardas todavía la carta?

—Sí.

— ¿Tienes claro lo que debes hacer?

—Por supuesto. Pero no será fácil encontrar un carro hundido en una ciénaga desde hace cien años.

—En tal caso, más vale que encuentres a los hombres adecuados para el trabajo. Que no sean demasiados, cuantos menos lo sepan, mejor, y procura que sean discretos.

—Ya he pensado en algunos.

—Bien. Hay que localizar ese arcón, y cuando lo tengas, cuídalo como si fuera tu propia vida. Cuando el emperador llegue con los refuerzos, una unidad especial de la guardia

pretoriana trasladará el arcón hasta Roma. Y luego olvidarás que existió. Tanto tú como los hombres destacados para la misión.

Narciso apartó la copa y se levantó.

—Me temo que ahora debo irme. Gracias por tu hospitalidad, Vespasiano. Y tranquilízate, estoy seguro de que el emperador te estará muy agradecido cuando sepa que has colaborado de buena gana.

—Antes de irte, dime una cosa.

—Sí.

—¿Quién es el espía enviado en mi legión? Debo saber en quién puedo confiar cuando llegue a Britania.

—Entonces ya no me serviría para nada.

—¿Para informarte sobre mí, por ejemplo?

—Claro.

—En tal caso, dime al menos quién es el traidor —pidió Vespasiano—. Debo saber a qué atenerme.

Narciso trató de parecer comprensivo.

—No lo sé. Sospecho de alguien, pero aún no estoy seguro... Necesito más pruebas. Si digo algo que te lleve a tratar a la gente que te rodea de forma distinta, el espía contrario se dará cuenta de que estamos cerrando el círculo. No hay que hacer nada que pueda levantar sospechas. No hables con nadie de este asunto. Ni siquiera con tu mujer.
¿Entendido?

Vespasiano asintió.

—Entiendo que pones mi vida en peligro.

—Eres un soldado. Acostúmbrate.

El secretario dio media vuelta para salir de la tienda llamando con un dedo al guardaespaldas. Vespasiano se quedó a solas sufriendo en silencio su rabia y frustración. De momento, se *había* librado de las consecuencias que habría sufrido por el robo de la carta. Pero no estaba más cerca de encontrar una salida de la escabrosa intriga en la que estaba inmerso.

Una vez fuera, Narciso se detuvo. No parecía que Vespasiano hubiera ordenado que les siguieran. Se volvió hacia el guardaespaldas.

—Asegúrate de que no me siguen. Si te llamo, ven lo antes posible.

Se marchó a toda prisa e, instantes después, el guardaespaldas le siguió, pendiente de cualquier movimiento en la oscuridad y sin perder de vista a su amo. Narciso se dirigió hacia las tiendas de los tribunos y se detuvo ante la entrada de una. Cuando estuvo seguro de que nadie le observaba, entró precipitadamente. Dentro le esperaba el espía enviado del Imperio, como habían convenido a través de un mensaje secreto. Se levantó de la silla de campaña para saludar al secretario imperial.

— ¿Todo bien, señor?

Narciso le dio la mano que le tendía y sonrió.

—Sí, Vitelio, muy bien. Debemos charlar un momento sobre ese pergamino del que te hablé hace unos meses. Es más, siento curiosidad por saber por qué no me dijiste que estuviste en la tienda del legado el día que se robó el manuscrito.

Vitelio le miró extrañado.

—Es que no estuve en la tienda.

—Vespasiano no dice lo mismo. Interrogó a una esclava que afirmó haber quedado en verse contigo en la tienda.

—Eso no es cierto. Juro que no es cierto.

Narciso lo miró de cerca y luego asintió con la cabeza en un gesto de satisfacción por la respuesta.

—Muy bien. Te creo..., de momento. Pero si no es cierto, ¿por qué iba a decir eso? ¿O por qué se le ordenaría decirlo?

— ¿Ordenarle? ¿Quién?

—Precisamente, estimado Vitelio, se te envió aquí para descubrirlo.

CAPITULO XXXI

— ¡Cato! ¿Cómo demonios has entrado aquí?

—He venido a traer un informe para mi centurión al cuartel general, mi señora. Me he perdido buscando la salida, y aquí estoy.

Flavia se rió y se levantó del suelo. Había estado ocupada preparando un arcón de campaña para su marido y el suelo de madera estaba lleno de pilas ordenadas de ropa

bien plegada.

—Tienes un aspecto horrible. ¿Has pasado una mala noche?

—Sí, mi señora. Fui hasta Gesoriaco.

—Los jóvenes nunca aprenderéis. Pero no me creo que hayas venido hasta aquí para darme explicaciones. ¿Quieres ir a ver cómo avanza la construcción de la guardería que he mandado hacer para Tito?

— ¿Señora?

—He puesto a Lavinia al mando de algunos esclavos para arreglar el cuarto. Quiere hablar contigo. Y creo que a ti no te importaría volver a verla. —Flavia le guiñó un ojo.
— Ve y déjame seguir con esto. Sal por ese faldón, es la tercera a la izquierda. Ah, y procura que nadie te vea aquí dentro.

Varios pensamientos le asaltaron al salir en la dirección que le había indicado Flavia. Pese a estar desesperado por ver a Lavinia, todavía había preguntas sin contestar sobre aquella noche en la tienda del legado. Tenía que saber si la joven había hablado con alguien sobre él. No había duda de que Flavia sabía que había estado allí, pero ¿alguien más? Cato se detuvo ante la entrada del que sería el cuarto de juegos de Tito.

Se armó de valor y entró. El lugar estaba lleno de juguetes y ropa de niño. Entre el desorden había varios esclavos de Flavia agachados, esforzándose por crear un lugar agradable para jugar. Sentada a un lado del cuarto, Lavinia pintaba risueña una granja de animales sobre una pequeña mampara. No había visto a Cato, y saltó cuando él la llamó.

—Mira qué me has hecho hacer —le dijo riendo, señalando con el pincel la mampara—. Le he pintado una cola en la cabeza a mi vaca.

— ¿Es una vaca? —Cato habría jurado que era un caballo.

Lavinia se dio la vuelta hacia él. Por un instante, puso una cara seria y a él le dio un vuelco el corazón. Luego ella extendió los brazos para cogerle las manos y le sonrió.

—Estaba preocupada por ti después de saber lo del centinela.

— ¿Por qué no regresaste?

—No pude. Cuando entré en mi cuarto, mi señora Flavia me dijo que me necesitaba; dijo que Tito estaba enfermo. Yo no vi que le pasara nada malo, pero me dijo que me quedara con él mientras ella iba a buscar alguna medicina. Para cuando volvió, todo el mundo gritaba. Me alegro de que te marcharas antes de que tuviera lugar aquel suceso tan desagradable con el centinela. No sabes lo preocupada que he estado. Me sentía muy mal por haberte dejado solo en la tienda. Lo siento mucho, de verdad que lo siento.

Cato le apretó las manos.

—No pasa nada. Me alegro de que estuvieras a salvo. Cuando aquel hombre entró en la tienda, temí que te lo encontraras de cara al volver. Creo que te habría matado.

— ¿Había otro hombre?

—Claro. ¿No creerás que yo atacué al centinela?

—No..., pero ¿quien, si no?

—No lo sé. Cuando me descubrió en la tienda, fue a por mí. Grité pidiendo ayuda y, cuando entró el centinela, aquel hombre lo atacó y desapareció. Yo salí de allí lo más rápidamente posible.

—Vaya.

—En fin, me alegró tanto saber que estabas bien cuando te vi bajar de los carros.

— ¿Te alegraste? ¿De verdad?

—Por supuesto.

—Eres un encanto. —Lavinia se incorporó y le dio un beso en los labios. — Te preocupas por mí, ¿verdad?

Él no contestó y le devolvió un beso más largo; su corazón empezó a palpitar contra el suave calor de sus pechos. Cuando se despegaron sus labios, la miró a los ojos y se sintió un poco rastroso por lo que iba a preguntar:

— ¿Ha identificado a alguien el centinela?

—Está muerto. Murió en Durocortoro. Mi ama lo ha sabido esta mañana. Nunca llegó a decir nada..., así que estás a salvo.

— ¿Hay alguien más, aparte de Flavia, que sepa que yo estuve allí aquella noche?

—No. Pero el legado sabe que yo estuve allí. Encontró mi lazo.

— ¿Qué le dijiste? —Cato sintió un escalofrío.

—Le dije que iba a encontrarme con otra persona y, como no llegó a aparecer, me fui a la cama. Es todo lo que le dije. Lo juro.

—Te creo. ¿Con quién dijiste que te ibas a encontrar?

—Con el tribuno Vitelio.

— ¿Por qué él? —Cato se sintió algo incómodo al involucrar a Vitelio en aquel asunto.

Le vino a la mente una imagen de Vitelio dando órdenes entre las llamas del poblado germano. Era un golpe bajo ponerlo bajo sospecha.

—Porque mi ama así me lo ordenó. Al parecer, a su marido no le gusta el tribuno y cree que es algo sospechoso. Ella dijo que era la alternativa más natural.

—No parece muy correcto —empezó a decir Cato, pero Lavinia lo atrajo hacia sí y volvió a besarlo.

— ¡Calla! No importa mientras nadie sospeche de ti. Eso es lo único que a mí me importa.

Lo condujo a una parte escondida entre cortinas que hacía las veces de vestidor y añadió:

—No tenemos mucho tiempo y tenemos que ponernos al día.

—Espera. ¿A qué te refieres con que no tenemos mucho tiempo?

—Mi ama volverá pronto a Roma y me llevará con ella.

Cato sintió desfallecer.

—Intentaré esperarte en Roma —dijo ella en tono cariñoso.

—Puede que nunca vuelva. Y aunque no sea así, puede que pasen años.

—Puede..., o puede que no. De uno u otro modo, no podemos hacer nada al respecto. — Lavinia le tomó la mano suavemente. — Falta poco para separarnos, así que ven conmigo.

— ¿Y qué hay de ellos? —Cato señaló con la cabeza a los otros esclavos.

—No nos echarán en falta.

Tiró de Cato y pasaron al dormitorio de Tito, situado tras unas cortinas que corrieron al entrar. Sobre las tablas del suelo había dispuesto un lecho improvisado de mantas sobre el que Lavinia echó delicadamente a Cato. Acostado sobre el suelo, el corazón le latía; sus ojos se deslizaron por el cuerpo de la muchacha hasta llegar a las manos que levantaban la túnica que la cubría.

—Dime —dijo Lavinia—, ¿dónde nos habíamos quedado?

CAPITULO XXXII

Pocos días después, las cohortes de las tres legiones amotinadas estaban reunidas en el anfiteatro de turba construido junto al campamento. Plautio y Narciso, que ocupaban el palco junto a Vespasiano y otros oficiales superiores, habían costeado para estas legiones un espectáculo de gladiadores en nombre del emperador. A lo largo del día pasaron por la arena hombres y bestias en una espléndida exhibición de sangre. El vino ofrecido al público había contribuido a la animación del público, que se mostró animado y bullicioso hasta el final.

En la arena, la última lucha de gladiadores llegaba a su inevitable desenlace. Como casi siempre, el reciario había dominado la situación y estaba de pie ante su víctima, con el tridente sobre el cuello del mirmidón, atrapado en la red. El reciario miró a la audiencia para conocer su decisión. A pesar de las pocas posibilidades de ganar, el mirmidón había ofrecido un buen espectáculo y el público alzó su dedo para perdonarle la vida. Narciso vaciló un momento y bajó el pulgar. La multitud le abucheó y se volvió hacia la arena, donde el reciario hizo una reverencia. ¡El muy estúpido! Si los legionarios sospecharan por un momento que todo estaba amañado..., pero habían bebido mucho vino y todos tenían la mente lo bastante embotada para no darse cuenta de la actuación que tenían ante ellos.

De repente, Narciso se puso en pie y, sin previo aviso, saltó del palco para ir hasta el centro de la arena. Alzó las manos para pedir silencio.

Los legionarios no esperaban aquello y enseguida se callaron, llenos de curiosidad, todavía animados. Se oyeron algunos murmullos que fueron acallados por sus compañeros, mientras Narciso esperaba a que se hiciera un silencio absoluto.

— ¡Amigos míos! ¡Romanos! ¡Legionarios! ¡Escuchadme! —les dijo con voz solemne—. Todos me conocéis. Soy el secretario del emperador y, si bien no hablo en nombre de Claudio y no soy más que un liberto, me considero tan romano como cualquiera de vosotros.

Al no tener en cuenta la importante distinción entre ciudadano romano y liberto, el público murmuró en señal de desaprobación.

— ¡Repito que mi corazón es tan romano como el de cualquier hombre aquí presente!

Al decir esto, se rasgó la túnica y mostró al público su pecho blanco y enjuto. Hubo quien no pudo contener una risilla ante la imagen.

—Y como soy romano en todo menos de nombre, he venido a deciros que yo, Narciso, estoy indignado con lo que veo. ¡La sangre se me hiela al ver cómo hombres a los que considero amigos romanos se alzan en rebelión contra los heroicos generales de Roma, a quienes tenéis el privilegio de servir y a quienes deberíais honrar con vuestras vidas! ¡Lloro al ver cómo un hombre tan grande, un hombre de nuestras más grandes familias..., Aulo Plautio —Narciso tendió la mano hacia el general—, ha de sufrir la vergüenza, el oprobio de semejante alzamiento a traición!

Narciso echó la cara a un lado, la cubrió con la túnica y estalló en sollozos. Algunos hombres ya no pudieron controlar la risa ante el histrionismo del liberto.

Con lágrimas en los ojos, respiró hondo y dio unos pasos precipitados alrededor para encararse a los espectadores.

— ¡¡Cobardes!! ¡Sois unos cobardes desagradecidos que osáis haceros llamar romanos! ¡Si no vais a seguir a un hombre valiente y honrado como Plautio, entregad las armas a un hombre que lo hará! ¡Invadiré Britania! ¡Solo, si es preciso! ¡Así que entregadme las armas!

El secretario abrió los brazos implorando a la audiencia que le entregara las armas.

— ¡Toma, maldito cretino!

Un legionario se levantó y le tiró su espada a Narciso, que se agachó asustado. Acto seguido, otros hicieron lo mismo, y a la arena empezaron a caer espadas y dagas, al tiempo que Narciso se hizo atrás para protegerse, se pisó el borde de la túnica y cayó al suelo. Los legionarios se rieron a carcajadas.

Vespasiano sonrió y se controló para no reír al ver cómo el secretario volvía a caer. Rojo de furia y vergüenza, Narciso se puso de pie y agarró una de las espadas.

— ¿Os reís de mí? ¿Osáis reiros de mí? Soy el único que está preparado para la lucha. No estoy sentado sobre un culo gordo sin hacer nada. ¡Soy el único aquí presente digno de llevar la espada y el águila gloriosa en la lucha contra las hordas bárbaras!

Algunos hombres lloraban de la risa ante el patético espectáculo, y Narciso se abalanzó hasta el frente del escenario para blandir la espada hacia ellos, calculando mal el golpe. El impulso le hizo dar vueltas y la espada se clavó a sus pies en la arena. Intentó recuperar el aliento entre resuellos.

—Mi naturaleza es débil por servir tantos años a Roma y, aun así, yo me enfrentaría a lo que vosotros teméis. ¡Y os hacéis llamar romanos! No debería pedirlos que volvierais con vuestros oficiales. Ni siquiera debería molestarme. No..., os ordeno que este motín llegue a su fin. ¡Os lo ordeno!

Aquello fue demasiado para las tropas, que se desternillaban de risa. Entre la multitud, se oyó una voz gritar « ¡Saturnales! ¡Saturnales!». Otros legionarios vocearon el nombre de la fiesta popular según la que los rangos sociales se invertían, y enseguida se extendió al resto del público, que empezó a lanzar a la arena todo tipo de cosas. Narciso agitó el puño y soltó un grito inaudible de desafío, para luego dar media vuelta y salir corriendo del escenario. Los legionarios siguieron gritando « ¡Saturnales!» hasta que Narciso abandonó la arena. Entonces la multitud empezó a dispersarse poco a poco para salir del anfiteatro, de vuelta al campamento principal.

—Bueno, espero que haya surtido efecto —dijo Plautio.

—Ha sido una excelente forma de fomentar el espíritu de equipo —opinó Vespasiano en tono reflexivo—. Será interesante ver si Narciso ha logrado avergonzarlos y les hace volver a su trabajo. ¿Puede imaginarse cómo reaccionará el resto del ejército cuando corra la voz de que un liberto se ha dirigido a ellos de esa manera? Y ahora, si me

permite, señor.

— ¿Qué? Oh, sí, claro. Toma lo que quieras. Yo también necesito beber algo.

Vespasiano descendió hasta las rejas de separación que había a un lado del anfiteatro.

— ¿Alguien ha visto al secretario imperial?

—Aquí estoy —se oyó un voz, y Narciso salió de un rincón oscuro—. ¿Estoy fuera de peligro?

— ¡Justo a tiempo! —Exclamó Vespasiano—. Una actuación ejemplar.

—Gracias.

—Sólo por curiosidad; ¿hay algo por lo que no te humillarías para favorecer tu causa?

— ¿Mi causa? Esa humillación que acabas de presenciar no ha sido por mí. Lo he hecho por el emperador y por Roma. Un día aprenderás, Vespasiano —añadió Narciso con severidad—. Un día te darás cuenta de que lo único que mantiene en pie un estado son los burócratas que están dispuestos a tragarse la mierda para que siga en pie. Tal es la magnitud de su compromiso. Y la magnitud de su éxito reside en que nunca serán mencionados por los historiadores. Vale la pena que lo recuerdes.

—Lo recordaré. Pero, dime, ¿qué te hizo pensar en esta estrategia?

—Corren tiempos cínicos —contestó Narciso—. Una llamada al patriotismo demasiado directa estaba sentenciada al fracaso, así que hacía falta un acercamiento distinto. Pido a los dioses que con esto sea suficiente. ¿Crees que funcionará?

—Habrá que esperar.

—Sí. ¿Puedo quedarme en tu campamento esta noche?

—Nadie más te acogería —dijo Vespasiano con una mueca—. ¿Quieres una escolta para ir hasta allí?

—Antes debo hablar con alguien. Hay un asunto sin importancia que debo zanjar. Hasta luego.

El secretario se cubrió la ropa rasgada con una túnica militar y se dirigió hacia la entrada principal del campamento. Vespasiano volvió a su tienda e hizo llamar a Macro.

Poco después tenía cuadrado ante su mesa a un centurión que se había vestido a toda prisa.

—Centurión Macro, en vista de las cualidades que has demostrado tener para la lucha y para la discreción en la misión de escolta, el jefe imperial y yo te hemos designado para un trabajo concreto en Britania...

El ambiente festivo que siguió a lo sucedido aquella tarde en el anfiteatro se mantuvo hasta entrada la noche, hasta que el desenfreno de los soldados agotó la bebida en todo el campamento, y todo el mundo se fue a dormir la borrachera. Hubo quien no fue capaz de andar hasta su tienda y se quedó dormido en cualquier rincón. De modo que pocas horas antes del amanecer, pocos quedaron para presenciar lo que sucedería.

Un pequeño destacamento de centuriones con un carro, encabezados por Vitelio y Pulcher, fue arrojando por todo el campamento a los soldados cuyo nombre aparecía en una lista que Narciso había elaborado. La mayoría de ellos eran veteranos que habían luchado en el ejército durante los últimos años del reinado de Augusto y despreciaban el declive moral que siguió con la llegada al trono de Tiberio, primero, y de Calígula después. La mayoría estaban demasiado cansados o borrachos para resistirse a ser arrastrados fuera de sus tiendas. Pulcher se encargaba de atarlos bien antes de lanzarlos a la parte trasera del carro. Cuando uno de ellos intentó gritar para pedir ayuda, Pulcher lo degolló y amenazó a los demás con hacer lo mismo si se les ocurría abrir la boca. Y así, cuando el sol empezaba a iluminar el este, la pequeña procesión salió del campamento para dirigirse hacia un bosque lo bastante lejano para que nadie pudiera oírles.

Mientras Vitelio volvía a encontrarse con Narciso para informarle, hicieron bajar a los soldados prisioneros del carro y los dispusieron en una fila irregular. Se arrodillaron temerosos de Pulcher, al que no perdían de vista en su ir y venir a lo largo de la hilera, con una sonrisa aterradora que le descomponía la cara cicatrizada. Una vez acabada de formar la fila, Pulcher desenvainó su daga con tranquilidad.

—Muy bien, traidores, ya os habéis divertido bastante. Ahora me toca a mí. Quiero nombres. Quiero saber quién os da órdenes desde Roma. Como supongo que muchos no sabréis nada, me da igual. Si me dais nombres viviréis; si no, moriréis. Así de claro.

Pulcher se acercó a un veterano canoso al final de la fila.

—Tú primero. ¿Algún nombre?

El hombre apretó los labios y escupió en la cara de Pulcher. Sin vacilar un segundo, éste lo agarró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. La daga le segó la garganta y un chorro de sangre se vertió sobre el suelo. Pulcher lo soltó y el soldado se desplomó, se estremeció, y dejó de moverse.

—Muy bien, ¿quién será el siguiente?

Poco después de salir el sol, Pulcher volvió al campamento de la segunda legión para encontrarse con el tribuno Vitelio. Le dio una tablilla de cera con una lista de nombres. Vitelio pasó el dedo por la lista con una expresión sombría (había pocas sorpresas), hasta que detuvo el dedo.

—¿Estás seguro de éste? —preguntó con firmeza.

—Eso dijo aquel hombre.

—Eso explica cómo se enteró tan pronto la oposición de la visita de Narciso. ¿Quién te

dio este nombre?

—Aurelio, el tribuno superior de la novena. Tiene buenos contactos en Roma.

—Eso ya lo sé, gracias —respondió Vitelio irritado—. Imagino que no hay posibilidad de hablar con el tribuno Aurelio.

Pulcher negó con la cabeza.

—Usted dijo que debía eliminarlos. Me temo que he sido tan aplicado como siempre.

—Lástima. Me habría gustado confirmar este nombre personalmente. Pero tendremos que fiarnos de la información que nos dio Aurelio.

—¿Debernos comunicárselo a Narciso?

—No. Creo que no. Al menos, por ahora.

—De acuerdo. Entonces será mejor que vuelva al bosque. Tengo que cavar un rato.

Bajo el sol de media mañana, los centinelas de la entrada principal al campamento vieron salir un carro del inmenso bosque que se extendía, a lo lejos, de la costa hacia el interior. El carro iba escoltado por un par de adustos centuriones, y Pulcher silbaba contento desde el lado del auriga. Al entrar en el campamento, los centinelas no vieron más que unos picos y unas palas, y una mancha oscura sobre los tablones de madera.

CAPITULO XXXIII

El sol de poniente se vertía sobre la cubierta y recortaba la silueta del mástil y las jarcias de la embarcación militar. En la proa, un marinero echaba una pesada cuerda por la borda para medir la profundidad. El barco avanzaba, con lentitud canal adentro cuando el capitán ordenó colocar dos rizados más en la vela. Mientras los marineros trepaban por las jarcias y el peñol, Cato se acercó cuidadosamente a la base del bauprés.

Cato había empezado a marearse tan pronto habían zarpado de Gesoriaco y el barco había empezado a mecerse en el vaivén de las aguas del canal. Se había encontrado con varios hombres en la borda para vomitar en el mar espumoso por el que avanzaba el navío. Macro se dio el gusto de comerse unos pasteles que había comprado en el mercado del puerto poco antes de embarcar. No pudo resistirse a ofrecer el último al optio, y soltó una carcajada al ver la mirada de odio que le dedicó el muchacho ante la invitación.

Tan pronto la nave entró en las aguas abrigadas del fondeadero, Cato empezó a sentir que las náuseas remitían y, sin soltar el estay, miró hacia el frente, donde la flota invasora estaba anclada. Cientos de barcos abarrotaban la reluciente superficie del mar: los elegante navíos de guerra con almenas que descollaban sobre las hileras de remos a cada lado, los enormes buques de transporte de tropas de bajo calado se bamboleaban cerca de la orilla, y las embarcaciones más pequeñas que llevaban suministros y equipo procedentes de Galia.

Los legionarios se agolparon junto a las bordas para ver mejor la escena, para exasperación de los marineros, que los apartaban y maldecían, pues aún tenían que dirigir el barco, que entraba pesadamente entre la brisa. La isla de Britania, misteriosa y siempre envuelta en niebla, con costumbres tan distintas de las romanas, se les revelaba con una costa sombría en el calor de un día de verano. La expectación de los hombres devino entonces decepción al ver las granjas, el campo y el paisaje que desaparecía tierra adentro entre la niebla. Por todas partes había pequeñas columnas de legionarios, y más allá se veía el tenue rastro de polvo de la retaguardia de las dos primeras legiones, que seguían avanzando isla adentro.

Durante los dos últimos días, los hombres sólo habían oído algún que otro detalle sobre los progresos de la invasión. La tripulación del barco que había vuelto para formar parte de la segunda división sólo había dicho que las dos primeras legiones habían desembarcado sin problema. Cato vio que no había indicios de lucha violenta, ni hogueras funerarias para los compañeros caídos, ni grupos de enemigos; no *había* ni rastro de los britanos. Era difícil de creer. Las crónicas de César hablaban del terrible peligro que suponía invadir Britania, así como de la fuerte resistencia del enemigo durante el primer desembarco, que esperó a los romanos en la playa y casi los venció en un enfrentamiento sangriento en la costa. En cambio, esta vez aquello se parecía más a los ejercicios anfibios con los que Plautio había instruido a sus soldados en la costa de Galia dos semana antes: muchos romanos, pero ni un solo enemigo.

A un grito del capitán, el barco cambió el rumbo. Colocaron la vela mayor en ángulo con la cubierta, y la proa se meció en medio del canal. Los barcos se detuvieron en un espacio en la línea de barcos cerca de la costa señalada con grandes gallardetes rojos que se fueron izando lentamente en la brisa. Unos cuantos barcos cargados con elementos de la segunda legión ya habían desembarcado, y Cato vio a un grupo de jinetes dirigirse hacia la playa y hacia un prado junto a ésta. Se trataba de Vespasiano y su destacamento, que se disponían a señalar la zona donde se reuniría la segunda legión para pasar la noche antes de trasladarse tras la llegada de la vigésima y novena legiones.

Aunque Cato no se uniría a ellos, pensó el muchacho con un repentino escalofrío de miedo y excitación. Él formaría parte de un reducido destacamento al mando de Macro para desempeñar una misión especial, mientras el resto de la legión debería enfrentarse al enemigo. Pero el centurión aún no les había confiado los detalles de la misión, y estaba sentado lejos de sus hombres, en la popa del navío, inclinado sobre el mar cenagoso. Escupió en el agua, se dio la vuelta y vio que su subordinado le miraba. Esperó un momento y se dirigió hacia la proa abriéndose paso entre la multitud apiñada en la sección central del barco.

—Al final resulta que no es tan aterradora, ¿no? —Señaló la costa con la mano.

—No, señor —contestó Cato—. De hecho, es bastante agradable. Parece que tiene buenas tierras de labranza para cuando nos asentemos.

— ¿Y qué sabrá un chico de palacio sobre agricultura?

—No mucho —admitió Cato—. Lo poco que sé es por Virgilio. Hace que la agricultura parezca algo fascinante.

—Algo fascinante —le imitó Macro—. La vida en el campo es muy dura..., no tiene nada de poético. Sólo a un tipo de ciudad que viene a hacer la visita de turno a sus fincas puede parecerle fascinante. —Macro se arrepintió enseguida de la severidad de sus palabras y sonrió al darle una palmadita en el hombro. — Perdona, eso ha estado fuera de lugar. Es que tengo muchas cosas en la cabeza.

— ¿Qué cosas, señor?

—Cosas que sólo atañen a personas de rango superior al tuyo. Lo siento, Cato. No puedo decir nada hasta que no estemos lejos de la legión. Son órdenes.

— ¿Y órdenes de quién?, me pregunto —dijo Cato en voz baja—. ¿De nuestro comandante? ¿O de Narciso, quizás?

—No vas a sacarme nada. No puedo decirte ni una palabra. Ten paciencia. Pensaba que al menos ya habrías aprendido eso en el ejército.

Cato frunció el ceño y dirigió la mirada hacia fortificaciones que se alzaban en la playa y alrededores.

Vespasiano había dado la orden estricta de guardar en secreto el objetivo de la misión. De los once hombres que Macro había seleccionado para ésta, sólo se le había dicho a Cato, y aun así, sólo sabía que le habían destacado para desempeñar una peligrosa labor. Mientras Macro observaba la costa cada vez más próxima, recordó la noche anterior en la tienda de Vespasiano, a la luz de la lámpara de aceite, entre el golpeteo de la lluvia sobre la lona.

—Te hará falta una carreta para el viaje de vuelta.

—Sí, señor.

—Así que procura conseguir una de la flota de transportes... Encargaré a alguien para que haga las gestiones necesarias. —Vespasiano apuró su copa y observó al centurión.
— Confío en que entiendes la importancia que tiene esta misión.

—Sí, señor. Con esa cantidad de dinero le hace falta alguien en quien poder confiar, señor.

—Sí, sí, claro —asintió Vespasiano—. Pero no se trata sólo de eso. El emperador necesita todo el oro y plata que pueda encontrar. Lo único que le mantiene en el poder en estos momentos es el apoyo del ejército, y, en concreto, esos cabrones ambiciosos de

la guardia pretoriana. Claudio mantendrá el poder mientras haya dinero con el que pagar a las tropas. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—De modo que es fundamental encontrar el arcón —Vespasiano prosiguió con un tono más enfático—, y los hombres que has seleccionado no deben saber nada en absoluto. Es posible que los enemigos del emperador ya se hayan enterado de esto, y es preferible no llamar demasiado la atención. Si esta información llega a oídos equivocados, no seréis los únicos en busca del arcón. Antes debéis localizarlo. Creo que los nativos ya supondrán bastante peligro para no tener que preocuparos de los nuestros.

— ¿Me permite preguntar de quién en concreto no tengo que preocuparme, señor?

Vespasiano negó con la cabeza.

—Sospecho de algunos de nuestros compañeros de armas, pero ahora mismo no tengo pruebas.

—Ya veo.

Macro lo veía claramente. Era evidente que aquella misión tenía un segundo objetivo: desenmascarar a los miembros de la legión que suponían una amenaza para el emperador, aunque para ello fuera necesario utilizarle a él y a sus hombres de cebo.

— ¿Y qué pasará cuando...?

—Qué pasará si...

— ¿Si nos encontramos con ellos? ¿Qué ocurriría entonces, señor?

—Me demostrarías que escogí al hombre adecuado para el trabajo. Saldrás beneficiado en un caso o en el otro, y te prometo que yo y el Emperador seremos generosos contigo.

Macro abrió un poco la boca como muestra de agradecimiento. Entonces sería una misión sumamente peligrosa, pero le pagarían bien si seguían el sencillo plan que Vespasiano había diseñado. Demasiado sencillo, reflexionó Macro. Tendría que conducir a un destacamento de pocos hombres al sur de las marismas, lejos de la protección del cuerpo principal del ejército. Tendrían que evitar todo contacto con los nativos y los exploradores del ejército romano. Una vez en las marismas, tendría que seguir el mapa que Vespasiano le había proporcionado para ayudarle a localizar los restos del carro hundido en un cenagal hacía casi cien años. Una vez encontrado el carro, el destacamento tendría que recuperar el arcón y cargarlo en la carreta, y volver hasta la legión, donde deberían entregarlo al legado en persona. El arcón no debería abrirse bajo ninguna circunstancia. La visión del tesoro que encerraba podía corromper la mente de los legionarios. Y si no había bastante con tener que enfrentarse a la curiosidad de sus hombres, tenía que abrirse camino en territorio enemigo, tal vez tendrían que enfrentarse a nativos, y a romanos que formaban parte de un entramado político.

— ¿Hay algo más que quieras saber, centurión?

—Una cosa, señor. ¿Qué ocurre si no conseguimos localizar el carro?

—Ni se te ocurra pensarlo —le advirtió Vespasiano.

—Ya.

El legado se alegraba de que Macro no fuera consciente. Si la misión fracasaba, el arcón se quedaría en las marismas, a la espera de ser localizado por alguien. Nada le garantizaba que el mapa original que le había dado Narciso fuera el único, y ahora que le había confiado una copia a Macro, nada le garantizaba que no se fueran a hacer más copias. Si la misión fracasaba, no era conveniente tener un puñado de soldados por las marismas con la mínima idea de lo que había bajo el cieno. Pero ya había pensado en eso.

— ¿Es todo, centurión? —preguntó Vespasiano, y Macro asintió—. Pues más vale que empieces a preparar a tus hombres. No volveremos a hablar hasta que no vuelvas a la legión con el arcón.

—Sí, señor.

—Buena suerte. Y adiós.

Al salir de la tienda, Macro dobló el mapa y se lo metió dentro del arnés; estaba algo incómodo por el tono tajante con el que el legado le había despedido. Pero la misión ya estaba en marcha, no había vuelta atrás.

El capitán del barco gritó a la tripulación que soltaran las escotas y recogieron la vela que quedaba. El navío tenía bastante espacio para avanzar deslizándose en el agua a poca distancia de la costa, y en la cubierta se sintió un temblor. Desde popa, el capitán ahuecó las manos y gritó:

— ¡Rampa de desembarque!

Los legionarios se apartaron para que los marineros pudieran sacar una rampa larga llena de bisagras, y desplegarla a pocos metros de la orilla. Un marinero dio la señal y soltaron la rampa, que cayó sobre el agua con un fuerte estrépito. Entonces atravesaron la parte trasera de la rampa con dos barras de hierro que se clavaron en dos cavidades de la cubierta del barco.

— ¡Aquí está! —El capitán dio a Macro una fuerte palmada en el hombro—. Un servidor ya os ha transportado al otro lado del océano sanos y salvos. Espero que hayáis tenido un buen viaje.

—No ha estado mal —contestó Macro sin entusiasmo.

Al igual que muchos soldados, Macro pensaba que la tierra era el lugar que correspondía a los hombres, y el mar, a los peces e idiotas que se molestaban en cruzarlo.

—Gracias de todos modos.

—Ha sido un placer. Procurad darles una paliza a esos britanos.

—Se hará lo que se pueda.

—Ahora le agradecería que hiciera desembarcar a sus hombres. Volvemos a Galia enseguida. Esta noche hay que traer algunos caballos de una cohorte siria.

—¿Esta noche? —Macro se extrañó—. Pensaba que si podíais evitarlo, los marineros nunca viajabais de noche.

—Por lo general, no —el capitán esbozó una sonrisa afable—. Pero nos pagan por hacerlo y el dinero no nos sobra. Así que, si no le importa...

Macro miró a los ojos expectantes del capitán.

—Muy bien, muchachos, ya podéis bajar. Procurad no dejaros nada a bordo o no lo recuperaréis.

En fila de uno, los legionarios descendieron por la rampa de desembarque y, con el agua por la cintura y los pertrechos en alto, avanzaron en tropel hasta la playa. Para cuando Macro y Cato ya habían llegado hasta la zona del agua con guijarros, ya habían recogido la rampa y los marineros hacían fuerza con unos maderos en el agua para empezar a mover el barco.

—¿Por qué tienen tanta prisa? —Cato señaló el barco con la cabeza.

—Dinero.

—¡Qué hombre no haría algo por dinero! —Rió Cato—. Como si fuera lo más importante del mundo.

—Lo es.

La dura expresión del centurión sorprendió al muchacho, que se lo quedó mirando mientras Macro empezaba a gritar órdenes a la centuria. Era normal que estuviera tenso, como todos los oficiales lo estaban tras la lenta desintegración del motín. La espléndida actuación de Narciso había llegado a oídos de todas las legiones, que recibían con hilaridad cualquier imitación improvisada de la fanfarronada del burócrata. Como había pretendido el astuto liberto, todo el mundo había participado en la broma, y el clima de desconfianza y traición pronto se evaporó ante la misteriosa desaparición del tribuno Aurelio y sus colaboradores. Plautio había favorecido la situación invitando al séquito de jefes y príncipes britanos exiliados a contar historias sobre las riquezas que les esperaban en Britania: oro, plata, esclavos y mujeres que esperaban ser rescatados de los salvajes ignorantes que se empeñaban en luchar desnudos. Su terrible aspecto (cuerpos pintados y cabellos blancos en punta) y sus constantes alaridos no tenían la menor repercusión en la lucha. Los grandes guerreros de las legiones los vencerían y alcanzarían la victoria sin problema. Durante las semanas previas a la invasión, los legionarios ganaron confianza ante la perspectiva de la lucha, aquello para lo que más

preparados estaban.

Poco después de caer la noche, se levantó la última tienda y los hombres de la centuria se sentaron a cenar unas gachas de cebada y algo de pan de Galia que todavía estaba fresco. Las conversaciones que se desarrollaban alrededor de las hogueras eran sobre los progresos de la campaña, que se conocían gracias a la poca información obtenida de los mensajeros y ordenanzas encargados de abastecer a las líneas de vanguardia que volvían del frente. Pese a que el único contacto con el enemigo había sido alguna que otra escaramuza entre exploradores, hasta ese momento los aurigas britanos habían vencido a la caballería romana. Los más veteranos decían malhumorados a los nuevos reclutas que una vez llegara la infantería pesada y se enfrentara a los britanos, aquello sería otra historia.

En la tienda del centurión, Macro daba instrucciones, sin levantar mucho la voz, a los hombres que había escogido para desempeñar la misión que Vespasiano había encargado. Aparte de Cato, había seleccionado a los diez mejores legionarios de su centuria, que, sentados sobre la hierba, escuchaban las explicaciones sobre la tarea especial para la que se les había destacado.

—Como habréis observado algunos, nuestra legión ha sido honrada con la presencia de algunos miembros de la realeza, que se han aprovechado de la hospitalidad de Roma a lo largo de los últimos años debido a algún malentendido con sus súbditos.

Los soldados sonrieron ante aquella descripción de los clientes del Emperador. Sucedió lo mismo en todo el Imperio; los pueblos echaban a los déspotas que les oprimían, y éstos acudían a Roma para abogar en su favor y descubrir que Roma les concedía asilo a un precio muy alto: la eterna obediencia.

—Y así —prosiguió Macro—, uno de nuestros amigos, de nombre Cogidubno, fue algo imprudente en sus comienzos cuando llegó por vez primera a Roma para negociar un tratado. Al parecer, le impresionó tanto lo que vio que prometió entregar su nación al Emperador si el Imperio se extendía hasta Britania. Bien, como podéis observar, ya lo ha hecho. Pero Cogidubno parece haber olvidado aquellas primeras buenas intenciones y espera que Roma le ofrezca un tratado mejor. Para su desgracia, cuando su pueblo lo echó, el carro en el que iban sus documentos personales se perdió en una ciénaga cerca de aquí. Por suerte, los espías del general han descubierto el paradero del carro, y nuestro trabajo consiste en recuperar el arcón con esos documentos y traerlos hasta la legión. Una vez Plautio tenga el documento que acredite la promesa inicial de Cogidubno de vender su pueblo a Roma, el general podrá hacerle cumplir su palabra. Si nos diera algún problema, siempre podríamos amenazarle con hacer ver a su pueblo el concepto que tiene de él. Sería ponerle en un compromiso, ¿no os parece?

Macro hizo una pausa, satisfecho de haber conseguido que aquella invención fuera tan convincente.

—Pero antes hay que recuperar esos documentos. Y ahí es donde intervenimos nosotros. Nos han destacado a los doce para recuperar el arcón.

— ¡Señor! —Uno de los legionarios alzó la mano.

— ¿Sí?

— ¿De verdad esperan que doce hombres se metan en territorio hostil por su cuenta? — El soldado escupió al suelo con desprecio. — Sería un auténtico suicidio.

— Esperemos que no. — Macro les dedicó una sonrisa tranquilizadora. — Vespasiano dice que los exploradores han encontrado poca resistencia desde que desembarcaron las dos primeras legiones. No tiene por qué pasarnos nada si lo encontramos enseguida. Un par de días bastarán.

— ¿Cuándo saldremos, señor?

— Esta noche. En cuanto salga la luna.

CAPITULO XXXIV

Durante la noche se levantó una niebla húmeda y pegajosa y el suelo se cubrió de un manto blanco. Contra la luz roja de las hogueras se dibujaba la silueta de Vitelio y su guardaespaldas, Pulcher. El tribuno le dio a Macro una pequeña pizarra.

— Aquí tienes la autorización. También está firmada por el general, de modo que no tendrás ningún problema con los piquetes, aunque dudo que esto sirva para controlar a algún britano que os podáis encontrar en el camino.

Macro no sonrió al meter la pizarra en su mochila. Era típico que un maldito oficial se riera de hombres a los que tal vez enviara a una muerte segura.

— Bien, centurión, confío en que tengas éxito en tu misión..., sea ésta la que sea.

Macro asintió sin decir nada.

— Buena suerte.

Macro saludó y volvió con sus hombres, que le esperaban quietos en la niebla fantasmal. El último siseaba insultos a las dos mulas de la carreta. Tras descansar de un viaje desconcertante por mar, las mulas estaban inquietas y no dejaban de mover las orejas. Macro dio la señal de ponerse en marcha, y el arriero pinchó a la mula delantera en la grupa con la punta de la jabalina. Las mulas tiraron de los arreos con un gruñido. La carreta no llevaba ninguna pieza suelta y los ejes estaban bien engrasados, de modo que el único ruido que hacía era el de la presión que ejercían las ruedas sobre el suelo. La niebla ahogaba los ruidos de la noche, y el de los pasos del destacamento al marchar sobre la hierba mojada les parecía anormalmente fuerte. A sus espaldas fueron

quedando las hogueras de la segunda legión, que se desvanecieron en la nada, y al poco ellos fueron los únicos que provocaban un ruido propiamente humano en la noche.

Para Cato, que había nacido y crecido en la ciudad más grande del mundo, el silencio era agobiante: su imaginación convertía cualquier ululato de un búho, cualquier susurro entre la hierba, en un britano al acecho, a la espera del momento ideal para atacarles. Marchaba tras su centurión y no era la primera vez que envidiaba el aire confiado e invulnerable que tenía Macro al andar, lo cual no dejaba de ser irónico, dadas las cicatrices que tenía.

La pequeña columna al mando de Macro marchaba en silencio hasta que éste fue interrumpido con el grito de la contraseña que les pidió el centinela del piquete, y que observó con curiosidad la carreta que llevaban al final. Luego la extraña patrulla se perdió en la niebla, que pronto engulló el sonido de la carreta.

Con el relevo del centinela, se conoció la existencia del extraño destacamento en el cuartel general. Vespasiano se encontró ante un oficial superior de guardia desconcertado que quería confirmar que Macro actuaba bajo órdenes.

— ¿Doce hombres y una carreta, dices? —preguntó Vespasiano enfurecido, pues tenía un asunto más urgente que atender.

—Sí, señor.

—Es muy extraño. No parece que sea una patrulla de reconocimiento.

—No, señor. Eso pensé —afirmó el oficial de guardia—. ¿Quiere que envíe una patrulla a caballo?

—No tendría ningún sentido. Ahora mismo no podemos prescindir de muchos hombres. Los exploradores han perdido la pista de una columna britana: nos hacen falta todos los soldados de caballería para localizarla.

—Entiendo. ¿Qué hago entonces, señor?

—Apuntarlo en el registro de guardia, por supuesto. Hasta que sepamos algo más, los consideraremos desertores.

— ¿Desertores? —El oficial casi se rió ante una idea tan ridícula. — Pero si morirán en manos de los primeros britanos que se crucen con ellos, señor.

El legado le lanzó una mirada glacial que le invitaba a no decir nada más.

—He dicho desertores. Y si los cogen, quiero que los traigan ante mí cuanto antes. Nadie debe verlos ni hablar con ellos.

—Sí, señor.

Una vez solo, Vespasiano frunció el ceño. Se sentía algo culpable por tildar a Macro y a sus hombres de desertores. Pero si fracasaban en su misión, tendrían que ser acallados

para evitar que nadie supiera de la existencia del arcón. El legado trató de no pensar más en el centurión y la misión especial. En ese momento, los movimientos de los britanos eran algo más grave de lo que preocuparse. Tan pronto había desembarcado la fuerza invasora, Plautio había enviado a su unidad de exploradores de caballería para localizar al ejército enemigo y controlar así, con información precisa, su magnitud y posición. Con la espesa niebla de la noche anterior y la bruma, una importante fuerza britana de carros de combate e infantería de nueve o diez mil hombres había conseguido despistar a los exploradores romanos, y el comandante de caballería había intentado restablecer contacto desesperadamente a lo largo de toda la noche. Vespasiano se había enterado de que la columna que había desaparecido tal vez estaba al mando de Togodumno, hermano de Carataco, el jefe de las fuerzas britanas, y, si los refugiados britanos estaban en lo cierto, era un buen estratega.

Un rayo de luz naranja cayó sobre los papeles que Vespasiano tenía frente a él, y alzó la vista para ver que el sol de la mañana entraba por una rendija de la tienda. Iba a ser un día difícil, pero en cuanto tuviera tiempo, alguien iba a darle explicaciones sobre la chapuza de tienda que habían montado.

Con los primeros rayos de luz en el horizonte, Macro dio la orden de alto, y los hombres se dejaron caer a los lados del camino. Después de la tensión acumulada durante la marcha nocturna, se alegraban de que la oscuridad comenzara a disiparse al despuntar el alba. Tras dejar atrás los piquetes, tuvieron que apretar el paso en dos ocasiones al oír acercarse caballos, sin saber si los cascos que pasaban junto a ellos en la oscuridad eran exploradores romanos o britanos. El resto de la noche habían seguido adelante guardando el mayor silencio posible, a la espera de ser atacados de un momento a otro. Bajo los primeros rayos de luz, Cato, agotado, mordisqueaba una tira seca de cerdo. Se volvió hacia Macro.

— ¿Queda mucho, señor?

—Deberíamos llegar al anochecer. Allí —apuntó hacia la campiña, donde una extensión plana todavía estaba cubierta con un manto de niebla, a los pies de un extraño montículo que se alzaba como un islote en un mar de leche—, allí empiezan las marismas.

— ¿Y cómo se supone que vamos a encontrar el carro en un lugar tan vasto, señor?

—Seguiremos este sendero hasta encontrar una depresión en el camino que lleva a un bosquecillo. El carro está hundido en el cieno, junto a un tocón de roble quemado. No deberíamos tener ningún problema para encontrarlo.

Al mirar hacia donde el camino desaparecía entre la niebla, Cato dudó que la búsqueda fuera tan fácil como Macro la pintaba. Las marismas les esperaban con sus frías aguas, inertes y estancadas, y Cato sintió un miedo irracional. Aquella era la imagen del infierno que su padre le había descrito cuando era pequeño. Espectros lúgubres que se *alzaban* entre las siluetas oscuras de los árboles y la neblina sinuosa.

Macro miró atentamente hacia en el camino y luego echó una mirada por la campiña que les rodeaba en busca de algún indicio de actividad. A la izquierda, se extendía el campo a los lejos, se veía el resplandor del mar, y a la derecha, las tierras de labranza daban paso a un bosque. Nada se movía. Los britanos se habían asegurado de no dejar

animales de granja a merced de los invasores y, asimismo, habían quemado cualquier depósito de grano. Bien, decidió Macro, avanzar era seguro. Se puso de pie.

—Levantaos, vagos. Hay trabajo que hacer.

Los hombres se levantaron de la hierba con actitud cansada y formaron fila. El centurión empezó a marchar por el camino, y ellos le siguieron cansados y tensos. El camino bajaba en pendiente hacia las marismas y tuvieron que frenar con fuerza a las mulas para evitar que el carro se precipitara. Allí donde empezaban las marismas, el camino se estrechaba, de modo que las ruedas del carro aplastaban la hierba a cada lado. El suelo a sus pies era blando, y Cato notaba cómo se hundía un poco bajo las botas al avanzar entre la neblina. Al rato desapareció el paisaje de la campiña britana y un inmenso horizonte blanco les rodeaba. A sus espaldas, el sol apenas iluminaba entre la densa blancura y el aire era frío y pegajoso. Nadie hablaba; los únicos sonidos procedían de los resoplidos de las mulas al tirar del carro en el suelo de turba donde se hundían las ruedas de la carreta.

El estrecho sendero se abría camino entre las marismas. Allí donde el suelo era demasiado blando para el paso de vehículos, se había colocado una pasarela de troncos cubiertos con guijarros. A pesar de ello, las ruedas de la carreta se atascaban en el lodo de vez en cuando. Los soldados tenían que dejar espadas y escudos en el suelo para empujar la rueda con todas sus fuerzas y hacerla girar otra vez y poder seguir avanzando. Macro les dio un descanso y se dejaron caer sobre un montículo cubierto de musgo rodeado de una extensión poco profunda de agua. Por la posición del pálido sol que la niebla engullía, Macro se dio cuenta de que era casi mediodía, y al ver a los hombres tan exhaustos, supo que no podía esperar que marcharan mucho más y que, además, extrajeran el carro del barro una vez lo encontraran. Debían de estar cerca, si el mapa era correcto.

Un resplandor repentino le hizo mirar al cielo y vio que el sol empezaba a hacerse notar. La luz empezó a adentrarse en forma de rayos en la niebla, que empezaba a disiparse.

— ¡Cato!

— ¿Señor?

—Sube a aquel montículo de allí y dime si ves el tronco que buscamos.

Macro señalaba en dirección a un otero cubierto de musgo que había junto al camino, y Cato se levantó a regañadientes para obedecer. Puso un pie con cuidado sobre la superficie verde para saber si aguantaría su peso.

— ¡No hagas el tonto, muchacho! —le dijo crispado—. Levántate.

Con los brazos en cruz para controlar su caída, Cato se levantó poco a poco. La superficie bajo el musgo era sorprendentemente firme, y Cato se irguió para contemplar el paisaje inquietante que tenían delante. Al frente, el camino bajaba en pendiente y desaparecía entre una ciénaga inmundada. Incluso a primera vista, era evidente que la carreta no podía seguir avanzando. A Macro no le gustaría oír aquello.

— ¿Ves algo parecido al tronco que buscamos?

—No, señor.

— ¿Y eso de allí? —Macro señalaba hacia un espacio despejado de niebla donde había algunos árboles muertos completamente negros y retorcidos.

—No estoy seguro, señor.

— ¡Pues presta más atención, maldita sea!

Cato entornó sus ojos, pero era difícil distinguirlos bien, y la niebla volvía a cerrarse alrededor de los árboles otra vez. Se incorporó hacia delante para ver mejor. Con un crujido apagado, la tierra del musgo se vino abajo y Cato cayó de cabeza al suelo del camino con los brazos extendidos. Se dio un buen golpe, que casi le dejó sin respiración unos momentos.

— ¿Estás bien? —Macro se inclinó para ayudarlo a levantarse.

—Sí, señor.

—Cato —le dijo Macro con una sonrisa—, he llegado a conocer soldados patosos en mi vida, pero tú...

—No fue culpa mía, señor. El maldito suelo cedió.

—Ya. —Macro miró hacia el lugar de donde Cato había caído. Un buen trozo de musgo había cedido para dejar al descubierto una masa de vegetación putrefacta que se desmoronaba.

—Allí, señor. ¿Lo ve? —Se quejó Cato, herido en su orgullo—. Está todo podrido.

Se calló un instante y arrancó por curiosidad un terrón de musgo, y otro y otro, lanzándolos a un lado con afán. Macro sonrió de nuevo.

—No hay necesidad de que te lo tomes tan a pecho.

Cato no le hizo caso y siguió arrancando musgo hasta que aparecieron los restos podridos de un tocón. Cato se puso en pie y miró a su alrededor; había varios montículos cubiertos de musgo a cada lado del camino. Se acercó al más próximo y arrancó el musgo para descubrir bajo él los restos de tocón, y luego miró a Macro con una sonrisa burlona.

— ¿Qué demonios haces? —El centurión estaba desconcertado por el comportamiento excéntrico del joven.

— ¡Señor! ¿No lo ve?

—Veo que te has vuelto loco de remate.

— ¡Son tocones, señor! ¡Tocones!

Cato hizo una pausa, esperando la reacción a sus palabras con una sonrisa de lado a lado en su rostro salpicado de fango. Macro no pudo evitar sentir cierta ternura hacia el chico. Cato parecía un niño pequeño: era imposible enfadarse con él.

— ¿Tocones? —Respondió Macro—. Sí, ya veo que son tocones. Seguramente cortaron los árboles para usarlos en el camino.

— ¡Exacto, señor! Exacto, los cortaron. ¿Cuántos diría que hay?

Macro miró a su alrededor.

—Unos diez o doce, más o menos.

— ¿Cree que diez o doce árboles bastan para formar un bosquecillo?

Macro se lo quedó mirando y sintió un escalofrío en la nuca que reconoció de otras veces.

— ¡Todo el mundo en pie!

Los legionarios, cansados y sucios, podían haber mostrado incluso menos entusiasmo ante la idea de hacer un esfuerzo, pero se levantaron.

—El optio cree que estamos en el lugar correcto. Empezad a buscar los restos del carro a los lados del camino.

Los legionarios miraron la gris y lúgubre ciénaga que les rodeaba, y luego al centurión, a la espera de indicaciones más útiles.

— ¡Vamos, empezad! —Dijo Macro con firmeza—. ¡No va a aparecer por su cuenta!

Sin esperar a los demás, el centurión empezó a arrancar terrones de musgo del montículo más próximo a un lado del camino. Los otros hicieron lo mismo a desgana, y pronto, el montículo estuvo completamente deshecho. Los legionarios fueron lanzando al aire terrones de musgo y tierra y se ensuciaron todavía más. El sol descendía poco a poco, y cada vez perdía más fuerza entre la niebla posada en la vasta extensión cenagosa. Los legionarios no habían encontrado nada, y fueron sentándose uno a uno para investigar los restos negros y marrones de turba y madera podrida, todo cuanto habían obtenido de su esfuerzo. Macro dejó que se detuvieran sin pronunciar palabra y se puso de cuclillas para lanzarle a Cato una mirada acusadora.

—Yo sólo he dicho que podría tratarse del lugar que buscamos —dijo Cato con un tono de culpabilidad—. Es decir, que es una suposición razonable, teniendo en cuenta cómo están las cosas.

— ¿Una suposición? —murmuró Pírax crispado—. ¡Antes parecías muy seguro de lo que decías, maldita sea!

—Tal vez me equivocara —Cato se encogió de hombros—. ¿Pero dónde, sino, puede estar el carro? No puede haber avanzado en el camino y, por otro lado, ¿cuántos más árboles hemos pasado? Ninguno. Tiene que estar cerca.

— ¿Dónde, entonces? —Macro extendió un brazo para mostrar las excavaciones—. Ya hemos buscado.

—Entonces aún no lo hemos encontrado.

— ¡Mierda! —Pírax se puso en pie furioso—. Mira, centurión, es obvio que el carro no está aquí. Cualquier idiota se daría cuenta. O lo pasamos de largo, o nunca ha estado enterrado en este lugar. ¿Por qué no volvemos con la legión?

Los demás legionarios murmuraron en señal de apoyo.

Macro miró al suelo y reflexionó un momento antes de ponerse en pie.

—No. Al menos, no todavía. El muchacho tiene razón. Si ese carro existe, ha de estar aquí. Descansaremos y volveremos a cavar. Si al anoecer no hemos encontrado nada, volveremos.

Pírax soltó una maldición y escupió a los pies de Cato con el puño cerrado.

—Es mi decisión, Pírax —intervino Macro con severidad—. Siéntate y descansa. Es una orden. ¿Me has oído?

Pírax se quedó mirando fijamente al optio sin decir nada. Luego se volvió hacia Macro y asintió con la cabeza.

— ¡Te he preguntado si me has oído!

— ¡Sí, señor!

—Bien, pues siéntate.

Tras mirar antes al optio, Pírax se dio la vuelta y se sentó junto a los otros legionarios, que también miraban a Cato con rabia.

Era más de lo que Cato podía soportar en ese momento, y se fue andando hasta el borde de la ciénaga para evadirse de la hostilidad que se cernía sobre él. Los restos de un árbol joven sobresalían de la superficie pantanosa al borde del montículo y colgaban formando un ángulo con el sendero. Con un suspiro de frustración, Cato fue a reclinarse contra el árbol para intentar distraer sus pensamientos y contemplar el paisaje que tenía delante. En cuanto su cuerpo se apoyó contra el tronco, éste cedió con un fuerte crujido y cayó sobre la hierba a la orilla del montículo. Por un momento, Cato casi se cayó otra vez, pero recuperó el equilibrio con un movimiento ágil.

— ¡Cato! —Gritó Macro—. ¡Maldita sea! ¿Es que no puedes estar de pie sin caerte cada dos por tres? Te juro que he visto marineros borrachos menos patosos que tú.

—Lo siento, señor. Pensé que el árbol aguantaría mi peso.

—¿Qué árbol? —Preguntó Macro al mirar entre la hierba hacia donde señalaba el joven—. Eso no es un árbol.

Se agachó para examinar la larga vara de madera. Bajo el liquen, la suciedad y el musgo, la madera era demasiado fina y regular para ser un árbol. Limpió el extremo de la vara y apareció una chapa de hierro. Frotó un poco más y apareció una abrazadera de hierro de unos treinta centímetros, con dos mangos a cada lado del palo.

—Muy bien, Cato —empezó a decir—, puede que no seas el tipo más hábil que haya pasado por la legión, pero tu torpeza tiene sus buenos momentos. ¿Sabes qué es esto?

Cato negó con la cabeza, algo desconcertado ante la idea de que el árbol pudiera tener una pieza de hierro.

—Es el extremo de la vara de un carro. Y donde hay una vara de carro, debe haber un carro. Veamos.

Macro cogió la vara de madera, la alzó en alto y la siguió con la vista hasta donde desaparecía entre el cieno. Tiró de ella para ver qué sucedía, pero, pese a que la vara subía y bajaba, había algo que la sujetaba en la base. Macro la dejó caer en la hierba y se dio la vuelta para dirigirse a los otros legionarios, que le observaban con una curiosidad cansina.

—¡Por última vez, muchachos! En pie. Parece que al final el optio estaba en lo cierto. Sabía que podía confiar en él.

De no ser porque atacar a un oficial de rango superior se consideraba una gran infracción, Cato le habría pegado.

CAPITULO XXXV

La noche empezaba a caer y aún no había señal alguna de la fuerza de Togodumno. A la caballería de exploradores de tres legiones se habían unido cohortes auxiliares a caballo, y los alrededores ya habían sido reconocidos sin encontrar rastro de los britanos. La segunda legión estaría en peligro hasta que no la localizaran, y Vespasiano se resistía a abandonar una posición fortificada mientras se desconociera el paradero y la magnitud de la fuerza enemiga. Le vino a la mente una imagen de las repercusiones que sufrirían sus hombres, de ser atacados, al desplegarse en retirada. Un ataque bien calculado podría desmoronar a la segunda. Por eso Vespasiano había enviado a los exploradores bajo las órdenes de Vitelio, que se había adentrado en los campos britanos bajo la orden

de no volver hasta haber localizado a Togodumno.

Mientras, el general Plautio seguía ganando terreno al enemigo y había enviado mensajeros a la retaguardia para llamar a filas a dos nuevas legiones (la segunda y la decimocuarta) para que se situaran al frente para mantener el impulso de la ofensiva. En su informe decía que hacía falta un impulso veloz y aplastante. Si las cuatro legiones podían alcanzar a los britanos antes de que pudieran interponer un río importante entre ellos, el combate final desembocaría en la total destrucción del campo de batalla enemigo. Después, sólo sería cuestión de liquidar el extraño poblado fortificado y reducir las fuerzas resistentes. El legado sonrió con dureza al leer aquello. Lo que el general no había mencionado —o, tal vez, previsto— era la guerra de guerrillas que se sucedería en los próximos años antes de que pudiera considerarse la nueva provincia un lugar pacificado.

A Vespasiano le habría gustado compartir la seguridad del general respecto al desarrollo de la campaña. Pero las órdenes eran órdenes, y Plautio quería desplazar a la segunda legión al día siguiente al alba. Vespasiano sólo podía pensar que el general era consciente del riesgo que tomaban.

Según lo que Vespasiano había oído de los últimos informes, en los caminos al oeste del frente no había rastro de enemigos, y hacia el sur los exploradores sólo habían llegado hasta las marismas, que, según los refugiados britanos, eran impracticables para una fuerza de cualquier tamaño, pues las ciénagas habían cubierto con los años los senderos que allí había. Con lo que sólo quedaba la región frondosa al norte de la línea de combate: una ondulada masa de árboles y matorrales entrecruzada por numerosos senderos que los nativos conocían muy bien. De haber un ataque, sólo podía venir de aquella dirección.

El sol se ponía entre los bancos de neblina cuando Macro y sus hombres ya habían retirado buena parte de la turba maloliente que cubría el carro. El cieno les llegaba a la cintura y tenían barro endurecido por todo el cuerpo. Al fin habían encontrado el arcón. Una vez quitaron todo el barro que lo cubría, Macro examinó con entusiasmo la pesada caja de madera reforzada con hierro. Aparte de las manchas y la humedad de la madera, el arcón estaba en muy buenas condiciones, y el grueso cerrojo seguía cerrado. Los demás hombres compartían el entusiasmo al ver el resultado de su esfuerzo, y ayudaron gustosos a arrastrar el arcón hasta una parte del suelo más firme. Éste resultó ser más pesado de lo previsto y estuvo a punto de volver a hundirse en el barro varias veces antes de llegar a la orilla.

—Muy bien, muchachos; no hay tiempo que perder. Debemos cargarlo en la carreta y volver con la legión.

Cato miró al cielo.

—Pronto oscurecerá. No llegaremos antes de que anochezca, señor.

—No, pero al menos saldremos de este sitio. —Macro agarró una de las asas de hierro.

— ¡Vamos! ¡Arriba!

Los doce hombres rodearon el arcón y lo levantaron. Luego, con un último esfuerzo

acompañado de resoplidos, subieron el arcón a la parte posterior de la carreta, que crujió con el peso. Los hombres se apoyaron a los lados de ésta para recuperar el aliento. Cato temblaba, había sometido su cuerpo a un esfuerzo excesivo. Le dolían los músculos de brazos y piernas, y empezaba a sentirse mareado tras el trabajo extenuante de las últimas horas. Al mirar a los demás, vio que estaban agotados y que conseguir sacar la carreta de las marismas antes del anochecer estaba más allá de sus posibilidades físicas.

Macro tenía los brazos sobre el arcón. Estaba cansado, pero a la vez eufórico por el éxito de la misión. Una vez el arcón estuviera a salvo, Macro podría estar seguro de que tendría al menos un amigo en las altas esferas, que quizá le ayudara en sus futuros ascensos. Había alcanzado la cúspide de una carrera sólo con su competencia y aptitudes. Y los siguientes ascensos de rango dependerían de su astucia, inteligencia y contactos personales. Macro sabía muy bien que carecía de las dos primeras; los contactos, acababa de conseguirlos. Dio unas palmadas cariñosas al arcón.

— ¡Bien hecho, centurión! —gritó una voz entre la cada vez más espesa y oscura neblina.

Macro se dio la vuelta, llevando la mano a la empuñadura de su espada. Sus hombres se pusieron en pie enseguida, alerta, algunos con las espadas desenvainadas.

Una silueta imprecisa apareció lentamente entre la neblina y vieron a un oficial romano: el tribuno Vitelio, acompañado de hombres sirios a caballo. Al verlos, Cato sintió un escalofrío al reconocer el atuendo, y desenvainó lentamente su espada. Allí, sujetando las bridas del caballo del tribuno, estaba Pulcher.

Vitelio se acercó a pie y se detuvo a unos diez pasos de la carreta.

—Supongo que es el arcón que debíais recuperar.

Macro aún no se había recuperado del susto ante la aparición del tribuno. Frunció el ceño en un gesto de sospecha, pero no respondió.

— ¿Y bien, centurión? ¿Es éste el arcón? —Sí, señor. ¿Pero qué...?

—Has hecho un muy buen trabajo. Te felicito a ti y a tus hombres.

—Gracias, señor...

—Yo me encargaré de esto ahora. Hay que devolver el arcón al legado cuanto antes. — Vitelio se volvió hacia los jinetes. — ¡Los dos primeros hombres, aquí!

Vitelio dio unos pasos alrededor del arcón y le dio una palmada con una sonrisa en los labios.

—Debéis de estar cansados. Supongo que os alegrará el relevo. Descansad un poco antes de seguirnos hasta la legión.

Macro asintió sin decir nada, mientras medía con cuidado las palabras que le dirigiría al tribuno. Iba a perder todo el mérito del éxito de la misión.

—Señor, nos dieron órdenes de entregar el arcón al legado personalmente.

—Lo sé. Pero las órdenes han cambiado.

—El legado fue bastante claro, señor: personalmente.

— ¿Estás poniendo en duda mi autoridad, centurión? —Preguntó Vitelio con frialdad—. Te digo que las órdenes han cambiado. Entregarás la carreta a mis hombres, ¿entendido?

Macro le miró fijamente con ojos fríos, llenos de resentimiento al ver que un superior iba a arrebatarse el premio de las manos.

—Ordene a sus hombres que se aparten de la carreta, señor —dijo Macro con serenidad.

— ¿Qué?

—Dícales que se retiren. No os vais a llevar el arcón.

—Centurión —Vitelio trató de resultar razonable—, no puedes hacer nada al respecto. Cumplo órdenes directas de Vespasiano.

—Yo cumplo órdenes de Aulo Plautio —mintió Macro—. No soltaremos el arcón hasta recibir nuevas órdenes del general en persona.

Vitelio le miró sin decir palabra, y sus hombres, al ver que estaban ante un enfrentamiento incipiente, se detuvieron cerca de la carreta. Luego Vitelio sonrió y retrocedió unos pasos, diciendo:

—Muy bien, centurión. De momento, quédate con el arcón, pero este asunto no quedará así..., te lo juro.

Se dio la vuelta e hizo una seña a sus hombres para que le siguieran hasta los jinetes. Mientras Cato los observaba, vio al tribuno desplazarse a un lado del camino, como si se apartara de la línea imaginaria entre sus hombres y la carreta. Un movimiento repentino de los hombres entre la neblina alarmó a Cato, que volvió a mirar al tribuno. Vitelio había desenvainado su espada y miraba en dirección al carro. Cato se dio cuenta entonces del peligro inminente.

— ¡Abajo! ¡Agachaos!

Cato se lanzó sobre el centurión y ambos rodaron por el suelo fangoso, tras la carreta. Los otros legionarios hicieron lo mismo, al tiempo que una lluvia de flechas caía en su dirección. Uno de los hombres reaccionó demasiado tarde, y una flecha le alcanzó en el cuello con un golpe sordo. El legionario cayó de rodillas, ahogado en su sangre, intentando desesperadamente arrancarse la flecha. Dos flechas de la siguiente descarga le alcanzaron en la cara y el pecho, y cayó al suelo con un grito.

— ¡Detrás de la carreta! —Gritó Macro—. ¡Poneos detrás de la carreta!

Los legionarios se acercaron a ésta agazapados, entre las flechas que caían a su alrededor. Dos hombres fueron heridos y emitieron gritos ahogados al intentar arrancarse las flechas.

— ¡Dejadlas! —les gritó Macro al ver que se harían más daño al extraerlas.

Si sobrevivían, un cirujano tendría que cortar las puntas de las flechas. Si sobrevivían.

Los sirios empezaban a abrirse en abanico a los lados del camino, hasta donde el borde les permitía, para reducir el efecto protector de la carreta. Los legionarios se apiñaron lo más que pudieron. Habían dejado los escudos en la hierba de la orilla, sólo dos soldados los habían apoyado en la carreta. Y ahora los habían colocado a cada lado del grupo para desviar las flechas. A pesar de ello, alguna que otra flecha se abría camino, y otro hombre fue alcanzado por una en la pierna.

— ¿Qué carajo están haciendo? —Preguntó Pírax—. Son de los nuestros.

—Parece que no —dijo Cato a su vez—. Haya lo que haya en ese arcón, tiene un gran valor.

— ¿Cuántos son? —Preguntó Macro—. ¿Alguien lo sabe?

—He contado ocho —contestó Cato—. Vitelio, Pulcher y seis sirios.

—Entonces estamos a la par. Podríamos atacarles.

— ¿Atacarles? —repitió Pírax horrorizado—. Señor, nos reducirían antes de acercarnos a ellos.

—Hasta que se les acaben las flechas.

—Si aguantamos hasta entonces.

Un chillido repentino sobresaltó a Cato. Habían alcanzado a una mula en el costado; soltaba estridentes relinchos de dolor y se movía adelante y atrás. Por un instante pareció que el animal echaría a correr con la carreta que protegía a los legionarios, pero la otra mula estaba espantada y se quedó inmóvil, mirando aterrorizada a su semejante.

— ¡Id con cuidado, idiotas! —Gritó Vitelio—. Les habéis dado a las mulas. Apuntad bien: ¡sólo a los hombres!

—Gracias, tribuno —dijo Macro con dureza, mientras seguían chocando flechas contra el carro. —Miró a Cato y le hizo una señal con el pulgar. — Me estoy empezando a hartar de estos sirios. Ya es hora de que hagamos algo con ellos.

—Pero no ahora, señor —le imploró Cato—. Espere a que tengamos más posibilidades.

Seguían cayendo flechas, pero cada vez menos, ya que los sirios dosificaban las municiones. Pero la estrecha franja del montículo les impedía alcanzar a los legionarios,

y, al rato, pareció que se igualaban las condiciones. Los legionarios, sin armaduras y con sólo dos escudos, no se atrevían a atacar a los arqueros; y éstos, escasos de municiones, no osaban enfrentarse cuerpo a cuerpo con una infantería pesada muy bien preparada. Los sirios sólo esperaban haber reducido la fuerza de Macro a un número lo bastante inferior.

La carga de flechas se había interrumpido, pero los legionarios siguieron a cubierto por si era una artimaña.

— ¡Macro! —Gritó Vitelio—. ¡Macro! ¿Sigues vivo?

— ¡Sí, señor! —respondió el centurión al instante.

—Bien. Escucha, Macro, al final el arcón será mío, lo quieras o no. Estás atrapado y he mandado ir a buscar más hombres. Tardarán un poco en llegar. Podemos esperarles contemplándonos el uno al otro, o bien me das el arcón y te dejaré marchar con tus hombres.

— ¡Que le jodan, señor! —Le espetó Macro—. ¡Si lo quiere, tendrá que luchar!

— ¡Escúchame bien, centurión! Si me haces esperar, no tendré piedad. Seremos muchos más en número y moriréis. Dame el arcón ahora y viviréis. Tienes mi palabra.

— ¿Su palabra? —Cato alzó las cejas—. ¿Qué se cree, que somos idiotas?

—Eso mismo pienso yo, optio —le dijo Macro.

— ¡Macro! —Volvió a llamar el tribuno—. Te daré un momento para que tú y tus hombres lleguéis a una decisión. Está en vuestras manos retrasar lo inevitable y morir, o darme el arcón y salir de aquí con vida.

Macro miró a sus hombres.

— ¿Y bien?

—Nos va a matar igualmente —dijo Pírax firmemente—. No importa qué decidamos.

—Tienes razón —asintió Macro—. ¿Entonces qué hacemos? Cargar contra ellos parece descartado.

—A menos que los ataquemos por dos flancos —sugirió Cato—. ¿Y cómo lo hacemos?

Cato se acercó y se apoyó sobre un codo para poder dar indicaciones mientras hablaba.

—Algunos vamos hasta el camino. La hierba es alta a los dos lados, y si nos agachamos bastante nos ocultará. Luego entramos en el agua y nadamos formando un arco hasta la parte del camino que tienen detrás, y atacamos por ambos lados. Si hay suerte, la sorpresa bastará para desconcertarlos el tiempo suficiente. —Cato terminó de hablar, pero los demás le miraban a la espera de oír algo más. — Lo siento, eso es todo.

— ¿Eso es un plan?

Cato asintió.

—Está bien. O eso o morir, supongo —dijo Macro, y miró a los supervivientes de su escuadrón—. Bien, tú te llevas a Pírax, Lentulo y Piso. Cuando lleguéis a sus espaldas, cargad contra ellos y haced todo el ruido que podáis.

Cato dijo entonces, avergonzado:

—Lo siento, señor, pero alguien tendrá que encabezar el otro grupo.

— ¿Por qué?

—No sé nadar.

—Le dijiste a Vespasiano que sí sabías..., la misma noche que llegaste a la legión.

—Me temo que exageraba, señor. Lo siento.

—Que mentías, quieres decir.

—Sí.

Macro lo miró un instante.

—Eso es fantástico, optio. Ahora me tocará a mí hacerlo.

—Sí, señor. Me aseguraré de aprender en cuanto volvamos a la legión.

—Bien.

Macro se desabrochó el pasador de la capa e indicó a los demás que hicieran lo mismo. Se aseguraron de tener bien sujetas al cinturón las espadas y dagas, y Macro les encabezó por el sendero, lo más pegados que podían al suelo fangoso. Una vez se deslizaron en el agua pantanosa, se pusieron a nadar entre la neblina, y Cato se atrevió a mirar a un lado del carro. Los sirios se mantenían en la misma posición, Vitelio estaba sentado en lo alto de un montículo, junto al que Pulcher sostenía el caballo.

Una flecha pasó volando cerca de Cato, que retiró la cabeza. Los otros tres, aún ilesos, sujetaban con fuerza sus espadas y permanecían agazapados, a la espera.

—Se acabó el tiempo, centurión. Entregar el arcón ahora o morir, ¿qué habéis decidido?

Cato miró a los otros legionarios.

— ¿Qué dices, centurión?

— ¡Di algo! —siseó uno de los soldados.

— ¿Qué? ¿Qué digo? —les preguntó Cato desesperado.

—Cualquier cosa, idiota.

—Se acabó —dijo Vitelio en tono resuelto—. Vais a morir todos y ahora mismo.

Con un bramido de furia, Macro y sus cuatro hombres surgieron de la penumbra detrás de la fila de arqueros y se precipitaron por el camino. El ruido también sorprendió a Cato al oírlo, pero enseguida reaccionó y se levantó para atacar al sirio más próximo a él, gritando a su grupo que le siguiera. Al ver a Cato correr hacia él con la cara descompuesta en un furioso gesto de ataque, el sirio soltó el arco y fue a coger el sable que tenía a un lado. Cato gritó con todas sus fuerzas, y el otro echó a correr dejando su arma en el suelo. Cato apuntó su espada a la espalda del sirio, pero apenas penetró en la capa y fue a clavarse en las nalgas. El hombre soltó un grito sin dejar de correr a toda prisa, y al encontrarse con Macro y su grupo matando a los suyos, hizo un desesperado movimiento para esquivarlos.

Ante la huida de su enemigo, Cato miró a su alrededor en busca de otro enemigo y vio a Pulcher ayudando a montar a Vitelio al caballo.

— ¡Aquí! —Gritó Cato—. ¡No le dejéis escapar! ¡Deprisa!

Sin esperar a los demás, se lanzó hacia Pulcher con la espada en alto. En el último momento, éste desenvainó su arma con una rapidez inesperada.

Sin ceder terreno, el rechoncho legionario apuntó su espada a la garganta de su atacante. Cato trató de esquivar la cuchilla y, ante su horror, sus pies resbalaron en el fango. Cayó sobre las rodillas, bajo la espada de Pulcher, tratando de clavarle la suya en el estómago. Con el impulso, cayó sobre las piernas del otro y ambos se fueron al suelo. Cato consiguió levantarse con la espada aún limpia de sangre en la mano. La espada no había conseguido atravesar la armadura de Pulcher, sólo lo había dejado sin aliento, y ahora estaba en el suelo intentando recuperarlo. Antes de poder acabar con Pulcher, Cato se agachó al oír un silbido cerca de su cabeza. Vitelio se alzaba sobre él con la espada en alto. Entonces la dejó caer, y Cato levantó a tiempo la suya para parar el golpe.

— ¡Aquí! ¡Deprisa!

Vitelio estaba a punto de matarlo, cuando oyó varios gritos de alerta. Soltó un reniego y se abalanzó a caballo contra Cato. El optio se tiró a un lado, pero no lo bastante rápido para evitar un golpe del caballo, que lo lanzó al suelo con un golpe de ijada al pasar.

El caballo, que se mantenía en pie a duras penas bajo el suelo resbaladizo, consiguió atravesar la fila de legionarios y pasó retumbando junto a la carreta, donde la mula herida todavía relinchaba de dolor, y Vespasiano desapareció en la oscuridad de la niebla.

Macro corrió hasta donde estaba Cato y lo incorporó.

— ¿Estás bien?

—Lo estaré..., en cuanto recupere el aliento. ¿Los tenemos?

—Casi. Cinco han caído y tres se han largado. Es una lástima no haber pillado a ese cretino de Vitelio.

Cato miró alrededor y vio que tampoco había rastro de Pulcher.

—Sí, señor —Cato respiró hondo y se puso una mano en el pecho; aparte de los moratones, parecía estar bien. — ¿Qué vamos a hacer?

—No tiene ningún sentido ir en su busca, si a eso te refieres. Debemos llevarle el arcón a Vespasiano lo antes posible. Antes de que el tribuno acuda con más hombres.

Una vez los legionarios engancharon a cuatro de los caballos a la carreta, amarraron a los demás, junto con la otra mula, a la parte posterior. Preocupado por que la mula herida llamara la atención con sus relinchos, Macro la había llevado a un lado del camino para cortarle la garganta y echarla en el cieno. Cuando ya habían subido a los heridos a la carreta, el pequeño grupo volvió a recorrer el camino hasta el límite de las marismas. La noche cayó sobre ellos en el camino; gracias a los caballos, no tenían que detenerse cada dos por tres para liberar las ruedas del lodo.

Al aproximarse al confín de las marismas, divisaron la oscura extensión de colinas que se *alzaba* sobre la bruma; Macro oyó los cascos de un caballo que se acercaba.

— ¡Alto! —Dijo en voz baja—. Coged los escudos y las lanzas y seguidme.

Macro los condujo por el sendero y les ordenó que se escondieran cuatro a cada lado de éste en línea, para asegurarse de que el jinete que se aproximaba no tuviera posibilidad de huir. Cato se agachó, demasiado cansado para preocuparse. Instantes después surgió de la neblina la figura oscura de un hombre a caballo.

— ¡Ahora! —gritó Macro, y ocho sombras salieron de entre la hierba a cada lado del camino para impedir el paso del jinete. El caballo, desconcertado ante el movimiento repentino, caracoleó y soltó un agudo relincho de pánico, y el jinete, tras un intento de recuperar el control del animal, cayó al suelo. Macro se abalanzó sobre él, le dio un puñetazo en la cara y lo obligó a ponerse en pie.

— ¡Vaya! —Dijo con una risotada—. ¡Qué sorpresa verle otra vez, señor!

Vitelio se limpió la sangre con el revés de la mano.

— ¡Quítame las manos de encima, centurión!

— ¿Que le quite las manos de encima?

—Tienes que soltarme. Debo volver a la legión.

—Escúchame bien, bellaco. Si crees que...

— ¡No hay tiempo para esto! —Gritó Vitelio—. Se acerca un ejército por el camino.

Casi me doy de bruces con ellos. No creo que me hayan visto, pero pronto estarán aquí.
¡Debo avisar a Vespasiano!

—Miente, señor —gruñó Pírax—. Matémosle y marchémonos.

— ¡Esperad! —Interrumpió Cato—. Ni siquiera sabemos qué buscaba.

Pírax levantó su espada.

— ¿Quién quiere saberlo?

— ¡Baja esa espada, legionario! —Ordenó Macro—. ¡Ahora mismo!

— ¡Por favor! —Suplicó Vitelio—. Debéis soltarme. Debo avisar a Vespasiano.
¡Hemos encontrado a Togodumno! Si esta columna de hombres sorprende a la legión,
perderemos a miles de hombres. A miles de compañeros.

— ¡Compañeros! —Pírax le escupió—. ¡Los compañeros no se matan entre ellos!

Se hizo un silencio, un momento de indecisión: Vitelio de rodillas, Macro con el puño
asido con fuerza a la capa del tribuno, con una seria expresión de desdén.

—Si se acerca tal columna —dijo Cato pausadamente—, el legado debe ser avisado.

— ¡No existe tal columna enemiga! —Pírax clavó la espada en el suelo—. Sólo intenta
salvar él pellejo.

— ¿Y por qué ha dado media vuelta?

—Se extravió. ¿Por qué estamos perdiendo tiempo con esto? —Le dijo Pírax a Macro—
. ¡Acabe con él de una vez, señor!

Macro miró un instante al tribuno, y su expresión se endureció con la indignación y
resentimiento que le provocó el dilema que éste había creado al regresar. Luego le dio
un puñetazo en el pecho a Vitelio, que cayó de espaldas en el barro.

—Ve y avisa a la legión. Pero no te quepa la menor duda de que, en cuanto esto
termine, me encargaré de explicar al general lo que hiciste. Creo que le gustará saber
por qué un oficial superior ha querido matar a sus propios hombres para hacerse con el
arcón. ¡Vete! ¡Vete, maldito bellaco, antes de que cambie de opinión!

Vitelio se levantó apresuradamente, montó de nuevo y agarró las riendas que sostenía
uno de los legionarios. Sin demorarse, espoleó al caballo y salió al galope por el
camino, dejó atrás la carreta y desapareció en la oscuridad de la noche.

— ¡Muy bien! En marcha. Si nos ha dicho la verdad, no hay tiempo que perder. ¡En
marcha!

— ¡Por supuesto que no ha dicho la verdad! —masculló Pírax.

— ¿Vas a discutir mi decisión? —preguntó Macro con frialdad.

—Teníamos que haberlo matado.

— ¡Cuando te dirijas a mí, llámame señor!

— ¡Silencio! —Cato levantó la mano—. ¡Escuchad!

El pequeño grupo se quedó inmóvil, y todos aguzaron el oído hacia donde señalaba Cato. Por un momento, no oyeron nada aparte de los sonidos propios de la noche. Luego se oyó un relincho en la lejanía, y otro, seguido de un latigazo y un grito en lengua celta, cerca del camino que tenían a sus espaldas.

CAPITULO XXXVI

Sabían que los britanos les alcanzarían antes de llegar a la cima de la colina. No había posibilidad de dejar al enemigo atrás, se dijo Macro al tiempo que recorría con la vista la zona y pensaba en una alternativa.

— ¡Por allí! —señaló hacia uno de los pliegues más grandes del terreno a la izquierda del camino. Bajo la tenue luz de la luna llena, la niebla que se estaba formando en la hondonada no era precisamente acogedora, pero ofrecía la única posibilidad de ocultarse—. ¡Desviad el carro lo más rápido que podáis!

Mientras los hombres conducían a los caballos entre la hierba y corrían cuesta abajo hacia la hondonada, Macro les seguía tratando de cubrir los surcos más pronunciados de las ruedas sobre la hierba mojada. Rezando por que las marcas pasaran desapercibidas con la falta de luz, y por miedo a que los britanos aparecieran en cualquier momento, Macro salió corriendo tras la carreta, que ya estaba en el borde de la depresión, donde los soldados la estaban bajando por la pendiente. El sonido de cascos herrados cada vez más próximos hizo apretar el paso a Macro, y en cuanto llegó a la hondonada, se lanzó al suelo y se quedó allí, tumbado, jadeando.

La cuesta era empinada y la carreta estaba muy por debajo del nivel del banco de niebla, que cubría el suelo con una capa espesa y perfecta. Cato ordenó a los demás que se quedaran donde estaban y procuraran mantener callados a los animales y a los heridos, y subió la cuesta para unirse al centurión.

—Hemos tenido suerte, señor. El carro casi se vuelca al bajar por ahí —señaló con el dedo hacia la pendiente.

— ¿Ah, sí? —dijo Macro, y bostezó sin poder evitarlo—. Luego se dio la vuelta y se

apoyó la barbilla en las manos. Mantente agachado y no hagas nada..., absolutamente nada. Sólo cuando yo te lo ordene.

Cato bajó la cabeza y se quedó lo más quieto que pudo, a la espera de ver al enemigo aparecer entre las marismas. Y de repente, a apenas cien pasos de ellos, una pequeña columna de hombres y caballos surgió bajo la luz de la luna. Cato se sorprendió al ver la caballería britana, pues César afirmaba que éstos preferían emplear los animales como bestias de carga. César estaba equivocado, o bien los britanos habían descubierto la utilidad de la caballería. Los jinetes se abrieron en abanico para subir colina arriba. El explorador, en el extremo izquierdo, pasó a unos quince metros de su escondrijo, y Macro y su optio se pegaron al suelo sin atreverse a respirar. Forzaron la vista para ver si el jinete descubría el rastro de la carreta, pero éste pasó sin detener el paso.

Procedente de las marismas, oyeron un tintineo, y una oscura masa de carros e infantería apareció en el camino y subió colina arriba. Las voces que hablaban en aquella extraña lengua llegaron hasta los aterrados romanos, y a Cato le pareció agradable comparada con la dureza de la lengua germana a la que estaba acostumbrado. Alguien dio una orden estricta al paso de un carro por la fila, y la columna obedeció y quedó en silencio hasta que el carro hubo adelantado a la línea de exploradores y pasado por la cima de la colina. Luego se oyeron risas y se reanudaron las charlas.

El río de hombres que venía de las marismas parecía interminable, y ya había rebasado la colina. No dejaban de salir hombres, hasta que, por fin, la retaguardia apareció en el camino. Macro y Cato observaron la escena hasta que las últimas filas del enemigo desaparecieron tras la colina, en la oscuridad de la noche.

— ¿Cuántos cree que había, señor? —susurró Cato como si temiera que le oyeran los britanos.

Macro miró las piedrecillas que tenía en la mano, e hizo un cálculo.

—Digamos que el equivalente a veinte cohortes, es decir...

— ¡Nueve mil! —Cato dio un silbido.

Macro hizo las cuentas y asintió.

—Más que suficientes para que Vespasiano deba preocuparse. Sin contar con la fuerza de carros de guerra. Si le ganan ventaja al legado...

—Entonces todo dependerá de Vitelio.

—Sí —contestó Macro—, Vitelio... Vamos, será mejor que nos pongamos en marcha. Si toda esa gente entra en escena, será mejor que abandonemos la carreta. Enterrad el arcón aquí, esconded el carro en algún sitio y utilizad los caballos para rodear a la columna y llegar antes que ellos a la legión.

— ¿Que enterremos el arcón? ¿Después de todo lo que hemos pasado?

— ¿Quieres que nos lo quiten? O peor, ¿quieres que te capturen con él?

—No, señor.

—Pues tendremos que dejarlo aquí y volver a buscarlo si llegamos a la segunda sanos y salvos.

Era evidente que el caballo estaba agotado y se desplomaría de un momento a otro. Vitelio se desvió del camino y desmontó en la penumbra de una arboleda frondosa. Mientras el caballo resollaba y echaba vaho en el aire frío de la noche, Vitelio maldijo de rabia y frustración. Casi había conseguido hacerse con aquel maldito arcón. El soborno del emperador: suficiente para financiar las carreras políticas más prometedoras; una fuente inagotable para comprar el favor de senadores y soldados de la misma calaña. Quizá bastante para ganarse la lealtad de la guardia pretoriana. No cabía duda de que el espía pretoriano, Pulcher, había sido bien remunerado, y el oro le había impresionado lo bastante para alejar cualquier inconveniente. Y comprar los servicios de los sirios había sido fácil, haciéndose pasar por un amigo íntimo de Escriboniano.

Era asombroso hasta qué punto la riqueza podía hacer cambiar los intereses de un hombre. Hasta hacía pocos meses, había sido leal al emperador, tan leal que hasta Narciso le había hecho partícipe de algunos secretos (más de los necesarios, o aconsejables). Pero en cuanto Narciso le habló del arcón, sus ambiciones más ocultas empezaron a emerger. La recuperación del arcón debía ser la prueba de lealtad de Vespasiano hacia Claudio, y Vitelio cumplía órdenes de observar al legado y descubrir posibles signos de traición. Sin embargo, Vespasiano había actuado de forma impecable, y era en este estricto cumplimiento del deber donde Vitelio había encontrado su oportunidad. Ante la certidumbre de que el legado haría todo lo posible para llevar a buen término sus órdenes, Vitelio sólo tenía que presentar informes sospechosos a Narciso. Una vez el tesoro hubiera desaparecido, la culpa recaería sin lugar a dudas sobre Vespasiano, que *acabaña* de inculparse al declararse inocente. Y Vitelio, armado de una fortuna, esperaría en silencio su oportunidad.

Aquél era su plan hasta momentos antes. Sus sueños se habían truncado. Al darse cuenta, gritó una sarta de injurias y enseguida miró a su alrededor por miedo a que alguien le hubiera oído; pero la noche estaba en silencio. Vitelio suspiró. Había fracasado y, peor, había testigos de su fracaso. En cuanto aquel retaco de centurión y su optio aventajado volvieran a la legión, estaría en un apuro. Si hubiera una forma de conseguir que nunca volvieran... Cabía la posibilidad de que la columna de britanos que había visto en las marismas ya se hubiera encontrado con la carreta y masacrado a Macro y sus hombres; Vitelio deseaba sinceramente que así fuera. Pero sabía que era absurdo contar con ello: aquel tipo, Macro, tenía bastante suerte y era lo bastante astuto para mantenerse a flote en cualquier situación de peligro. Entonces acudió a su mente el recuerdo del enfrentamiento en el poblado germano: en concreto, el de Macro sangrando de una salvaje herida de lanza. ¡Ojala aquel maldito germano hubiera tenido más puntería!

Mientras Vitelio pensaba en su situación, su caballo se había recuperado lo suficiente para ponerse a pastar tranquilamente bajo las ramas de un roble. De repente, éste levantó la cabeza y miró fijamente hacia la oscuridad. Al momento, el tribuno se dio cuenta de la inquietud del caballo; se acercó a éste y posó una mano sobre el lomo del

animal para apaciguarlo. El caballo se estremeció.

— ¿Qué te pasa, muchacho?

El animal resopló, movió las orejas y retrocedió unos pasos entre las sombras. Al mirar en la misma dirección, Vitelio divisó una línea de hombres a caballo que se acercaban por el camino bordeado de árboles, a apenas cien pasos de él.

El corazón se le aceleró e intentó montar al caballo, pero éste estaba nervioso y se hizo atrás con un fuerte relincho.

— ¡Maldito estúpido!

Vitelio dio un fuerte tirón a las riendas para inmovilizar al caballo y se subió al lomo. Ya se oían los gritos, y Vitelio espoleó al animal en la ijada para que se alejara de los hombres que venían hacia él. El pánico y el deseo de huir se apoderaron de Vitelio, y salió a galope en la oscuridad de la noche, sabiendo que la dirección que tomaba le alejaba de la segunda legión. En tal caso, pensó, intentaría llegar hasta la decimocuarta para reunirse con Plautio. Vespasiano tendría que enfrentarse por su cuenta a los britanos, y Vitelio sobreviviría para ser un héroe, algún día.

A los pies del roble donde se había cobijado el tribuno, sus perseguidores le vieron huir al galope; desde allí, oían los cascos del caballo.

— ¿Quién demonios era? —Preguntó uno de los legionarios—. Parecía unos de los nuestros.

—Sería un mensajero idiota —contestó su decurión—. Seguramente se habrá perdido.

— ¿Vamos tras él, señor?

El decurión dudó un instante y luego dijo:

— ¡No! No vale la pena. Si es uno de los nuestros, tarde o temprano encontrará el camino.

— ¿Y si es uno de ellos, señor?

—En ese caso ha tenido suerte de huir. No vamos arriesgar el cuello en una persecución en plena noche. Volvamos a la legión.

El decurión hizo dar media vuelta a su escuadrón y los encabezó en dirección a la segunda legión, algo preocupado por el informe poco alentador que tenía que ofrecer a Vespasiano. No había rastro de Togodumno y sus fuerzas. Lo cierto era que el decurión dudaba de que hubiera una columna enemiga con intención de flanquear al ejército. Seguramente, todo vendría de algún oficial administrativo paranoico que exageraba. El decurión se encogió de hombros con un gesto cansado. Hasta ese momento, la campaña había sido bastante decepcionante; no había enemigos, ni botín ni mujeres. No valía la pena haber ido hasta allí, y ya se había resignado al hecho de que Plautio y las legiones de vanguardia vencerían a los britanos antes de que la segunda legión pudiera entrar en

acción.

Lástima, pensó. Una batalla no habría estado mal, sobre todo en vista de las oportunidades de ascenso a las que daban lugar las bajas en combate. Pero no habría batalla, porque no había un britano en kilómetros a la redonda.

Para Macro y sus hombres, el viaje de noche estaba resultando un desastre. Los caballos sirios eran inquietos; tal vez fueran útiles para correr entre las filas de una batalla mientras los jinetes disparaban flechas, pero no servían para llevar a más de un hombre auestas. Al final, tras insultarlos y espolpearlos numerosas veces, Macro ordenó a sus hombres desmontar y emplear a los caballos para llevar sólo a los heridos. De todas formas, sus hombres preferían ir andando.

El grupo avanzó en silencio, tratando de seguir un camino que circundara a la columna britana y les llevara hasta la segunda legión antes que a los enemigos. Macro había decidido mantener su grupo en el lado del mar con respecto a los britanos, para estar lo más cerca posible de la cabeza de playa fortificada. Con suerte, encontrarían una patrulla que les escoltaría de vuelta a la legión.

Vitelio ya debía de haber llegado a la legión y dado la señal de alarma, así que, al menos, sus compañeros estarían advertidos de un posible ataque sorpresa. Aun así, un sexto sentido le decía a Macro que Vitelio les estaba preparando una sorpresa desagradable a su regreso, y se maldijo por haberle dejado escapar. Tenían que haberle cortado el cuello y haber tirado su cuerpo en las aguas pantanosas. Era más de lo que se merecía aquel bellaco traidor. La pregunta que no dejaba de hacerse Macro era por qué les había atacado el tribuno. Vespasiano le había asegurado que el auténtico objetivo de la misión era un secreto muy bien guardado. Y no sólo Vitelio lo sabía, sino que, además, había tenido tiempo de reunir una banda de colaboradores, seguramente, los mismos sirios que habían asaltado a la centuria de Macro en el camino hacia Gesoriaco. Alguien se traía algo muy serio entre manos, y él no era más que una pieza de una intrincada confabulación.

Trató de concentrarse: no era el mejor momento para dudar. Tenía que poner sus cinco sentidos en procurar que sus hombres volvieran a la legión sanos y salvos. Vio que estaban agotados; tenía que tener los ojos bien abiertos al cruzar aquel territorio hostil. Pese a pensar esto, sentía un suave dolor en las piernas provocado por el cansancio. Entonces supo que, de un momento a otro, la cabeza empezaría a darle vueltas. Se frotó los ojos y se tambaleó, pero Cato lo agarró del codo.

— ¡Cuidado, señor! —Le susurró Cato—. Casi se cae. Tiene que descansar.

—No..., estoy bien.

— ¿Por qué no sube a uno de los caballos y yo le llevaré un rato, señor?

—He dicho que no. No puedo hacer eso.

Macro quería explicar que un oficial no podía ni pensar en hacer tal cosa, pero fue incapaz de pronunciar siquiera las palabras; se limitó a murmurar unas palabras de agradecimiento y se soltó del brazo.

A medida que avanzaba la noche, el pequeño destacamento de legionarios se abría paso entre las sombras del paisaje ondulado. No osaban detenerse, no fuera que el sueño les invadiera. Todos ellos eran conscientes del peligro de la situación: estaban aislados en pleno territorio enemigo. Llegaron hasta lo alto de una colina. A lo lejos ya se divisaba la extensión de hogueras del campamento de la legión romana. En el resplandor de la lejanía, se veían pequeñas figuras de hombres que se movían de un lado a otro en una actividad frenética.

—Parece que hemos llegado justo a tiempo —sonrió Macro con aire cansado—. Parece que ya están en marcha. Vespasiano siempre ha sido un hombre despierto. Me temo que hoy no podremos descansar.

Cato le sonrió. Pero Macro ya no miraba en dirección al campamento. Miraba fijamente hacia el horizonte, por donde empezaba a salir el sol. Desde la espesura del bosque que atravesaba la línea de marcha de la legión, se cernía sobre ellos una masa oscura de hombres, caballos y carros de guerra que avanzaban con el sigilo de una serpiente al acecho de su presa.

CAPITULO XXXVII

Vespasiano había dado órdenes de que le despertaran bastante antes del amanecer; la segunda legión iba a marchar a través de territorio enemigo, y aunque los oficiales administrativos habían dado ya sus órdenes a cada unidad, aún quedaban muchos detalles que requerían su atención personal. Aquello, pensó con una sonrisa, era lo más pesado de su trabajo; el pueblo de Roma imaginaba a sus generales como los amos del campo de batalla, como héroes que cargaban contra el enemigo en circunstancias adversas, al frente de la legión. La cantidad de papeleo y las tareas de carácter burocrático que también formaban parte del trabajo eran invisibles a los ojos de la gente, cuando esta dedicación a mantener una disciplina y un orden era lo que hacía que un ejército funcionara. Pese a lo que el pueblo dijera, el secreto de ser un buen general residía en tener un buen ejército, y los mejores ejércitos los constituían hombres capaces de hacer la guerra con una eficiencia metódica.

Vespasiano se levantó de la cama, se puso una túnica y se sentó a su mesa. Su esclavo personal le había dejado una taza de vino caliente y pan con aceite de oliva en una pequeña bandeja de plata, y Vespasiano se tomó gustoso el desayuno mientras trabajaba en los últimos papeles que había recibido. Puso sus iniciales en las cifras de la centuria y las dejó a un lado para ojear algunas peticiones que esperaban su aprobación. Por último, leyó el diario nocturno. Aún no había rastro de Togodumno, y las patrullas de caballería ya habían recorrido el norte y el sur. Era desconcertante, a menos que tal columna no existiera. Cabía la posibilidad, pero Vespasiano se negaba a descartar todavía que pudieran encontrarla en algún momento. Así que mantendría las órdenes de

marchar cerrados, por mucho que los hombres se quejaron. Era preferible ser prudente que insensato..., como aquel idiota de Vitelio, que había salido y desaparecido con sus exploradores y un escuadrón de caballería auxiliar, que buena falta le hacía. Seguro que no hacía más que dar vueltas por la oscuridad, muerto de miedo. Se lo merecía.

Al acabar con los trámites burocráticos hizo llamar a su armero. El legado se quedó quieto, pensativo, mientras el armero le abrochaba el peto y ataba las cintas de la parte delantera. Luego terminó de preparar cuidadosamente el resto del equipo, y el legado miró el camafeo de su esposa y su hijo que tenía sobre la mesa, y un leve sentimiento de culpa le hizo fruncir el ceño. Habían pasado unos días desde la última vez que se había parado a pensar en ellos; el volumen de peticiones que debía atender un comandante de legión en campaña no dejaba tiempo para pensar en su vida privada. Entonces se dio cuenta de cuánto les echaba de menos. Sólo hacía diez días que les había visto partir en el convoy de carros hacia Roma, y parecía que había pasado mucho más tiempo; y la perspectiva de una larga campaña tal vez no le permitiera verles durante años. Para entonces, Tito ya no sería un niño pequeño que balbuceaba frases extrañas y no dejaba de moverse. ¿Y Flavia? ¿Cómo sería Flavia? Quizá tendría más canas y más arrugas alrededor de los ojos y la boca al sonreír. De repente, sintió la imperiosa necesidad de abrazarlos y no soltarlos nunca; sintió un escozor en los ojos, y parpadeó antes de que las lágrimas revelaran sus sentimientos.

— ¿Está demasiado apretado, señor?

— ¿Qué? Oh, no, está bien. Puedes marcharte.

— Sí, señor.

Una vez a solas, Vespasiano se pellizó el brazo. Por poco: de haberse recreado en su añoranza mucho más, habría derramado lágrimas en presencia de un miserable esclavo. Se sonrojó ante la idea de que el esclavo les contara a sus amigotes el momento de sentimentalismo del legado. Entonces no le habría servido de nada todo el esfuerzo por crear la imagen de un comandante duro y disciplinado, con un corazón de piedra y distante con sus subordinados. Estaba perdido si volvía a suceder. Agarró con rabia los retratos de Flavia y de Tito para retirarlos de la mesa, y se dijo que ordenaría a un esclavo guardarlos en el fondo de un arcón de viaje mientras durara la campaña.

Después del amanecer aún le duraba el malhumor, y la hosquedad con que daba las órdenes no se debía sólo a un intento de reparar su momento de debilidad. Cuando entraron a ordenar la tienda del legado, nadie osaba mirarle a la cara, tal era la sombría expresión que le daba el ceño fruncido y los labios apretados.

Tras un desayuno rápido de gachas de cebada, los legionarios se apresuraron a preparar su equipo. Con la luz del sol en el horizonte, los hombres formaron fila en sus centurias correspondientes, listos para la marcha.

La orden de avance se extendió por todas las centurias y los soldados se quejaron en silencio. Vespasiano decidió que marcharían en dos divisiones, una a cada lado del tren de bagaje, con media cohorte a cada extremo de éste, una de vanguardia y otra de retaguardia. Los veteranos maldecían para sí la exagerada prudencia de su comandante y explicaban a los novatos que, a pesar de que el tren de bagaje tuviera espacio de sobra

en el camino, los pobres desgraciados de los flancos tendrían que sortear los obstáculos naturales que se fueran encontrando. Al final del día, los hombres de las columnas laterales acabarían llenos de arañazos, cansados y mojados, y todo porque el legado estaba preocupado por unos pocos britanos de mierda.

—Y no te detengas para nada, ¿entendido?

Cato asintió y trató de mantener quieto al caballo.

—Acude a Vespasiano y dile que es una trampa. Cuéntale que son muchos y dile cuándo fue la última vez que les viste entrar en ese bosque.

Macro tenía serias dudas de enviar al muchacho a la legión, pero ningún otro hombre estaba por la labor.

— ¿Y usted, señor?

—No te preocupes por mí, muchacho. Sólo ve y avisa a Vespasiano. ¿Qué carajo esperas? ¡¡Vamos!!

Macro dio una fuerte palmada en la grupa del caballo, que salió disparado y casi tiró a Cato. El optio se aferró a las riendas y apretó tobillos y muslos contra el animal, aguantó sobre él a su manera. Tras echar una última mirada atrás al puñado de hombres que le miraban con cierta preocupación, Cato condujo al caballo cuesta abajo en dirección al campamento romano. Cato nunca había sido muy buen jinete, y ahora se agarraba a las crines largas y sueltas y tiraba con fuerza de las riendas para cambiar de dirección. El animal respondía mejor de lo esperado a su nuevo jinete, aunque no fácilmente, de modo que hombre y caballo avanzaron a galope lento mirándose el uno al otro con antipatía.

Al llegar al pie de la colina, Cato levantó la vista aterrorizado al haber perdido el campamento. Pero se orientó con el sol, y la posición del terreno le acabó de convencer de que iba en la dirección correcta, de modo que espoleó con los talones. Mientras cabalgaba, se preguntaba si Vitelio habría llegado al campamento, y si aquel galope desenfrenado iba a servir de algo. Pero por muy desagradable que le resultara aquella carrera, Cato debía avisar a Vespasiano del peligro inminente. Mientras avanzaba al trote, asido a las crines, Cato imaginó la gratitud con que se recibiría la noticia que traía.

Un movimiento a su izquierda le llamó la atención. Se horrorizó al ver a varios jinetes con el atuendo salvaje de los britanos galopando hacia él para interceptarlo. Estaban a apenas unos cuatrocientos metros de él, y espoleaban a sus caballos para cortarle el camino antes de que llegara a la cima de la siguiente colina. Cato gritó y espoleó al caballo para que corriera más, para que fuera veloz como el viento, para que corriera como si le fuera la vida en ello. El animal sintió la urgencia del jinete, hizo atrás las orejas y bajó el lomo para galopar a toda velocidad colina arriba. Cato miró a su izquierda y vio que los britanos estaban más cerca. Se dio cuenta entonces de que no lo conseguiría: el campamento estaba demasiado lejos y en poco tiempo ya estaría muerto... Se imaginó la sensación de una lanza clavada en la espalda.

La cima de la colina estaba a trescientos metros escasos de distancia, y Cato urgió al

caballo para que fuera más veloz aún. Pero el caballo ya corría con sus últimas reservas de fuerza. Cato miró hacia atrás. Tenía a los perseguidores en los talones; estaban lo bastante cerca para poder distinguir su feroz expresión de triunfo al darse cuenta de que el muchacho no tenía escapatoria. Lo alcanzarían en cuestión de momentos. El caballo de Cato consiguió llegar hasta lo alto de la colina; el campamento romano se extendía a sus pies a unos dos kilómetros de distancia, a demasiada distancia. Cato soltó una mano de las crines para coger su espada. Ya no sentía miedo, ahora sentía rabia y frustración. Iba de camino a una muerte segura, pero no permitiría que le mataran sin hacer el esfuerzo de luchar.

Cato volvió a mirar atrás, esperando ver a los britanos con las lanzas preparadas, pero, para su asombro, estaban refrenando, y el jinete que los encabezaba señalaba hacia Cato. Éste miró al frente y vio lo que los britanos acababan de advertir. A los pies de la colina, una pequeña patrulla marchaba en dirección al campamento. A Cato le empezó a latir con fuerza el corazón de júbilo, y dio un golpe al caballo en la grupa con la espada, y el animal se precipitó colina abajo. Al mirar atrás, le sorprendió ver que los britanos habían desaparecido por la otra vertiente de la colina.

Los soldados de la patrulla oyeron acercarse los cascos y se dieron la vuelta al instante, cubiertos con el escudo y con la jabalina en ristre. Cato refrenó el caballo a pocos pasos de los últimos hombres. Descendió del caballo y corrió hacia ellos.

— ¿Quién demonios eres tú? —preguntó el optio al mando.

—No importa —respondió Cato jadeando—. ¡Tengo que ver al legado enseguida!

— ¿Quién eres?

—Quinto Licinio Cato, optio, sexta centuria, cuarta cohorte. Debo informar a Vespasiano.

— ¿Informarle de qué?

—El enemigo está preparando una emboscada.

El optio negó con la cabeza.

— ¡Pero si estaban ahí mismo! —Cato apuntó hacia la colina—. Justo detrás de mí. ¡Tenéis que haberlos visto!

Los soldados le miraban en silencio y miraron con incredulidad hacia donde señalaba.

— ¿Cómo puede ser que no los hayáis visto? Escuchad, tengo que ver al legado.

Se dio la vuelta y cogió las riendas del caballo, e iba a disponerse a montar cuando el optio lo agarró del brazo y lo apartó del caballo.

— ¡No tan deprisa! Vienes con nosotros.

— ¿Qué? ¡No me habéis entendido! ¡Debo advertir a Vespasiano!

—Lo siento, pero cumplo órdenes. Vas a tener que acompañarnos.

Cato no podía creerlo. El optio ordenó a uno de los soldados que se hiciera cargo del caballo; luego empujaron a Cato en medio de la patrulla y le obligaron a marchar con dos hombres detrás para vigilarlo.

— ¿Qué carajo pasa aquí? —le espetó al optio.

Éste se acercó a Cato para que los otros no le oyeran.

—No puedes hablar con nadie hasta que no lleguemos al campamento.

— ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—El cuartel ha ordenado a todas las patrullas buscaros a ti y a tus hombres, y traeros de vuelta con discreción. Entre tú y yo, parece que estáis bien jodidos. No empeores la situación. Una palabra más, y te daré un golpe en la cabeza y te llevaré al campamento montado en el caballo. ¿Ha quedado claro?

Cato abrió la boca para quejarse, pero el optio levantó las cejas en señal de aviso, y el joven bajó la cabeza.

Cuando la patrulla se acercaba al campamento, Cato vio que el grueso de legionarios ya se dirigía hacia el bosque. Sólo quedaba la retaguardia, que ya estaba formada, lista para salir. A menos que Vespasiano hubiera sido advertido de que los britanos estaban al acecho, el desastre sería inevitable. Cato buscó al legado con la mirada, pero entre la aglomeración de soldados, carros de artillería y de equipaje, no había ni rastro del comandante de la legión. La patrulla se abrió paso entre la confusión para informar al oficial al frente de la retaguardia. El tribuno Plinio levantó la vista de su mesa de campaña al acercarse la patrulla.

— ¿Qué tenemos aquí?

—Hemos capturado a un desertor, señor —contestó el optio—. Se acercó a nosotros con un caballo que habrá robado.

— ¡No soy un desertor!

—Parece que el chico niega la acusación. ¿Y bien?

—No somos desertores, señor —dijo Cato con serenidad—. Estábamos en una misión secreta bajo las órdenes del legado.

— ¿Una misión secreta? Ya veo. —El tribuno Plinio no disimuló la gracia que le hizo oír aquello. — De modo que estabais en una misión secreta, ¿no? ¿Y qué tipo de misión?

—Eso no importa, señor. Debo avisar al legado. ¡Antes de que sea demasiado tarde!

— ¿Demasiado tarde para qué?

—Están preparando una emboscada, señor, justo aquí delante, en el bosque. —Cato señaló desesperadamente hacia la columna de legionarios que desaparecía entre los árboles. — Togodumno y su columna están esperándonos. Son miles de hombres, señor. ¡Debemos advertir a Vespasiano enseguida!

El tribuno Plinio le miró en silencio unos instantes, sopesando la información. No tenía por qué creerse aquel cuento descabellado. ¿Cómo podía Togodumno haber sorteado las patrullas?

— ¿Has visto a esos britanos con tus propios ojos?

— ¡Sí, señor! Le ruego que informe al legado...

— ¡Silencio!

Fuera lo que fuera lo que había visto el chico, le había asustado bastante para que estuviera tan alterado, razonó Plinio. ¿Pero y si se trataba de una falsa alarma? ¿Cómo repercutiría en su carrera? Por otra parte, ¿cómo repercutiría en caso de que la información fuera cierta? No podía anteponer su reputación a la seguridad de la legión.

—Muy bien, coge el caballo y ve hasta el legado lo más deprisa que puedas. Dile que voy a preparar a la retaguardia para el combate y que nos reuniremos con él cuanto antes.

— ¡Sí, señor! —Cato sintió un alivio y se apresuró a recuperar el caballo.

— ¡Una última cosa! —le gritó Plinio.

— ¿Señor?

—Si es una falsa alarma, me encargaré de crucificarte personalmente en el árbol más próximo.

CAPITULO XXXVIII

La segunda legión se había adentrado bastante en el bosque, y la vanguardia y los portaestandartes avanzaban lentamente por el sendero hacia donde estaba el general Plautio y las otras tres legiones. La artillería y el equipaje también avanzaban, y las dos divisiones que los flanqueaban formaban una fila de marcha de unos cuatrocientos metros a cada lado de los carros y carretas tirados por animales. A pesar de ir

avanzando, Vespasiano sabía que el orden de la marcha se alteraría de un momento a otro. Más adelante, los árboles estrechaban el camino a una anchura inferior a treinta pasos. Vespasiano había previsto el problema y había ordenado a cada centurión superior de cada división que estrechara las divisiones de flanqueo para facilitar el paso por la zona de árboles. Tal vez dejara al descubierto a la centuria cierto tiempo, pero de lo contrario tendrían que perder tiempo circundando el bosque, y Plautio había dado instrucciones a los legados de llevar las legiones al frente por la ruta más corta. Así, durante el avance de la vanguardia por el bosque, las cohortes de flanqueo recibieron la orden de formarse en columnas de dos para evitar enredarse con el tren de bagaje.

La maniobra se llevó a cabo sin problema, y Vespasiano disfrutó al ver cómo las tropas operaban con la facilidad propia de una unidad de élite sin dejar de avanzar bosque adentro. Pese a que los ingenieros de Plautio habían hecho un buen trabajo al retirar el follaje del camino, no habían tenido tiempo de despejarlo con la distancia reglamentaria de un tiro de flecha. Una vez salieran del bosque, desharían la doble fila, formarían columnas de apoyo con la anchura normal y seguirían adelante para esperar al resto de la legión. Dado que estaban haciendo maniobras de rutina, y los legionarios habían hecho muchas durante las marchas de instrucción, el hecho de que estuvieran en territorio hostil provocaba un estado de tensión en los oficiales que les hacía apremiar a sus hombres para salir cuanto antes del bosque, ansiosos por que sus unidades recuperaran una formación más segura.

A pesar de estar en pleno verano —y, por tanto, el bosque debía de rebosar de vida salvaje—, un silencio lóbrego se cernía entre los árboles y las sombras de sus ramas. Vespasiano se fijó en ese detalle al avanzar hasta el frente de la columna para asegurarse de que sus unidades mantenían la cohesión.

Cuando Vespasiano llegó al frente de la columna, se alegró de ver que todo iba más o menos bien. Se permitió relajarse un poco, confiando en que la marcha de aquel día sería una simple formalidad. Hasta los legionarios se habían animado, y algunos le saludaban al pasar a caballo. El cielo era de un azul que le recordaba el color del Mediterráneo; nubes blancas y lustrosas coronaban el horizonte, y el sol resplandecía sobre las miles de flores junto al camino. Más allá de las filas de hombres, los árboles brillaban bajo la luz del sol y la suave brisa mecía las ramas más altas en un susurro agradable. Daba gusto estar vivo para presenciar un día así, y Vespasiano sintió una emoción que le recorrió todo el cuerpo; tanto era así, que se complació de ver un ciervo aparecer entre los árboles y detenerse a observar a los hombres que avanzaban hacia él por el camino del bosque.

— ¡Mirad! —Vespasiano lo señaló con el dedo, revelando así un arrebato infantil.

Sus hombres, que habían sufrido su malhumor a lo largo de la mañana, se alegraban de ver el cambio en su estado de ánimo y miraron hacia donde señalaba. El ciervo alzó los cuernos y olisqueó el aire antes de decidir qué camino tomar. Vespasiano estaba fascinado ante la gracia del animal y el aire altivo de superioridad natural que adoptaba.

—De ese ciervo saldrían unos buenos filetes —dijo uno de los oficiales—. ¿Me permite, señor?

Vespasiano asintió; era una pena romper el encanto del momento, pero, al fin al cabo,

los encantos no alimentaban, y la idea de cenar venado era demasiado atractiva para dejarla pasar.

El oficial espolé a su caballo y tiró de las riendas para dirigirse hacia el venado. Los legionarios se apartaron para dejarle paso, y el oficial sólo se detuvo para coger una jabalina que le ofreció uno de los soldados, y se fue directo hacia el animal. Éste se quedó inmóvil un instante, pero de repente dio un salto y se metió entre los árboles. El oficial lanzó un grito de caza, al tiempo que desaparecía entre las sombras tras el venado. Vespasiano sonrió al oír crujir las ramas de la maleza que pisaba el oficial.

Pero los gritos entusiastas del joven se interrumpieron de súbito y, tras oírse un último crujido, el bosque quedó en silencio de nuevo. Los otros oficiales intercambiaron miradas de alerta. Vespasiano miró hacia la penumbra del bosque.

— ¿Voy a buscarle? —se ofreció alguien.

Pero Vespasiano ya no escuchaba. Tenía la vista fija en las gruesas ramas de los árboles. Entre éstos se movían sombras. Al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, el corazón le dio un vuelco, y supo enseguida que él y sus hombres corrían un gravísimo peligro. Y, como prueba de la estúpida alineación de la legión, el enemigo salió del bosque a plena luz del día, con un silencio aún más desconcertante. Antes de que Vespasiano pudiera reaccionar, sonó un cuerno y los britanos lanzaron una descarga de flechas en forma de parábola hacia el cielo, que cayó describiendo una curva sobre los romanos. Éstos soltaron enseguida los yugos y cogieron rápidamente los escudos que llevaban a la espalda. Algunos fueron demasiado lentos y se cayeron sobre sus rodillas al ser alcanzados por la lluvia de flechas, que repiqueteó sobre escudos y carros y atravesó los cuerpos desprotegidos. Entonces estuvieron unos momentos fuera de peligro, mientras los britanos preparaban las flechas para la siguiente carga. Vespasiano se volvió desde su caballo para ver que, milagrosamente, sus oficiales estaban ilesos. Los centuriones y otros oficiales ya gritaban a sus hombres que formaran filas y se enfrentaran al enemigo. La interminable instrucción había servido para algo, pues los legionarios cambiaron la formación de fila a columna rápidamente y expusieron al enemigo sus anchos escudos rectangulares, a pesar de caer sobre la legión una segunda descarga desordenada. Los hombres y animales que habían sido alcanzados la primera vez estaban en el suelo desprotegidos, y muchos fueron alcanzados por segunda vez y murieron al instante. En el espacio entre la cohorte y el bagaje yacían los cuerpos inertes de los muertos y los cuerpos de los hombres y animales heridos que se retorcían y gritaban de dolor. Pero los soldados que se habían formado en fila y ahora se protegían tras los escudos estaban relativamente a salvo.

Vespasiano dio órdenes a la cohorte de cara al norte para prepararse a avanzar, y los oficiales se acercaron al galope a cada extremo de la división. Al mirar al otro lado del tren de bagaje, donde estaban las otras cohortes, Vespasiano sintió un alivio al ver que los oficiales ya las habían formado y cubrían los espacios entre el bagaje para que los soldados pudieran pasar al otro lado. Con los legionarios en sus puestos, pronto acabarían con los arqueros. Ya superada la impresión inicial, Vespasiano quedó a la espera de la inminente lucha e inevitable victoria.

Fue entonces cuando los britanos lanzaron su auténtico ataque.

Justo en el momento en que las cohortes de la parte sur se abrían paso entre el bagaje, el cuerno emitió desde el bosque una nota grave, que otros cuernos repitieron hasta que se oyó uno junto al camino. Con un rugido ensordecedor, los britanos irrumpieron del bosque hacia las cohortes desorganizadas, cuyos hombres se habían quedado inmóviles al oír los cuernos y miraban con terror, boquiabiertos, la inminencia de su muerte. Algunos centuriones con aplomo gritaron una serie de órdenes para que los soldados se abalanzaran en masa para afrontar la carga enemiga, pero la línea de batalla ordenada, tan característica del ejército romano, sencillamente se había desintegrado. Vespasiano observó la escena horrorizado: una oleada de britanos se lanzaba contra sus hombres con un estrépito atronador. El impacto empujó a los legionarios otra vez hasta el bagaje, y los hombres caían a veintenas en manos de los britanos al intentar huir por los espacios que había entre los vehículos. Los que se enfrentaban al enemigo quedaron aislados, y al ver que del bosque salían más y más britanos, el legado se dio cuenta de que, al ser superiores en número, los enemigos masacrarían a sus hombres, a menos que organizaran una línea de batalla enseguida.

— ¡Apártate de en medio! —gritó Cato desesperadamente, a la vez que esquivaba a un legionario que se interponía en su camino. Al frente, vio a Vespasiano con sus oficiales. El grupo se había detenido y miraba hacia los árboles de su derecha. De repente, Cato advirtió movimiento entre los árboles y vio salir de las sombras a los britanos. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al darse cuenta de que llegaba demasiado tarde.

Se oyó retumbar un cuerno y a éste siguió un rugido. Antes de que Cato pudiera reaccionar, su caballo soltó un relincho agudo, y lo tiró al suelo. Cato se apartó del animal, y al mirar atrás vio que éste había sido alcanzado en el cuello con dos flechas y ahora se retorció de dolor. Otras flechas alcanzaron a varios hombres que había a su alrededor. Algunos hombres habían soltado sus yugos y corrían en dirección al campamento.

Pero Cato no tenía intención de huir. Se agachó y miró a su alrededor. Se sintió vulnerable sin armadura y se acercó a un legionario muerto para quitarle a toda prisa el escudo, el casco y la espada. Un poco más protegido, Cato se introdujo en el grupo de hombres más cercano, que trataba por todos los medios de organizarse para resistir al enemigo. Era una lucha desigual, pues los legionarios no habían formado filas y se enfrentaban cara a cara con un mayor número de hombres. Sólo aquellos que habían conseguido colocarse en pequeños grupos con los escudos alzados se mantenían en pie frente a los golpes arrolladores y contundentes de las largas espadas britanas. Dos estilos de combate completamente distintos se enfrentaban, y mientras los britanos mantuvieran una lucha disgregada, las espadas más cortas de los legionarios servirían de poco.

Cato se integró en la batalla con un grito salvaje al que casi era ajeno. Agotado hasta el delirio y plenamente consciente de que aquella era una lucha por sobrevivir, buscó al enemigo más próximo. Un hombre de su altura, con colmillos pintados alrededor de la boca, se le puso delante con la espada en alto. Cato se agachó y paró el golpe con el escudo y le hundió su espada en el estómago. El britano se desplomó con un grito agudo, y Cato le arrancó la cuchilla y lo remató con el tachón del escudo. El joven miró a su alrededor para localizar a su segunda víctima. Frente a él había un britano de pie ante un legionario tendido boca abajo que casi había perdido el brazo que sostenía la espada. El britano se dispuso a alzar su espada para acabar con su enemigo, pero Cato le

alcanzó por la espalda. Desconcertado, el hombre cayó a un lado de la víctima frustrada.

— ¡Vamos! —Cato cogió al legionario de la mano ilesa y, acogiéndolo bajo su escudo, lo arrastró hasta un grupo de romanos que había formado una fila cerrada de espaldas a dos carros. En el centro de la fila estaba Bestia, que daba ánimos a sus hombres con el mismo vozarrón empleado en la instrucción. Cato dejó al hombre que había salvado con los otros heridos y se volvió para tomar posición entre los legionarios.

— ¡Cato! —gritó Bestia, mirándole de soslayo—. Es hora de que me enseñes lo que vales.

Cato asintió con una expresión grave al dirigirse hacia el enemigo, dispuesto a enfrentarse a cualquier britano más próximo a él, desviando los golpes de aquellas extrañas espadas que caían con el impulso suficiente para arrancarle a un hombre la cabeza de una vez. De hecho, mientras luchaba codo con codo con sus compañeros, Cato vio a un romano agacharse para rematar a un enemigo herido, ajeno, en su momento triunfal, al britano que tenía al lado con la espada alzada. Esta cayó de lleno sobre el cuello del legionario, y la punta se quedó clavada entre la hierba ensangrentada del camino. La cabeza del legionario salió disparada hacia delante y cayó al suelo con un ruido sordo, al tiempo que del cuello arrancado brotaban chorros de sangre escarlata.

Aquello sucedió en un instante, y Cato seguía apuñalando a los britanos que rodeaban el pequeño grupo de romanos. Ahora que el impulso inicial de la carga había remitido, a ambos lados se desataba una lucha cuerpo a cuerpo de miles de hombres; una lucha cuyos detalles quedarían grabados en la mente de aquellos que sobrevivieran: el centurión Bestia propinando golpes de espada con la eficiencia propia de un veterano, la expresión angustiada en la cara de un enemigo, los dibujos exóticos que cubrían el cuerpo de los britanos, el pelo tieso de punta y los extraños tatuajes. Todo ello quedaba grabado en la mente, aunque fueran detalles nimios. Cato sentía una serenidad interior; su mente ya no dirigía su cuerpo, y ya luchaba por instinto. Por primera vez sentía pertenecer a la segunda legión. Si la retaguardia llegaba a tiempo, tal vez podría disfrutar de aquella sensación.

La batalla no iba a su favor, y Vespasiano vio que la línea sur de las cohortes —si podía considerarse una línea— se desintegraría de un momento a otro a menos que se reforzara. Dos de las cohortes habían recibido la orden de avanzar contra los arqueros para despejar la línea de árboles y negar al enemigo toda posibilidad de acribillar a los romanos. Las dos cohortes restantes de la fuerza principal, unos ochocientos hombres, eran todo lo que le quedaba y las formó rápidamente en una línea de cara. Así, mientras sus compañeros entraban en la maraña de carros y animales de tiro, entre las líneas quedaban espacios para permitirles pasar a la parte trasera de la línea, donde los oficiales se apresuraban a formar nuevas filas de reserva con los supervivientes de las cohortes de la sección sur.

Tal como iban las cosas, Vespasiano sabía que la batalla sólo podía tener un desenlace. Con pocos hombres y con la pérdida de un tercio de los suyos, los britanos acabarían por arrollar hasta la defensa más resistente. Por un momento pensó en ordenar a sus hombres romper filas y huir hacia el norte por el bosque, pero, dispersos y perdidos, serían presa fácil para el enemigo, que, inevitablemente, saldría a su caza. La legión sería aniquilada antes si mantenía su posición, pero de aquel modo también morirían

más enemigos. Así, al menos, salvarían su reputación, y el nombre de Vespasiano no se relacionaría con el de Varo, que años atrás había llevado a la misma suerte a sus tres legiones en los lúgubres bosques germanos.

La línea de reserva se mantenía firme, mientras el enemigo obligaba a sus compañeros a retroceder, cediendo terreno poco a poco a la matanza del enemigo. Una vez los romanos retrocedieron hasta una línea segura, a punto con sus jabalinas, Vespasiano hizo una señal al trompeta con la cabeza, y éste hizo sonar la orden concertada. Los hombres de las dos cohortes prepararon las jabalinas.

— ¡Lanzad! —gritó Vespasiano, y los centuriones repitieron al instante la orden.

Ochocientos brazos arrojaron sus jabalinas en un arco abierto sobre sus compañeros, en dirección al otro lado de los carros, y éstas cayeron sobre los cuerpos poco protegidos de los britanos que se concentraban al otro extremo. Los romanos supieron que habían tocado al enemigo al oír los gritos y alaridos, e intercambiaron sonrisas de satisfacción mientras preparaban sus últimas jabalinas. Con la segunda descarga se oyeron más alaridos. Los legionarios desenvainaron sus espadas, a la espera de que los britanos volvieran a la carga contra las filas romanas. La legión había echado el resto y ahora se preparaba para reiniciar el cruento cuerpo a cuerpo definitivo.

Vespasiano bajó del caballo, se desabrochó el pasador del hombro y dejó caer su capa de legado en un montón desordenado. Un ordenanza le ofreció un escudo, y Vespasiano pasó la mano izquierda por la correa, cogió con fuerza la empuñadura de hierro y agarró su espada para desenvainarla. Entonces se irguió y se abrió paso entre los hombres hasta llegar al centro de la primera fila de hombres que se enfrentaba al enemigo. Si aquel era el día de su muerte, caería luchando, como le dictaba su honor y respeto por la tradición romana: dando la cara al enemigo y empuñando la espada.

CAPITULO IXL

Desde la cresta de una colina que daba a la parte sur del bosque, Macro miraba a través de las hojas de un gran roble. El camino les había llevado hasta allí, y Macro no podía esperar más para saber cómo iban las cosas en la segunda legión.

— ¿Y bien?

—No acabo de verlo bien, señor —le gritó Pírax.

—Dime lo que ves.

—Veo con claridad los carros, pero hay hombres por todas partes..., aunque no veo

quién es quién.

Macro cerró la mano en un puño y asestó un golpe de rabia contra el tronco del árbol.

—Eso no es nada bueno —murmuró, y luego se agarró a una rama y trepó. Llegó hasta donde estaba Pírax, que observaba sentado con las piernas a cada lado de una rama perpendicular al tronco.— La próxima vez que quiera información —dijo Macro jadeando—, yo mismo me encargaré de ello y no se lo pediré a alguien que está medio ciego.

Sentado junto a Pírax, Macro vio por primera vez la batalla que se desarrollaba a lo lejos y, para su horror, vio cómo una oleada multicolor de tropas enemigas se abalanzaba sobre las filas rojas de la legión. Sólo la retaguardia parecía mantener cierta organización. Así que Vitelio y Cato habían fracasado en su intento de avisar al legado, y éste, sin saberlo, había conducido a sus hombres a la emboscada. Según parecía, la emboscada estaba a punto de convertirse en una masacre.

— ¿Qué hacemos, señor?

— ¿Que qué hacemos? ¿Qué podemos hacer?

—Quizá podamos ir a buscar una de las otras legiones, señor. O tal vez regresar a la fortaleza en la costa.

—De hecho, no serviría de mucho unirnos a la batalla —dijo Macro con gravedad, y señaló hacia el bosque con el pulgar—. Pero esperaremos. Puede que pase algo.

— ¿Algo como qué, señor?

—No tengo ni puñetera idea. Así que esperaremos.

Esperaron sentados en silencio, observando cómo sus compañeros, hombres que conocían de toda la vida, eran empujados contra los carros. Era una lucha por la supervivencia, que Macro y Pírax sólo podían imaginar. Era más de lo que Macro podía soportar, e intentó dejar de llorar mientras presenciaba la muerte de la segunda legión.

— ¿Señor?

— ¿Qué?

—Mire allí. —Pírax apuntaba hacia el oeste del bosque forzando los ojos para ver con más claridad. Macro miró hacia donde señalaba y vio una masa oscura de hombres en la que no había reparado cuando trataba de limpiarse las lágrimas. Pero al mirar, el destino fatal se cernía sobre cualquier esperanza que le podía quedar a la segunda legión. Una segunda columna de britanos se aproximaba al bosque para llevar a la legión a su destino final.

Los hombres de la segunda legión, apiñados, se habían visto obligados a ceder terreno al enemigo, y ya casi habían llegado a la parte del bosque donde habían aparecido los arqueros. Cato casi había agotado sus fuerzas; el escudo parecía diez veces más pesado

y ya casi ni podía levantarlo del suelo. Las estocadas de su espada eran ahora débiles pinchazos contra la cara de los enemigos y esquivaba a duras penas los golpes que iban dirigidos a él. Pero seguía luchando, resuelto a resistir hasta el final. Y ese momento, pensó, llegaría pronto. Bestia había muerto a manos de tres enemigos que habían saltado a la vez sobre él, y yacía en la hierba sanguinolenta con el cráneo a la vista. El hecho de que el legado estuviera luchando junto a sus hombres era una prueba elocuente de que él también pensaba que la legión iba a ser aniquilada. Las cohortes de la columna principal, separadas de la vanguardia y la retaguardia con la emboscada, luchaban aisladas. El suelo estaba abarrotado de cadáveres, y los gemidos de agonía de los heridos se confundían con los gritos de guerra, los rugidos de ira y los bramidos de aquellos hombres que se habían rendido al ansia de sangre de la batalla. No se oían gritos de los romanos: en cuanto uno caía al suelo a merced de los britanos, moría a manos de éstos, arrebatado por la furia de ser invadido. La hierba estaba cubierta de sangre y resbaladiza, lo que suponía otro peligro para los hombres que libraban la batalla a lo largo de todo el camino del bosque.

A la izquierda de Cato, el legado de la segunda luchaba con un feroz desenfreno que sorprendía a los hombres que tenía alrededor, acostumbrado su austera serenidad. Pero con la muerte tan cerca, Vespasiano no veía ningún sentido a comportarse con decoro. Lo que sus hombres necesitaban ahora no eran las frías órdenes de un superior, sino un ejemplo de espíritu combativo que les alentara a aguantar hasta el final. De modo que se abalanzaba sobre cada enemigo que se le acercaba, y los despedazaba y apuñalaba sin tener en cuenta su propia seguridad. Seguía vivo, tal vez porque había tenido suerte de no recibir ningún golpe, mientras a su alrededor muchos hombres eran abatidos.

Pese a que los romanos no daban muestras de rendirse y a que parecían ganar fuerza cuanto más les hacían retroceder, los britanos empezaban a intuir su victoria. Tras la sorpresa inicial de la emboscada, la legión se había cobrado tantas víctimas que los britanos sólo se contentarían con matarlos a todos. Vespasiano vio venir un carro a toda velocidad detrás de los britanos. En él iba un hombre alto vestido lujosamente que apuntaba una y otra vez con una larga lanza en dirección a las líneas de romanos. Vespasiano pensó que tal vez podría encabezar un grupo de hombres contra el comandante britano, con la esperanza de que, si eliminaban a Togodumno, les haría detener la lucha. Pero todos los romanos estaban entregados al combate y sería imposible formar una fuerza para tal ataque. Vespasiano perdió toda esperanza al ver que el carro pasaba sin sufrir el menor daño, y luego, enardecido por la furia, golpeó con el escudo a un britano enzarzado con un legionario junto a él y le ensartó la espada en el costado. No había duda de que Togodumno sería considerado como un héroe por su pueblo al final del día, y esa idea alentó a Vespasiano a seguir luchando con más violencia.

Cuando la línea romana cedió finalmente al empuje britano, la legión perdió la cohesión y quedó dividida en pequeños grupos de combatientes aislados que luchaban por alargar un poco más su vida, y hacer pagar al enemigo el privilegio de vencer.

Cato estaba en un grupo de unos cincuenta hombres que intentaban resistir contra muchos más britanos. Al darse la vuelta para enfrentarse a un britano, se encontró con un hombre gigantesco, desnudo y pintado con extraños dibujos celtas de la cabeza a los pies. Con un rugido, el hombre dirigió a la cabeza de Cato una espada sujeta con las dos manos. Éste reunió todas sus fuerzas y frenó el golpe a tiempo con su escudo. La espada partió el escudo con un golpe estrepitoso que le dejó a Cato el brazo insensible. El

escudo se le cayó al suelo, y Cato quedó a merced del altísimo guerrero britano, que se rió en la cara de su víctima indefensa. Dio un brutal empujón al muchacho, que cayó al suelo del impulso, y la espada no le alcanzó. El britano enarboló el arma para asestar el golpe definitivo acompañado de un grito de guerra, pero, antes de que pudiera soltar la espada, Vespasiano se interpuso entre ellos. Con un gruñido, el legado se lanzó a los pies del britano y desvió su espada con el escudo; luego dirigió su arma al cuello del britano, que reaccionó a tiempo y se hizo a un lado con una agilidad que indicaba un dominio del combate cuerpo a cuerpo. Ambos se echaron atrás y se miraron, dispuestos a saltar al ataque de un momento a otro.

Por un instante, una extraña quietud les rodeó; los britanos y romanos a su alrededor les observaban para ver el resultado final de la lucha entre el gigante britano y el legado. Había llegado el momento decisivo de la batalla. Pero a pesar de haberse detenido, oyeron un sonido nuevo: era el estruendo de instrumentos lejanos. Los dos hombres oyeron el ruido a pesar de tener los ojos fijos el uno sobre el otro. Cato, tendido en el suelo y exhausto, pensó que imaginaba oír algo, pero vio que sus compañeros habían reaccionado como él. ¿Era posible?

El sonido se repitió al instante, y Vespasiano sintió que el corazón le daba un vuelco: no cabía duda, la trompeta llamaba a relevo. Llegaban refuerzos, pero ¿de quién? Vespasiano dejó de pensar en ello enseguida, cuando el guerrero dio un paso atrás de forma instintiva, al igual que el resto de britanos, que interrumpieron el contacto con su enemigo al ser asaltados por primera vez por la duda. Vespasiano aprovechó la ocasión y clavó su espada en la garganta de su enemigo, para retirarla a continuación con un movimiento enérgico. El guerrero britano dejó caer su arma y se llevó la mano a la herida en un intento de contener el flujo de sangre. Vespasiano no le hizo el menor caso, e intentó averiguar de dónde procedían las trompetas que estaban cada vez más cerca. Sobre los britanos, a lo lejos, en el camino, apareció una línea de hombres a caballo con capas rojas, encabezados por la inconfundible silueta de un portaestandarte romano. Y en dirección contraria venía la retaguardia de la segunda legión, que volvía al ataque al otro extremo del camino que conducía al bosque.

Los britanos empezaron a mostrarse inquietos al ver a la caballería aparecer por los flancos. Un puñado de hombres empezó a retirarse hacia la parte sur del bosque. Mientras otros seguían su ejemplo, el carro en el que iba Togodumno avanzaba velozmente por la línea, y éste ordenaba a gritos a sus hombres que aguantaran, pero el miedo se había contagiado entre los britanos, empezó a cundir el pánico y muchos empezaron a huir. Al ver que algunos britanos incondicionales no cedían terreno, Vespasiano alzó la espada en alto. No era necesario un discurso elocuente, así que rugió:

— ¡A por ellos! ¡A por ellos!

La línea romana salió en tropel tras los hombres que momentos antes creían tener la victoria asegurada. Ahora corrían como conejos asustados hacia el bosque para ponerse a salvo, perdida así, en un instante, toda la confianza. Cato, que seguía tendido en el suelo, no podía más que maravillarse del cambio repentino de situación.

Vespasiano no perdía de vista a Togodumno. El legado se rodeó de un grupo de hombres para lanzarse en persecución del carro, pero el jefe de los britanos no era del

todo idiota y sabía cuándo había perdido el control de una batalla. Gritó una orden al auriga y, con un latigazo, el carro dio media vuelta y se lanzó a toda velocidad por el camino del bosque, alejándose así de la caballería que se acercaba. Vespasiano se limitó a mirar con rabia cómo el carro se distanciaba a toda prisa; el auriga atropellaba todo lo que se interponía en su paso para asegurarse de que Togodumno llegara a su destino sano y salvo.

El legado ordenó a sus hombres que se detuvieran junto a los carros de avituallamiento y subió al más próximo para tener una perspectiva general de la batalla. Allá donde mirara, los britanos huían corriendo y, al oeste, la caballería que había visto pocos momentos antes avanzaba por el camino aniquilando sin piedad a todos los enemigos que encontraba. Al acercarse éstos, una persona alta sobre un caballo blanco se desvió de la persecución y se dirigió hacia Vespasiano.

— ¿Vitelio? —murmuró Vespasiano para sí, sin estar del todo convencido.

Pero enseguida se confirmó su suposición, y el legado movió la cabeza en señal de sorpresa. Vitelio se detuvo junto al carro y saludó.

— ¿Qué demonios haces tú aquí, tribuno?

—Es una larga historia, señor.

—Seguro que sí. Y una vez todo esto termine, quiero una explicación detallada.

En lo alto de la colina desde la que se dominaba el bosque, Macro casi cayó del árbol de excitación. No paraba de moverse arriba y abajo sentado en la rama, golpeándose una mano con el puño al ver llegar a los elementos de la decimocuarta (porque sólo podía ser la decimocuarta) y abalanzarse sobre el enemigo que rodeaba a la vanguardia de la segunda, al tiempo que la retaguardia de ésta se precipitaba sobre el otro flanco de los britanos que huían. En cuanto el enemigo empezó a batirse en retirada, la caballería inició una persecución despiadada; los soldados de caballería arrasaban con todos los enemigos a su paso, y éstos huían en tropel del campo de batalla.

— ¡Magnífico! ¡Magnífico! —Le dio una palmada a Pírax en el hombro.

— ¡Cuidado, señor! —le gritó Pírax, que estuvo a punto de caerse de la rama.

Macro se limitó a sonreírle y siguió disfrutando de su júbilo.

— ¡Esos malditos bellacos están por todas partes! ¡Mira cómo corren por el bosque! ¡Habrán salido disparados entre los árboles a toda prisa!

— ¡Algunos corren hacia aquí, señor! —observó Pírax en voz baja.

—Claro, van a tratar de llegar hasta las marismas, si pueden. Oh... —Macro miró entre las ramas hacia el camino que conducía al bosque en una dirección y a las marismas en la otra—. Ya sé qué quieres decir.

—Será mejor que no estemos aquí cuando pasen. No creo que se alegren mucho de

encontrar a más romanos.

—Entiendo lo que quieres decir. —Macro hizo una señal con la cabeza apuntando hacia los hombres que había tumbados en la hierba junto al roble. — Baja y hazlos subir. Y suelta a los caballos; ya no nos sirven.

—Sí, señor.

Pírax bajó del árbol con rapidez, y dejó a Macro observando la última fase de la lucha que se desplegaba ante él con una perspectiva panorámica. La caballería y las tropas de retaguardia salían del bosque para dar caza a los britanos que quedaban rezagados y que se lanzaban al suelo en un intento de protegerse. Algunos soltaban las armas y se abandonaban a la merced de sus perseguidores, pero a pocos les perdonaban la vida. A los que apresaban vivos se les rodeaba y apiñaba bajo la mirada atenta de un puñado de hombres robustos a quienes se había encargado la vigilancia. Pírax tenía razón: muchos de los hombres que huían de los romanos se dirigían hacia el camino que conducía a las marismas, el mismo que habían utilizado para flanquear a la segunda legión, y en pocos momentos pasarían por debajo del árbol. Macro miró abajo y vio a sus hombres encaramarse por el roble; los heridos eran ayudados por los compañeros que habían corrido mejor suerte, hasta que todos estuvieron escondidos entre las ramas frondosas.

Una vez a salvo de los britanos, Macro siguió mirando la persecución. Entonces le llamó la atención un movimiento en la linde del bosque, cerca de lo que había sido la zona de marcha de la segunda legión, y vio cómo un carro daba media vuelta al final de la línea de árboles y se dirigía cuesta arriba por la colina, en dirección al camino. Mientras el auriga apremiaba a los caballos, Macro se fijó en que el hombre que iba sentado atrás, asido a unos agarraderos de mimbre, era un individuo muy corpulento que lucía unas ropas lujosas y un casco de bronce resplandeciente. Era evidente que se trataba de un guerrero importante. Un par de jinetes romanos tomaron una posición ventajosa junto al carro y cargaron contra él. El britano desvió con agilidad la estocada de la lanza y clavó la suya en la cara del jinete, que cayó del caballo. El otro jinete fue igual de temerario y también perdió la vida cuando el jefe britano lo atravesó con facilidad con su lanza, que luego arrancó.

El carro siguió ascendiendo pesadamente la colina, y Macro advirtió que pasaría por debajo del roble.

— ¡Vamos a coger a ese bellaco!

Macro señaló al carro y ordenó a los hombres ilesos de su patrulla que aún tenían armas que bajaran con él. Respirando con dificultad, con las espadas desenvainadas, se agacharon y esperaron. Algunos hombres de la infantería britana pasaron a paso ligero, pero se pusieron a correr a toda prisa al ver la expresión macabra de las caras de los legionarios, que sostenían brillantes espadas cortas. A éstos les siguió el ruido de cascos y ruedas que anunciaba la aproximación del carro, y Macro se preparó para saltar. Entre el barullo se oían los gritos agudos del auriga, y Macro se arriesgó a asomar la cabeza desde el árbol para calcular bien la distancia y el momento del asalto.

— ¿Listos, chicos? Primero id por el auriga y los caballos. Luego nos encargaremos del grandullón. — Esperó a que el carro estuviera al nivel del árbol. — ¡Ahora! ¡A por ellos,

muchachos!

Macro salió corriendo siguiendo la trayectoria de los caballos y agarró los tirantes del arnés. Los hombres del carro no se lo esperaban, y no tuvieron tiempo de esquivar a los romanos. Macro tiró fuerte y detuvo a los caballos bruscamente. Pírax tiró abajo al auriga con una rápida estocada, antes de que éste soltara las riendas. Cayó al suelo junto al carro y una de las ruedas le aplastó la cabeza cuando los caballos se hicieron a un lado. El jefe reaccionó y bajó del carro de un salto, con la lanza en una mano, y se dirigió hacia el tronco del árbol. Se dio la vuelta y, con una carcajada, retó a los romanos con la lanza. Macro le miró con admiración; aquel tipo estaba realmente dispuesto a luchar, pese a jugar con desventaja.

— ¡Desdobraos! —Ordenó a sus hombres—. ¡Y tened cuidado con esa lanza!

El britano no dejaba de mover la lanza contra cada uno de ellos a medida que se cerraba el semicírculo de soldados. Uno de los hombres soltó un alarido al ser alcanzado por la lanza en el vientre y se desplomó sangrando abundantemente.

— ¡De acuerdo! —Gritó Macro sin apartar los ojos del britano—. Nos abalanzaremos sobre él. ¿Listos? ¡Ahora!

Seis hombres se lanzaron sobre el britano que, con una fortísima estocada, alcanzó a uno de ellos en la pierna, mientras los demás se precipitaban sobre él y lo echaban al suelo. Pero ante la desesperación de ser uno contra varios, el britano arrojó a dos hombres a un lado, se hizo con una espada romana, y se puso en pie con las rodillas flexionadas dispuesto a enfrentarse a sus enemigos con aquella extraña espada.

— ¡Dejádmelo a mí! —Macro hizo una señal con la mano—. Si este cretino quiere pelea, se las tendrá que ver conmigo.

Con su espada lista, Macro flexionó las rodillas y empezó a moverse de un lado a otro frente al britano sin dejar de mirarlo. Éste tampoco dejaba de mirarle, y también calculaba las posibilidades del bajo y fornido romano.

—Te las das de valiente, ¿verdad? —Dijo Macro en voz baja—. Puede que seas muy grande, cretino, pero no tienes ni idea de manejar esa espada. Está diseñada para dar estocadas, no para rajar.

Macro hizo amago de avanzar, y, tal como esperaba, el britano enarboló la espada y se precipitó hacia Macro con un salvaje rugido de furia. Macro se limitó a dejarse caer sobre las rodillas, extendió el brazo, y dejó que el impulso del mismo britano hiciera el resto. El hombre dio un gruñido y se dobló sobre la espada, al tiempo que estiraba los brazos hacia delante para agarrar con las manos el cuello de su enemigo. Macro cayó sobre la hierba con el britano encima, que cada vez le apretaba con más fuerza la garganta. Sus caras estaban a menos de treinta centímetros, y Macro pudo ver el brillo victorioso de los ojos de su oponente, que apretaba los dientes y ceñía cada vez más las manos a la garganta del romano. Macro no había soltado la espada y la movió con fuerza contra el britano, tratando de tocar algún órgano vital. Sentía que le iba a estallar la cabeza hasta que, por fin, el fuego de los ojos del britano se apagó, tuvo un último espasmo y aflojó las manos. Macro las retiró del cuello y tomó aire desesperadamente.

Apartó el cuerpo de su oponente a un lado y se puso de pie antes de dedicar a sus hombres una mirada furiosa.

— ¿Por qué diablos no me habéis ayudado?

—Nos dijo que no lo hiciéramos, señor —protestó Pírax.

Macro se frotó el cuello y se estremeció al sentir todavía dolor.

—La próxima vez tened algo de iniciativa, maldita sea. Si un cretino está a punto de cargarse a vuestro centurión, entráis en juego y lo evitáis, independientemente de lo que os hayan ordenado. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor.

—Bien, entonces, será mejor que aprovechemos el carro para algo. Subid en él a los heridos, y a este cretino a uno de los caballos. Muchachos, volvamos a la segunda legión y, si esta noche alguien aguanta despierto, yo pago una ronda.

CAPITULO XL

La segunda legión no siguió su avance aquel día, y los oficiales que sobrevivieron reestructuraron sus unidades e hicieron el recuento de bajas. Recibieron con dolor las órdenes de Plautio de acudir a él cuanto antes. Casi una tercera parte de la segunda legión había muerto o estaba herida, y la mitad del convoy de pertrechos había quedado destruido o inmovilizado al perder los animales de tiro. Se estaba levantando un recinto improvisado, aunque nadie creía que los britanos pudieran agrupar a bastantes hombres para lanzarse a un nuevo ataque. De todas formas, habían dado muerte a Togodumno y su cuerpo estaba expuesto frente al cercado que encerraba a los prisioneros britanos, que miraban con tristeza y en silencio el cuerpo de su comandante y lo lloraban sin vergüenza alguna.

Había largas hileras de romanos heridos que yacían en el suelo, a la espera de recibir ayuda médica de los ordenanzas del hospital de la legión, que iban estableciendo un orden de prioridad en función de la gravedad de las heridas. Por todas partes se oían gemidos y gritos de dolor. A un lado del camino se estaba preparando una pira donde quemar los cuerpos amontonados de los soldados muertos; encenderían la hoguera al caer la noche. Frente a la tienda del cuartel general, toscamentealzada, el montón de placas de identidad de los muertos era la prueba tácita del precio que había pagado la legión. Los britanos muertos eran arrojados sin contemplaciones a una serie de fosas cavadas a lo largo del borde del camino. Pese a la victoria obtenida, no tenían ganas de participar del júbilo de sus compañeros de la decimocuarta; desde allí se oían los gritos de celebración procedentes de su campamento situado en los confines del bosque.

En la tienda de Vespasiano dominaba un ánimo completamente distinto. Estaba sentado a su mesa mirando a los tres hombres que tenía ante él, entre ellos Vitelio, que estaba sentado con una ligera sonrisa irritante en los labios, y escuchaba el informe del centurión y su optio. El tribuno advirtió las miradas de odio que le dirigían estos dos, pero sólo parecían divertirse, mientras aguardaba el momento oportuno.

Macro, sucio y exhausto, intentaba dar un informe lo más claro posible de los hechos, pero el agotamiento de los últimos días le nublaba la mente, y constantemente se volvía hacia el optio para corroborar lo que decía o para recordar algún detalle. Cato estaba cuadrado ante el legado, con el brazo en cabestrillo, aún insensible por el golpe recibido.

Ambos parecían bastante cansados, pensó Vespasiano, pero estaba encantado con ellos. Habían recuperado el arcón del cieno; un escuadrón de caballería de la legión había sido destacado para recuperarlo del lugar donde lo habían escondido. Y no sólo eso, pues Macro había traído, además el cuerpo de Togodumno al campamento, y el cadáver había sido identificado por uno de los exiliados britanos que acompañaban a la decimocuarta legión, un hombre con cara de roedor llamado Adminio. Con Togodumno muerto, sólo quedaba su hermano Carataco para coordinar la resistencia britana contra los invasores. Con todo, decidió el legado, se había evitado un desastre mayor que había desembocado en victoria. En aquel aspecto, su carrera no corría peligro.

Pero quedaba el engorroso problema de las acusaciones del optio y su centurión contra Vitelio. Hablaban con toda sinceridad del ataque de Vitelio en las marismas, y todas las sospechas que Vespasiano había tenido respecto al tribuno parecían confirmarse.

Macro terminó su informe y, tras un momento de silencio, Vespasiano valoró su testimonio mientras observaba a cada uno de ellos por separado.

— ¿Está completamente seguro de lo que dice, centurión? ¿Desea realmente presentar una acusación contra el tribuno aquí presente?

— ¡Sí, señor!

—A un tribunal le parecerá increíble lo que ha explicado. Eso lo sabe, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien. Muy bien, consideraré a fondo sus afirmaciones y le comunicaré mi decisión lo antes posible. Pueden retirarse.

— ¿Señor?

— ¿Qué ocurre, optio?

El joven optio calló un instante para escoger sus palabras.

—Todavía no entiendo por qué motivo nos incluyeron en la lista de desertores, señor.

—Se han retirado los cargos —dijo Vespasiano en tono cortante—. No se preocupe.

—Sí, señor, ¿pero por qué se nos acusó? ¿Quién...?

—Fue un error, optio. No insista. Puede retirarse.

Cuando Macro y Cato se disponían a salir, Vespasiano los llamó.

—Una última cosa. Tienen mi agradecimiento por haber avisado a la retaguardia. Dudo que hubiéramos aguantado hasta que la decimocuarta hubiera venido al rescate, si Plinio no hubiera podido aguantar aquel extremo de la columna. Vayan y descansen. Esperen fuera y le diré a mi ordenanza que les prepare algo de comida caliente.

—Gracias, señor —contestó Macro.

Cuando se quedó solo en la tienda con Vitelio, el legado se tomó con calma la siguiente entrevista. La versión oficial de los hechos situaba ya a Vitelio como el héroe que había descubierto la columna de Togodumno sin la ayuda de nadie. Al no poder volver a dar la voz de alarma a la segunda legión, tuvo que llegar hasta la decimocuarta legión para que diera media vuelta e interviniera, justo a tiempo para salvar a la segunda legión de la masacre. En consecuencia, el tribuno había sido objeto de una cantidad exagerada de alabanzas por su gallardía. Sin embargo, los dos hombres que acababan de marcharse hablaban de traición.

—Supongo que no dará crédito a una acusación tan descabellada, señor.

—Es toda una historia, ¿no cree?

—Sí, pero no deja de ser una historia. Y como todas las buenas historias, no tiene ni un atisbo de cierta.

—Pero si el resto de la patrulla dice lo mismo, entonces estará en un pequeño aprieto.

—En absoluto —protestó con calma—. Es mi palabra contra la suya. La palabra del hijo de un cónsul contra un hatajo de soldados rasos. ¿A quién creería antes un tribunal? Sobre todo después de haber arriesgado mi vida para salvar a la legión de la derrota segura. En el mejor de los casos, parecerá que no tiene fundamento. Y en el peor, parecerá una acusación con fines políticos, y eso es difícil que prospere a los ojos de la plebe de Roma..., que suele decantarse por los héroes, según tengo entendido. Yo en su lugar lo olvidaría. Vespasiano sonrió.

—Los héroes también deben llamar a sus superiores «señor» —dijo con calma.

—Le pido disculpas..., señor.

—De momento, vamos a considerar que el centurión ha dicho la verdad. ¿Cómo te enteraste de la existencia del cofre?

Vitelio no contestó enseguida y sopesó las intenciones del legado.

— ¿Sabe? Podría negar que supiera de la existencia del arcón. Al fin y al cabo, actuaba bajo sus órdenes para localizar la posición de Togodumno. Podría decir que, casualmente, me encontré con el grupo de hombres. Y que la niebla era muy espesa, que fue un caso de identificación equivocada..., perfectamente comprensible.

—Comprensible, pero falso.

—Por supuesto que es falso, señor. Pero en realidad no importa.

— ¿Por qué?

—Porque nunca se sabrá nada. Nada de lo que ocurra entre nosotros aquí dentro se sabrá fuera de esta tienda.

— ¿Y cómo estás tan seguro, tribuno? —Vespasiano sonrió.

—Enseguida lo sabrá. Ya que parece tan interesado en conocer la verdad, le daré el placer: ¿Sabías que Narciso me habló del arcón?

— ¿Narciso?

—Me lo dijo incluso antes de abandonar el campamento del Rin. Yo soy el espía imperial del que le hablaron. Narciso no confiaba plenamente en usted y quería que vigilara la operación. Por supuesto, yo estaba dispuesto a hacerle tal favor.

Vespasiano sonrió ante lo irónico de la situación. Incluso el astuto Narciso tenía su punto flaco. Le había entregado en bandeja a Vitelio un móvil y una coartada.

—Pero cuando me habló del carro, no me dijo dónde estaba. Por eso tenía que ver el mapa que había en aquel pergamino. Pero, desgraciadamente, alguien se me adelantó. No sólo eso, sino que esa misma persona me tendió una trampa para incriminarme en el robo. Pero a Pulcher le fue fácil seguir a sus hombres hasta las marismas y enviar a buscar ayuda en cuanto empezaron a cavar. Le aseguro que quería evitar un derramamiento de sangre; es decir, entre mis hombres. Si hubiera logrado convencer a Macro para que me diera el arcón, sólo tendríamos que haberlos matado. Pero el centurión demostró tener una afición inoportuna por aplicar la estrategia propia de un soldado en circunstancias adversas. Así que el arcón se recuperó para Claudio.

—Pero ¿para que querías el arcón? —Preguntó Vespasiano—. Te habría sido casi imposible manejar tanto valor sin llamar la atención.

—Por supuesto. Espero que no crea que soy tan estúpido, señor. Nunca tuve la intención de gastar ese dinero en mí mismo.

— ¿Y por qué llegar a ese extremo para conseguirlo?

—Por la misma razón que el emperador. El oro es poder; y con toda esa riqueza podría haber comprado la lealtad de cualquier hombre.

—Claro —asintió Vespasiano—. Y ello te habría convertido en el traidor del que

Narciso me había advertido. Nunca habría pensado que el espía imperial y el traidor fueran la misma persona. Creo que Narciso quedará igual de sorprendido cuando se lo diga.

— ¿Yo, un traidor? ¿Es eso lo que cree? —Vitelio soltó una risotada—. ¡Imposible! Da la casualidad de que sigo siendo el espía imperial... como siempre lo he sido. Al menos, eso es lo que cree Narciso.

— ¿Y por qué intentaste matarlo?

— ¿Intentar matarlo? —Vitelio le miró extrañado—. Oh, aquel ataque de camino a Gesoriaco. Me temo que no soy el culpable. Y, de todos modos, ¿qué ganaría yo con su muerte? Le necesitaba para ayudarlo a sofocar el motín. Al fin y al cabo, ¿cómo habría podido obtener el arcón si la invasión no se llevaba a cabo? No, aquella emboscada fue cosa de otro. Imagino que la dirigió alguien que pretendía detener la invasión. Usted sabe mejor que nadie la importancia que tiene para Claudio conseguir respaldo para encumbrarse como emperador. Con Narciso muerto, el motín en pleno apogeo, la renuncia a la invasión y, por tanto, al arcón, ¿cuánto cree que habría durado Claudio en el poder? Créame, hasta que no contemplé la posibilidad de hacerme con el arcón, sólo me importaba ayudar al emperador en sus propósitos.

— ¿Y entonces, qué? —Preguntó Vespasiano—. No podrías haber conseguido una fortuna tan grande de una vez.

—Por supuesto que no. No la necesito ahora mismo. Sólo pienso en mi futuro. Claudio no estará en el poder eternamente y alguien tendrá que ser emperador..., ¿y por qué no yo mismo algún día?

— ¿Tú? —Ahora era Vespasiano el que reía.

— ¿Y por qué no? O, de hecho, usted mismo.

—No puede ser que hables en serio.

—Hablo en serio. Muy en serio.

—Pero Claudio tiene herederos, una familia para asegurarse de que alguien le suceda.

—Eso es cierto —reconoció Vitelio—. Pero se habrá percatado con qué facilidad los miembros de la familia imperial sucumben a todo tipo de muertes extrañas. Son gente con una vida trágica. Y si algo ha de ocurrirles, tengo intención de estar allí para cuando se anuncie la vacante del trono. Pero ahora mismo no tengo prisa. Esperaré el momento oportuno, y sólo entraré en acción cuando esté seguro de tener los recursos para comprar el apoyo necesario. Pero por culpa de esos dos de ahí afuera, tendré que esperar un poco más.

Vespasiano estaba asombrado ante la ambición del tribuno. ¿Haría lo que fuera para saciar su ansia de poder? Pero había una pregunta más importante que requería una respuesta inmediata.

—Si tú no eres el espía de los traidores, ¿quién es, entonces?

—Esperaba que hiciera esa pregunta. —Vitelio se apoyó contra el respaldo de la silla.

— Lo cierto es que me costó averiguarlo. Debía haberlo sabido mucho antes, mucho antes de que Pulcher consiguiera que el cabecilla del motín se lo dijera.

Entonces, Vespasiano recordó la forma en que Plinio había mirado el pergamino que había recuperado de Tito aquella noche en la tienda de mando, así como su interés en distraer a los guardias justo en el momento en que el ladrón rebuscaba entre sus documentos.

— ¿Plinio?

— ¡Plinio! —Vitelio se rió—. ¿Él? Por favor, señor, seamos serios.

—Si no es Plinio, ¿quién, entonces?

—Yo recelaría de alguien mucho más cercano a usted.

— ¿Qué quieres decir? —Vespasiano sintió que se le secaba la garganta.

—Si lo que dice Narciso es cierto, entonces parece ser que alguien trató de echarme la culpa de lo sucedido en la tienda aquella noche.

— ¿Niegas haber robado el pergamino?

—No —reconoció Vitelio—. Pero el pergamino que ordené a Pulcher que robara estaba en blanco. Alguien se había encargado de cambiarlo antes de que yo llegara.

—Es imposible que estuviera en blanco, porque es imposible que alguien lo hubiera cambiado. Ya estaba fuera del arcón de seguridad. Flavia lo encontró; dijo que Tito lo había... —Vespasiano sintió que se le helaba la sangre.

—Flavia lo encontró. Qué oportuna —Vitelio sonrió al legado.

—No puede ser.

—Eso mismo pensé yo al principio. Hay que reconocerlo, Flavia es de las que saben conseguir lo que quieren.

—Pero..., pero ¿por qué?

— ¿Por qué? No puedo conocer todas sus intenciones. No creo que sea ni la mitad de republicana que aparenta ser. Diría que es más probable que le estuviera facilitando las cosas para fomentar tu carrera.

— ¿A mí? —Vespasiano estaba pasmado.

—Querido legado, puede que usted piense que su integridad moral le hace un hombre respetable y que servir al emperador incondicionalmente es su primera obligación como

militar, pero no sospechar de su esposa lo convierte en un títere político de lo más útil. Qué mejor candidato para cubrir el vacío de poder que quedará tras la caída de Claudio que un hombre que tuviera la certeza de haber servido al viejo emperador con la máxima dedicación y lealtad. Los plebeyos le adorarían. Apuesto que, a su lado, el panegírico de Marco Antonio a César habría sido una minucia.

— ¿Cómo te atreves? —Dijo Vespasiano con serenidad, haciendo un esfuerzo por controlar su ira—. ¿Cómo te atreves a formular una acusación semejante contra Flavia?

— ¿Nunca sospechó de ella? Supongo que ése es su mérito como esposo. Estoy seguro de que sería un gran estadista, pero un pésimo político. Los hombres que atacaron a Narciso procedían de una caballería al mando de Gayo Marcelo Dexter, uno de los oficiales de Escriboniano que, casualmente, es un primo lejano de su esposa. Supongo que no creerá que se trata de una coincidencia. Acéptelo, Flavia ha sido casi desenmascarada. Yo de usted hablaría con ella pronto. Convénzala para que deje de inmiscuirse en juegos de poder y tal vez Narciso no tenga en cuenta su intervención en todo esto. Si quiere que su esposa mantenga la salud, le sugiero que procure que yo nunca tenga la necesidad de hablar a nadie de sus actividades extraoficiales. Aún no le he contado a Narciso lo que sé. Usted me da su palabra de que no hablará con nadie de lo que aquí hemos dicho, y yo le entrego la vida de Flavia. Un trato justo, ¿no le parece?

Vespasiano le miró. Su mente intentaba encontrar un modo de negar la evidencia recordando los acontecimientos de los últimos meses. Aquella vez que había buscado a tientas el pergamino que Tito había cogido en la tienda... El legado se daba cuenta ahora de que lo había cambiado con destreza.

—Señor, no espero que acepte mi propuesta ahora mismo. Pero piense en ello. No puedo negar que no he prestado atención a muchos aspectos. Y podría convencer a Narciso de que cualquier acusación que usted pueda hacer contra mí es infundada o, incluso, falta de escrúpulos. Pero la mínima insinuación de que he sido algo más que un sirviente bueno y fiel, como él cree que soy, afectará seguro a mi posición. Es más, me verá obligado a revelar lo que sé sobre Flavia. Estoy seguro de que estará usted de acuerdo en que nos interesa a los dos ser discretos en cuanto a lo sucedido en los últimos meses.

Vitelio esperó una respuesta, pero Vespasiano había bajado la cabeza, sumido en una desesperación creciente, ajeno a los últimos comentarios del tribuno. Se llevó una mano a la cabeza, abatido por aquellas revelaciones.

—Oh, Flavia... —murmuró—. ¿Cómo has podido?

—Y ahora, señor, si me permite retirarme, tengo tareas que atender. —Vitelio se puso en pie para salir de la tienda—. Y confío en que no volveré a oír nada más sobre las acusaciones del centurión Macro contra mí.

Por un momento, Vespasiano hizo un esfuerzo para seguir hablando, para expresar su vergüenza y su miedo..., y su rabia por la soberbia superioridad del tribuno. Quería encontrar palabras para poner a Vitelio en su sitio. Pero no pudo pronunciar una sola y, sencillamente, indicó con la cabeza la salida de la tienda.

Mientras, Cato y Macro estaban sentados sobre un montón de paja para los caballos de los oficiales. Macro se durmió enseguida. Tenía la cabeza sobre el pecho y daba fuertes ronquidos: se había entregado a la absoluta necesidad de descansar. Los ronquidos atraían las miradas de desaprobación de los ordenanzas que entraban y salían del cuartel general. Las ropas sucias de turba, la piel mugrienta y las manos y la cara embadurnadas con la sangre seca de Togodumno habían dejado al centurión en un estado lamentable. Aun así, Cato lo contemplaba con afecto al recordar la honesta alegría que había mostrado Macro al ver que estaba sano y salvo al volver a la segunda legión. Cato pensaba que la sensación de pertenecer a la legión que había experimentado durante la batalla era la que se experimentaba al ser legionario, la unión con sus compañeros y el implacable estilo de vida al que se había visto abocado. Ahora el ejército era su vida. Pertenecía en cuerpo y alma a la segunda legión.

Y así se sentía al mirar a uno de los cientos de britanos que había sentados en silencio en el espacio reservado a los prisioneros, el botín de guerra que enviarían a Roma y venderían como esclavos. Pero, de no ser por la última voluntad de su padre, Cato tal vez aún sería un esclavo, como aquel pobre salvaje. A todos ellos les esperaba una terrible vida de esclavos. Todo lo que un prisionero incivilizado podía esperar eran arduos trabajos agrícolas en alguna finca descomunal, o una muerte rápida en una cadena de presos en una mina de plomo.

Sin embargo, había algo en los ojos de aquel prisionero que revelaban un espíritu indómito, un ansia por seguir luchando a cualquier precio, un fuego que ardería en su interior mientras un solo hombre alzara sus armas contra el invasor.

Cato tenía la certeza de que la campaña para someter a aquel pueblo iba a ser larga; larga y cruenta.

FIN

